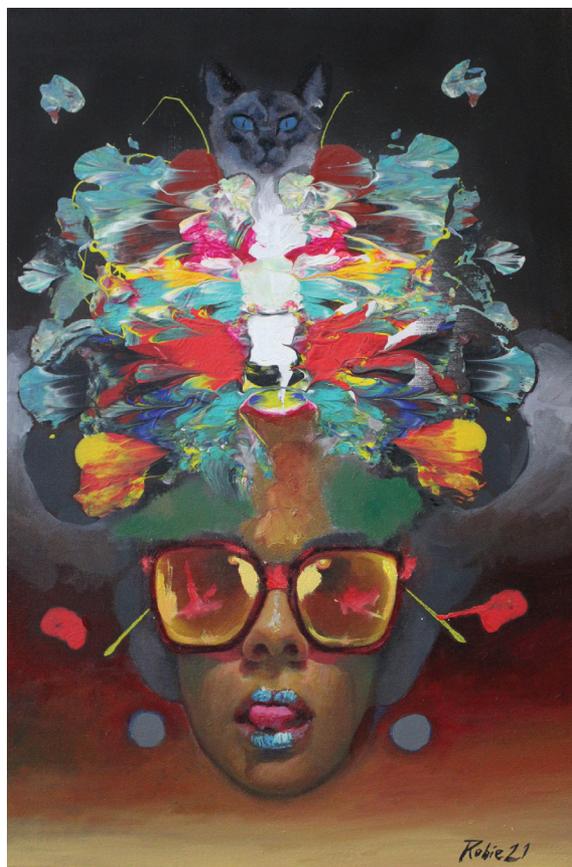


PENSAR HERÉTICO

Ensayos libres sobre ciencia y universidad



Alain
Basail
Rodríguez

PENSAR HERÉTICO

Ensayos libres sobre ciencia y universidad

PENSAR HERÉTICO

Ensayos libres sobre ciencia y universidad

**Alain
Basail
Rodríguez**

Andrés A. Fábregas Puig
PRÓLOGO



Pensar herético. Ensayos libres sobre ciencia y universidad (Tuxtla Gutiérrez: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2023)
ISBN: 978-607-543-197-0

© Alain Basail Rodríguez, 2023.

 <https://orcid.org/0000-0003-3860-2608>

© Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2023
1 Av. Sur Poniente 1460
29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas
www.unicach.mx

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Calle Bugambilia 30, Fracc. La Buena Esperanza
C.P. 29243, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas
www.cesmeca.mx
editorial.cesmeca@unicach.mx

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente al autor firmante y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de los editores.

Este libro ha sido dictaminado por pares académicos, quienes garantizan su calidad, actualidad y pertinencia. En su conjunto presenta resultados de investigación que han sido presentados y discutidos públicamente por su autor en distintos eventos académicos. Finalmente, la obra fue aprobada por el Consejo Editorial del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas con apego a los procesos de aseguramiento de la calidad editorial.

Imagen de portada: Robie Espinoza Gutiérrez, “La curiosidad”, 60 x 40 cm, óleo y acrílico sobre lienzo, 2021. Serie *Cautiverios y heterotopías*.

Diseño de portada: Amaiur Basail Castañeda

Corrección de estilo: María Isabel Rodríguez Ramos

Diagramación: Sofía Carballo Espinosa

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*A mis entrañables maestras y maestros,
que me enseñaron a pensar y ser:
especialmente, a César Badillo Pérez, Dulce González,
Iraida Robero Parra, Ernestina Cuza, Olga Lidia, Mabel, Esther Álvarez,
Miguel Sánchez, Mestre, los hermanos Lazo,
Omidia Ruíz, Nelson Moya, Oristela Cuellar
Ernel González, Jorge Núñez, María del Pilar Díaz, Enrique Sosa, Lourdes Urrutia,
Waldo Ansaldi, Benjamin Tejerina, Cristina Santamarina y Miguel Marinas.*

Índice

Prólogo	13
<i>Por Andrés A. Fábregas Puig</i>	
Presentación	
Ensayos libres en medios públicos	17
Universidad y sociedad	
El futuro de la universidad	27
Universidad y sociedad: el clamor de otras relaciones	31
¿Autonomías de papel? Sobre sus sentidos universitarios	36
La reforma de la universidad chiapaneca	45
Las jaulas de oro	45
Las catedrales del malestar	53
Los espejos del trono	63
Cultura y política universitarias	74
Universidad-encrucijada	84
Pensar la educación en el contexto de pandemia y sus posibilidades	93
Presentación	93
El contexto actual, sus significados	94
Claves problemáticas	100
Peligros y posibilidades	107

Ciencia y reflexividad

Ciencia y tecnología en México: retos de un nuevo contrato social	119
Cinco síntomas y profusos retos	123
De la <i>alianza estratégica</i> a un nuevo <i>contrato social</i>	129
Epílogo. Y de Chiapas <i>¿el nombre glorioso, con respeto se diga doquier?</i>	143
Soberanía en las nubes	146
Mente abierta, acceso abierto y cultura libre	152
Los obrajes de la ciencia	161
El traje nuevo de la fe en la ciencia. Del miedo al salvacionismo	170
Embodegamientos arbitrarios	178

Academia y responsabilidad

La intemperie social y la precarización del trabajo académico	187
La intemperie y la precariedad	187
Razón neoliberal, capitalismo académico y políticas condicionadas	197
El síndrome del extravío del sujeto	217
De las alteraciones a las configuraciones críticas	232
El intelectual no tiene quien le lllore	254
La angustia académica	260
Cuando éramos tan colegas	266
Incidir, intervenir e implicarse. Los gradientes de la responsabilidad social	278
Apuestas públicas por una sociología crítica e incluyente, radical y herética	288
Digresión a propósito de los cien años de Córdoba y del <i>Manifiesto Liminar</i>	304

Referencias	309
--------------------	-----

Sobre el autor	327
-----------------------	-----

Prólogo

Prólogo

ANDRÉS A. FÁBREGAS PUIG

DESDE EL TÍTULO DE SU LIBRO, *Pensar Herético*, Alain Basail declara que se opone al dogma, a los clichés, al *dictum* sobre todo si este es emitido desde el poder. Aquí herejía es capacidad de discernir, de pensar y analizar. A través de su texto reitera Alain Basail la libertad como condición *sine qua non* para llevar a cabo la pesquisa científica en general como ejercicio intelectual. Es imposible hacer ciencia social en contextos condicionantes del pensamiento porque el análisis es sinónimo de crítica. La indagación para producir conocimiento desde las ciencias sociales tiene el sentido de mostrar a la sociedad su propia condición para que adquiera conciencia de ello y sepa por qué lucha. Es vital esta advertencia que cruza el texto de Alain Basail. Es devolver al ejercicio de análisis su sentido y compromiso. En ello radica la vitalidad de las comunidades académicas universitarias a quienes corresponde la compleja tarea de formar a los jóvenes, precisamente, en el Pensamiento Herético. Si ello no sucede, la Universidad se convierte en una caja de resonancia de dogmas. Y si falla la Universidad la sociedad se verá enfrentada a consecuencias funestas. Esas consecuencias alcanzan a los propios conjuntos académicos, sobre todo el llegar a sumergirse en letargos de autocomplacencia.

El texto de Alain Basail, escrito con soltura y en medio de un diálogo con los propios académicos, no solo en el contexto inmediato del centro de trabajo sino en un muy amplio medio intelectual como lo muestra la bibliografía, coloca temas urgentes para el desarrollo de las ciencias sociales, expresados en la preocupación por discernir las rela-

PRÓLOGO

ciones entre Universidad y Sociedad, las articulaciones entre Ciencia y Reflexividad y el nuclear aspecto de la responsabilidad de los propios académicos. A lo que no deben aspirar nunca los científicos sociales, los intelectuales, es a convertir su pensar y su quehacer en un negocio o ajustar su actuar a los dictados del poder y claudicar cerrando los ojos. Cuando eso sucede parece la comunidad académica como tal. Se claudica en la tarea de crear conocimiento acerca de la condición humana, se clausura la crítica como análisis, en una palabra, se destierra el compromiso básico de hacer ciencia social para transformar al mundo.

Alain Basail ofrece una perspectiva necesaria en los debates actuales, en las nuevas circunstancias de un mundo precarizado, al tiempo que advierte de la importancia de la fraternidad que unida a la libertad es la condición esencial para ejercer la compleja tarea de crear conocimiento.

Ajjic. Ribera del Lago de Chapala.
27 de agosto de 2022.

Presentación

Ensayos libres en medios públicos

ESTOS ENSAYOS SON LIBRES. Libres desde sus orígenes en los intersticios del tiempo como parte de experiencias de vida acompañadas con ejercicios reflexivos en voz interior, baja y, a veces, alta. Libres porque emergieron como respuestas a preguntas formuladas en coyunturas concretas, generalmente adversas, y como parte de la búsqueda intelectual de algunas claves para entender las condiciones de posibilidad del oficio de pensar ante los problemas compartidos en la realidad de nuestra vida cotidiana.

En estos ensayos son libres las ideas expuestas en el espontáneo, y no por ello menos pleno y responsable, ejercicio de la libertad de pensamiento, cátedra, investigación y publicación. Constituyen textos donde se exponen y analizan algunas ideas sobre asuntos públicos que en su mayoría han sido dadas a conocer en medios de comunicación social dirigidos al público en general o socializadas en eventos académicos a los que fui invitado. En este sentido, tienen en común cierto carácter punzante, provocador o estimulante de los estilos de pensamiento del presente de las audiencias a las que originalmente fueron dedicados y de los modelos culturales tras los que subyacen en nuestra época, es decir, parten de una idea de los lectores y lectoras como comunidades de escuchas interesadas en sopesar algo de sus realidades con las mentes abiertas para darles nuevos sentidos más allá de las restricciones estructurales, las censuras sociales y las autocensuras conscientes o no. Son textos que forman parte de un género discursivo abierto al debate público. No son exquisitos en cuanto a su estilo literario, ni abusivos en

PRESENTACIÓN

cuanto a su erudición académica, pero sí pretenden ser argumentativos y reflexivos al testimoniar algunas controversias sobre, por ejemplo, las políticas de ciencia y educación superior, el papel del conocimiento en nuestra sociedad, las funciones de las instituciones culturales y el rol de los y las intelectuales, en especial del *Homo academicus*, como le llamó Pierre Bourdieu.¹

De esta manera, los ensayos aquí reunidos pueden ser entendidos como campanadas cuyos repiques evocan un paisaje compartido, convocan a conocer más sobre los contextos y sobre nosotros mismos insertos en ellos, y alientan a expandir el horizonte del conocimiento público, ese extraordinario dispositivo común de discernimiento de la realidad. También, son como las palomas que vuelan libremente desde los campanarios, huyendo de los tañidos, hacia la plaza pública e infinidad de lugares de refugio. Como textos escritos con ciertos alardes de perspicacia para sustentar un punto de vista, son libres sus ecos o traducciones, los alcances o los significados de los argumentos expuestos de forma más o menos aguda o sutil, al ofrecer algunas palabras con las cuales nombrar lo que muchos otros precisan expresar y remitir a diversas interpretaciones de las experiencias individuales y colectivas.

Estos ensayos libres se inspiran en un pensar sugerente, un pensar que ejerce presión sobre el tiempo presente, un pensar alejado de ciertas convenciones dominantes y pautas tradicionales. Un pensar que define una perspectiva en la que no importa tanto “la verdad” como el camino recorrido y el aprendizaje en el andar de la búsqueda curiosa, guiada por un método para dotar de sentido las figuraciones propuestas y las innovaciones sociales necesarias. No obstante, a riesgo de decepcionar al lector o la lectora, sí tienen el tufo de “tinta de academia”² al no abandonar las convecciones de rigor y, por ejemplo, realizar algunas

¹ Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (México: Siglo XXI, 2008[1984]).

² Umberto Eco, “El oficio de pensar”, *El País*, trad. Daniel Sarasola, 5 de noviembre de 1987. http://elpais.com/diario/1987/11/05/opinion/563065206_850215.html

declaraciones de aduana en cuanto a fuentes o referencias bibliográficas. En el mismo sentido que Eco, se propone pensar en las personas y, al mismo tiempo, leer a quienes nos precedieron como hijos de su tiempo en un diálogo crítico y siempre respetuoso.

De ahí que la apuesta común que atraviesa todos los textos sea por un pensamiento crítico, radical y herético. Como se explicita en la conferencia que sirve de colofón a este libro, se trata de comprender y denunciar las relaciones de poder que enmarcan la vida y las prácticas socioculturales, las causas estructurales que desde la raíz definen los problemas y las clausuras de sentido del presente que procuran perpetuar regímenes de visibilidad o dominación y agotar las posibilidades de futuro. En este último sentido, un pensar herético no es un pensamiento hereje ni antagónico, como algunos quieren hacer ver interesadamente. Un pensar herético encarna la herejía de un pensar diferente y heterodoxo, más allá del “grado cero de la escritura”³ o de la “hybris del punto cero”⁴ y de las constricciones de la realidad impuestas por discursos dominantes unidimensionales, universalizantes y coloniales que exigen complicidades con intereses particulares y resignaciones fatalistas; devuelve a las representaciones del devenir de la realidad, la pluralidad de los escenarios sociohistóricos, la multiplicidad de los colores que pintan los posicionamientos y la diversidad humana, social y cultural, como opciones históricas diferentes, alternativas, otras. Justo ahí, al cuestionar con algunas preguntas la reificación de la historia presente y relativizar el fatalismo histórico, sí es un pensamiento transgresor, disidente, disruptivo, que desentraña las relaciones del devenir de las cosas y se abre creativamente a las innovaciones sociales y a los futuros posibles de comunidades de sentido histórico. No desde el escepticismo que inmoviliza, tampoco desde el romanticismo que

³ Roland Barthes, *El grado cero de la escritura* (México: Siglo XXI, 1997).

⁴ Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, 2010).

PRESENTACIÓN

enternece, sino desde un realismo posibilista que en los campos de la política y la cultura reconoce los umbrales de cambios posibles sin dejar de tener los pies en la tierra y de mantener una distancia crítica o negatividad. Por eso esta forma de pensar es una manera de actuar comprometida con enseñar-aprendiendo y aprender-enseñando con los otros y las otras, es decir, un recurso pedagógico que, a partir de la problematización de nuestros actos, nos potencia a todos y todas como mejores personas y como comunidades epistémicas creativas.

Una reflexión especial amerita indicar que una buena parte de los trabajos aquí reunidos fueron escritos para la columna “Contrapuntos” en un medio periodístico digital con prestigio social como *Chiapas Paralelo*. Por ello, debo confesar que, al pensar, decir y escribir sin reservas y de forma más coloquial para el público del portal de “un medio nativo digital”, siento una responsabilidad político-cultural enorme que he asumido con honestidad, sin antifaces, sin secretos ni traiciones, y sin la menor ambición de notoriedad y fama como los miles de críticos culturales de moda en el mundo de las redes virtuales. Estoy sinceramente convencido de la importancia de una labor intelectual pública, visible, responsable y comprometida con un ejercicio pedagógico relevante socialmente al aportar granitos de arena a la conciencia histórica que tenemos como ciudadanía de nuestro tiempo. Sigo esas pulsaciones y latidos de vida con inspiración, asumiendo los yerros, las incomprensiones y los desacuerdos con la más noble integridad, gozosa y sacrificialmente.

El ritmo de la lectura de este libro está abierto a la decisión del lector o la lectora. No necesariamente debe seguir la propuesta pautada en el índice, por lo que lo puede comenzar a desojar o desgajar por donde prefiera. Sin embargo, para situarle mejor es necesario compartir otras breves advertencias. Por ejemplo, participarle que en los textos se retoman ideas ya anunciadas en otros previos para dar seguimiento y homogeneidad a los planteamientos a riesgo de caer en repeticiones, que a veces se hacen cortes que buscan encabalar reflexiones sobre temas contiguos o que se dejan espacios en blanco para potenciar la

visita del lector a sus propias experiencias o las de los y las colegas. También, hay que considerar que el orden de los textos no es estrictamente cronológico, aunque en lo posible se respetan las fechas de producción que, en todos los casos, les sugiero no pasar por alto para recordar los derroteros de sus contextos, que van desde 2006, 2012 y 2017 hasta el presente. En general, los trabajos se reagruparon en tres capítulos para dar mayor organicidad y sentido a las discusiones planteadas.

En este marco, el primer apartado llamado *Universidad y sociedad* se centra en discutir los sentidos históricos de la universidad en el siglo XXI como un bien social, público y común. Su naturaleza como proyecto cultural con fuertes encargos y demandas sociales es discutida en medio de las cambiantes circunstancias sociales, políticas y económicas que ha venido atravesando en el tiempo, hasta reconocer lo que Terry Eagleton ha llamado “la lenta muerte de la universidad”.⁵ Por ello, se discute sobre las reformas universitarias, sobre el difícil ejercicio de la autonomía universitaria y sobre los retos de las políticas en medio de la mercantilización, la burocratización y la patrimonialización de las universidades a pesar de las luchas de los movimientos estudiantiles, sindicales y feministas desde el *Manifiesto Liminar* hasta nuestros días. En uno de los textos se insiste en entender el momento actual como una encrucijada histórica donde las búsquedas de poder de las élites políticas, en alianza con grupos intelectuales, y las decisiones político-académico-administrativas no deberían dar la espalda a las comunidades universitarias ni a la sociedad. Para redondear algunas ideas en un contexto más global, se comparte una conferencia magistral donde se intentan pensar los enormes retos del campo educativo que emergieron visiblemente durante la pandemia y algunas posibilidades de cambio.

La segunda parte, titulada *Ciencia y reflexividad*, explora algunas pistas de los contratos sociales para el desarrollo de la ciencia y de la

⁵ Terry Eagleton, “The slow death of the university”, *The Chronicle of Higher Education*, 6 de abril de 2015. <https://www.chronicle.com/article/the-slow-death-of-the/228991/>

PRESENTACIÓN

sociedad del conocimiento. Analiza algunas dimensiones de las políticas de ciencia y tecnología desde un posicionamiento en espacios periféricos, no centrales en la lógica de reproducción del campo científico. Tras una crítica al privilegio del mercado para pensar las relaciones de dicho campo, se insiste en la necesaria vitalidad del rol de la sociedad en los pactos que sustentan las políticas. En este sentido la ciencia, como valor moderno, cuestionado o desplazado por intereses mercantiles y políticos hasta el punto de corromper su sentido social, la pertinencia del conocimiento y su congruencia con el hacer cotidiano de la población, se ve inmersa en movimientos negacionistas, salvacionistas o antiintelectuales. También, se traen a cuenta las políticas de acceso desigual al conocimiento, el debate sobre el acceso abierto al conocimiento publicado y el desafío de la ciencia abierta. Mientras, se muestra cómo se embodegan libros impresos que pocos leerán no tanto por falta de interés, como porque lo impidan las malas políticas de distribución, los precios o los hongos y la humedad. En fin, se abren muchas preguntas sobre el ejercicio soberano de políticas de conocimiento que aseguren que los campos de producción científica puedan constituirse y reproducirse en distintas escalas espaciales no tan abismalmente desiguales.

Por su parte, el tercer y último bloque de ensayos pone la mira en la perspectiva de los actores de los campos del conocimiento sobre las condiciones, condicionalidades y condicionamientos de su trabajo. *Academias y responsabilidad* inicia con un exhaustivo repaso de los impactos de ese fantasma que ha recorrido nuestras sociedades en las últimas décadas, a saber: el neoliberalismo. Entonces, la ciencia y la universidad en el capitalismo neoliberal son examinadas desde la perspectiva de los académicos como trabajadores de la cultura que han experimentado la desfinanciación de sus proyectos, una precarización laboral sin precedentes, el cambio de reglas y mecanismos de evaluación parametrales y la degradación de sus culturas profesionales y académicas. Precisamente se advierte del peligro que corre la reproducción de las culturas académicas por la competencia desenfundada, la crisis de

la socialización académica y el creciente conservadurismo intelectual, así como de los malestares, las soledades y las angustias compartidas. No obstante, se abre el análisis a la emergencia de configuraciones críticas donde tienen cabida prácticas resistentes no deseadas como la simulación o el “ir de muertito”, u otras, como la vinculación a proyectos o redes fuera de los marcos institucionales. En ese escenario de otros ensambles o entretnejidos con una perspectiva cultural más amplia de las relaciones entre ciencia, universidad y sociedad, se advierten rearticulaciones que buscan sumar fuerzas para recuperar el sentido histórico de las comunidades científicas a partir del fortalecimiento del rol activo de los y las académicas en el ejercicio de una ciencia pública, crítica, constructiva, comprometida, ciudadana. De ahí que se concluya hablando de apuestas públicas por una ciencia con responsabilidad social, crítica e incluyente y, también, radical y herética.

El recorrido por estos ensayos reunidos en los tres apartados comentados de manera muy general muestra los ejes del trabajo de investigación que desarrollo desde hace años como parte de mi pasión por los estudios sociales de la ciencia y del conocimiento. Mezclan un ejercicio autorreflexivo situado en Chiapas, México, desde mi experiencia personal, con el acompañamiento de la escucha respetuosa de otras experiencias en distintas instituciones en las más diversas regiones y partes del mundo con las que he tenido contacto directamente o a través de la obra de colegas, es decir, con una perspectiva comparada que busca entre múltiples referentes y referencias para comprender las singularidades en medio de las situaciones comunes y las tendencias generales. Por ello, es importante reiterar que al tratar los ecos de esos difíciles procesos contemporáneos evito caer en un coyunturalismo anclado en el dolor de las heridas, trato de prescindir de la brutalidad de encasillar a actores y a personas específicas cuyos nombres no se mencionan por respeto a sus integridades y, quizá, sobrevaloro la sinceridad que amo tanto a pesar de ser una cualidad en desgracia y, *ergo*, desagradecida. De esta manera les presento estos modestos ensayos de los que soy el único responsable, con la misma dedicatoria con que

PRESENTACIÓN

José Martí nos dejó sus *Versos libres*: “Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados”.⁶

San Cristóbal de Las Casas,
7 de junio de 2022.

⁶ José Martí, “Mis versos”, en *Obras completas. Versos libres*, vol. 16 (La Habana: Editorial Ciencias Sociales / Centro de Estudios Martianos / Karisma Digital, 2011[1882]).

Universidad y sociedad

El futuro de la universidad*

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI la universidad se enfrenta a una transición. El debate se encuentra atrapado entre las urgencias de la coyuntura y la necesidad de una perspectiva de más larga duración temporal. Sin dudas, el posicionamiento de las políticas universitarias expresa el *ethos* epocal de la globalización, el descomprometimiento de los Estados neoliberales con la inversión pública en educación y la debilidad de la academia para defender su propia visión de futuro.

La sociedad contemporánea es una sociedad del conocimiento. El conocimiento es central como el recurso más valioso y como verdadera fuerza productiva del desarrollo. Si la universidad es el espacio por excelencia para su transmisión, producción y fomento, entonces la sociedad contemporánea es la sociedad de las universidades. Ello supone que estas renuevan sus incertidumbres sobre el encargo de formar recursos humanos, de investigar y de producir conocimientos pertinentes para que la sociedad se piense a sí misma y desarrolle la capacidad de autotransformarse con criterios de autosostenibilidad. Sin embargo, las complejas relaciones entre ciencia, tecnología, sociedad y desarrollo afectan la producción, la distribución y las consecuencias sociales del conocimiento proveído por las innovaciones, y obligan a pensar en una cuestión decisiva: ¿cómo controlar o manejar socialmente el mayor poder destructivo de la ciencia y la tecnología? En consecuencia, el

* Publicado en *Identidad Universitaria*, UNICACH, año 3, núm. 39 (abril-mayo, 2006), 15.

encargo de la universidad va más allá de hacer ciencia, pues promover el uso del conocimiento avanzado con conciencia social es una de sus vocaciones seminales.

Hay muchos proyectos de universidad en disputa: ¿debe ser la universidad un centro productivo, una empresa, un laboratorio, una institución burocrática, una verdadera academia? Cada uno de estos proyectos define un perfil de universidad frente al mundo del trabajo, al Estado y a la sociedad en general. El mercado de trabajo tensa los modelos educativos universitarios entre la tradicional formación básica o integral de los estudiantes y la especialización que restringe el saber a una cultura profesional centrada en subcampos o temáticas y, por tanto, al profesional mismo a una miopía trágica sobre el mundo que lo rodea. De hecho, el nuevo papel económico del saber ha implicado grandes transformaciones académicas para la producción de conocimientos aplicados. El rol del Estado en las universidades cercena, la mayoría de las veces, la autonomía y la libertad académicas no solo porque define restrictivamente su encargo o sus responsabilidades sociales con el imperativo de la competitividad bajo los principios de la equidad, la calidad y, con el neoliberalismo, la eficiencia —es decir, con el manejo de los recursos a partir de resultados—, sino porque impone hasta los encargados de administrarlas según fines o compromisos políticos. Mientras, la sociedad, que debería ser la que más contara, es el sector realmente más marginal para visualizar la significación estratégica de sus universidades, las cuales a menudo claudican ante sus potenciales políticos. La preponderancia de la visión de cada uno de estos sectores con sus respectivos actores de vanguardia llevará a definir universidades funcionales al sistema productivo —por ejemplo, integradas a parques industriales—, polivalentes, restringidas, burocratizadas, militantes o académicas.

Todos los retos planteados obligan a enmarcar una discusión más amplia sobre el papel de las instituciones de educación superior en el desarrollo humano sostenible. La renovación del “ideal de universidad” debe apostar por innovaciones que, desde las tradiciones y memorias

particulares, potencien la transformación. Una visión de universidad moderna, pertinente, productiva y propositiva con una misión que trascienda en el tiempo y un compromiso social ineludible y prioritario. Esto es un proyecto común de académicos, estudiantes, administrativos y personal en general comprometido con: la generación y transmisión de conocimientos de la más alta calidad; la promoción de una amplia y diversificada capacidad de investigación; la formación, capacitación y desarrollo de profesionales creativos, con responsabilidad social y ambiental, a partir de una capacitación interdisciplinaria y con una amplia perspectiva cultural que los convierta en ciudadanos integrales; la generalización de una enseñanza avanzada, de calidad y en permanente renovación, y el desarrollo de compromiso con la función de mediación crítica, emancipadora y de servicio a la sociedad para la comprensión y solución de los problemas colectivos pensándolos en el largo plazo.

En dicha discusión, atención especial merecen los cambios estructurales que son necesarios para que la universidad sea más *integrada* en y para la transmisión y producción de conocimientos. Desarrollar la organicidad de las casas de altos estudios supone la integración horizontal de sus escuelas bajo un presupuesto de “unidad del saber” y una práctica de la interdisciplinariedad. Esto implica trascender el marco decimonónico de un conglomerado de escuelas o facultades autárquicas y los intereses individuales en aras de construir un sujeto colectivo como meta de la reconfiguración institucional. Un punto clave es promover la identidad universitaria como base de la integración horizontal a través de múltiples y simultáneas acciones. También, la universidad del siglo XXI debe ser una universidad *informatizada* o una universidad virtual. La informatización de sus servicios a través de inter e intra-redes permitiría expandir la educación a distancia e integrar en los procesos de aprendizaje a amplios grupos sociales, como una verdadera universidad abierta al tiempo y al espacio, es decir, más allá de los recintos y las ciudades universitarias.

Para transmitir el conocimiento e impulsar su uso social, se requiere de una sólida política de extensión universitaria, es decir, debe

ser *socialmente activa*. Ninguna universidad que se precie como tal debe renunciar a múltiples mecanismos de relacionamiento, pensados con cabeza propia, con la sociedad en su sentido más amplio y plural, incluyendo, por supuesto, al sector productivo. La universidad debe asumir una doble función de mediación crítica y de servicio a las exigencias de la sociedad.

Desde el interior de las universidades, quienes las habitamos y hacemos existir, socialmente hablando, siempre defenderemos una universidad como proyecto sustentado sobre la base de una comunidad académica cohesionada y comprometida con la cogestión universitaria y el premio al esfuerzo de sus estudiantes y profesores. Ello lleva a conjeturar sospechas con base en múltiples experiencias sobre universidades restringidas, burocráticas o militantes sujetadas a los intereses del mercado laboral o político, es decir, que responden a intereses extraacadémicos. Para aclarar las fortalezas del ideal de universidad se pueden subrayar los valores por los que se apuesta: ética, solidaridad, democracia, derechos humanos y justicia social. Además, puede enunciarse claramente este ideal de universidad latinoamericana como una universidad *involucrada* en el desarrollo a partir de potenciar sus capacidades formativas, creativas, críticas y propositivas. Una universidad del siglo XXI no se concibe si no está *articulada* a los sistemas o redes de enseñanza más avanzados del país y del extranjero.

Sin dudas, la universidad del futuro alcanza una significación estratégica, una proyección cultural y política trascendental. Por ello se debe convocar a la comunidad académica a fin de desarrollar la capacidad para reflexionar, proponer iniciativas y sumarse al reto de pensar la universidad del siglo XXI, todo ello apostando con fuerza para que, como dice el entrañable himno universitario, “¡Viva la Academia!”, pero que viva autónoma de hecho y de derecho.

Universidad y sociedad: el clamor de otras relaciones*

LAS UNIVERSIDADES PÚBLICAS TIENEN un compromiso y una responsabilidad fundamentales con las sociedades donde se acunan, fundan y desarrollan. Muchas de ellas nacieron como proyectos de intelectuales con amplia visión y capacidad de incidencia en las agendas públicas, y lograron cristalizarse con simpatías y apoyo de representantes del gobierno y el Estado de distintos niveles en contextos sociohistóricos y coyunturas políticas concretas, en medio de correlaciones variables de fuerzas sociopolíticas que se disputaban cuotas de poder y, aunque no lo supieran o reconocieran, proyectos de sociedad.

Las universidades no pueden olvidarse de las sociedades para las que trabajan y a las cuales se deben. Sus propósitos de vinculación, intervención y proyección social han sido fundamentales tanto en el viejo concepto de extensión universitaria —un logro de las reformas universitarias del siglo XX—, que se ha ido restringiendo a la oferta de servicios y a vínculos con el sector empresarial, como en la amplia perspectiva actual de políticas culturales universitarias con programas y proyectos que conectan a las comunidades universitarias con las familias, los grupos sociales, los actores políticos, el mercado y la ciudadanía en general. Empero, la sociedad, como ese conjunto heterogéneo, jerár-

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 28 de julio de 2017. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2017/07/universidad-y-sociedad-el-clamor-de-otras-relaciones/>

quico y desigual que comparte señas de identidad y proyectos comunes más allá de las ideologías dominantes, no debe olvidarse de sus escuelas, ni de sus universidades públicas, como cunas de las relaciones entre personas y entre estas con sus entornos, ni de las virtudes cívicas y los proyectos sociales donde se fragua el devenir de su propio futuro. ¿Qué pasa, pues, en y con nuestras universidades públicas?

En Chiapas, estas han quedado en manos de grupos de poder, de una élite política local ávida de poder para su reciclaje continuo y el juego de intereses económicos. Los partidos políticos, las redes familiares y los funcionarios de turno no escatiman esfuerzos para controlar estos escenarios de visibilidad y notoriedad pública, así como de usufructo financiero discrecional que favorece el tráfico de lealtades y las trayectorias políticas que, cuando menos en el papel o simbólicamente, se prestigian y adecentan. Ellos son de una labilidad ideológica camaleónica y rápidamente negocian para entrar en alianzas, por ejemplo, con quienes tienen “pendientes”, “recomendados” o “encargos” y con grupos sindicales que se alimentan de las esperanzas del trabajador universitario, del profesorado y de la administración, sobre todo de los más jóvenes, con contratos precarios, para traficar favores y cuotas de poder, así como con otros universitarios que buscan individual o grupalmente salidas a sus situaciones particulares a cambio de jurar nuevas lealtades a cada nueva figura impuesta en las sillas rectorales o en sus adyacentes. Sin duda, la intervención corporativa de los sindicatos en la administración educativa y la gestión académica corrompe los valores y principios de las personas y las instituciones. Más vergonzoso aún es cuando estas agendas privadas de huestes locales involucran de distintas formas y a través de disímiles vías a los estudiantes universitarios al manipular las sinceras inquietudes y propuestas juveniles para cambiar las culturas universitarias y ser coprotagonistas responsables de las agendas universitarias.

La falta de institucionalidad, la precariedad legislativa, la burocratización administrativa, la penuria financiera, la pérdida de excelencia

académica y la falta de transparencia en la toma de decisiones y en las instancias de seguimiento y regulación de la vida universitaria, son males tanto de las universidades chiapanecas como de otras en México y el mundo. Empero, en Chiapas hemos constatado el deterioro ético, el menoscabo de la vida académica, las prácticas de corrupción con contratos y aumentos selectivos a los amigos y cómplices, repartos de influencias entre grupos de poder, mal uso de recursos universitarios y deformadas estructuras salariales que no estimulan al personal académico y administrativo para realizar un trabajo digno y comprometido institucionalmente. ¿A quién favorecen estos campos universitarios arrasados por la codicia política y económica? Está claro que a la creatividad, a la innovación y al desarrollo de entornos constructivos y favorecedores de actos pedagógicos liberadores, al desarrollo de las ciencias, las humanidades y las artes, y a la libertad de investigación productora de nuevos conocimientos y soluciones para los problemas sociales, no; a la sociedad civil tampoco se favorece porque no hay compromiso con actos efectivos, sostenidos y sustentables que aporten al bien común y a la construcción de ciudadanía. A la sociedad política cooptada por buscadores de poder, fama y fortuna y por redes de compadrazgos, y a la mercantilización de la educación superior en clave neoliberal para favorecer a las universidades privadas, sí.

Es hora de que la sociedad chiapaneca mire hacia las universidades públicas como una muestra de los bienes públicos que se pueden defender. El gobierno de las universidades locales no puede continuar quedando en manos de políticos tradicionales pertenecientes a élites familiares o profesionales que por lo general mandan a su propia descendencia a universidades privadas de “prestigio”, por ser de paga, incluso en otros estados o fuera del país. No podemos contentarnos con decir que lo que sucede aquí, allá y acullá es parte del “folclor local”, de los “aires de provincia” o de la *chiapanecidad*, cuando muchas de las inteligencias más brillantes y de las manos más laboriosas de Chiapas han trabajado y trabajan arduamente para construir espacios universi-

tarios a la altura de los tiempos. También, cuando la fuga de cerebros de investigadores, artistas e intelectuales emerge como alternativa de vida digna, desarrollo profesional y trabajo creativo.

La sociedad chiapaneca debe reclamar un papel activo en la política educativa y en la de ciencia y tecnología. Por ejemplo, debe: exigir que las juntas directivas de las universidades sean ampliadas, democratizadas y ciudadanizadas; participar en el debate de los universitarios críticos que exigen que las universidades dejen de ser botines políticos, y favorecer la actualización y profundización de las normativas universitarias para alcanzar un orden organizativo, administrativo y académico a la altura de las necesidades más sentidas de las comunidades y de los desafíos de sus encargos sociales. También, es importante exigir a los gobernantes y gobiernos de turno que respeten de hecho las autonomías universitarias y el autogobierno para decidir los programas y proyectos de desarrollo institucional de forma novedosa y creativa, con miras mayores a las de un sexenio y a campañas electorales, así como que se diseñen regímenes presupuestales sostenidos —sin recortes, en expansión— y esquemas administrativos al servicio de agendas académicas centradas en sus funciones sustantivas, a saber: formación, investigación y promoción de la cultura científica y humanista. Esto es, en un sentido amplio, reflexionar públicamente sobre los desafíos para la construcción, el desarrollo y la consolidación de las universidades de Chiapas en el siglo XXI como espacios por excelencia para la educación, la ciencia y la cultura.

Sociedad y universidad deben dialogar para pactar nuevamente sus presentes porque los caminos triunfales de la *chiapanecidad* en este terreno no van tan unidos como las raíces y las ramas de las sagradas pochotas, con la tierra, el agua y el cielo. Es hora de discutir públicamente entre todos y todas cómo recuperar del deterioro institucional los espacios universitarios que tanto costó inaugurar en el pasado, que ganaron a pulso prestigio social a nivel local, regional e internacional y que cuestan recursos públicos que salen del sudor colectivo de quienes ganan dignamente el pan diario, mientras los administradores públicos

los regulan a cuentagotas para controlar y empobrecer a las instituciones públicas antes de, posiblemente, desaparecerlas, como advirtió Pablo González Casanova.¹ Proteger a las universidades de oportunistas e irresponsables por acción u omisión, preservarlas de las veleidades político-partidistas de los que detentan los poderes ejecutivo, legislativo y judicial y de los que aspiran a detentarlos, es un imperativo ético y político si pensamos primero en la transformación de Chiapas. En las universidades locales tiene que favorecerse tanto la reconstrucción de la institucionalidad con la participación responsable de profesores, investigadores, estudiantes y administrativos con espíritu universitario, como el encuentro de ideas del que emerja el feliz porvenir deseado para Chiapas en el mundo.

¹ Pablo González Casanova, *La universidad necesaria en el siglo XXI* (México: Era, 2001).

¿Autonomías de papel? Sobre sus sentidos universitarios*

AUTONOMÍA ES UNA DE esas palabras que con solo ser evocadas remiten a significados sociales muy profundos. La autonomía ha sido un ideal social de extraordinaria fuerza movilizadora a lo largo de la historia. Para los universitarios es el símbolo irrestricto de enconados conflictos, largas luchas y grandes movilizaciones de estudiantes y profesores para alcanzar reformas medulares en las casas de estudio y en la sociedad en general. La autonomía como símbolo integra a las comunidades universitarias que atesoran principios, valores, derechos y bienes patrimoniales de las sociedades nacionales, locales y de la humanidad toda. También, constituye las culturas universitarias al permitir actualizar repertorios de conocimientos, métodos y técnicas en condiciones que se desean creativas, democráticas y socialmente significativas. Sin duda, la autonomía universitaria es una idea fuerza cargada de juegos interpretativos y de ambivalencias políticas e ideológicas. Su realización ha sido un verdadero Sísifo colectivo en medio de condiciones reales que tienden a ser estériles, autoritarias e insignificantes en unas cuantas de nuestras casas de altos estudios.

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 1 de marzo de 2018. A propósito del XVIII aniversario de la autonomía de Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2018/03/autonomias-de-papel-sobre-sus-sentidos-universitarios/>

La vida real de nuestras universidades remite en muchas ocasiones como tendencia general a autonomías de papel, esto es, a formalismos jurídicos atados al principio de ley que reconocen las labores académicas singulares bajo un régimen excepcional, extremo y último de organización y de ejercicio de derechos y libertades a la educación pública, al pensamiento, al conocimiento, a una vida pública laica y a la convivencia. Sin duda, el autogobierno es el núcleo fundamental de la autonomía universitaria, junto al cogobierno entre académicos, estudiantes y egresados. Generalmente, la facultad y la responsabilidad de las comunidades universitarias para gobernarse a sí mismas han sido producto de arduas pugnas resueltas por mandato del soberano, el pueblo, en un acto legislativo de sus representantes, que afirma la existencia de las universidades como órganos desconcentrados o descentralizados y delega tales capacidades de autogestión administrativa, académica y económica en la *universitas personarum*. La vida de la entidad autónoma es asegurada con el apoyo moral y económico de la sociedad y con leyes orgánicas sancionadas afirmativamente por los poderes legislativo y ejecutivo lo que, al final, termina imponiendo estructuras de dirección de manera vertical y antidemocrática.

Ejemplos de ello son las Juntas de Gobierno formadas por unos pocos notables —en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), quince; en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) y en la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH) solo cinco, de los cuales dos son académicos— que eligen a quienes asumirán la rectoría y la dirección de las unidades académicas, así como los Consejos Universitarios donde dominan los consejeros exoficio —rectores, directores de unidades académicas y, en la UNICACH, los secretarios académico y general con voz y voto— sobre la representación de la comunidad universitaria de estudiantes, profesores y administrativos. Precisamente, las tensiones entre la autonomía postulada y la autonomía realizada han dinamizado los procesos de actualización de las identidades de los actores universitarios a lo largo del tiempo.

En este sentido, se ha afirmado que la autonomía es una condición fundamental, necesaria e indispensable para la universidad. Asimismo, que esta es un mandato necesario o una disposición seminal de la sociedad. Las relaciones de las universidades con sus sociedades remiten a vínculos heterónomos, es decir, a múltiples dependencias recíprocas que relativizan todo el tiempo la autonomía. Las luchas frente a los controles externos de las universidades han sido más o menos fuertes y frontales contra poderes monárquicos, monásticos, dictatoriales, caciquiles, partidarios, financieros y de otras élites. Esas relaciones de fuerzas sociales y simbólicas, de simetrías variables en el tiempo, continúan en tensión y conflicto en todos los terrenos sociopolíticos, sociorreligiosos y socioeconómicos. Un hecho que duele a los universitarios de aquí y de allá es la cooptación de la vida universitaria por grupos de poder de académicos, sindicatos, estudiantes, burócratas, políticos y familias, constituidos como poderes de facto con apetitos extraacadémicos y con prácticas de reproducción y ampliación de sus redes clientelares y círculos de poder. De esta manera, nuestras casas de estudios superiores se ven sometidas a colaboraciones y enfrentamientos coyunturales cuando hay divorcios entre esas fuerzas, intereses y voluntades de poder por el control tanto del saber, como de los recursos económicos de los espacios universitarios.

Con todo ello se acumula la debilidad institucional, se normaliza la violación de los principios y valores universitarios, se naturaliza la excepcionalidad y el *modus operandi* discrecional y se ritualizan mediáticamente la transparencia y la rendición de cuentas con los maquillajes que requiera el lenguaje performativo del monólogo. Los grandes vacíos normativos, las trampas interpretativas de la legislación y los reglamentos, la precariedad laboral con contratos cada vez más draconianos y la burocratización administrativa apuntan al progresivo debilitamiento de las universidades como instituciones de Estado y a su tránsito hacia instituciones cooptadas política y empresarialmente, privadas o particulares. Si se mantiene el decoro institucional de muchas

universidades es por los contingentes de estudiantes y maestros que con persistente dedicación apostólica asumen las agendas sustantivas a pesar de los altos costos que les transfieren a sus salarios, su salud y su vida familiar tanto el Estado, como los encargados de los gobiernos en todos los niveles.

La manipulación de la autonomía está vinculada con el uso de las universidades con fines políticos, con el control social del conocimiento público, con la regulación de la movilidad social ascendente de los sectores populares y con la restricción del carácter de “hombres públicos” a unos cuantos apellidos. También, con la manipulación inescrupulosa del estudiantado, de “líderes sin seguidores” como decía Carlos Monsiváis, como punta de lanza contra otros estudiantes o miembros de la comunidad universitaria; e, incluso, con el gesto perverso de quitarle a los universitarios agencia crítica y propositiva para la renovación institucional reduciéndolos o criminalizándolos como “algunos”, “inmaduros”, “revoltosos”, “revolucionarios”, “izquierdistas” o, siniestramente, “ayotzinapos”.

El formalismo de la autonomía se evidencia en las sujeciones económicas. Aunque la dotación de recursos es parte del compromiso público que expresa el pacto social asegurado jurídicamente, su manejo con verdaderos estiras y aflojas no garantiza procesos sostenibles en el desempeño de las funciones sustantivas, ni crecimientos orgánicos de la cobertura y la oferta educativas, cada vez más reñidas con las necesidades sociales y menos con las demandas del mercado laboral. Tampoco se reafirman buenas prácticas para cumplir metas institucionales y encargos sociales porque, por ejemplo, el concepto dominante de calidad avasalla los propios consensos de las comunidades académicas sobre qué y cómo determinar su quehacer, o se evalúa con principios utilitaristas basados en los valores del mercado e indicadores productivistas. Los procesos de fiscalización, certificación y acreditación de la educación superior desde los años noventa han promovido acuerdos nacionales e internacionales para ampliar la comercialización de los

servicios educativos —véanse, por ejemplo, los “Acuerdos de comercialización de servicios” de la Organización Mundial del Comercio (OMC) desde 1991—, el crecimiento de universidades de carácter empresarial y corporativo a veces transnacional, el condicionamiento sesgado de los presupuestos, el decrecimiento del subsidio estatal, y la proliferación de empresas certificadoras de programas, carreras, procesos y trayectorias académicas.

Durante los últimos treinta años el Banco Mundial (BM) ha marcado la línea neoliberal dominante en las políticas educativas al subrayar la poca rentabilidad de la inversión en educación y recomendar el incremento de las cuotas de matrícula, así como el aumento de los apoyos estatales a las instituciones privadas o particulares. Al mismo tiempo, ha sostenido que la educación es un “bien público global” para legitimar un mercado global basado en acreditaciones y *rankings* que priorizan la capacidad y habilidad empresarial de las universidades para la venta de servicios a su cartera de clientes y consumidores, como títulos exprés, capacitaciones, consultorías y paquetes educativos. Sin duda, una verdadera cruzada utilitarista contra la educación como servicio público y a favor de la reducción de las competencias del Estado, la privatización, la mercantilización y la externalización de los costos hacia las comunidades educativas y, sobre todo, hacia las familias. Las graves consecuencias de la “modernización empresarial” de las universidades se expresan con claridad en la estandarización de la oferta educativa y de la producción académica, en su descontextualización de las sociedades locales con una pérdida de identidad cultural y arraigo social, así como en la precarización de las condiciones de trabajo, en el aumento de las brechas entre regiones, universidades y unidades académicas, en el estancamiento intelectual ante tanto regateo de recursos o apoyos y en el endeudamiento descomunal como nuevo modelo de financiamiento que hipoteca el futuro. El control curricular a partir de la estandarización y la homogenización de planes y programas educativos, donde lo humanístico se reduce a mínimas

expresiones, deviene como una mordaza para libertades como la de cátedra, entre otras.²

Como decía antes, lo universitario remite a la libertad de ejercer derechos como condición de la vida académica, y a un ser universitario con representaciones y prácticas cambiantes que giran históricamente en torno a la autonomía. La defensa de la autonomía pasa por la denuncia de las violaciones de las libertades constitucionales y de los allanamientos territoriales con violencia física o simbólica mediante operaciones ilegítimas contra la vida universitaria. Aunque invisibles para los ojos, las ocupaciones simbólicas atan y silencian para obstaculizar, impedir o subordinar las funciones universitarias esenciales a intereses extrauniversitarios, como ocurre con requerimientos financieros de campañas políticas o la perversión de favores y lealtades coloniales. Las manipulaciones de la autonomía universitaria a través de acosos gubernamentales, burocratización, usos políticos, precarización laboral, judicialización de las diferencias y academicismos redundan en fragilidades institucionales, tanto como la opacidad de las promociones o los concursos de oposición, si es que llegan a ocurrir, cuando las plazas no fueron objeto de negociaciones previas o congeladas para hacer economías.

Defender la autonomía no significa ceguera ante una pretendida pureza o sacralidad del lugar del conocimiento. Significa resistencia ante el autoritarismo fuera y dentro de las universidades; significa vindicación de ejercicios libres de docencia, investigación, creación, pensamiento, organización, elección y asistencia a clases y, por tanto, es ajena a lealtades incondicionales dado que se remite a la vocación de servicio a la sociedad, porque la educación es, en todo caso, parafraseando la definición del BM, “un bien social y público de la humanidad”. La autonomía representa la lucha contra el pensamiento único, dogmático y conformista que empobrece y encadena al pasado porque sienta las bases para el pensamiento crítico y emancipador desde el

² Véase el artículo 4 de la Ley Orgánica de la UNICACH, 2011.

pleno reconocimiento de la pluralidad de ideas y posiciones en medio de las formas y lógicas del poder social.

Hoy los significados de las autonomías discurren por nuevos caminos y complejidades cuyas esencias y límites no van encaminados al reclamo de privilegios universitarios, sino a la construcción de condiciones de posibilidad para servir a la sociedad de manera virtuosa a partir del pleno reconocimiento de la agencia cultural de la universidad. Solo a través del cumplimiento cabal de sus funciones sustantivas esta podrá seguir actuando plenamente frente a la “acumulación de vergüenzas” y transformando “los dolores que quedan” en tanto “libertades que faltan”, como dijeron los estudiantes de Córdoba en su *Manifiesto Liminar* hace cien años con una fuerte dosis de romanticismo.

Resumiendo la perspectiva parcial hasta aquí compartida, los sentidos de la autonomía universitaria sitúan en tres planos generales los sentimientos, los pensamientos y las prácticas de los universitarios y las universitarias. El primer plano es el del ejercicio de derechos y libertades sociales constitucionalmente refrendados como valores democráticos para la convivencia, los cuales son una esperanza para la sociedad frente a todas las formas de poder ejercidas en nombre de condiciones como clase, etnia, raza, género, sexo, sexualidad, edad o nacionalidad, así como frente a la mercantilización de bienes y servicios fundamentales para la reproducción social. El segundo plano ubica la cuestión en el conjunto más amplio de las relaciones de producción, conservación, acceso y distribución de conocimientos, información y datos significativos para la representación de la realidad y la plausibilidad de las prácticas transformadoras de los actores sociales; es decir, remite al control del conocimiento público, entendido como amplio repositorio colectivo de discernimiento, mediante agencias culturales reguladoras de la significación social del conocimiento entre las que se encuentran los sistemas educativo, de ciencia y de tecnología. Por último, el tercer plano remite a dimensiones ético-políticas donde se suman dos compromisos fundantes y trascendentales a la conciencia de que la universidad depende de múltiples relaciones de poder recí-

procas y asimétricas —heteronomía—: por un lado, la responsabilidad social con el ejercicio de las libertades fundamentales, la defensa de todas las formas de vida y de estar juntos sobre la base de ideales éticos como el respeto, la inclusión y la tolerancia tanto en la sociedad en general como en esa metáfora suya que es la universidad; y, por otro, una responsabilidad científica con el desarrollo de la ciencia a partir de buenas prácticas e integridad académica en tanto en cuanto los conocimientos y saberes son patrimonio universal que todos y cada uno de los hombres y las mujeres debemos preservar como garantes últimos de ese proyecto común que es la supervivencia de la especie humana.

Por ello, los universitarios debemos abogar por una relación más compleja entre universidad y sociedad. Ambas se encuentran involucradas de forma colaborativa en la defensa de lo público, en lo general, y de la educación pública y gratuita, en lo particular, protegiendo el pleno ejercicio de todos los derechos y las libertades frente a todas las formas de cooptación política y de violencia social. Sin duda, la educación es un servicio público estratégico para la reproducción sociocultural de nuestras sociedades, de ahí el ineludible compromiso sociopolítico de las universidades para impulsar programas académicos, servicios educativos y políticas culturales y comunicativas de carácter incluyente, renovador y propositivo.

Finalmente, la autonomía justifica la construcción de comunidades universitarias de razonamientos y sentimientos que cohesionan un “nosotros” con una dimensión política insoslayable que se activa sobre todo cuando la dignidad es pisoteada y se acumula un memorial de agravios y oprobios con los que se pretende contener la vibrante energía universitaria. Las luchas actuales por la inalcanzable plenitud de la autonomía universitaria articulan demandas de probidad y de transparencia institucional, de profundización de la calidad democrática de la vida colegiada; articulan también cuestionamientos a la burocratización, al autoritarismo y a otras distorsiones en las relaciones intrauniversitarias por prácticas administrativas asfixiantes, intereses individuales dominantes por encima del interés colectivo e institucional, y limitaciones

materiales y académicas que opacan el trabajo constructivo, creativo y aplicado. Las circunstancias presentes permiten recordar las palabras de aquel digno rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, cuando izó la bandera a media asta en la explanada de la rectoría el 30 de julio de 1968 tras la violación de la autonomía universitaria el día anterior con la intervención armada en la preparatoria San Idelfonso:

“La AUTONOMÍA no es una idea abstracta,
es un EJERCICIO RESPONSABLE,
que debe ser RESPETABLE y RESPETADO por todos”.³

³ Mayúsculas añadidas.

La reforma de la universidad chiapaneca

Las jaulas de oro*

De qué me sirve el dinero
si estoy como prisionero
dentro de esta gran nación
cuando me acuerdo hasta lloro
y aunque la jaula sea de oro
no deja de ser prisión.⁴

DOÑA LUPITA QUEDÓ ENCANTADA con los trabajos finales de mis estudiantes del curso de Teorías de la frontera. Le gustaron los videos que prepararon sobre la frontera sur de México y otros materiales visuales utilizados en clase, todos exhibidos durante una jornada académica pública de cierre del semestre. A la mañana siguiente, me visitó y conversamos sobre los videos con particular énfasis en la dramática situación de los migrantes. Conmovida me compartió *La jaula de oro* (2013), una película mexicana dirigida por Diego Quemada-Díez⁵ sobre

* Publicado como “La reforma de la universidad chiapaneca (I). Las jaulas de oro”, en *Chiapas Paralelo*, 4 de diciembre de 2018. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2018/12/la-reforma-de-la-universidad-chiapaneca-i/>

⁴ Los Tigres del Norte, “Jaula de oro”, en *Jaula de oro* (México: PROFONO Internacional / Fonovisa Records, 1984), track 1, 2:47 min.

⁵ Diego Quemada-Díez, *La jaula de oro* (México: Animal de Luz Films / Kinemascope Films / Machete Producciones, 2013), 110 min.

los éxodos migratorios y las travesías fronterizas. Otro día conversamos sobre el filme y el simbolismo de las jaulas que nos aprisionan. No sé por qué entresijos la plática nos llevó a hablar de nuestro espacio de trabajo: la universidad. Quizá el discurso como construcción diferencial, según explicara Ernesto Laclau,⁶ abrió sus sentidos al encadenarse con nuestra propia “jaula de oro”.

Las diferencias salariales entre ella y yo son las más extremas de la universidad, sin contar a las autoridades universitarias con las que se reproduce la misma tremenda escala de desigualdad que atraviesa nuestra sociedad. Sin embargo, ambos coincidimos en hilvanar un réquiem de malestares; cada uno, con sus puntos de vista y desde sus experiencias, definió relaciones entre los signos de nuestras precariedades, aunque terminamos dando gracias por la suerte de tener un trabajo, trabajo precario, pero chamba al fin y al cabo. Más allá de una comparación sensible y desproporcionada y del conformismo, la universidad, como una jaula de oro, remite a una realidad que aprisiona con malestares difíciles de ocultar con un dedo o de resumir en círculos viciosos donde las lógicas organizacionales, las jerarquías y las trayectorias profesionales remiten a procesos rituales con simulacros de inclusión, movilidad laboral y social, reconocimientos y estímulos al trabajo o al estudio. Una realidad que enferma crónicamente a las comunidades universitarias, como a todas, con disputas entre privilegios y derechos.

Generalmente se ha considerado la universidad como una “torre de marfil” para criticar su aislamiento social, su elitismo, su distancia de los procesos reales de vida y el enclaustramiento intramuros para resguardar un “tesoro” que ha costado a la humanidad siglos y vidas. Sin duda, la universidad es una expresión de la sociedad, de sus estructuras y de los medios políticos que modulan las desigualdades entre actores sociales y las formas dominantes de las relaciones entre poder y saber.

⁶ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004).

La indiferencia de las universidades con sus realidades, el desarraigo de sus contextos y la distancia de los problemas colectivos han sido contruidos sociopolíticamente. Los proyectos universitarios han significado siempre proyectos sociales, porque universidad y sociedad se relacionan y constituyen de manera recíproca y compleja en sus metas, planes y horizontes de cambio. Dicho de otro modo referencial, la universidad chiapaneca es expresión sintética de la sociedad chiapaneca: un botón de muestra, un síntoma, de la problemática realidad sociopolítica que vivimos en la entidad.

Las sociedades mexicana y chiapaneca están convocadas a cambios por sus nuevos gobiernos y, en particular, sus expectativas sociales crecen ante una apenas esbozada nueva política educativa, de ciencia y tecnología basada en la renovación del pacto social donde la ciudadanía, otras sabidurías y las comunidades científicas serán protagónicas, así como en el reconocimiento de derechos humanos y sociales entre los que destacan los derechos a la educación, al conocimiento y a la ciencia. Empero, ¿qué probabilidades tenemos en Chiapas de reformas que expresen las demandas sociales y las expectativas de cambio, que superen los lastres históricos de una deuda social acumulada de la cual forma parte la educación superior como campo sociocultural donde, sincera y rudamente, más allá de nuestro orgullo y vanidad aldeana, se constata un ambiente rudimentario y muchas veces pedestre?

Una amplia mayoría reconoce la necesidad de nuevas rutas de transformaciones sociales para el país y para Chiapas. Las aspiraciones de cambios sociales en el marco de la Cuarta Transformación tienen su correlato en las de cambios en las universidades. La transformación social necesita contar con las universidades, pero las universidades necesitan transformarse. De hecho, algunas casas de altos estudios del país han iniciado, o han manifestado que iniciarán, una reforma de forma y de fondo, no cosmética, para responder a las nuevas demandas y superar sus lastres decimonónicos y veintescos, y han creado comisiones de reforma integradas y lideradas por sus académicos más reconocidos. Sin duda, se trata de una oportunidad histórica para

plantearse una reforma integral, aplicada y evaluada socialmente: una reforma en serio, cabal.

Las universidades constituyen las instituciones educativas y culturales más importantes del estado en Chiapas. Sin embargo, hasta donde sabemos ningún proyecto rectoral en curso o en construcción ha puesto a las universidades locales en remojo o en el aliño de una reforma estructural. En Chiapas también queremos universidades como inspiración de la sociedad y no como espanto de nosotros mismos cuando estalla una huelga o una protesta contra lo realmente existente. Por ello, compete a todos y a todas pugnar por la convergencia entre el proyecto político para la entidad, el proyecto político nacional y los proyectos universitarios. ¿Por qué es necesario armonizar las agendas universitarias y las agendas sociales de cambio? ¿Por qué deben converger los cambios extramuros con los que se implementen intramuros universitarios?

Un diagnóstico integral de la situación de las máximas casas de estudios en la entidad mostraría múltiples dimensiones de sus crisis cotidianas. Más allá de los resultados alcanzados con el esfuerzo de los universitarios y las universitarias, debemos centrarnos en los procesos y las lógicas de las relaciones establecidas a partir de las políticas educativas dominantes. Solo con documentos programáticos que sean realistas y con amplias miras de futuro se puede trazar una estrategia política de transformación. También, con auditorías académicas, administrativas, financieras, operacionales y sociales de carácter público, participativo y colegiado para despejar todas las dudas, las sospechas, los sentimientos compartidos de ultraje y las convicciones de que vivimos varias crisis. Oír, mirar e intervenir para, sobre todo, desterrar las malas prácticas que avergüenzan y colonizan a las comunidades universitarias, transparentar los procesos internos, desarrollar la normatividad y acompañar la rendición de cuentas hasta fortalecer las culturas organizacionales. No podemos empezar sin reconocer las limitaciones de origen con las que se fundó cada universidad en distintas coyunturas históricas, los procesos que fueron determinando sus singulares dinámicas y, en

particular, los impactos de las políticas neoliberales por más de tres décadas. Estas últimas las han dejado desfinanciadas, desinstitucionalizadas, burocratizadas y autocráticas.

En cuanto a su carácter antidemocrático, debe reconocerse la existencia de sistemas de gobierno donde se concentra todo el poder en la figura de un rector cuya voluntad absoluta, su soberanía trastocada en soberbia política, casi virreinal, se expresa en acciones y decisiones que no se sujetan ni se restringen a las legislaciones y normativas internas, o bien las interpretan o modifican con artificios legaloides a modo para legitimar una gestión o gerencia. Asimismo, se maneja la conformación de los órganos colegiados, cuando existen u operan, con una mayoría de miembros exoficio; se coopta a sus integrantes, generalmente impasibles, en las pocas sesiones convocadas para levantar la mano teatralmente en cumplimiento de lo normado o para refrendar designios de quienes los impusieron, y se distorsiona lo dicho en las sesiones en actas formales y minúsculas cuya socialización es restringida. Por ello, las universidades han sido un apetecible espacio de “servicio público” —un bien público devenido botín de guerra, como sabemos— para “buscadores de poder”⁷ que terminan por secuestrar casi todos los escasos mecanismos reguladores o de control participativo con su capacidad de pago y por cultivar un sentimiento de “dueñidad” sobre las universidades, mientras persiguen el dinero para comprar notoriedad pública. Nuestras universidades cuentan con una estructuración vertical y conservadora que se basa en el control de los órganos de gobierno internos —juntas directivas, consejos universitarios, consejos académicos, comisiones o comités— y en la elección de las autoridades que conforman esos mismos órganos a través de procesos poco transparentes y de espaldas a las comunidades universitarias.

⁷ Andrés Fábregas Puig, *Marcos institucionales de la antropología en Chiapas a finales del segundo milenio* (Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 2015).

Las universidades son instrumentalizadas en las dinámicas de reproducción de redes de poder más amplias y de clientelas internas. Son burocratizadas con una casta de asesores o expertos que a veces dan una prueba de su existencia material al mover un lápiz para escribir un discurso oficial o al presentarse como aplaudidores en un acto público. También, son precarizadas al transferir sus costos de operación a las comunidades con unas condiciones de trabajo y vida poco propicias para reproducir sus profesiones u oficios y hasta sus vidas. Entonces, la universidad en la realidad nuestra de cada día es modulada con arbitrios y discrecionalidades, y ensoñada con corrupciones que no abonan precisamente a transformar la vida y a despertar juegos de amor.

Las políticas educativas neoliberales han tenido como objetivo condicionar los recursos y apoyos a cambio de evaluaciones que miden la calidad de la educación y devienen en instrumento político por excelencia para el control y el disciplinamiento según criterios impuestos desde fuera de las comunidades universitarias por organismos internacionales como el Banco Mundial. Ese condicionamiento de la vida interna se ha dado con la aplicación e instrumentación de políticas federales, sin considerar el impulso de los proyectos propios, los mecanismos internos de rendición de cuentas y las estrategias planteadas para el desarrollo académico. También, se ha concretado con la relativización de la legitimidad social de las universidades.

El parametraje ha sido el medio para reducir el “gasto por alumno” o, en términos críticos, reducir la inversión pública en educación aludiendo a las ineficiencias e incapacidades del sistema público, por una parte, y a la prioridad de las relaciones mercantiles a través de la monetarización de las matrículas, colegiaturas y otros servicios educativos, por otra.⁸ La política de escasez ha puesto a competir a las instituciones y a los trabajadores y, a la postre, ha acumulado tanto

⁸ Denise Leite et al., *Políticas de evaluación universitaria en América Latina: perspectivas críticas* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2012).

problemas financieros, como muchas otras telarañas que aprisionan en relaciones serviles o clientelares.

La sujeción de las instituciones de educación superior a la asignación anual de presupuestos en función de unos cuantos indicadores cuantitativos como medida de sus resultados, así como de evaluaciones externas del éxito o el fracaso de sus programas en correspondencia con las políticas predominantes, ha sido un lastre con consecuencias perversas o no deseadas. Una de ellas se expresa en el gradual aumento de los precios de las matrículas y las inscripciones, que ha puesto en jaque la gratuidad de los estudios y el acceso mismo de estudiantes de clases o sectores populares; asimismo, el limitado sistema de becas y apoyos para la permanencia ha abonado a la deserción escolar. El Estado tomó distancia y, bajo el principio de la corresponsabilidad, obligó a las instituciones de educación superior a pensarse en la lógica de la comercialización de sus servicios para generar ingresos propios. El carácter público de las universidades se ha visto seriamente cuestionado tanto como seriamente erosionado el derecho a la educación superior en nombre de privilegios de clase y meritocráticos.

En este contexto muy general, se encuentra la urgencia de construir una visión integral de largo plazo del desarrollo de las universidades que oriente los trabajos y la participación de la comunidad universitaria. Esos planes de trabajo deben dibujarse con ejes robustos que sitúen a los actores universitarios como comunidades de sentido histórico, para lo cual es prioritario definir y atacar los problemas estructurales de las universidades con una serie de claves o condiciones claras.

Un principio ineludible de una política de Estado en materia de educación superior es garantizar presupuestos multianuales para las universidades públicas con independencia de los gobiernos de turno. Otro, la defensa del carácter público y gratuito de la enseñanza superior como garantía de los derechos sociales y culturales, y como condición necesaria para democratizar el acceso de las nuevas generaciones a universidades de calidad académica. Defender la universidad pública como casa del pensamiento crítico de largo alcance es vindicar dere-

chos y la democratización del conocimiento, así como la apropiación social del mismo.

Una clave seminal o condición necesaria es robustecer la autonomía universitaria. Esta debe dejar de ser de papel, formal o tutelada desde palacios. La *universitas personarum* mandatada por el pueblo soberano o la multitud de colores, afirmada con un sentido republicano. El estatus autónomo es necesario e indispensable para desdoblarse la preponderante definición de negocios patrimonializados o de feudos grupales, corporativos o familiares, así como para alcanzar un autogobierno real con autogestión administrativa, académica y económica y un cogobierno efectivo entre académicos, administrativos, estudiantes y egresados. La cuestión es situar la democracia universitaria como pilar de la vida interior con la participación de todos los actores internos, y con un acompañamiento ciudadano que vindique el libre ejercicio de la docencia, la investigación, la creación y el pensamiento, y que vele por la vocación de la universidad de servir a la sociedad y la humanidad.

Elevar la cobertura y la calidad educativa y de la investigación más que un imperativo de las políticas es un deber social. En este sentido, la actualización de las estructuras universitarias es estratégica, así como la superación de los problemas de infraestructura y equipamiento, y el fortalecimiento de programas y proyectos de investigación, vinculación social, intervención comunitaria y socialización de la cultura, las ciencias y las artes. Sin duda, la discusión sobre la pertinencia social y cultural de la oferta educativa, los mecanismos de ingreso y la oferta de programas bajo regímenes diferenciados deben actualizarse en todas las agendas universitarias.

Más allá de la carrera por elevar los estándares de la educación superior asociados al crecimiento económico, como ha insistido el Banco Mundial, la discusión debe girar sobre la pertinencia social de las universidades y su enraizamiento en las demandas y los problemas históricamente acumulados en Chiapas. Asimismo, debe pensarse en su encarnamiento en la realidad local para una transformación social comprometida con el bienestar colectivo y la sostenibilidad ambiental,

sin simulaciones ni simulacros. Una universidad situada en su contexto es universal.⁹

Se trata de desafíos creativos que nuestras universidades no pueden enfrentar en condiciones de libre competencia con otras universidades nacionales, de otros estados y hasta del extranjero ya establecidas o interesadas en radicarse en la entidad. En su caso, las consecuencias de un desregulado mercado privado de la enseñanza superior serán graves porque el predominio de condiciones lucrativas enquistará las desigualdades, acentuará las brechas sociales y condicionará el desarrollo local con subordinaciones a colonialismos de todo tipo.

Las comunidades universitarias y la sociedad en general han tomado posiciones ofensivas para atacar el actual estado de cosas. Empero, hay que reconocer que las causas de la situación existente no son solo exteriores porque, lenta y agudamente, se han vuelto interiores a nuestras culturas político-académicas en las universidades y, fuera de ellas, en nuestras representaciones y prácticas ciudadanas. En fin, una suma de factores externos e internos ha vuelto nuestras encantadoramente pequeñas universidades en “jaulas” y, como veremos, en magnas “catedrales” del malestar.

Las catedrales del malestar*

El sistema educacional se ha vinculado fuertemente con la construcción de los proyectos nacionales y locales de sociedad. Distintos gobiernos en el estado de Chiapas han fundado ocho universidades e institutos tecnológicos públicos desde la década de los setenta en contextos in-

⁹ Boaventura de Sousa Santos, *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad* (La Habana: Casa de las Américas, 2006).

* Publicado como “La reforma de la universidad chiapaneca (II). Las catedrales del malestar”, en *Chiapas Paralelo*, 5 de diciembre de 2018. <https://www.chiapas-paralelo.com/opinion/2018/12/la-reforma-de-la-universidad-chiapaneca-ii/>

cluso de disminución del gasto en educación superior. Si se suman otros centros, escuelas o colegios, se alcanzan en total 17 instituciones públicas estatales y, si se consideran los otros centros públicos federales o sedes universitarias de investigación y docencia que comparten el mismo *ethos*, no nos acercaremos ni remotamente al total de instituciones privadas de educación superior radicadas en la entidad, alrededor de 50.

En medio de muchas contradicciones, nuestras instituciones educativas públicas han alcanzado innegables logros, los cuales, como ya advertimos, se deben indudablemente a sus comunidades universitarias, a sus académicos, estudiantes y administrativos. Se trata de comunidades profesionales tremendamente esforzadas, comprometidas y sacrificadas, con encomiables resultados de trabajo reconocidos públicamente. Comunidades de profesores, investigadores, administrativos y alumnos que resisten ante los diversos problemas arrastrados en las universidades y ante la degradación de la institucionalidad, que echan de menos las buenas prácticas, se sienten avasallados por arbitrios administrativos y experimentan situaciones, problemas de salud y enfermedades pero que, a pesar de todo, reconocen y vivencian la universidad como el lugar de debate democrático y de creación de ideas y acciones para la vida pública.

Si bien las universidades no deben ser sacrificadas en nombre o a favor de intereses extrauniversitarios, tampoco deben ser sacralizadas para justificar discursos conservadores que encubran sus deficiencias académicas, organizativas e institucionales. Es común adoptar una posición defensiva ante las amenazas externas e internas y usar como escudo defensivo la autonomía universitaria y la libertad académica ante las injerencias y las presiones políticas. Sin embargo, ello no debe estar reñido con una mirada autocrítica. El diagnóstico de los problemas, más allá de su definición institucional en términos administrativos, requiere reconocer: las causas de sus crisis recurrentes de financiamiento, los problemas de infraestructura y equipamientos, la precariedad salarial y la sobrecarga de tareas, las desigualdades y discriminaciones —por género, etnia, orientación sexual, situación económica, edad, religión,

discapacidad o lugar de residencia u origen—, los acosos y otras violencias institucionales, así como las crisis de gobernabilidad y derivadas de gestiones administrativas coercitivas y narcisistas. También, debe elevarse una crítica a los intereses de los discursos dominantes que expresan, con disgusto y molestia, falsos elogios a las comunidades universitarias, al mismo tiempo que las etiquetan como incompetentes, ineficientes, irresponsables, mediocres, despilfarradoras y hasta anárquicas.

Las instituciones públicas de educación superior, reducidas aquí a la universidad chiapaneca porque integran programas de formación de pre y posgrado, investigación y extensión, compiten en un mercado educativo variado y desigual cuya dinámica se ha intensificado con modelos de gestión mercantiles que gradualmente las transformaron en objetos de competencia depredadora, en un mercado.¹⁰ Las universidades fueron sometidas, con la globalización neoliberal, a exigencias tanto económicas como políticas, a presiones públicas y privadas, mientras los encargados de gestionarlas se desentendían de sus responsabilidades sociales y preocupaciones humanistas y culturales. Los impactos de esas exigencias y presiones de cambio se han expresado en múltiples malestares de índole sociológica, organizacional o psicosomática a nivel individual o grupal, personal o institucional.

La “razón neoliberal” ha desplazado los sentidos sociales de la ciencia, de la utilidad social del conocimiento y del quehacer de las universidades, para responder a las exigentes demandas del mercado, hacia apropiaciones del conocimiento por unos pocos privados con fines de lucro. Ese objetivo ha reconfigurado la enseñanza y el quehacer científico con criterios competitivos, y ha desplazado el desarrollo de ideales de justicia social e igualdad. Poco a poco ganaron cartas de ciudadanía una serie de fórmulas temporales para el cambio con pretensiones de neutralidad, discursos con bases epistemológicas acríticas y opacas razones políticas. Distintas mediaciones permitieron que esas fórmulas

¹⁰ Santos, *La universidad en el siglo XXI*, 24.

calaran en el sistema universitario en medio de contradicciones y de significativos efectos humanos e intelectuales.

La agenda universitaria ha girado alrededor de criterios económicos, es decir, han predominado los criterios de “caja”, los “recortes” y los “ajustes” en nombre de la austeridad. Al mismo tiempo, quedó de lado el mejoramiento académico o curricular, que se redujo a ecuaciones muchas veces importadas. El énfasis en la contribución de la universidad a la competitividad económica del país se hiperbolizó en la vinculación con el sector privado, en el registro de resultados con patentes para su comercialización o en negociación en el mercado. De esta manera, se ha participado en la privatización de bienes públicos, de conocimientos producidos con recursos públicos. A esa lógica acumulativa de conocimientos, méritos, privilegios y ganancias en nichos de mercado y en sectores sociales se sumó la acumulación de habilitaciones, títulos, acreditaciones y certificaciones.

Las políticas científicas y educativas han impuesto parámetros de productividad y competitividad que han sido seguidos y adoptados por profesores, investigadores, técnicos y estudiantes para demostrar su “eficacia” y “eficiencia”. Las exigencias productivistas de *papers* y *rankings* se traducen en evaluaciones tecnocráticas que, como parte de la mercantilización, han disciplinado e incidido uniformemente sobre el pensamiento en el interior de las universidades y en la sociedad e, incluso, han tiranizado y esterilizado buena parte del pensamiento autónomo y de la creación artística. Se asintió a la presión bibliométrica que diferencia y jerarquiza tipos y lugares de publicación, idiomas dominantes, factores de impacto e índices de citación.

En particular, las políticas de evaluación han incidido en el devenir de la educación porque promueven nuevos modelos institucionales, estilos académicos particulares y culturas universitarias asentadas sobre ciertos valores y reglas que no fortalecen el espacio público universitario. El “Estado acreditador”¹¹ lideró la orientación de las transfor-

¹¹ Facundo Solanas, “El estado acreditador: del caso argentino al MERCOSUR”,

maciones institucionales siguiendo parámetros internacionales que obligaron a las instituciones a responder a nuevos actores, agencias y escenarios aplicando “recetas” indispensables y naturales para librar las evaluaciones. Esas nuevas agencias y redes profesionales o interinstitucionales han acompañado la estandarización de la educación superior a nivel internacional asumiendo el encargo de construir indicadores de evaluación aplicables a universidades y a programas educativos en cualquier parte. Muchas de estas agencias o “empresas acreditadoras” aplican sus instrumentos de evaluación para la acreditación y certificación de la “calidad” y la “excelencia” de las carreras universitarias; ofrecen un servicio por el que cobran, *ergo* hablamos de transacciones comerciales que condicionan la transparencia de los procesos mismos y de los instrumentos definidos desde una relación de externalidad con los contextos locales, con débiles o nulos análisis territoriales y situacionales.

Nos atrapa una lógica dual o ambivalente. Hacia afuera: apariencias de calidad tras simulaciones y maquillajes para cumplir los criterios de los indicadores de desempeño, con dinámicas de crecimiento de las instituciones sin correspondencia en términos comparativos con la inversión pública en educación superior, la cual se redujo. Hacia adentro: instauración de prácticas de control tecnoburocráticas, bajo la creencia de que la comunidad académica, logrados los indicadores de desempeño deseados, alcanzará el reconocimiento de demandas legítimas sobre condiciones dignas de trabajo y formación, compensaciones, nuevas contrataciones y presupuestos decentes. Sin embargo, se abren nuevos programas, se logran los indicadores esperados y se acredita o reconoce la calidad por quien corresponde, mientras las autoridades celebran “el aumento de la productividad” sin cumplir sus promesas e hipócritamente demuestran que “sí se puede” lograr un desempeño

en *Políticas de evaluación universitaria en América Latina: perspectivas críticas*, de Denise Leite *et al.*, 99-138 (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2012).

más eficiente y eficaz a toda costa y en poco tiempo sin evaluar los costos humanos, laborales y sociales. Así lo evidencian sus políticas de aseguramiento de la calidad enfocadas en los números, pero muy pobres en cuanto a compromisos, con innovaciones que amplíen el repertorio de acciones, proyectos o iniciativas para mejorar integralmente, pensando primero en los actores, las condiciones del trabajo académico y las condiciones del aprendizaje.

Las universidades han sido dinamitadas por dentro, sofocados sus actores y violentados sus procesos autónomos y sus protagonismos hasta disminuir su agencia a través, además, de la cooptación de organizaciones sindicales y estudiantiles, vía la negociación con sus líderes o su represión silenciadora. A veces son incluidos o “tenidos en cuenta” en consultas abiertas como una forma de excluirlos —ningunearlos, despreciarlos, subvalorarlos— y obligarlos a internalizar como necesarias e imprescindibles prácticas ideales que cumplen los parámetros esperados. La fragilidad de los académicos se expresa en su regulada capacidad como sujetos políticos dentro y fuera de la universidad y como sujetos del conocimiento por la relativización de los valores de la autonomía y la libertad académicas, principios fundamentales de la vida universitaria. De igual forma, otros actores han sido despolitizados bajo una incompreensión del compromiso y de la responsabilidad de la producción de conocimientos y saberes atentos a las necesidades y a las interpelaciones de la sociedad.

Los malestares universitarios requieren de un denso balance de sus expresiones, así como de sus causas y consecuencias. Generalmente están asociados a malas prácticas y a falencias en la institucionalidad que abonan las incertidumbres en los procesos académicos y administrativos y las desconfianzas en los responsables de ejecutarlos y supervisarlos. Una gran parte de esos malestares remite a los procesos laborales, a mecanismos como los de ingreso, promoción o movilidad laboral que terminan siendo discrecionales, simulados y secuestrados por favoritismos o nepotismos. Otros, a la precariedad de las condiciones de trabajo —infraestructura, equipamiento, bajos salarios, insuficientes

programas de estímulos y de apoyos a la investigación y la docencia— y a los cambios en las culturas universitarias —lo individual versus lo colectivo, lo personal versus lo institucional, los monólogos versus los diálogos—. También, a la actualización estructural de los programas por el condicionamiento financiero para ampliar la oferta, al énfasis en la prestación de servicios y a la mercantilización de estos para obtener ingresos alternativos y la transferencia de costos a los docentes para garantizar la racionalidad económica.

Los programas organizacionales en curso reforzaron las desigualdades existentes y las asimetrías en el desarrollo académico de las unidades, los colegiados de investigación y las trayectorias académicas individuales y colectivas. Las desigualdades se acentuaron cuando, por ejemplo, no se invirtió o se hizo en menor proporción en áreas no privilegiadas como las humanidades, las artes, las ciencias sociales y temas de ciencias de frontera, ni en investigación básica por su falta de rentabilidad o utilidad práctica, ni en el desarrollo profesional del profesorado más joven. Adicionalmente, no debe soslayarse el crecimiento y el predominio sobre las funciones sustantivas de la burocracia universitaria, que se ha constituido en una fuerza muy conservadora de cierta cultura institucional.

Por otra parte, las bajas tasas de permanencia o la alta deserción escolar responden a múltiples causas que tienen un origen común en los problemas económicos. Los estudiantes de bajos recursos y de poblaciones marginadas no pueden responder, por ejemplo, al aumento progresivo de las cuotas de inscripción o a los costos de los materiales educativos antes gratuitos o subsidiados. Aquí, la mirada crítica debe detenerse en los programas de becas burocratizados y lánguidos que desdoblán un derecho en prebendas clientelares y tornan a los ciudadanos en potenciales consumidores de transferencias condicionadas. El reajuste de la gestión de los programas de becas debe superar la actual falta de transparencia y los injustificables atrasos, así como explorar su ampliación como contrapartida a trabajos en actividades universitarias como, por ejemplo, programas de tutorías a estudiantes de otros nive-

les. Es necesario imaginar estrategias múltiples para asegurar la permanencia, el egreso y la titulación de la juventud universitaria. Mientras no se avance en este terreno, la democratización de la universidad será cuestionada porque las restricciones en el acceso, la permanencia y el egreso reproducirán la estructura de las desigualdades y privilegios y la espiral de inequidades sociales.¹²

Otra arista interna de los retrocesos en la democratización de la universidad expresa los obstáculos para el ejercicio de una autonomía responsable, plural y crítica. La convivencia democrática del mapa de actores universitarios debería remitir a negociaciones respetuosas y constructivas de los conflictos a partir de sus distintos objetivos. Sin embargo, los grupos universitarios, los sindicatos académicos y administrativos, los estudiantes, los académicos, los funcionarios y las autoridades universitarias participan de manera desigual y jerárquica en la toma de decisiones trascendentes para la universidad. Muchas veces son convidados de piedra o representados por líderes que solo buscan prebendas personales o corporativas. La débil democracia interna en las universidades redundando en los famélicos debates entre discursos e ideologías sobre la educación superior ajenos a las experiencias de las comunidades académicas, pero, paradójicamente, acatados y hasta aplicados a través de las estructuras burocrático-administrativas. Es fundamental reconstruir espacios para las voces críticas y respetarlas en los espacios existentes sin silenciar ni criminalizar la crítica universitaria, sin confundir unidad con unanimidad, diversidad con uniformidad. Este debe ser un ingrediente de las reformas que permita a las comunidades universitarias construir sus propios indicadores de calidad y sus propios instrumentos de evaluación sobre criterios cuantitativos y cualitativos pertinentes.

¹² Mauro Benente, comp., *La universidad se pinta de pueblo: educación superior, democracia y derechos humanos* (José C. Paz: EDUNPAZ, 2018).

Precisamente, las formas de evaluación impuestas como mecanismos de disciplinamiento, censura, control o “selección natural” resumen las causas de los malestares académicos. No se trata de oposiciones ciegas a la evaluación, sino de definirlas en otros términos, es decir, como un proceso construido a partir de consensos por las comunidades, constructivo de sus propias metas e ideales, de aprendizaje académico y político, de promoción de buenas prácticas y de estímulo para las trayectorias académicas.

No debe perderse de vista que el cuestionamiento de la legitimidad de las universidades ha justificado las reducciones de financiamiento. Su imagen pública desacreditada aludiendo a riesgos por la mala administración de los recursos financieros y humanos ha justificado ciertas formas de intervencionismo político. La opinión pública sobre las universidades ha sido abonada por el papel de los medios de comunicación y las redes sociales, que expresan enfrentamientos muy diversos entre actores con concepciones e intereses distintos en una búsqueda por transitar hacia el dominio del espacio público. En particular, sus profesionales actúan a veces como voceros de las campañas de “buscadores de universidad”, y amplifican conflictos internos en nombre de exigentes responsabilidades sociales o circulan públicamente definiciones a partir de *fake news* para hacer plausibles sus proyectos personales. La relación de los medios con la universidad merece una investigación específica porque ilustra las formas de inmovilización y la desestabilización de la institucionalidad universitaria, así como sus dinámicas contradictorias y ambigüedades, a través de formas materiales alteradas con las llamadas *posverdades*, es decir, medias verdades, rumores, chismes, murmuraciones, noticias falsas y hechos alternativos que manipulan la información en perjuicio de la realidad comprobable. La cuestión es que el mal uso ético de la información tiene consecuencias perversas: ataca el derecho a la información con excesos y desinformaciones, lacera la identidad organizacional, conlleva la toma de decisiones equivocadas e, incluso, vulnera las trayectorias

profesionales, desorienta y paraliza, presiona y desmoviliza.¹³ El desprestigio llega al punto de esbozar como escenario probable el cierre de alguna universidad pública.

En este sentido, puede apelarse a una tercera arista de la discusión sobre la democratización de la universidad. Se trata de su centralidad en la conversación pública que amplía los repositorios de conocimientos socialmente relevantes, reconociendo la diversidad, denunciando las injusticias cognitivas y garantizando la preservación, el acceso, el uso, la apropiación y la democratización del conocimiento como un bien social estratégico.¹⁴ Sin duda, la socialización de la ciencia y el conocimiento es parte de la justicia social con la que la universidad está comprometida por mandato de la propia colectividad. En el reverso de los malestares, los actores universitarios exhiben sus resistencias, sus resiliencias, sus perspectivas críticas y la actualización del compromiso con la calidad educativa y la producción de conocimiento relevante para la sociedad que los mandata y financia.

En fin, la democratización universitaria tiene dimensiones institucionales, políticas y epistemológicas. Al reconocerlas estamos hablando de una piedra de toque para evidenciar lo que es y puede ser la universidad chiapaneca. La universidad necesita liberarse del paradigma institucional basado en la lógica empresarial que subraya la apropiación por unos pocos del conocimiento —la privatización de resultados de investigación con fines de lucro—. Una universidad emancipadora explorará paradigmas institucionales con vocación político-pedagógica, responsabilidad y compromiso social. En otras palabras, dejar de pensar en la universidad elitista, la *world-class university* con estándares de calidad global, y guiar las reformas hasta reencontrar la universidad

¹³ Estela Morales Campos, coord., *La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2018).

¹⁴ III Conferencia Regional de Educación Superior para América Latina y el Caribe. *Declaración*. Córdoba, Argentina, 14 de junio de 2018, p. 1. [http://www.cres2018.org/uploads/declaracion_cres2018%20\(2\).pdf](http://www.cres2018.org/uploads/declaracion_cres2018%20(2).pdf)

plebeya, comprometida y abierta con la reflexividad de la sociedad chiapaneca.

¿Cuáles son los márgenes de maniobra de la universidad pública en condiciones de asfixia financiera e injerencia política? Pensar sobre la importancia de la universidad pública en la construcción de un proyecto para Chiapas y para el país pasa por la profundización de nuestra conciencia reflexiva y crítica sobre la existencia de una relación mutuamente condicionada entre universidad y proyecto social. Exploremos más esa relación entre ambos. Espejeemos, pues, los vínculos entre universidad y gobernante.

Los espejos del trono*

A quien te aconseja encubrir de tus amigos
más le gusta engañarte que los higos.¹⁵

La universidad es como un espejo para los gobernantes. Un espejo o una fuente donde estos pueden verse reflejados, más o menos bellos, vestidos o desnudos, cual Narcisos griegos, emperadores daneses o condes Lucanor ibéricos. El espejo-universidad muestra sus grados de alucinación o encantamiento con el poder y la potencia de sus estilos de liderazgo. Como habrá advertido el lector, la proposición sugerida aquí es de elemental sentido común: según la forma del trono o silla del poder, será la universidad, es decir, su instrumentalización funcional según intereses concretos, su para quién y para qué.

* Publicado como "La reforma de la universidad chiapaneca (III). Los espejos del trono", en *Chiapas Paralelo*, 6 de diciembre de 2018. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2018/12/la-reforma-de-la-universidad-chiapaneca-iii/>

¹⁵ Juan Manuel, Infante de Castilla, "Cuento XXXII: Lo que sucedió a un rey con los burladores que hicieron el paño", en *El conde Lucanor* (Alicante: Aguacilar, 1997; Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004[1335]), 111-118. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc280k8>

Los “buscadores de poder”¹⁶ siempre andan a la caza de tronos donde replicar relaciones sociales de dominación, ese es su *modus vivendi*. Las universidades son blancos u objetivos nobles donde reproducir lógicas de poder tradicionales, caciquiles, patriarcales, andro y etnocéntricas; donde entronar a familiares, acólitos y amigos; donde acumular títulos y capitales simbólicos y monetarios; donde reproducir privilegios y corporativismos, y donde adecentar trayectorias biográficas. Esas lógicas prácticas descontextualizan a la universidad, la desmoralizan, la distancian y hostigan. Sin embargo, otras formas democráticas, alejadas de talantes autoritarios, promueven una institución democrática, y otros líderes con este talante son capaces de estimular una reinención mutua o conjunta al situarse a la altura de los desafíos e imprimir un sentido político de nuevo tipo a las respuestas a los problemas históricos y emergentes sin sacrificar el futuro.

Las universidades continúan siendo las instituciones del conocimiento científico y humanístico por excelencia a pesar de la crítica social de la que son objeto y de sus pérdidas de centralidad.¹⁷ La institucionalidad de la universidad chiapaneca muestra el grado relativo de consolidación institucional del estado en Chiapas. Las faltas y pérdidas de los últimos años han sido una responsabilidad política de las autoridades de gobierno, que nombraron rectores que no construyeron espacios institucionales para el futuro, sino que los usufructuaron y degradaron ajustándolos narcisistamente a su modo y semejanza.

Además del juego político local, la universidad y el Estado han sido objeto de la reconfiguración neoliberal. Boaventura de Sousa Santos ha definido estos desencuentros en su expresión global como un túnel entre el pasado y el futuro.¹⁸ En nuestra expresión local hemos llegado a pensar que se trata de un callejón sin salida, es decir, sin posibilidades de cambio o futuro. De ese tamaño son el malestar y la desorientación

¹⁶ Fábregas, *Marcos institucionales de la antropología en Chiapas*.

¹⁷ Santos, *La universidad en el siglo XXI*, 36.

¹⁸ Santos, *La universidad en el siglo XXI*, 44.

predominantes, que no la incapacidad de autointerrogarnos ni la falta de potencialidades por la pérdida de perspectivas estratégicas que nos sitúen geoculturalmente en Chiapas y geopolíticamente en México, Centroamérica y el mundo. ¿Por qué percibimos tan remota una primavera universitaria?

La relación entre amenazas internas y externas determina las posibilidades reales de pensar más allá de las immediateces y urgencias planteadas en coyunturas críticas como nudos temporales. Por ejemplo, las salidas negociadas a las huelgas de estudiantes o sindicatos universitarios solo suspenden temporalmente los conflictos apagando los fuegos, mientras aplazan la discusión de estrategias para solucionar los problemas de fondo. De esta manera, el *curriculum* de las universidades depende más del *curriculum* de la política y los políticos que de interpelaciones y análisis serios de las dinámicas demográficas, los cambios del mundo del trabajo y los problemas sociales, ya sean estructurales o emergentes. Para avanzar en esta discusión debemos insistir en situar los proyectos de universidad en relación con los proyectos de sociedad y de país.

Como apuntamos antes, la crisis de las universidades públicas se expresa de distintas formas. En su crisis de financiamiento, se expresa en los recortes presupuestales, la disposición poco transparente de recursos y el endeudamiento público. También, en la deslegitimación operada, muchas veces, en términos neoliberales o en los rupestres códigos de la rivalidad política que realmente se practica localmente. La valoración social de las instituciones de educación superior ha respondido a juegos de intereses y a luchas de poder que han manoseado sus principios, valores y misiones institucionales para instaurar un orden de cosas controlado hegemónicamente por centros, grupos o familias de poder.

En la transición en curso adquiere sentido la definición de la crisis de la universidad chiapaneca con otros términos y otros horizontes. Entre ellos, es medular el derecho a la educación pública, gratuita, de calidad y con apoyos a través de becas y subvenciones que garanticen

el ejercicio ciudadano de este derecho y el cumplimiento del deber del Estado, así como la resignificación de las relaciones entre conocimiento y sociedad, cultura y sociedad, ciencia y sociedad. Sin embargo, está por desentrañarse la naturaleza política y epistemológica de los procesos de transformación en ciernes.

La contribución particular de las universidades al replanteamiento de problemas estructurales, en los proyectos sociopolíticos y en los planes y programas de gobierno, se inicia con la discusión y promoción de propuestas innovadoras de investigación, formación, extensión y organización que actualicen las realidades de las casas de estudios y que apuntalen democráticamente el patrimonio público universitario. Dicho sin más rodeos, un primer y fundamental aporte sería una reforma de la universidad chiapaneca como parte de la lucha por actualizar su legitimidad y notoriedad sociopolítica. Otra cosa supondría que las relaciones entre gobierno y universidad continuaran siendo de tacto y cálculo político, sin apuestas de transformación social y cultural. El talante del gobernante se mostrará a partir del compromiso con cambios más justos para todos los universitarios y universitarias y más representativos de la sociedad que queremos reconstruir. Ahora bien, ¿qué posibilidades tenemos de una reforma universitaria democrática?

Como sabemos desde Córdoba, hace cien años, una reforma universitaria es posible en relación con una reforma social que aporte a la negociación de nuevos sentidos históricos, sociales, culturales y políticos. La cuestión va más allá de qué político o académico se nombra como rector —aunque la idoneidad sea del segundo—, de la renuncia o revocación de uno u otro rector, o de qué lugar o institución proceda este. El problema es si la persona entiende de lo que se trata y es capaz de romper las inercias y de pensar más allá de sus intereses personales, familiares o corporativos, obrando por conectar con originalidad la política pública subnacional a la nacional y por dejar un legado trascendente para Chiapas. Para ello debemos prescindir de los “políticos huecos” y de las “políticas huecas”, y esbozar en la práctica formas de gobierno auténticas, alternativas, creativas y participativas.

La reforma tiene que enfocarse en corregir los efectos de la competencia desleal con su lectura maniquea de “los buenos” y “los malos”, así como en subsanar el despojo de recursos del que ha sido objeto la universidad. Tiene que promover la agrupación real, no de foto, entre las universidades públicas a escala estatal y, luego, pensar en otras formas de regionalización e internacionalización basadas en el intercambio, la cooperación y la colaboración. Crear a escala local un verdadero consenso y compromisos para construir redes públicas, circuitos abiertos o espacios universitarios para, por ejemplo, la educación a distancia y virtual; para alcanzar definiciones comunes de estructuras curriculares, de oferta coherente de licenciaturas y posgrados, reconocimientos de créditos, movilidad de estudiantes y profesores, cotitulaciones, proyectos conjuntos de investigación y actualización continua de profesores de escuelas del sistema público estatal, entre muchas iniciativas posibles. Este sería un programa de trabajo que debe empezar dentro de las mismas universidades, donde tampoco hay redes, vínculos orgánicos entre unidades académicas, integraciones y transversalizaciones de la investigación, la docencia y la extensión. En ambos sentidos, trabajar para crear un verdadero espacio educativo común implica dejar de poner a las universidades y a las unidades académicas a competir entre sí, dejar de pensarse por separado y segmentadamente, dejar de procurar no moverse para salir en la foto. Por el contrario, se trata de construir un escenario de cooperación y colaboración, creando condiciones para el trabajo en red, sinérgico, que permita incluso procurar asignaciones presupuestarias de forma conjunta y complementar las potencialidades, sus contribuciones diferenciadas, los recursos y los equipamientos para ampliar sus niveles y escalas de actuación.

Las universidades no son hegemónicas como antes. Necesitan actuar en red y asociadas entre sí y con organizaciones no gubernamentales y de gobierno, sindicatos, movimientos sociales, grupos vulnerables, comunidades, grupos de ciudadanos organizados, corporaciones culturales o asociaciones profesionales o de creadores. Es un imperativo desarrollar una asociación estratégica entre estos y los universitarios

para promover la cooperación y la solidaridad, la reflexividad crítica y la acción sociopolítica. Estas alianzas políticas con la sociedad, reducidas en el lenguaje clásico a vinculación universitaria, permitirán trabajar por la calidad de la ciudadanía con un horizonte de largo plazo y luchar juntos y juntas por el derecho a la educación, la democratización del acceso a la universidad —un acceso no clasista, no sexista, no racista y no etnocéntrico—, el aseguramiento de la permanencia y su carácter público y gratuito, social y común.

La universidad, como bien público al servicio de los proyectos de sociedad, debe producirse en red, en acción conjunta. Para ello hay que renovar los condicionamientos políticos favorecedores del reflejo de la sociedad en la autonomía universitaria y garantizar la libertad académica para responder a la demanda de responsabilidad social. De esta manera, la universidad ganará en incidencia e intervención social con: a) la definición y solución de problemas locales con articulaciones nacionales, regionales y globales; b) la formación de la ciudadanía a partir de ejercicios pedagógicos ampliados que articulen, por ejemplo, la universidad con la escuela pública, y c) la promoción del conocimiento público.

Las universidades pueden construir ese horizonte utópico, ser ellas mismas una imagen que inspire a la sociedad a ser diferente, a ser otra sociedad mejor. Su responsabilidad pasa por iniciativas comprometidas con la vida pública. En el nuevo contrato entre Estado y sociedad los saberes universitarios deben ser desmercantilizados, dejar de ser medidos en términos economicistas —ingreso/egreso, costo, rendimiento, valor de mercado, recursos o capital humano—, y las universidades deben reestructurarse en otras lógicas de planeación, ejecución y evaluación que superen la administración tecnoeconómica y burocrática, de tal manera que puedan liderar la innovación social y tecnológica, basada en el diálogo de saberes, el conocimiento científico y otros conocimientos para definir nuevas territorialidades más allá de los campus o ciudades universitarias y articular vínculos presenciales y a distancia. Para que puedan participar activamente en la actualización de los modelos de

conocimiento con el tránsito del conocimiento universitario al pluriversitario,¹⁹ es decir, un conocimiento contextual —cuya producción se ha organizado pensando en su aplicación no mercantil y mercantil—, de extramuros —los problemas y su relevancia son resultado de procesos de intercambio e interacción entre investigadores y otras personas— y transdisciplinario —en diálogo y confrontación con otros tipos de conocimientos y, por tanto, heterogéneo y abierto—. Todo esto significa apostar por un conocimiento basado en la demanda de la sociedad, producido, distribuido y consumido socialmente a partir de ejercicios transparentes, con libre acceso a resultados de investigación, a cursos de formación y actualización, al arte y a la cultura socializados por todos los medios.

Un gobierno diferente requiere de una universidad nueva. De otra universidad con autonomía responsable, plural y crítica, con calidad, inclusión y equidad, con accesos democráticos a los estudios, al conocimiento, a la ciencia, a la cultura y a las artes. Es decir, contraria a la mezcla de criterios basados en méritos y privilegios de clase, raza, sexo, género o etnia. Un nuevo pacto social debe tener su correlato en un nuevo pacto universitario. Un modelo de sociedad distinto demanda un modelo de universidad distinto, y viceversa. Los nuevos vínculos entre Estado, universidad pública y sociedad deberán trascender las imposiciones de cualquier tipo y los posicionamientos defensivos innegociables. Es necesario tener claridad y alcanzar acuerdos respetables sobre las condiciones y para qué cambiar, porque de lo contrario pueden abonarse reformas conservadoras. No nos llamemos a engaños, la universidad está en disputa tanto como el Estado mismo está siendo un campo de forcejeos: la reforma universitaria y la reforma del Estado van de la mano y corren la misma suerte. El Estado tiene la responsabilidad de impulsar la universidad pública, de plantear relaciones cualitativamente diferentes de regulación, fiscalización y financiación sin falsas políticas de austeridad que, como hemos visto, terminan

¹⁹ Santos, *La universidad en el siglo XXI*, 38.

desviando recursos al sector privado, a la actividad política o a las arcas personales. La sociedad no debe dejar aislada a la universidad, a merced de arbitrios políticos; por el contrario, debe presionar por el cumplimiento del encargo social que le asigna con debates democráticos y participativos en todos los espacios públicos.

Los cambios institucionales permitirían configurar una nueva arquitectura organizacional y formas de gestión innovadoras de las universidades. Solo la participación amplia, crítica y propositiva de la comunidad universitaria puede asegurar que esta controle los programas de investigación, enseñanza y extensión en nombre de intereses sociales y su relevancia pública —no exclusiva ni preponderantemente comerciales—; que reflexione sobre la necesidad y el sentido de formas alternativas de evaluación o autoevaluación y sobre otros modelos de acreditación, y que construya contextos creativos, de continua mejora académica, con propuestas de alternativas que respondan innovadoramente a demandas públicas, con nuevas consignas movilizadoras de experiencias y proyectos democráticos que apunten a la dignidad humana y a robustecer las condiciones e instituciones de una sociedad libre. Esto supone dilucidar cómo construir instituciones con otros anclajes que reconozcan plenamente las experiencias y la agencia de los actores locales, que se signifiquen en sus contextos repletos de urgencias cotidianas y que arraiguen al estar culturalmente comprometidas con las futuras generaciones.

Así podemos ir avanzando en la preparación de las condiciones necesarias para asegurar el derecho a la educación y, por tanto, el derecho a la universidad, a la formación y a la producción de conocimiento con perspectiva humana, ética y política. También, para desarrollar nuevos programas de acción que afirmen alternativas de inclusión social junto con los criterios de méritos, que nieguen las exclusiones por criterios socioeconómicos, étnicos, de sexo, género y generacionales, y que respondan a cabalidad a la presión demográfica por el acceso a la universidad. Sin duda, no será fácil trabajar para cerrar todas las brechas existentes, las regionales, de género y hasta las digitales, porque

tampoco se puede obviar la importancia de la gestión, la calidad y la velocidad de la información para la economía actual y el fortalecimiento de la cohesión e integración social.

Una vía privilegiada de acceso a la realidad es la extensión universitaria que, siendo mejor definida como una política cultural universitaria, puede promover bienes y servicios culturales entre los distintos grupos en todos los espacios sociales. La participación de la comunidad universitaria de forma plena es medular para contribuir a las reconstrucciones de tejidos sociales, a la cohesión, a la solidaridad, a la profundización de la democracia, a la defensa de la diversidad social y biológica, y a la solución de problemas con innovaciones sociales, científicas y técnicas con conciencia ambiental. Más que una funcionalización política de la cultura, se puede proponer una colectivización, cooperativización y democratización de la cultura científica, técnica, política, artística y humanística.²⁰ Para ello hay que superar discursos economicistas sobre la rentabilidad de la cultura para recibir ingresos extrapresupuestarios y promover la “cultura como recurso” y el “recurso de la cultura”.²¹ Así la universidad ganará como ágora o espacio público de interconocimientos, saberes y conocimientos vivos, de colaboración y coproducción de conocimientos prácticos.

En el convenio social, cultural y político sellado en las urnas en julio de 2018, ocupa un lugar específico el convenio educativo, dentro del cual se encuentra la universidad. No cualquier universidad, menos la realmente existente con sombras de pasado, sino aquella que tienda a definirse como bien público, como espacio común y libertario, como agente de desarrollo y transformación social, como agencia de formación integral, creativa y emancipadora, con autonomía responsable, plural y crítica, con gobierno universitario democrático y participativo. Ahí radicará la fuerza de su legitimidad social, a partir de una reforma con

²⁰ Michael W. Apple, *Política cultural y educación* (Madrid: Morata, 2001).

²¹ George Yúdice, *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global* (Barcelona: Gedisa, 2002).

sentido democrático y progresista que se centre en el aprovechamiento al máximo de los recursos y en una visión constructiva a largo plazo de la sociedad chiapaneca. Las universidades son agencias de cambio que resguardan los proyectos sociales, y los universitarios lo sabemos bien porque ello define nuestra preeminencia frente a los políticos con visiones coyunturales y nombramientos temporales. Solo una reforma universitaria plena permitirá a la universidad chiapaneca constituirse en un agente central de una reforma social democrática, participativa y profunda. Si el Estado no contribuye a resguardar en las universidades el potencial de todos los proyectos políticos latentes en la sociedad y las abandona a su suerte, terminará más desacreditado.

Sobre la mesa tenemos servidos tres platos con planteamientos nuevos que constituyen umbrales de resignificaciones importantísimas, a saber: el primero, redefine la relación entre ciencia y sociedad convirtiendo a esta última en sujeto que interpela a la ciencia; el segundo, redibuja la relación entre universidad y sociedad delineando múltiples interactividades, y, el último, desafía la relación entre política y sociedad demandando otras maneras virtuosas de ejercer el oficio político para consolar sin perder consciencia de los yerros. Ciencia, universidad y política están en la mira de una sociedad que demanda intensamente su participación en cada campo y la evaluación democrática o participativa de sus resultados como parte de nuevas formas de gestión de lo público.

Siguiendo la buena voluntad de mi querido amigo y colega Miguel Lisbona al referirse a nuestra frontera sur,²² ojalá las nuevas autoridades mexicanas y chiapanecas de este momento instituyente de la política presten atención a los problemas de las universidades locales y a las demandas de reforma de sus universitarios y su sociedad. Nuestras universidades públicas son también espejos donde se reflejarán o refractarán sus oficios políticos, la recuperación del terreno de la política

²² Miguel Lisbona, "Fronteras sangrantes", en *Chiapas Paralelo*, 24 de octubre de 2018. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2018/10/fronteras-sangrantes/>

que se ha extraviado y su sentido trascendente o no para Chiapas en el país y en el mundo.

Ojalá Lupita vea en estas tres postales, inspiradas en su humilde y encantador saludo diario, una vindicación de su hija Irene que, como muchos y muchas jóvenes, abandonó los estudios universitarios para poder salir adelante juntas, tan juntas como anhelan regresar algún día a las aulas universitarias para conquistar su soñado título, el primero de todo su linaje.

Cultura y política universitarias*

LA CULTURA UNIVERSITARIA EXPRESA el sentido de ser de una universidad. Lo hace de forma epigonal. La cultura en su definición antropológica remite a saberes, creencias, hábitos, costumbres, prácticas, representaciones y sentimientos que definen fuertes reconocimientos como comunidad. Las universitarias y los universitarios compartimos identificaciones con orgullo por ser parte de una especie de “patria chica” alimentada a diario en cada institución de educación superior y, al mismo tiempo, por participar de un universal trascendente a prueba de fronteras. No hay un ser cabalmente universitario que no se emocione cuando escucha en cualquier parte del mundo el *Gaudeamus igitur* y sus vítores a la universidad, al profesorado, a nuestra sociedad, a los y las que estudian, al Estado, a quien lo dirige y a los mecenas.

La cultura universitaria identifica y diferencia. Nos da un lugar en la sociedad, nos distingue como gremio y hasta nos adscribe a equipos deportivos que cuando contienden sacan todas nuestras pasiones. También, nos hace responsables del cuidado, la conservación y la reproducción del legado cultural universitario en todos los espacios sociales, no solo en los campus universitarios. Como la sociedad, la universidad que la expresa está atravesada por relaciones de poder y por intereses académicos y extraacadémicos que pugnan por imponer su arbitrio, frente

* Publicado originalmente en *Chiapas Paralelo*, 7 de febrero de 2021, Columna Contrapunteo, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2021/02/cultura-y-politica-universitarias/>

al cual el espíritu universitario trata de definir consensos, acuerdos colectivos y normatividades. Sin embargo, las embestidas son muchas veces tan fuertes que todo es avasallado por grupos que imponen sus voluntades de poder por encima de los principios y valores institucionales, y hasta de la dignidad de los miembros de la comunidad. Esas personas tienen el afán de autojustificar sus roles en ciertos espacios de los que se creen dueñas, de hacer crecer la burocracia y su poder, de petrificarla o perpetuarse en ella sin el menor interés por actualizarse para responder a los objetivos y misiones sociales de las instituciones, de activar la democracia universitaria y de responder en plenitud a las demandas de la sociedad. No hacen falta más palabras para evidenciar que nos topamos con la *ley de hierro de la oligarquía* definida magistralmente Robert Mitchel (1876-1936).

Sin embargo, la cultura universitaria es mucho más que esas artes a veces tan rupestres. Es mucho más que las culturas organizacionales que siembran la desconfianza y la discrecionalidad y que reproducen el acoso laboral, de género y estudiantil por falta de contenciones de profundo calado. Es la cultura practicada, vivida y sentida por los estudiantes, los académicos y los trabajadores administrativos con verdadera vocación de servicio. Es la alegría de aprender, compartir, servir y mirar hacia el horizonte de los descubrimientos y las innovaciones sociales, culturales, científicas y tecnológicas. La cultura del diálogo crítico, respetuoso de la diversidad y las libertades, la solidaridad, el altruismo, la colaboración, la ayuda mutua y la reciprocidad son parte del ser universitario o universitaria. También, los tabúes, las complicidades, las conveniencias, los silencios y las simulaciones son parte de esa cultura.

Durante más de treinta años las políticas públicas neoliberales en materia educativa fueron dando golpes mortales a la cultura universitaria instituyendo como normales la competencia, la meritocracia, el egoísmo intelectual, el desapego y la desafección institucional, las carreras egocentradas, la precariedad, las escaseces, la parametrización según estándares internacionales, la monetarización, el pirataje de

saberes o la usurpación de autorías de otros u otras por un individuo para acumular puntos e insertarse en los circuitos dorados de la ciencia o el arte internacional. Esas políticas han tenido un impacto notable en la crisis de las universidades públicas y en su lenta “muerte” como instituciones. Crisis mortal que se ha expresado de distintas formas a través de su descapitalización, mediante los recortes presupuestales, el despilfarro o desvío de recursos y el endeudamiento público concretado en distintas casas de estudios. Desde mi modesta perspectiva, lo más grave de todo ha sido la operación ideológica que apostó por la pérdida de la legitimidad cultural y la centralidad social de las universidades. Estas han sido politizadas, desacreditadas y desprestigiadas para alejarlas de su espíritu original, para alterar sus relaciones con el Estado y la sociedad, desmovilizarlas socialmente y reducir las a los míseros códigos de los grupos de poder enquistados dentro y fuera de la academia.²³ El modelo hegemónico ha sido el de la empresa-universidad, el del negocio-educación. El modelo empresarial del neoliberalismo precarizó la calidad de la enseñanza, el trabajo académico, y los procesos de aprendizaje, investigación y comunicación científica.²⁴

En este espacio lo que me interesa es profundizar en el enorme impacto de esa apuesta por reducirlo todo a la lógica económica en el desempeño de la función sustantiva de la extensión universitaria, la vinculación, la acción o la proyección social. En este sentido se constata cómo las áreas centrales para el desempeño de esa función sustantiva fueron reducidas en muchos casos, de manera nominal o en la práctica, de secretarías o vicerrectorías a direcciones o departamentos subordinados a las funciones docentes o a las adjetivas funciones administrativas. La universidad mercantilizó muchos de sus servicios

²³ Boaventura de Sousa Santos, *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad* (La Habana: Casa de las Américas, 2006).

²⁴ Noam Chomsky, “El trabajo académico, el asalto neoliberal a las universidades y cómo debería ser la educación superior”, *Bajo el Volcán*, vol. 13, núm. 21 (2013), 121-134.

o dejó de prestarlos si no daban ganancias. El costo ha sido enorme porque, por ejemplo, la valoración social de algunas instituciones de educación superior es cada vez más negativa. La cultura universitaria quedó sin una visión organizacional y programática, dejó de ser un cemento aglutinador de las comunidades universitarias, y una agencia mediadora entre la investigación y la docencia. La identidad universitaria se redujo a una marca comercial, a la venta en una tienda de mercaderías. Un caos de programas concebidos por separado y sin integración efectiva en una proyección más amplia del desarrollo institucional y social. Un programa editorial más o menos desarticulado, otro programa de transferencia de tecnologías al sector empresarial que se olvida del sector social y de las innovaciones socioculturales, un programa de servicio social que es incapaz de garantizar el seguimiento y el acompañamiento de los estudiantes en sus primeros pasos en el campo laboral, programas deportivos cercanos al elitismo y distantes de la masividad y, en general, una dispersión enorme de todos los programas para la formación del estudiantado de manera integral, para la vida y como ciudadanos críticos, para la divulgación de la cultura humanística y científica, y su socialización necesaria en la vida universitaria y en la agenda pública. La clásica extensión universitaria se alejó de una idea de universidad como crítica viva de su tiempo para reducirse, en muchos casos, a agencia de publicidad y de organización de megaeventos de una gestión o celebraciones frívolas de sus liderazgos narcisistas.

Lejos de las promesas de cambio, en la práctica terminamos enroscados en los proyectos de la “empresa” científico-académica, respondiendo a juegos de intereses, a luchas por el capital científico individual, grupal o institucional y a relaciones de poder perversas. En la magistral conferencia de José Ortega y Gasset (1883-1955) titulada “Misión de la universidad” ante cientos de estudiantes universitarios en 1930, él sostuvo con meridiana claridad: “La reforma universitaria no puede reducirse a la corrección de abusos, ni siquiera consistir principalmente

en ella. Reforma es siempre creación de usos nuevos”.²⁵ Más adelante subrayó con una actualidad deslumbrante que la universidad tiene entre sus funciones la trasmisión de la cultura o un irrenunciable fin cultural.²⁶ Sin duda, para pensar en los nuevos usos que superen los problemas de fondo es importante poner en el centro del debate, y al mismo nivel que la docencia y la investigación, el trabajo cultural de la universidad.

Comparto con muchos colegas²⁷ una visión en la que se sitúa la cultura universitaria como la mejor manera de renombrar los esquemas tradicionales del extensionismo que nacieron en Inglaterra a principios del siglo XX y se desplegaron rápidamente por todas las universidades del mundo. Para superar ese modelo donde la vinculación es estrecha y la proyección social unidimensional, hay que pensar en políticas culturales universitarias con múltiples dimensiones que incluyan a todos los sectores de la sociedad y de la comunidad universitaria, que integren un rol activo de la cultura en la universidad tanto hacia dentro de la institución como hacia fuera, con la sociedad donde se enraíza y territorializa.

Una parte fundamental del debate gira alrededor de la puesta en valor social y comunitario del patrimonio histórico y cultural de la universidad. Se trata de todo lo acumulado por generaciones de universitarios en colecciones de objetos, piezas, imágenes, utensilios o implementos profesionales, vestigios del pasado o muestras de vida de la naturaleza atesorados por años en gabinetes o laboratorios de investigación, así como de las colecciones de libros raros y valiosos y

²⁵ José Ortega y Gasset, “Misión de la universidad”, en *Misión de la universidad y otros ensayos afines* (Madrid: Revista de Occidente, 1960), 4.

²⁶ Ortega y Gasset, “Misión de la universidad”, 23-24.

²⁷ Antonio Ariño Villarroya, *Cultura universitaria. Políticas para la Alma Mater* (Valencia: Tirant Humanidades, 2020). Adriana Díaz Támara y Margarita Guzmán Bejarano, comps., *Universidad y cultura. Reflexiones sobre las políticas culturales. Memorias del foro ¿Por qué una política cultural en las universidades?* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2010). Michael W. Apple, *Política cultural y educación* (Madrid: Morata, 2001).

de material hemerográfico de gran valor cultural y científico. También, el patrimonio edilicio, en muchos casos de gran relevancia por estar situado en los centros históricos de las ciudades, contenedor de piezas de arte de gran valor que fueron donadas por destacados creadores, profesores-artistas u otros universitarios con notables carreras antes y después de sus estudios. Muchas de estas obras magistrales permanecen sin catalogar, por lo que podrían ser objeto de apropiaciones ilícitas.

Las casas de altos estudios tienen que volver a poner su atención en el patrimonio histórico y cultural que atesoran, en su resguardo y su conservación —sin conservacionismos conservadores—, así como en promover su crecimiento con el ingenio y la creatividad de la comunidad de estudiantes, académicos y administrativos, que debe trabajar arduamente junto a la sociedad por y para el bien común. Todos los conocimientos científicos y las creaciones artísticas y literarias de los universitarios y universitarias deben ser bien resguardados, dados a conocer y dispuestos al acceso público a través de programas que respondan a una política cultural coherente con la misión y visión del *Alma Mater*. De ahí la importancia de estimular la participación innovadora de todo el estudiantado universitario en el cuidado, la promoción y el engrandecimiento de ese patrimonio común.

El patrimonio universitario va más allá del inventario de bienes materiales tangibles identificados con códigos de barras o largos números. Empero, entre ese patrimonio material hay objetos que con el paso de los años adquieren gran valor para los museos universitarios, y para la enseñanza misma, al mostrar los cambios en el tiempo de los artefactos, muebles o utensilios de determinadas profesiones. Tanto una máquina de escribir como una balanza, un nivel de topografía o un sillón de estomatología utilizados hace más de treinta años pueden ser objetos de gran valor pedagógico para la enseñanza; también, las muestras de los primeros teléfonos y de las primeras computadoras utilizadas en las aulas o laboratorios pueden ser parte de colecciones que ilustren la historia de una universidad. Los museos físicos o vir-

tuales de historia de la universidad reúnen indicios que evidencian el paso del tiempo en las instituciones y la actualización de las identidades universitarias. La memoria de la universidad es más que una galería de fotos de rectores, *honoris causa*, profesores eméritos, generaciones de estudiantes, movimientos de protesta o huelgas estudiantiles o sindicales, porque los universitarios no debemos olvidar todos los fragmentos que configuran la historia social y cultural de la institución.

Unas políticas culturales universitarias vigorosas, como parte sustantiva de los programas académicos, ayudarán a que la acción, la extensión, la transferencia y la vinculación con la sociedad se conciban y practiquen de manera articulada con los programas de formación de pre y posgrado y de investigación-creación-interpretación. También, contribuirán a la apuesta por universalizar la educación superior a través de programas de formación continua destinados a la actualización profesional, a los adultos mayores, a los jóvenes y adolescentes y a la niñez, cuyas vocaciones científicas y artísticas deben ser estimuladas y desarrolladas. Hacer porosa socialmente la universidad es una responsabilidad de todas las personas que en ella participan.

La cultura universitaria es transversal a todo el quehacer universitario. Puede contribuir a superar la actual fragmentación y a transversalizar los ejes estratégicos de un desarrollo institucional comprometido en serio con la construcción de un espacio donde las culturas científica, humanística y artística converjan para fecundar proyectos fuertes de sociedad y potenciar la creatividad humana. Por ejemplo, los programas de cultura universitaria pueden promover la transversalidad de las perspectivas de la sustentabilidad ambiental en torno a una “agenda verde”, la equidad de género y la interculturalidad, entendiendo su importancia para el reconocimiento de las diferencias y para favorecer la convivencia universitaria y la cultura de la paz. Solo las acciones culturales y políticas pueden hacer frente a la violencia de género y a la violencia en el trabajo, actuando decisivamente ante el acoso y la discriminación por diversidad funcional, autodeterminación de identidad y expresión

de género en la comunidad universitaria.²⁸ Ese es el verdadero espacio necesario para poner en práctica ampliamente todos los mecanismos y medios que requieren los protocolos para la prevención y atención de todas las formas de violencia y, en especial, la de género, así como los protocolos de seguridad y protección de trabajadores y estudiantes en los ámbitos laborales, de estudios, de trabajo de campo y de servicio social. Asimismo, para contribuir a promover y a defender los derechos universitarios y humanos.

La universidad del siglo XXI, en el contexto de la sociedad del conocimiento y de la sociedad de la cultura, tiene entre sus funciones primordiales el impulso de la cultura y el desarrollo de acciones que contribuyan a la comunicación de la cultura científica, tecnológica, humanística y artística, a la socialización del patrimonio colectivo, a la vinculación, a la integración y a la convivencia de la sociedad, así como a la provisión de bienes y servicios de calidad que aseguren la formación de recursos humanos al más alto nivel y la realización de investigaciones de gran impacto social. Para desarrollar esa amplia agenda cultural que articule todos los programas, proyectos y espacios universitarios en una oferta pública se requieren reformas profundas que con autenticidad partan del replanteamiento de la responsabilidad sociocultural de la universidad. También, se necesitan estudios rigurosos sobre las culturas estudiantiles, académicas y laborales para conocer sus gustos, hábitos, prácticas, condiciones de vida, expectativas e iniciativas; sin duda, ese conocimiento de las culturas universitarias y de las socialmente vividas es muy relevante para conocer al sujeto

²⁸ Al respecto recomiendo ampliamente los excelentes trabajos de Veronika Sieglin y Florencia Peña Saint Martin. Por ejemplo: Veronika Sieglin, "Acoso laboral y culturas organizacionales", *Ciencia UANL*, núm. 80 (2016), 8-12; Florencia Peña Saint Martin y Silvia Karla Fernández Marín, eds., *Mobbing en la academia mexicana* (México: Eón / Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2016).

universitario y al sujeto social y para fundamentar la orientación del quehacer cultural del sujeto universidad.²⁹

La universidad puede ser cívica al participar de la convivencia social de las personas demostrando una actitud respetuosa y comprometida con todos los asuntos públicos de interés colectivo para los ciudadanos. Puede integrar a su propia comunidad y abrirse a todos los sectores sociales, de todas las generaciones, para que concurren a clases, talleres, conferencias, cursos acreditables, actividades extraacadémicas y a aulas especiales para la tercera edad y para la infancia. La universidad necesita una estrategia de comunicación social y científica que promueva el acceso abierto al conocimiento como bien público y que haga circular la producción editorial y cultural universitaria en todos los espacios cotidianos y de prestigio, promoviendo el hábito de la lectura y el debate constructivo a través de todos sus medios impresos, radiales, televisivos o digitales. En este complejo y arduo trabajo cultural todos los universitarios y universitarias tenemos algo que aportar en colaboración con los grupos o asociaciones de creadores, artesanos, escritores, artistas, deportistas y activistas que necesitan espacios y medios como los universitarios para la producción, distribución y socialización de sus creaciones y propuestas.

La necesidad de una proyección sociocultural de las universidades públicas no ornamental, tampoco chabacana y contra sus malos usos, muestra la irreductibilidad de estas instituciones a las lógicas

²⁹ La institución en la que tengo el honor de trabajar tiene uno de sus antecedentes institucionales en el Instituto Chiapaneco de Cultura (IHC), entre cuyos aportes más destacados estuvo el de orientar sus políticas culturales con base en los resultados de los estudios culturales de un notable grupo de investigadores. Esa herencia se tradujo en lo que es hoy el prestigioso Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA). Empero, se dejó de lado la investigación sociocultural para orientar el quehacer de la extensión universitaria reduciéndola prácticamente a su otrora robusto programa editorial. Ver: Andrés Fábregas Puig, *Marcos institucionales de la antropología en Chiapas a finales del segundo milenio* (Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 2015). <http://repositorio.cesmeca.mx/handle/11595/784>

puramente económicas y únicamente políticas. Solo el diálogo crítico y propositivo, con temple, entre todos los miembros de la comunidad universitaria y los actores sociales, puede contribuir a repensar los espacios universitarios y a desarrollar una cultura académica que asegure orgánicamente el pleno cumplimiento de su misión, y que la salve de sus ruinas. Ello significaría la consolidación de: la agenda de formación e investigación; el liderazgo local, regional o territorial que impulsa las actuales políticas educativas; la “competitividad”, “capacidad”, creatividad e innovación académicas; la incidencia en el ámbito público a partir de la generación y difusión de conocimientos; la intervención social en la discusión de las “ideas vivas” y los temas de interés de cada sociedad, y, por último, la contribución al conocimiento público de los procesos sociales, económicos, políticos y culturales. “Alegrémonos pues...” para que el *Alma Mater floreat* y atendamos la urgencia de replantear las “coordenadas de lo posible”.³⁰

³⁰ Desde una perspectiva crítica Estela Quintar propone desfuncionalizarnos y trascender el “fenómeno termidor” que padecemos en la academia latinoamericana a partir de un retorno sobre nosotros mismos como sujetos históricos y comunidad de pertenencia y buen sentido histórico. Estela Quintar, “La universidad latinoamericana. Entre el sujeto interpelado y las coordenadas de lo posible”, en *Academias asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización*, ed. Alain Basail Rodríguez, 247-282 (Buenos Aires-Tuxtla Gutiérrez: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2019). <http://repositorio.cesmecha.mx/handle/11595/993>

Universidad-encrucijada*

LAS UNIVERSIDADES ESTÁN EN una encrucijada histórica. Están en medio del cruce de varios caminos con diferentes direcciones. Los miembros de las comunidades universitarias, y sobre todo sus autoridades, tienen ante sí algunas posibilidades de actuación, y al escoger una de ellas podrían estar lejos de resolver los problemas estructurales que modulan las situaciones difíciles o comprometidas en que se encuentran aquí y ahora.

Las universidades están en una encrucijada que espejea la propia encrucijada de cambios de la sociedad en su conjunto. Ambas, universidad y sociedad, son espejos una de la otra y tienen que reflexionar en medio del cruce de caminos sobre cómo lidiar con la precarización galopante y sus transformaciones inconclusas o parciales. La encrucijada es un trance de cambios, una negociación entre una institucionalidad subdesarrollada que se acelera con sus obsoletas formas y un horizonte de novedades que emerge compulsivamente de la mano de las configuraciones críticas de los actores universitarios.

El debate sobre la situación de nuestras universidades no es ni más ni menos que un debate sobre su decadencia cultural. Lo que está en entredicho es, en el fondo trabado de las cosas, la vigencia sociocultural de determinados modelos de universidad a partir de su imbricación conflictiva en la dinámica de lo social. La legitimidad cultural de las uni-

* Publicado originalmente en *Chiapas Paralelo*, 7 de marzo de 2021. <https://r.chiapasparalelo.mx/opinion/2021/03/universidad-encrucijada/>

versidades se ha redefinido a lo largo de la historia en virtud de su lugar en las luchas sociales por destacar valores, prácticas y concepciones revolucionarias del orden social en su conjunto, por su contribución a modelar culturalmente la sociedad y por la constitución de identidades intelectuales, profesionales, sociales, locales, regionales y nacionales. Sin embargo, hoy las universidades marchan por detrás de las sociedades y de las propias comunidades universitarias. En pocas palabras, la universidad se ha mimetizado con el mercado y se ha olvidado de la sociedad, mientras se ha usado a las comunidades internas y externas como comodines de conveniencias.

La discusión pública sobre el sentido social y cultural de la universidad actualmente pone en jaque las prácticas universitarias de actores o fuerzas internas responsables de los bloqueos y las contradicciones del quehacer en las *Alma Mater*. Al tiempo que se constata una rica pluralidad constitutiva de la universidad, se evidencia una extrema fragmentación y desarticulación en torno al proyecto universitario. Los desencuentros, las desconfianzas y las malas prácticas son resultado de modelos centralistas, autoritarios y disciplinantes, de ahí que la configuración cultural universitaria se rija por estructuras jurídicas que reflejan más los arbitrios de poder de las autoridades de distintas épocas, que discusiones teóricas, consensos fruto de trabajos colegiados y grados de desarrollo académico —que, dicho sea de paso, son medidos por indicadores cuantitativos plagados de simulaciones y lejanos de lecturas cualitativas sobre la potencialidad y la creatividad de los y las universitarias—; y, finalmente, también son resultado de modos internos de articulación basados en relaciones y ejercicios de poder donde las lealtades se miden en favores/contrafavores, consanguinidad o parentesco y subordinaciones humillantes. A estas articulaciones internas se tienen que sumar las externas, con otras estructuras sociales de poder y redes de distinción o prestigio que complejizan los ensambles con la sociedad en general.

Hoy se impulsa la renovación de las culturas universitarias para que sean capaces de asumir lo que está en juego en las políticas de

educación superior como terrenos para la transformación del país. Los principios de universalización, masificación, gratuidad, obligatoriedad y territorialización presentes en las últimas reformas legislativas plantean retos de gran calado. No se trata solo de administrar instituciones en crisis o de redistribuir recursos, bienes o servicios educativos, se trata de los principios de organización de la vida y la cultura universitarias para actualizar la identidad misma de las instituciones de educación superior. Está en juego algo interno correspondiente al espacio de producción de sentido de ser, a la constitución sociopolítica del reconocimiento social de las universidades, a su reconocimiento mutuo con la sociedad.

Más allá de las visiones instrumentales de los “buscadores de poder”,³¹ que procuran el control de las instituciones para su propia reproducción oligárquica, nos enfrentamos a ambigüedades políticas que descolocan las salidas a la crisis actual. Tras el grave problema de la burocratización de las universidades, traducido, por ejemplo, en el crecimiento desproporcionado de sus plantillas de trabajadores administrativos, está el problema de la representación, es decir, que quienes dicen actuar en nombre y a cuenta de los y las universitarias realmente respondan a los intereses comunes y, en consecuencia, respeten y escuchen las voluntades colectivas de los representados, de las comunidades universitarias. Dicho de otra manera, es central la cuestión de la democratización de las universidades reconstruyendo las vías de participación en la toma de decisiones en todas las escalas y la rendición honesta y permanente de cuentas. Solo mayor participación real, no formal, bajo un nuevo paradigma de gestión y administración, permitiría actualizar continuamente los objetivos de la universidad. La democracia en su interior tiene algo que ver con la forma de hacer política universitaria. La democratización es un proceso que remite

³¹ Andrés Fábregas Puig, *Marcos institucionales de la antropología en Chiapas a finales del segundo milenio* (Tuxtla Gutiérrez: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2015). <http://repositorio.cesmeca.mx/handle/11595/784>

a otro modelo de política, a otro estilo, distante del hegemónico, de promoción de nuevas formas de socialidad, de interacción y relaciones entre los miembros de la comunidad universitaria, tanto entre el personal académico y administrativo como entre el estudiantado, el personal de apoyo externo —pero interno— y las autoridades universitarias.

Lejos de ese proceso ideal, en nuestros modos de pensar y relacionarnos se instalaron el derrotismo y la desconfianza en poder cambiar el orden indeseado de las cosas en las casas de estudio. De esa forma la universidad perdió densidad cultural y sus miembros perdimos sentido de estar, de compartir, de ser universitarios y universitarias. Los simulacros de democracia interna, la falta de deliberación crítica entre universitarios, la imposición de arbitrios con el apoyo de manos levantadas bajo chantajes o presiones y contra favores personales, el temor a represalias y las relaciones verticales y jerarquizadas, desgastaron todas las formas de socialización universitaria y, por ejemplo, redujeron la socialización académica a actos formales en las aulas y los auditorios, en los eventos académicos o en la formulación de planes y programas educativos. El miedo, las simulaciones y las inercias han ido calando en el espíritu universitario con el derrotismo y el conformismo, la pérdida de seguridad laboral y el deterioro de ambientes de trabajo cada vez más tensionados por los conflictos y menos creativos y comprometidos institucionalmente.

Por esas razones, la emergencia de conflictos no se salva con cambios cosméticos. Los conflictos universitarios no deben ser utilizados para fragmentar más las comunidades universitarias, ni para dividir las o enfrentarlas a fin de vencer pírricamente a un movimiento “peligroso” o “desestabilizador”, y mucho menos para atacar a sus presuntos líderes como operación retrógrada del poder que busca individualizar para criminalizar, judicializar y aislar el problema. Las cuestiones son de fondo y remiten a los problemas estructurales de las universidades, a los problemas de sus complejos entramados de relaciones económicas, sociales, políticas y culturales.

Marisa Ruiz Trejo ha descrito en su columna en *Chiapas Paralelo* cómo la revolución púrpura, que recorre nuestras universidades y nuestras sociedades, tiene una fuerza reveladora.³² Sin duda, está obligando a cambiar el lugar de las preguntas y de las respuestas posibles. Como muchos movimientos estudiantiles con sus luchas históricas, el movimiento de mujeres universitarias rebasa las lógicas de poder instituidas y va más allá del poder instituido. Sencillamente lo rebasa porque denuncia la profunda desazón cultural de las universidades, su desenganche con el curso de los tiempos, y los cortocircuitos de las relaciones de poder autoritarias, centralistas, sexistas y patriarcales. Muestra que la asimetría de esas relaciones es variable y que, siendo las mujeres más vulnerables ante los abusos, los atropellos y las violaciones, hay que actuar para mover la correlación de fuerzas y alterar el orden de las cosas. La historicidad de estos conflictos es muy profunda. Al denunciar el orden y el pacto patriarcales en el interior de las universidades, denuncian estructuras de poder más complejas y amplias que han estado agotando a las universidades y, como a muchas otras instituciones del orden del pasado, las han puesto al borde del colapso. Al luchar por un lugar en la historia del presente, descubren una normalidad y un desorden naturalizado donde reinan las jerarquías y los estatus de poder en nombre de los cuales se acosa, abusa, violenta y relega a las mujeres a espacios invisibles a pesar de ser mayoría por la tendencia significativa a la feminización de la educación superior.

Las universitarias y no pocos universitarios denuncian abusos y hostigamientos sexuales, escolares y laborales como expresiones del ejercicio del poder en las relaciones entre universitarios en distintos espacios. La naturalización de esas relaciones de poder subordinadas

³² Marisa Ruiz Trejo, "Revoluciones púrpuras en universidades chiapanecas", *Chiapas Paralelo*, 18 de febrero de 2021. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2021/02/revoluciones-purpuras-en-las-universidades-en-chiapas/>. Marisa Ruiz Trejo, "Los feminismos como referentes críticos en las universidades", *Chiapas Paralelo*, 27 de febrero de 2021. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2021/02/los-feminismos-como-referentes-criticos-en-las-universidades/>

tiene mecanismos de institucionalización de larga data, una institucionalidad marcada por voluntades de poder e intereses de perpetuarse, controlar y disciplinar a las comunidades universitarias. Por eso, tras los reclamos enérgicos y legítimos ante violencias individuales o colectivas e institucionales o institucionalizadas, hay fuertes críticas a las relaciones de poder que en su conjunto se reproducen en el interior de las instituciones educativas.

Las mujeres universitarias están construyendo un espacio estratégico para pensar las contradicciones y complementariedades que dinamizan la universidad. Invitan a hacernos y deshacernos, primero, reconociendo su situación como sujetas sometidas a relaciones jerárquicas y, segundo, asumiendo los retos cambiantes de estos tiempos, cuando las características conflictivas de las relaciones sociales nos llevan a nuevas formas de reconocimiento. Su desafío radical al orden universitario es una invitación a pensar demandas concretas y demandas estructurales de reforma integral de las instituciones, a imaginar otras normalidades y formas de intermediación de la vida universitaria. Siguiendo a Rita Segato,³³ podemos advertir la politicidad de los actos, acciones y reivindicaciones feministas en pro de cambios sociales y, alejándonos de todos los maniqueísmos que despolitizan y desarraigan, reconocer plenamente el protagonismo social de las mujeres, su ética feminista para gestionar y preservar la vida, y razonar en conjunto los procesos de la política real y de la posible. Solo así, renunciando a los privilegios, nos abriríamos a las “formas de la esperanza” que ellas representan con su estilo de gestión política y a la modificación de actitudes y relaciones en el interior de las universidades. El llamado “problema de las mujeres” es un problema de todos, no es particular

³³ Rita Segato, “Refundar el feminismo para refundar la política”, en *Cuerpos, despojos, territorios: vida amenazada. Actas*. Congreso Internacional (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2018). <https://www.uasb.edu.ec/documents/2005605/2879782/SEGATO+RITA.+Refundar+el+feminismo+para+refundar+la+pol%C3%ADtica.pdf/d2c1b240-c94f-43a8-bb61-ba334c433c7e>

de ellas. La pulsión de estos desplazamientos es la del reconocimiento de que las mujeres cuentan y tienen que ser tenidas en cuenta.

Esta hora de cuestionamientos es la hora de debilitar, desmontar y, sí es posible, romper con los dispositivos de poder que, como diría Michel Foucault, han “vampirizado” a las instituciones y han normalizado un funcionamiento del poder actuando con secrecías y pactos en lo oscuro. Lo que le pasa al estudiantado es fundamental para la democracia universitaria. Todos los síntomas y síndromes que padecemos ilustran la dramática pérdida de fuerza vinculante de los marcos de referencia vigentes, las crisis de liderazgos y la falta de horizontes compartidos. Esta es una cuestión central para entender las claves de los disensos.

Entonces, ¿cómo encontrar un camino en medio de esta encrucijada? No solo se trata de administrar la crisis con fugas fáciles del presente. Las salidas tecnocráticas no diluyen el conflicto político, solo enmarcan reorganizaciones cosméticas del sistema. Para encontrar el camino se debe andar —apelando a la razón poética—, se tiene que actuar —como indica la razón política— y, por consiguiente, decidir y elegir respetando la libertad, los derechos y la actitud de todas las personas. Es imprescindible el reconocimiento de la situación desde las reflexiones de los sujetos universitarios y el reconocimiento de todas las mediaciones, los lugares, las articulaciones y las temporalidades, de los que emanan las constricciones de la tan cuestionada configuración vigente. Si se reconoce la historia de los problemas más allá de la coyuntura crítica, con sus opacidades y ambigüedades, se dará un importante paso en el reconocimiento de las resistencias a los cambios.

La construcción de espacios seguros, igualitarios e incluyentes exige mucha innovación. Sin duda, adoptar protocolos y lineamientos discutidos en el seno de las comunidades es de tanta importancia como contar con los mecanismos y dispositivos cuyos efectos de poder traduzcan en prácticas cotidianas las acciones preventivas, de atención-contención-acompañamiento, y las sanciones ejemplares. Sin embargo, no basta un orden legal más centrado en el disciplinamiento, la vigilancia, el espionaje y los regímenes punitivos, que en políticas

de prevención de las malas prácticas, los códigos de integridad y la detención y atención de eventos de acoso, hostigamiento y violencias de género y laborales tan asociados muchas veces. La situación exige respuestas enérgicas y compromisos firmes que demuestren las rupturas con el mandato de masculinidad. Se trata de acciones expresivas frente a la dominación y la lealtad masculina que afronten todas las formas de violencia y, sobre todo, las profanaciones del cuerpo de las mujeres a través de acosos, hostigamientos y violencias sexuales. Llama poderosamente la atención que, a pesar de la negociación entre personas que están bajo el mismo orden político patriarcal, aún no se cuente oficialmente con un movimiento-#YoSíTeCreo y con una política de tolerancia cero frente a la violencia de género y contra las personas en el trabajo, para actuar decisivamente ante el acoso y todas las formas de discriminación.

En síntesis, la perspectiva que he querido situar promueve una corriente de inteligibilidad en la que seamos capaces de leer lo nuevo que emerge construyendo una nueva cultura universitaria. Esa cultura nueva exige romper con la invisibilidad de situaciones que someten al sujeto universitario bajo la mirada de la burocracia centralista. Esa mirada instituida que define a los sujetos reduciéndolos a meras estadísticas e indicadores constituye el dispositivo privilegiado de un poder con ojos coloniales, racistas y androcéntricos, que individualiza y excluye a las mujeres universitarias y a muchos otros/as/es que expresan sus autodeterminaciones de identidades sociales, étnicas, raciales, sexuales y de género en el seno de las comunidades universitarias. Estas comunidades tienen mucho trabajo por hacer para reelaborar teóricamente las ideas que subyacen en las normativas universitarias, así como para volver a ser referentes para la vida pública. Ya no se pueden esperar “golpes de genios”. Sabemos bien que este orden normativo es una simplificación de las cuestiones del poder en el interior de las instituciones, por lo que hay que ir más allá de las fuentes legales de ese poder y remover sus fuentes sociológicas y antropológicas, los obstáculos y las ilusiones que impiden dar un nuevo espesor sociocultural a las uni-

versidades, a la altura de las contradicciones de sus sujetos históricos en pleno siglo XXI. Los universitarios y las universitarias debemos y podemos centrarnos en la transformación necesaria.

La encrucijada espaciotemporal de nuestras casas de estudios plantea en la actualidad distintos senderos que se bifurcan. Se trata de grandes desafíos trazados en torno a los ejes axiales y laterales de la burocratización y la democratización, la comercialización y la territorialización, la elitización y la universalización. Pensar la transformación de la universidad supone atender la totalidad de la cultura universitaria. En momentos de tensión solo se suele mirar lo parcial, pero, por muy importante y crucial que ello sea, se desvirtúa la lectura integral de los fenómenos y se trivializan los análisis restándoles complejidad. La universidad que emerge con los movimientos estudiantiles y sindicales alude a un trabajo colectivo y urgente que ya está en marcha: las reformas universitarias. Tenemos que ser cada vez más reflexivos sobre las cargas que llevamos en las espaldas, cargas del pasado que son residuales hoy mismo, mientras emergen alternativas, retoños de esperanza a los que hay que dar espacio hoy mismo. Mañana puede ser demasiado tarde.

Pensar la educación en el contexto de pandemia y sus posibilidades*

Presentación

LES PROPONGO UN EJERCICIO reflexivo sobre algunos significados del actual contexto de pandemia en el entramado educativo. A partir de reconocer el extrañamiento que produce un ambiente generalmente percibido como disruptivo y opresor, se muestra cómo han quedado al desnudo los viejos problemas y males estructurales de nuestros sistemas educativos, las engañosas soluciones que, cual recetas mágicas, han sido puestas en práctica bajo las lógicas neoliberales y los retos de las instituciones y las políticas educativas. Las escuelas y las universidades experimentan una crisis de pertinencia, una pérdida de hegemonía cultural, de credibilidad y de centralidad en la vida pública. Estas parecen flotar en un vacío de sentido e ir a la deriva como reflejo de la misma sociedad. Para dar cuenta de ello, se exploran tres claves problemáticas que ilustran los límites de sostenibilidad del modelo dominante, a saber: la desigualdad educativa, el asedio y la precarización del sujeto docente, y las vulnerables condiciones del estudiantado. Luego, se repasan cuatro oportunidades o posibilidades estratégicas para superar las improvisaciones y las técnicas de *marketing* al uso, al discutir cómo

* Conferencia impartida en el Seminario Internacional “La Universidad en Tiempos de Crisis”, organizado por la Universidad de Ciencias y Humanidades, Perú, y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, el 8 de julio de 2021.

desarrinconar la perspectiva humanística, reactivar la pertinencia social y cultural de las instituciones educativas, recuperar el rol público de los maestros o educadores y desbanalizar el trabajo educativo y pedagógico dando un nuevo sentido social a los aprendizajes. En síntesis, más allá del actual contexto desolador, de sufrimiento individual y colectivo y de incertidumbres epocales, se valoran las potencialidades de configuraciones críticas que sitúen el campo educativo ante cambios históricos con horizontes de sentido esperanzadores para la humanidad toda.

El contexto actual, sus significados

Pensar juntos la educación, el rol de las escuelas, las universidades, las ciencias y las humanidades, es un reto formidable en las condiciones actuales. Este desafío debe servir de estímulo para desarrollar de forma colaborativa un pensamiento crítico sobre la situación de la educación en general, lo cual supone desenredar madejas en las que conocimiento, poder, sociedad y cultura se han constituido y constituyen realidades y horizontes de vida y de trabajo. Precisamente, este ejercicio pretende con modestia hilar algunas ideas, tirar de algunos de esos hilos, para dar continuidad a un intercambio sobre los ordenamientos dominantes de los sistemas educativos, científicos, tecnológicos y artísticos, así como advertir sobre algunas perspectivas de cambio e innovación.

Pensar la pandemia ocasionada por el virus SARS-CoV-2, conocida como pandemia de COVID-19 o de coronavirus, nos lleva a referirnos a un tiempo de crisis en el que la incertidumbre por la relativización de las certezas, la pérdida de sentido, el sufrimiento y la precariedad de la vida nos dejan perplejos. La humanidad está situada en un umbral de perplejidad inimaginable más allá de la ciencia ficción; han quedado desnudas las falencias, vacíos e hipocresías de nuestras sociedades. Por ejemplo, las agudas desigualdades sociales se extremaron y, sobre todo, la pobreza se ha resituado como el más grande de los problemas estructurales de nuestro tiempo. En particular, los sistemas de

educación mostraron sus desfases con la realidad y con proyectos de sociedades democráticas y sostenibles; estos sistemas, que de hecho no son sistemas como tales sino entramados o ensambles educativos, han venido operando bajo las lógicas de un formateo neoliberal regido por la imposición de estándares internacionales que terminaron instituyendo la lógica de la competencia y legitimando la clasificación social al imponer los *rankings* y un nuevo orden moral a través de un pensamiento indexado, parametral, normalizador y naturalizador de formas colonizadoras de comprensión de los sujetos sociales, sus subjetividades y las relaciones en el mundo de la vida. Tal destiempo evidenció la necesidad de reconfigurar la docencia, la enseñanza y el aprendizaje, tanto con una vertiginosa actualización tecnológica como con apropiaciones didácticas, al asumirse la exploración de nuevos y diferentes recursos en distintas plataformas con la exigencia de nuevos lenguajes y códigos comunicativos. Ello con un sentido político de urgencia que mostró el compromiso social y la profesionalidad de las comunidades educativas, sobre todo de maestros y alumnos, empeñados en sostener prácticas fundantes de las relaciones sociales en todos los niveles educativos y contextos sociales.

Súbitamente todos nos encontramos atrapados en una especie de “nuevo ambiente” de opresiones múltiples. Pareciera que toda la humanidad está perdiendo el sentido de estar juntos en sociedad y el derecho a la vida en los espacios públicos, por lo que se reproduce la paradoja histórica descrita magistralmente por José Saramago en su *Ensayo sobre la ceguera*,³⁴ donde la pérdida masiva del sentido de la vista generó gran desconcierto social al producirse una inesperada “epidemia de ceguera”. Hoy compartimos con los personajes de la ficción apocalíptica del escritor portugués las mismas “ansias de luz” al final del túnel y la “lucha por la sobrevivencia”. Vivimos otra especie de ceguera blanca y, para no ver todo blanco, usamos gafas oscuras o vendas de otra índole en los ojos; también, compartimos mecanismos de control como las

³⁴ José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera* (México: Alfaguara, 1998[1995]).

cuarentenas en nuestras casas o instituciones totalitarias de reclusión que, como el manicomio de la obra literaria, son controladas hasta por fuerzas castrenses o policiales que actúan en nombre del orden sin dejar de compartir el miedo al contagio, hasta cometer excesos y abusos de autoridad como reprimir, matar o violar. Estamos en medio de disputas entre liderazgos negativos, robos o egoísmos, por una parte, y las lógicas de la construcción, la ayuda y la solidaridad, por otra, a fin de lograr el reconocimiento de la dependencia recíproca para sobrevivir. Tal es el caso de una heroica mujer que, siendo la única sin contagiarse, simuló padecer la enfermedad para sobrevivir y salvaguardar al grupo. Esta excepcional parábola epocal de nuestro problema actual evidencia un profundo extrañamiento que nos conmueve cuando todo lo cotidiano y normal se revela como ajeno, angustioso y ominoso al emerger “el desierto de sentido de una humanidad que se transforma”.³⁵

Más allá de todos los narcisismos, el desenmascaramiento de ese proceso de extrañamiento nos obliga a realizar una crítica a la sociedad desfasada, desencajada, desanclada o “ajena de sí”. Los límites de nuestra conciencia discurren sobre la misma tesitura de los límites de los personajes de Saramago y, como ellos, estamos ciegos, nos encontramos con ciegos que no ven y ciegos que, viendo, no ven. Compartimos el miedo al contagio, al aislamiento y al distanciamiento social impuesto forzosamente a veces hasta con medidas represivas; también, participamos del pánico generalizado, de la emergencia de diversas formas de desintegración social, de fobias y miedos al otro, de desesperación, ansiedad y asocialidad. Asistimos a otra forma de ceguera total de la humanidad, una muerte en vida que, más allá de algunos triunfalismos oficiales, nos acerca a lo que mi colega Vicens Alba estudia en términos de un apocalipsis cultural.³⁶

³⁵ Jean-Luc Nancy, *Un virus demasiado humano* (Buenos Aires: La Cebra, Palinodeia, 2020).

³⁶ Vicens Alba y María Luisa de la Garza, “Apocalipsis culturales, emergencia y crisis de la presencia: conceptos y métodos en situación de excepción”, en *Figuraciones transculturales. Estudios críticos sobre geoculturas y agencias*, editado

Lo incierto del entrelazado de las cosas que enfrentamos tiene una historia social y produce una nueva trabazón, donde hay que encontrar las cosas mismas en su devenir, en su caótico orden. Reflexionar sobre esa historia en movimiento es precisamente nuestro trabajo intelectual, el de todos los trabajadores de la cultura, los educadores y los profesionales. Como diría Estela Quintar, estamos ante el desafío de reimaginar el presente, de transfigurar la realidad de manera virtuosa, a partir de figuraciones críticas que nos permitan un trabajo de interpretación, intervención y transformación de las complejidades que emergen de conjunciones y articulaciones sociales complementarias.³⁷

La crisis actual es un punto de inflexión histórica por muchas razones que cada día vamos comprendiendo más. Vivimos y morimos en una sociedad virulenta —viruleada, como dirían los jóvenes en México, o viruseada, en Colombia—, afectada por un virus de naturaleza extraña, ponzoñosa, maligna y mortífera. La crisis ha implicado una especie de parálisis social —colectiva e individual—, un contexto de explosiones de narcisismo que se han expresado en distintas formas de desesperación, cinismo y escepticismo al explorar conexiones explicativas de la crisis entre causas y consecuencias, peligros y posibilidades. Sin duda, el trastocamiento del orden normalizado en distintos ámbitos de la vida ha traído implícita una penetrante denuncia de desórdenes culturales y cortocircuitos que han sido productos históricos de tres vaciamientos previos o precedentes, a saber: el vaciamiento del papel y las funciones del Estado, el vaciamiento de la idea de sociedad como proyecto de una comunidad de destino y, por último, el vaciamiento de la centralidad de la educación en tales ideas y proyectos. Tales vacíos, ausencias o presencias muy precarias del Estado y de la sociedad en los

por Alain Basail, Axel Kölher y María Luisa de la Garza (Tuxtla Gutiérrez: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2023).

³⁷ Estela Quintar, "Crítica teórica, crítica histórica: las paradojas del decir y del pensar", *Archivos de Ciencias de la Educación*, vol. 12, núm. 13 (2018), e040, <https://doi.org/10.24215/23468866e040>

distintos ámbitos o esferas de la vida y, en particular, en la educación, tienen muchísimo que ver con los problemas estructurales y coyunturales que enfrenta la educación pública.

El estado actual de la educación está relacionado con configuraciones de coordenadas históricas de fuerzas y sentidos que han puesto en máxima tensión las relaciones entre lo público y lo privado al maximizar la mercantilización de las relaciones sociales. También se relaciona con consideraciones políticas amplias vinculadas con los problemas básicos de la sociedad que, lejos de abordar sus dimensiones estructurales y acortar las brechas de la desigualdad social, han acentuado cínicamente las fuentes de su reproducción y los conflictos. Todo ello en medio de ataques continuos a la vida democrática que se manifiestan en la ausencia de debate público real o, mejor dicho, en un debate que ha sido colonizado desde los grandes corporativos mediáticos, que cooptan de manera unilateral y simulan su desinterés por el reconocimiento de la raíz de los problemas. De hecho, el pensamiento radical es considerado una amenaza pública tanto como el pensamiento crítico, una herejía. Nuestra situación actual es decisiva por el arrastre histórico del periodo neoliberal, por la desnudez de las miserias humanas y sociales que constatamos por doquier, y por las emergencias societales vinculadas a la actualización y transformación de la vida colectiva en sus dimensiones ecológicas, sociológicas y antropológicas como respuesta a la ontología cimbrada del presente. También, por las improvisaciones para la reproducción misma de la vida y hasta para mantener las aulas abiertas a través de clases virtuales. Las circunstancias excepcionales que vivimos como cambio de época producen vértigo por su velocidad y turbulenta complejidad. En este sentido, preguntarnos por las cualidades críticas de la actual convulsión cultural implica ganar en conciencia histórica de lo que pasa, de los problemas de adaptabilidad social y de las capacidades de resiliencia que se constatan en todos los espacios o campos sociales y, en particular, en el que aquí nos interesa hoy y nos genera sentimientos encontrados: el campo educativo.

Parafraseando al gran intelectual martiniqueño Aimé Césaire,³⁸ podemos decir que pensar la educación y las realidades suscitadas por modelos de reformas educativas al son de agencias corporativas o bancarias equivale a un desafío societario y civilizatorio para no caer en la “decadencia cultural”. Las salidas a la crisis contemporánea pasan decisivamente por las salidas que le encontremos a los problemas estructurales de la educación. No podemos cerrar los ojos para seguir rutinas inercialmente. No podemos hacernos trampas a nosotros mismos con los discursos sobre la normalidad, ni estar desprevenidos, ni minimizar las graves situaciones porque atentamos contra los principios de vida y de convivencia social. De lo contrario, estaremos como los enceguedidos de Saramago, como zombis sin control de la voluntad propia o como autómatas moribundos por la soberbia y la vanidad, incapaces de ver, enunciar y pensar nuestros problemas.

Uno de esos problemas remite a la cuestión educativa. La educación, la escuela y la universidad atraviesan por una gran crisis de pertinencia sociocultural en la medida en que viven una progresiva pérdida de hegemonía cultural, de credibilidad y de centralidad en la vida pública. Podríamos decir, como Jesús Martín Barbero, que son instituciones que flotan en el vacío y van a la deriva como expresión de problemas de larga data, de males estructurales endémicos a los que se aplicaron engañosas soluciones cual recetas mágicas.³⁹ Los retos de nuestros engranajes educativos remiten a carencias, precariedades, defectos y, también, ciertamente, a algunos aciertos como reflejo de la sociedad en general. Por ello, debemos ver sus claroscuros, sus grises jaspeados.⁴⁰

³⁸ Aimé Césaire, “Discurso sobre el colonialismo”, en *Discurso sobre el colonialismo* (Madrid: Akal, 2006[1950]), 13-43.

³⁹ Jesús Martín Barbero, “Infancias y juventudes en América Latina: desafíos para la producción del conocimiento”, Conferencia inaugural en la I Biental Latinoamericana de Infancias y Juventudes. Democracias, Derechos Humanos y Ciudadanías. Manizales, Colombia, 18 de noviembre de 2014.

⁴⁰ En el sentido utilizado por Silvia Rivera Cusicanqui, *Sociología de la imagen*.

Claves problemáticas

Para ganar en conciencia de las determinaciones y los impactos de la crisis contemporánea, del “coeficiente histórico”⁴¹ del campo de la educación, requerimos un esfuerzo de densa historización que rebasa esta exposición. No obstante, es pertinente situar al menos tres claves problemáticas que permitan dimensionar la realidad del modelo dominante en materia educativa, a saber: a) la desigualdad educativa, b) el asedio y la precarización del sujeto educativo —sobre todo, del docente— y, en particular, c) las condiciones reales de vida del estudiantado, su vulnerabilidad.

Tan solo estas tres claves comprensivas permiten dar cuenta de un modelo dominante que alcanzó su límite de sostenibilidad al operar alteraciones radicales en los ideales de las instituciones y los campos educativos y científicos cuando los sometió al utilitarismo y el fetichismo de la ciencia, la cultura y la educación. Ello con el sostén de la ideología neoliberal, que fue calando hondo hasta poner la educación al servicio de la mercadotecnia, la empleabilidad y la concentración de riquezas, de capitales culturales, bienes y servicios en unas pocas manos en detrimento de otras. Veámoslas, pues, con detalle.

a) *La desigualdad educativa* se ha acumulado en el tiempo y se ha agudizado cada vez más durante los últimos treinta años, a la par de todas las desigualdades sociales existentes. La desigualdad en Nuestra América es un problema estructural que se amplía y profundiza en la crisis actual con el aumento de la pobreza y la miseria de la mayor parte de la población, que se enfrenta diariamente a problemas de subsistencia. Las brechas sociales se reproducen simultáneamente en diferentes escalas espaciales. Por solo mencionar dos, pensemos en

Miradas ch'ixi desde la historia andina (Buenos Aires: Tinta Limón, 2015); *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores* (Buenos Aires: Tinta Limón, 2010).

⁴¹ Piotr Sztompka, “El coeficiente histórico”, en *Sociología del cambio social* (Madrid: Alianza, 1995), 235-238.

las brechas tecnológicas y digitales, que dibujan un mapa complejo a través de geografías diversas moduladas alrededor de la producción y el consumo, la oferta y la demanda, el acceso, la disponibilidad, la rentabilidad y la accesibilidad de los servicios. Incluso, recordemos la existencia de las llamadas zonas de silencio, en algunas de las cuales solo proyectos innovadores de agencias comunitarias han procurado proveer servicios de internet ante la ausencia de agencias corporativas y del Estado.

Por eso, al pensar las desigualdades debemos ir más allá de los problemas de acceso a la educación y de cobertura de la demanda, para constatar cómo se aleja del horizonte la universalización real de la educación básica, media, media superior y universitaria. Los avances en la democratización del acceso a la educación y al conocimiento se enfrentan al constreñimiento de las oportunidades reales por la falta de recursos para cumplir la profecía de “a mayor inversión en educación, más rápida inserción en el mercado laboral, mayor movilidad social por trabajos con altos salarios, reducción de los riesgos ambientales y control de la migraciones regionales, interregionales e internacionales”. En este sentido, las trayectorias meritocráticas basadas en las capacidades, habilidades y esfuerzos no alcanzan para asegurar el éxito prometido y no emparejan ningún piso ni en el origen ni en el destino de estas. Múltiples formas de racismo, exclusión y segmentación operan sin garantías para asegurar la movilidad social y un trabajo digno aun teniendo un título universitario. En plena pandemia, y luego en *long COVID*, emerge la desescolarización por la salida masiva de los espacios escolares formales y el aumento de la deserción escolar sobre todo de las niñas, que han asumido más roles de cuidado familiar y se han sumado al mercado laboral para apoyar a sus familias con los recursos necesarios para la subsistencia. Por un lado, se impone una recentralización de los sistemas educativos, su verticalismo, cuando, por ejemplo, se sustituyen las interacciones y las dinámicas pedagógicas para el aprendizaje en el espacio educativo por clases grabadas que uniformizan los currículos y quedan disponibles bajo demanda, mientras

se les exige a los maestros cubrir todos los gastos que la modalidad virtual conlleva y una producción exagerada de evidencias que acrediten el trabajo realizado. Por otro, se acentúa la concentración de recursos y oportunidades en unos grupos frente a otros más vulnerables, por lo que continúa la materialización de la dualidad de los sistemas con circuitos favorecedores y desfavorecedores.

Estos elementos, en el contexto de determinaciones estructurales como la violencia y la pobreza, se dimensionan fatalmente en distintas escalas socioterritoriales. De ahí que los términos economicistas para medir el éxito educativo sean reduccionistas, como los indicadores de elección, ingreso, acceso, permanencia, egreso y titulación, así como los ideales de capacidad y competitividad, eficacia y eficiencia de la educación.

b) *El sujeto educativo*. Los educadores han experimentado una precarización galopante de sus condiciones de trabajo, así como un asedio institucional para colonizar tanto el mundo laboral —desde los ámbitos privados—, como la misma práctica docente y los procesos educativos. El profesorado y, en general, el personal académico constituyen una clase de sobrevivientes de las transformaciones radicales operadas por la educación y la ciencia neoliberales.⁴² Muchos profesores lloramos de coraje e impotencia ante el desgaste y el sobreesfuerzo por las múltiples tensiones vividas. Las reformas neoliberales establecieron un tipo de educación bancaria, enciclopedista, centralizada y centrada en el *currículum*, y con este un ideal de la mejora educativa y del desarrollo profesional que impulsó evaluaciones de trayectorias y desempeño siguiendo estándares de calidad regidos por medidas productivistas de eficiencia y eficacia. Asimismo, la naturalización de lógicas tecnocráticas, burocráticas y administrativas contribuyó a la precarización de las condiciones laborales y a cambios en la cultura del trabajo y en las

⁴² Son sobrevivientes en el mismo sentido en que el campesinado lo ha sido a los cambios en las formas de producción agrícola, tal como lo describe John Berger, *Puerca tierra. (De sus fatigas 1)* (Madrid: Alfabeta, 2011).

culturas organizacionales al extremar las jerarquizaciones y la simulación, y al reducir los umbrales de confianza, de autonomía y las formas de participación y representación en la vida colegiada, obstaculizando su carácter democrático y haciendo caer en decadencia la vida democrática frente al autoritarismo y el verticalismo. Además, establecieron dispositivos epistemológicos que operaron coacciones impensadas sobre el orden de las ideas, los temas de las agendas y su prioridad, la legitimidad de los discursos, las metodologías y las teorías pertinentes.

Las convenciones culturales neoliberales, como orden moral instituyente, impusieron censuras sociales que terminaron sometiendo, tensando y enfermando a las comunidades docentes. Como se mencionaba antes, los procesos de evaluación del desempeño académico terminaron siendo procesos de devaluación continua, injustos e irresponsables, como ha señalado el profesor español Andreu Navarra.⁴³ La lógica del premio y el castigo, con recursos económicos o como condicionamiento de la permanencia laboral o la recontractación, se ha convertido en un mecanismo de poder para el control de las comunidades docentes y así modular las relaciones de forma desigual, lo que afecta sobre todo a las mujeres, a los más jóvenes y a los de mayor edad. De esta forma se instituyó un saber asegurado en detrimento de un saber crítico y creativo. Estas lógicas ponen en peligro la socialización académica y la reproducción de las comunidades académicas. El utilitarismo, el economicismo, el modelo comercial regido por el interés económico, la competitividad y las lógicas clientelares y empresariales han construido un profundo malestar cultural que, a pesar de todo, no ha quedado incontestado.

Entre los malestares académicos, uno de los más representativos es el miedo porque este opera una profunda distorsión. Distorsión que se asocia a la inseguridad laboral, los acosos, el hostigamiento y las distintas violencias institucionales, lo que a la vez ilustra el proce-

⁴³ Andreu Navarra, *Devaluación continua. Informe urgente sobre alumnos y profesores de secundaria* (Madrid: Tusquest, 2019).

so de pérdida progresiva de derechos y la ganancia de más deberes y responsabilidades. Los sentimientos de agobio, angustia y apatía han reforzado la soledad y el aislamiento que inmovilizan a los colectivos. La colonización de la vida académica se ha basado en la restricción de la autonomía, la mayor segmentación y fragmentación de las comunidades, así como la extrema tensión entre las carreras profesionales y laborales y las trayectorias vitales a nivel personal y familiar.

Todos estos elementos y otros convergen en la pérdida del prestigio social de los docentes. La subvaloración, el desempoderamiento o el menosprecio de la relevancia social del trabajo de los educadores, cuando no su criminalización, están relacionados con el desconcierto y la transición de sus roles pedagógicos clásicos. Se trata de una situación social crítica que no podemos perder de vista, como subrayaré más adelante.

c) *Las condiciones del estudiantado.* Al situar sintéticamente una descripción de las condiciones y del estatus del estudiantado no podemos soslayar las restricciones contextuales de vida y de formación-aprendizaje que caracterizan la estructura de su vulnerabilidad. En primer lugar, deben situarse los problemas estructurales de los contextos sociales tan heterogéneos de los que provienen y reconocer que la crisis pandémica ha agudizado las condiciones de pobreza, a la vez que han aumentado la precariedad, las desigualdades, las injusticias sociales de género, raciales, étnicas, por edad o lugar de residencia, las violencias y los sufrimientos. A nuestras aulas llegan algunos estudiantes con los estómagos llenos y otros con los estómagos vacíos, algunos con fatigas acumuladas por largas jornadas de trabajo y otros por horas de gimnasio, unos apoyados económicamente por sus familias y otros que se automantienen y los ayudan.

Tampoco podemos soslayar las condiciones de enseñanza, en las que recursos inadecuados e insuficientes hacen acumulable la inexistencia, el deterioro o la precariedad de los equipamientos escolares y de las aulas enclavadas en espacios marginales, con tejidos sociales frágiles. Las aulas virtuales realmente se materializan en espacios domésticos

como dormitorios, salas, comedores o patios de casas, cuando no en espacios públicos o cafeterías, o en la punta de una loma donde se alcanza una señal. Nunca antes como ahora toda una multiplicidad de fragilidades y ruidos sociales se habían hecho tan presentes de forma simultánea o sincrónica en nuestras clases: desde el canto de aves menores o mayores y ladridos de perros, hasta los pregones de los carros de gas, agua u otros vendedores; desde los cohetes de las fiestas de los barrios, hasta los balazos por enfrentamientos de grupos delictivos y autoridades; desde las violencias intrafamiliares e institucionales, hasta las violencias experimentadas en los espacios públicos. Cada aula virtual amplifica los ecos de los problemas sociales de nuestro tiempo, lo cual obliga a la actualización de la naturaleza de la relación pedagógica a partir de una apertura a nuevas relaciones que ocupen el espacio, que tengan en cuenta las zonas de silencio e invisibilidad, y que asuman miradas que acompañen y cuiden, con escuchas sensibles, respetuosas y comprometidas

El estudiantado que tenemos en nuestras aulas es mucho más que un número para las estadísticas o un cliente en el mercado escolar. Es fundamental preguntarnos: ¿qué tipo de sujeto humano asiste a las clases?, ¿cómo los niños y los jóvenes habitan el mundo?, ¿cuál es su propia geografía en términos culturales y políticos?, ¿cómo los jóvenes transitan todos los espacios que habitan? La mayoría de nuestro estudiantado ha nacido en el siglo XXI, a diferencia de la mayoría de sus maestros, que hemos nacido en el siglo anterior, aunque todos somos expresión de desigualdades y diversidades visibles. Como advirtiera Jesús Martín Barbero en una de sus entrevistas, los jóvenes tienen sus propios universos utópicos, sus propios paisajes culturales ligados al presente, a sociabilidades y a comparticiones alrededor, por ejemplo, de la música.⁴⁴ Los jóvenes, según Martín Barbero, realizan

⁴⁴ Jesús Martín Barbero, "Infancias y juventudes en América Latina". Sobre esta conferencia puede consultarse un resumen del propio Jesús Martín Barbero: "Los jóvenes siguen queriendo ser ciudadanos, pero de otro planeta", entrevista realizada por Omar Rincón, CLACSO TV, video. <https://youtu.be/VdvwSHvEob0>

múltiples escuchas en mundos distintos, y por eso él valoraba como falso el debate de algunos maestros sobre si los estudiantes debían retirarse de forma obligatoria los audífonos durante las clases, porque supuestamente escuchaban música cuando buscaban refugio para no ser molestados o tan visibles en medio de una relación pedagógica tóxica en la que no estaban a gusto. La falsedad de esa preocupación de los maestros queda revelada en el actual contexto virtual donde, sin embargo, reemerge la agonía porque las cámaras estén abiertas, los micrófonos inactivos y los estudiantes usen los uniformes escolares. Evidentemente el tema de fondo es el de la obsolescencia pedagógica, la caducidad de una pedagogía disciplinaria del cuerpo y del estar bien, a gusto con relaciones constructivas de aprendizajes, basada en el distanciamiento de los paisajes juveniles y, sobre todo, de sus experiencias, progresos y necesidades.

De ahí que sea un gran reto habitar o cohabitar el espacio joven, la cultura juvenil. No conquistar o colonizar sus sociabilidades, sus estéticas terrenas, tan lúdicas, y sus códigos éticos, sino aprender de sus formas de poder-saber-hacer muchas cosas juntos, de hacerlo de manera divertida para pasarlo lo mejor posible. Nuestro desafío es ayudarles a pensar cómo ser ciudadanos de sus sueños de futuro, de su utopía social, a encontrar el sentido de la vida, a saciar sus necesidades de sentido y a resignificar el presente heredado como ciudadanos de una posibilidad histórica diferente, de otros proyectos de sociedad. ¿Cómo hacerlo? Pues potenciando las mediaciones pedagógicas que apuesten por una didáctica no parametral, explorando todas las mediaciones comunicativas para establecer un lenguaje intergeneracional que, a partir de una apertura a la escucha y de una mirada atenta, rompa el régimen nomológico para dar paso a una dialógica intercultural y a una ontológica interepistémica. El régimen dominante, además de autoritariamente monológico y monolingüe, ejerce una sobreprotección culpable y hasta una criminalización culposa de la juventud. Sin embargo, debemos trabajar para no hacer conformistas a las nuevas generaciones, sino acompañarlas, preocuparnos por ellas, cuidarlas

y hacerlas creativas, inventoras e innovadoras para que enfrenten su camino, como decía Jean Piaget.

Peligros y posibilidades

Precisamente la juventud, como sujeto histórico protagónico en los cambios del sentido histórico de nuestras comunidades y sociedades, ha impulsado a través del tiempo cambios trascendentales como las propias reformas universitarias, educativas y sociales. La falta de miedo a lo nuevo, al caos o a la incertidumbre ha sido un factor común frente a la autoafirmación de los modelos dominantes, que operan la desacreditación y desautorización de las alternativas posibles a través de represiones múltiples y regímenes de invisibilidades. A partir de la escucha de los desafíos de mundos distintos, los y las jóvenes comparten muchas sensibilidades, ideas y respuestas prácticas, con una potencia crítica llena de desobediencias, indisciplinamientos e insumisiones. Se trata de respuestas repletas de politicidad y de politización, de movi­lidades y movilizaciones. De ellos debemos aprender en estos momentos de crisis, de peligros y de posibilidades estratégicas, para ir más allá de los catastrofismos o los colapsismos, de las improvisaciones y de las técnicas de *marketing* a modo para tenerlo todo controlado y mostrar que la “normalidad” de un orden es espectacular o buena *per se*.

Las posibilidades para pensar la potencial transfiguración crítica de nuestras realidades educativas podrían cartografiarse a partir de desencadenar cuatro procesos, a saber:

1. Desarrinconar la perspectiva humanística.
2. Reactivar los encadenamientos entre la sociedad, las escuelas y las universidades a partir de su pertinencia sociocultural y su responsabilidad social.
3. Recuperar el rol público de los maestros/educadores, es decir, prestigiarlos.

4. Desbanalizar el trabajo docente y pedagógico, con un nuevo sentido social de los aprendizajes.

Para explorar el camino de oportunidades hoy requerimos desarinconar una perspectiva humanística centrada en el ser humano y orientada a sus problemas y contextos, a los de sus grupos sociales, sin caer en la ceguera parcial del antropocentrismo, que ha definido este gran periodo conocido como el Antropoceno.⁴⁵ Potenciar una actitud humanística implica partir de la ética de las relaciones, de vínculos más justos, respetuosos y compasivos, con sensibilidad y compromiso mutuo. Para resituar el coeficiente humanístico⁴⁶ es necesario poner al individuo como centro cultural, como agente cooperante más que competitivo, es decir, como sujeto histórico consciente y activo cuya experiencia y actividad reflexiva sea la fuente de los conocimientos y el pivote de la investigación y la creación artística.

Las coordenadas de ese nuevo humanismo sitúan la vida en el centro, y dentro a la persona, partiendo de una comprensión relacional y ecológica de la existencia humana y de una ontología vinculada, relacional e interdependiente. También partiendo de la relevancia pública del conocimiento, porque “saber no puede ser lujo” y los significados sociales de las ideas, como bienes comunes que integran un patrimonio colectivo, tienen que conectar los amplios circuitos públicos de la reflexión colectiva.

Todo ello está relacionado con la desmercantilización de la educación, de la ciencia y del trabajo académico, con la recuperación de múltiples referencias y con el reconocimiento pleno de las diversidades como comunidades de respeto y aprendizaje con las que debemos

⁴⁵ Amaranta Herrero Cabrejas, “Navegando por los turbulentos tiempos del Antropoceno”, *Ecología Política. Cuadernos de Debate Internacional*, núm. 53 (2017), 18-25. <https://www.ecologiapolitica.info/?product=53-antropoceno>; <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/464993>

⁴⁶ Florian Znaniecki, “Principios para la selección de datos culturales”, *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 60 (1992), 153-182.

compartir y cooperar, más que competir para ganar o triunfar. En este sentido, se trata de situarnos en el espacio de la pluriversidad o la diversidad, más que en el de la universalidad. Como dirían los pensadores caribeños Confiand, Bernabé y Chomoiseau,⁴⁷ la diversidad remite a la interacción libremente consentida. Ellos, siguiendo al poeta, también martiniqueño, Edouard Glissant (1928-2011), reivindican la “poética de las relaciones” entre la pluralidad de voces de todo el mundo como camino para redescubrir el mosaico de los constantes encuentros culturales y la diversidad, así como para construir prácticas epistémicas siempre fronterizas. En este sentido, la educación, al igual que todas las ciencias mismas, es como un diálogo, un encuentro, una conversación pública y abierta de carácter intergeneracional, intercultural e interestémico. ¡Se trata de redescubrir la diversidad!

Frente al “despotismo tecnológico” que critica Giorgio Agamben,⁴⁸ por el tan rápido avance de la mano de grandes empresas informáticas que controlan los algoritmos, es necesario desarrollar las nuevas reglas del proceso de enseñanza-aprendizaje sin confundir innovación tecnológica con innovación pedagógica. En los aprendizajes significativos que se necesitan no se pueden perder la ternura, la calidez y la humanidad de las relaciones pedagógicas, y debe abonarse la construcción de relaciones más allá de los tiempos y espacios escolares, basadas en modelos de identificación vigorosos, con potencia de futuro. Como dirían los mayas de Los Altos de Chiapas, necesitamos corazonar juntos, es decir, encontrar una forma de hablar un lenguaje que entendamos, un lenguaje transformador de los tejidos sociales y de los vínculos comunitarios. Siempre se reitera aquella frase atribuida a Nelson Mandela en la que se reconoce que “la educación es el arma más poderosa... para cambiar el mundo”, para lo cual es necesario armar la cabeza de buenas ideas

⁴⁷ Jean Bernabé, Raphael Confiand y Patrick Chamoiseau, *Elogio de la creolidad* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2011[1986]). También puede consultarse la edición del Fondo Editorial de Casa de las Américas (2013).

⁴⁸ Giorgio Agamben, *¿En qué punto estamos? La epidemia como política* (Buenos Aires: AH, 2020).

y acondicionar el corazón de buenos valores, sentimientos humanos y sensibilidades sociales.

Por otro lado, para hacer frente a la pérdida de pertinencia cultural y social de las instituciones del entramado educativo se requiere una reactivación de los encadenamientos entre la sociedad y las escuelas o las universidades, en el entendido de que estas constituyen bienes públicos, sociales y comunes que deben ser respetados, apoyados y cuidados entre todos. Volver a anclar las instituciones educativas en sus contextos socioculturales supone replantear su pertinencia socio-cultural, su responsabilidad social, el compromiso con sus entornos y la democratización de la sociedad a partir de la ampliación de los derechos. También implica su encarnamiento en el horizonte de cambios sociales, culturales, económicos y políticos, así como su arraigo local con proyectos de innovación que promuevan el conocimiento, la formación continua de fuerza de trabajo, la pertinencia social y el acercamiento a los problemas del entorno donde están enclavadas las instituciones. En ese sentido, es necesario no perder de vista las conexiones con experiencias más regionales y globales, porque salvar a la humanidad de sí misma, al planeta, es una exigencia de nuestros tiempos.

Ante la deriva sin sentido o rumbo, se podría potenciar una enseñanza activa y contextual que responda a preguntas, problemas, tensiones y contradicciones con sentido de justicia social. Asimismo, podría actualizarse el pacto educativo a través de un nuevo contrato social entre el Estado, la sociedad, el mercado, las comunidades, las familias y las instituciones educativas y científicas, que se articule en proyectos de transformación social, en proyectos de sociedad democráticos. Para promover la prioridad en la asignación de presupuestos de manera más proporcional y representativa en los productos internos brutos de nuestros países, así como para ayudar a familias y profesores, hay que integrar las instituciones educativas en el espacio público de debate de la sociedad e implicarlas más en debates cruciales sobre la educación, la ciencia y las artes. Solo una ciudadanía implicada sería la garantía de

que las reformas educativas se orienten verdaderamente por el interés público y de alcanzar un modelo expansivo de educación y una democratización de la vida social y universitaria a partir de mayor colegialidad y reflexividad. Así, apostar por una conciencia crítica y reflexiva que permita, como sugiriera Zygmunt Bauman, reiniciar en el ágora el discurso del bien común y lograr que las instituciones cumplan con sus significados.⁴⁹ No hay de otra que redescubrir el significado de la vinculación y la ética de los vínculos constructivos abonados por una reflexividad responsable.

Sin dudas, la recuperación del rol público de los maestros tiene una importancia estratégica de primer orden en tanto en cuanto los educadores son actores sociales relevantes y notorios en la colectividad. Sin embargo, su participación en la vida pública ha sido invisibilizada durante las últimas décadas o, mejor dicho, visibilizada bajo la estigmatización y fuertes campañas de degradación y desprestigio. El magisterio ha tenido que resistir, disentir y re-existir ante las políticas educativas dominantes y su modelo de “profesor exitoso” y, en general, contra el antiintelectualismo. La resiliencia de las comunidades educativas para la búsqueda de alternativas y para sostener la socialización en espacios comunes evidencia su praxis transformadora como agencia estratégica con la que se debe contar en la sociedad. Los maestros deben ser reconocidos socialmente como trabajadores de la cultura y como intelectuales que actúan en las aulas y en el ágora pública explorando sus posibilidades transformativas, convocando los esfuerzos colectivos por aprender, entretejiendo saberes e interaprendiendo a ser y estar juntos a gusto, en reciprocidad.

Los educadores pueden hacer frente a los problemas comunes y a los desafíos sociales como intelectuales comprometidos con la igualdad, la justicia y la política democrática, como intelectuales públicos críticos con liderazgo y convicciones sociales. Asimismo, deben

⁴⁹ Zygmunt Bauman, *En busca de la política* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001).

desarrollar formas de educación basadas en el respeto a los derechos individuales y colectivos, a la palabra del otro, a los bienes públicos y a la vida pública, todo ello promoviendo mediaciones pedagógicas innovadoras que multipliquen los aprendizajes críticos, potencien la conciencia histórica y fortalezcan los vínculos entre sujetos, frente a la ciudadanía despolitizada, desinteresada y profesionalizada por el interés en la ganancia, como condición para el cambio social.

De esta forma, es necesario pensar continuamente sobre el equipaje cultural y político que llevamos a cuestas y con el cual cargamos las mochilas de los estudiantes a fin de hacer espacio para los ejercicios de memoria social y pública, las producciones del presente y las imágenes del futuro con complicidad, compromiso y responsabilidad. Se trata, sin dudas, de un trabajo tanto autocrítico para reflexionar, resistir y cultivar capacidades, como crítico-constructivo con los estudiantes y con distintas agencias sociales para ir más allá del mundo que conocen como conjunto fijo de significados. Ninguna sociedad puede prescindir de quienes contribuyen decisivamente a desarrollar su “ojo crítico” en cuanto dispositivo para aprender el arte de cuestionarse a sí mismos, a la sociedad y a la civilización, de aprender a no olvidar ese arte, a no dejarlo de usar porque algunas preguntas a destiempo pueden quedarse sin respuestas o estas perder su vigencia muy rápido.

En este mismo sentido, desbanalizar el trabajo educativo requiere de actos pedagógicos que promuevan el sentido ético-político y práctico como acción informada y reflexiva de los aprendizajes. La reinención de la naturaleza de la relación pedagógica implica cambiar los modos de enseñar que intoxican y tienen consecuencias negativas para el estudiantado y para todos. Para ello hay que activar una ciudadanía crítica con los pilares de una pedagogía con fuerza emancipadora que permita construir vínculos para toda la vida, es decir, con relaciones pedagógicas comprometidas como prácticas éticas y políticas basadas en un profundo respeto, para aprender conocimientos, valores, maneras de ser, estar y compartir en reciprocidad en las aulas y fuera de ellas. Esto significa

ir contra la obsolescencia y, por tanto, dar la cara a nuestras matrices sociales abigarradas, heterogéneas y transculturadas en comunidad de diálogos, conocimientos y aprendizajes. Asimismo, significa habitar nuestros espacios educativos como entornos de acuerdos, fruto de escuchas y negociaciones horizontales, de otras relaciones de autoridad, de liderazgos constructivos, de legitimidad y de pertenencia cultural. Urge la renovación de las culturas estudiantiles, académicas y laborales para la construcción de ciudadanías activas, pensantes —que contienen pensamientos—, que luchen, incidan, innoven, critiquen y disientan en los debates sobre las estructuras y los ejercicios de poder, sobre las condiciones políticas, económicas y culturales, sobre las colonialidades que constituyen nuestras vidas —sexismo, racismo, clasismo, etnocentrismos— y legitiman las exclusiones, así como sobre las negaciones o las inclusiones excluyentes. También, que puedan promover la cultura del trabajo frente al prestigio y la fama transitorios de los *likes*.

Para desarrollar los aprendizajes críticos con la participación de las propias autoridades educativas se necesitan ojos y corazones sentipensantes que cuestionen la relación entre conocimiento y poder, las prácticas pedagógicas y sus consecuencias sociales, así como la autoridad y la responsabilidad cívica; que cuestionen, además, los equilibrios entre valores privados-comerciales y públicos, las identidades profesionales y sociales, entre esquemas cognitivos, estructuras de sentimientos, emociones y deseos —que son las claves de las resistencias al conocimiento de los jóvenes—. Al poder hacer preguntas, se activa y promueve una agencia crítica, moral y cívica conectada con una política vibrante, a la vez que se articula la educación con proyectos de transformación social democrática y con una perspectiva cultural más amplia, donde todo el engrane institucional de la educación, la ciencia, las humanidades y la tecnología se reconoce como red de sitios críticos de disputa cultural por el sentido histórico, es decir, como dispositivos de discernimiento, deliberación y diálogo de conocimientos-saberes. Pasan a ser instituciones que participan de disputas por fomentar la

vida pública democrática y por fortalecer la ciudadanía social, y no solo el mercado de trabajo.⁵⁰

En las perspectivas aquí expuestas es central la escucha del murmullo de niños y jóvenes como voluntades culturales que desafían la imaginación. Precisamente Jesús Martín Barbero y Humberto Maturana⁵¹ coinciden en apuntar la importancia de esa escucha sensible de los murmullos de los estudiantes para comprender sus latidos y abrirse a ellos a través de una interacción fluida y crítica en las comunidades escolares. También, para comprender los lenguajes y la circulación de reflexiones a fin de encontrar sentidos de vida, saciar las necesidades de sentido que hoy nos invaden, resignificar la vida y continuarla. A fin de cuentas, el llamado tercer pilar de la educación, “aprender a vivir juntos, con los demás”,⁵² supone relaciones de colaboración, cooperación y mutua dependencia. Solo una perspectiva dialogante, no reproductivista ni conformista, ayudará a la emergencia de campos de posibilidades, de espacios-tiempos de potenciación, cruce y mezcla.

La actual encrucijada histórica sitúa un umbral muy delgado entre la vida y la muerte, una frontera donde los caminos civilizatorios se bifurcan y, con cada nuevo sendero, conducen a distintos proyectos de sociedad. Está claro que no asistimos a la muerte de la escuela, la universidad o las instituciones de educación superior e investigación, sino a la muerte del tipo impuesto de institución educativa regida por el modelo neoliberal dominante, bajo las lógicas economicistas de la acumulación de capital, la competitividad y la mercantilización de los

⁵⁰ Henry A. Giroud, *Estudios culturales, pedagogía crítica y democracia radical* (Madrid: Editorial Popular, 2014).

⁵¹ Humberto Maturana Romesín y Bernhard Pörksen, *Del ser al hacer. Los orígenes de la biología del conocer* (Santiago de Chile: J. C. Sáez Editor, 2004), 71.

⁵² Jacques Delors *et al.*, “Los cuatro pilares de la educación”, en *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI* (Madrid: Santillana / UNESCO, 1996), 91-103. Sahle-Work Zewde *et al.*, *Los futuros de la educación. Aprender a transformarse*. Informe Comisión Internacional (París: UNESCO, 2021). https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000375746_spa.locale=en

vínculos. En otras palabras, lo que ha hecho aguas es un modo de entender el papel de las instituciones que quedaron a la deriva del mercado. Por ello, presentimos latidos comprometidos con búsquedas que contrarresten o desmonten las lógicas del desanclaje y el vacío, que transformen las políticas de desesperación y cinismo con intervenciones que ofrezcan a educadores y educandos la oportunidad de redefinir y transformar la sociedad reivindicando las esperanzas. Esperanzas cuyos retoños equivalen a la posibilidad histórica de otros mundos donde se preserven la vida y la sobrevivencia humana, donde se recuperen, inauguren y arriesguen con valentía otras formas de ser, estar, sentir y hacer juntos, y se expandan geografías de sentidos diversos y significados futuros de la vida digna. Más allá del contexto desolador de muerte, de cegueras epidémicas y epistémicas, creo firmemente que compartimos en cada clase y espacio público un tiempo vital con un horizonte de esperanzas educativas y sociales. Para acercarnos a ese horizonte de posibilidades, simplemente hay que compartir el desafío estimulante de pensar alternativas.

Ciencia y reflexividad

Ciencia y tecnología en México: retos de un nuevo contrato social*

ESTE TEXTO ES UN guiño a la comunidad académica para invitarla a pensar su quehacer con una mirada crítica de las políticas gubernamentales de ciencia y tecnología en los contextos local, estatal y nacional. Por ello, es provocativo al situar parcialmente enfoques polémicos de estas políticas que requieren discutirse desde todos los puntos de vista. Para introducir directamente las cuestiones a tratar permítanme nombrar puntualmente tres retos de la ciencia y la tecnología que podrían guiar un análisis de esta, a saber: la pertinencia, la sustentabilidad y el alcance social.

Existe consenso en plantear que la pertinencia de los programas de investigación, formación y divulgación científica está dada por su capacidad de dar respuesta a los desafíos civilizatorios, a las necesidades sociales vinculadas con los problemas del desarrollo —entendido este de forma multidimensional, multicausal y multivectorial, sin menoscabo de tema alguno en apariencias por poca aplicación— y, por último, a las demandas definidas como prioritarias por múltiples actores que acuerdan los problemas más significativos o socialmente relevantes de sus entornos. Por su parte, la sustentabilidad está determinada por los

* Basado en la conferencia dictada en el Primer Encuentro de Jóvenes Investigadores de Chiapas, CONACyT-UNICACH, el 10 de diciembre de 2013 en Tuxtla Gutiérrez. Publicado en *Anuario 2013* (Tuxtla Gutiérrez: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2014), 274-296. <http://repositorio.cesmeca.mx/bitstream/cesmeca/507/1/anuario%20articulo%2014.pdf>

recursos humanos, financieros y físicos o de infraestructura, así como por las capacidades y su plena realización a partir de las condiciones para la producción y distribución de conocimientos. De estos recursos, los humanos son decisivos en medio de todas las motivaciones, racionalidades, tensiones y fuerzas que estructuran el campo intelectual, entre las cuales no pueden quedar desapercibidas las cuestiones de género y generacionales porque la acumulación de conocimientos pasa por las herencias intelectuales compartidas de una generación a otra en medio de relaciones de poder que jerarquizan y clasifican desde operadores como el género, el sexo, la edad, la etnia, la raza, la clase, el origen y la residencia.

Asimismo, cuando situamos el reto del alcance social o la eficacia, se impone preguntar: ¿para qué y a quién sirve el conocimiento? La utilidad social del conocimiento científico y tecnológico remite a los significados construidos sobre su uso, apropiación y aplicación en campos sociales y económicos según concepciones de la acción que buscan la integración social o la producción de bienes y servicios. Estas valoraciones y expectativas de uso constituyen las atribuciones de sentido o los fines de la producción científica, tanto de forma autónoma en el interior del campo intelectual como de forma externa por variables sociales a las que también se subordinan. La cuestión es hasta qué punto las intermediaciones políticas favorecen una construcción utilitaria de la producción científica o de la creación artística a través de criterios eficientistas basados en los resultados con impactos a corto o mediano plazo que pueden terminar siendo contraproducentes para el desarrollo científico, y en qué grado dichas mediaciones benefician la posible utilización patrimonial o el uso social del conocimiento por un grupo selecto, una élite de científicos, las empresas privadas, los grupos de interés, o un público más amplio y la humanidad, en general.

El énfasis puesto en estos tres retos evidencia que la ciencia es una acción práctica con un enorme interés público y una relación social, para la cual la participación ciudadana debe ser su piedra de toque en el contexto de los nuevos conocimientos y la construcción de la

sociedad del futuro. En la tesis de este planteamiento tenemos una clave argumentativa en el acceso al conocimiento, fuertemente vinculado a la representación de la ciencia y a la red de articulaciones de una estructura social con sus jerarquías y desigualdades. Sin duda, la divulgación del conocimiento, que es fruto de la larga historia intelectual de la humanidad, y las posibilidades reales de acceder al mismo plantean los desafíos de la alfabetización científica y los límites de la cultura científica contemporánea.

La ciencia ha sido un valor fundamental de la modernidad en tanto convención sociocultural y epistemológica que ha asegurado la centralidad de los *conocimientos* sobre las *creencias*, es decir, la revalorización de la razón científica y la subordinación de la fe. En el mundo moderno, el conocimiento adquirió una evidente e incuestionable importancia, a la par de la gran revolución que se produjo en el ámbito de las ciencias en cuanto sostenido proceso de desarrollo del conocimiento científico del mundo, de aplicación de innovaciones tecnológicas a la vida socioeconómica y de control de la naturaleza y, a partir de ellos, se construyó una nueva fe en el progreso técnico sostenido con sus respectivos desencantos por las consecuencias no esperadas o indeseadas de su utilización “efectiva” y “eficaz”. La transformación y expansión del conocimiento científico que tuvo lugar entre los siglos XIV y XVII fue, ante todo, una revolución en la manera de entender la realidad, es decir, un cambio en las actitudes mentales a partir del auge del comercio, los hábitos de medición, recuento y orden geométrico, el cálculo racional del beneficio y la organización racional del trabajo libre.¹

El reconocimiento de la ciencia como valor fundamental de la modernidad fue el resultado de largas y encendidas polémicas y de conflictivos procesos en los que la cosmovisión religiosa del mundo fue cuestionada y progresivamente desplazada de su hegemonía a fa-

¹ Alain Basail, “La(s) necesidad(es) de la sociología. Sus dramas como los de Hamlet, Edipo y Penélope”, en *Introducción a la sociología. Selección de lecturas*, eds. Alain Basail et al. (La Habana: Félix Varela, 2001), 15-44.

vor de la ciencia y de la concepción científica del mundo. Hoy, como hace dos siglos, el creciente interés por el valor utilitario de la ciencia impregna todos los sectores de la vida cotidiana, de la cultura material y de la producción simbólica como fundamento legitimador del orden social establecido. La ciencia adquiere, como entonces, gran prestigio y a los científicos y tecnólogos que más éxitos acumulan se les otorgan lugares preferentes y reconocimiento social. Hoy se dice que la generación de conocimientos e ideas y el desarrollo de los procesos de información y mejora tecnológica determinan la competitividad de un país, su productividad y el bienestar social a partir de fortalecer valores éticos y satisfacer las necesidades de la población. Su relevancia se sitúa como una condición estructural en sociedades que transitan hacia escenarios basados cada vez más en el conocimiento producido bajo un nuevo paradigma tecnocientífico con capacidad de penetración inusitada en todos los sectores productivos y sociales. La información y la tecnología basadas en la innovación influyen, para algunos decisiva y linealmente, en la producción de bienes y servicios, ligándose fuertemente a los sistemas productivos y a las lógicas de reproducción de la llamada sociedad o economía del conocimiento del capitalismo tardomoderno.

Sin embargo, como dos siglos atrás, la ciencia se enfrenta a la opacidad moral dictada por las creencias administrativas y tecnocráticas y por las ideologías políticas, además de las religiosas de antaño. Todo parece indicar que se ha perdido de perspectiva la convención cultural o el pacto social del que se trata. La producción de conocimientos es social y cultural, es decir, un proceso complejo, una construcción donde intervienen múltiples actores —individuales, grupales, institucionales— cuyas interacciones densas están mediadas por decisiones políticas y factores humanos guiados por valores —como cooperación, solidaridad, libertad de pensamiento o utilitarismo, egoísmo, deshonestidad, dependencia— que tensan la creatividad, los estilos de ciencia y el *ethos* científico entre el valor intrínseco de la ciencia misma y su posible contribución para resolver problemas socioeconómicos. Tam-

bién, el clima cultural favorece la libertad de investigación, de cátedra y de pensamiento bajo el ideal de la excelencia científica, que exige originalidad, profundidad, calidad, elegancia y apertura a nuevas áreas de investigación. Además, debe contarse con el tiempo de la ciencia —que es lento o muy lento— y con los periodos de acumulación-formación, la heredad o el legado intergeneracional; asimismo, deben considerarse la innovación y la creatividad, por genialidades o el azar concurrente, que constituyen contextos favorecedores de nuevos descubrimientos, aperturas o rupturas epistémicas de relevancia y notoriedad públicas. Tampoco deben perderse de vista sus grados de responsabilidad en la profundización de la exclusión social, la carrera armamentista y el deterioro ambiental.

Esas tensiones entre mimesis y poiesis, rapidez y profundidad, ideal y práctica real, excelencia y pertinencia, se dan tanto en armonía como en conflicto de intereses internos y externos que producen brechas en diferentes escalas. Ello dependerá de las condiciones, estímulos e incentivos para promover contextos que favorezcan la creación, como los propiciados por las tecnologías de la información y la comunicación y las redes, que son claves para potenciar capacidades teóricas, prácticas, humanas e institucionales, y por las comunidades de pares centradas en la investigación básica y aplicada. El encargo de la política pública, de su gestión y de la gobernabilidad de los sistemas de ciencia y tecnología consiste en asegurar con virtuosismo tales condiciones, capacidades y procesos.

Cinco síntomas y profusos retos

En México podemos constatar, entre muchos, cinco síntomas ampliamente diagnosticados que grafican las dimensiones de los retos de pertinencia, sustentabilidad y eficacia de la política de ciencia, tecnología e innovación, así como de sus procesos de institucionalidad, y la legitimidad social de las actividades científicas.

1. La profunda brecha regional por la concentración territorial de investigadores, la producción académica y los recursos materiales en pocos estados del centro y el norte del país. La asimetría regional en cuanto a capacidades y condiciones para la producción y acceso al conocimiento constituye un problema atendido públicamente como tal desde mediados de los ochenta y los años noventa, cuando se definió el reto inminente de descentralizar la política hacia las regiones periféricas con programas, proyectos y acciones energéticas y comprometidas que mantuvieran su regularidad y continuidad. Precisamente, el acceso y la distribución asimétrica de los recursos financieros han terminado reforzando las brechas, lejos de acortarlas. Ello sucede en materia de desarrollo institucional y hasta en los programas de promoción, divulgación y difusión de la ciencia, que son regidos por modelos lineales, estandarizados y verticales. Esto supone cuestionar la planeación y la gestión de la política, definida bajo presupuestos centralistas en los que se incluyen sospechas sobre las raíces endógenas de la disparidad y el rezago de las capacidades a nivel regional y local hasta para “ejercer el presupuesto” en tiempo, forma y con transparencia, como legitimación de la dependencia cultural del centro del país.
2. El Sistema Nacional de Investigadores (SNI) ha sido desde su formación en la década de los ochenta un sostén importantísimo para los académicos del país. Sin embargo, un análisis detallado de sus impactos a lo largo de los años revelaría que el sistema de acreditación científica basado en el parametraje con fines burocráticos ha limitado la calidad y la originalidad de la producción académica, siendo la creatividad la gran sacrificada ante la rutinización de las trayectorias académicas en pos de mayores credenciales en el corto plazo, para permanecer o acceder a los niveles del grupo de élite. Entre otras consecuencias no deseadas de esta política de subsidios tenemos que ha quedado abandonada la investigación básica, han sido sacrificadas en incubadoras la maduración y profundidad de ideas y aportaciones, y se han asumido como carga indeseada la

docencia y como plaga de temporada la gestión académica. Detrás de esta realidad se advierten los retos de mejorar el sistema de evaluación de resultados integrales y de construir un sistema salarial que considere los estímulos complementarios a la creación en cada entidad o institución que superen los esquemas vigentes, los cuales han llevado a la precarización, el automatismo, la hipocresía y la especulación. El SNI por sí solo no ha podido consolidar comunidades académicas en las distintas regiones del país, donde las precarias condiciones existentes —percepciones laborales, estímulos, incentivos, acceso a bolsas de recursos— en instituciones como las universidades públicas, los tecnológicos y los centros de investigación, requieren replanteamientos profundos porque no aseguran la reproducción de trayectorias individuales ni de grupos académicos. Por ello, los Sistemas Estatales de Investigadores son fundamentales para robustecer estas academias locales, aunque, en el caso por ejemplo de Chiapas, es muy limitada su conceptualización y restringido su impacto.

3. El Sistema de Posgrados es el pilar que sostiene la reproducción misma de la comunidad científica a partir de la formación de investigadores y tecnólogos y de procesos de aprendizaje planteados como ejemplarizantes; sin duda, los posgrados son los hombros sobre los que se deben parar las futuras generaciones en términos institucionales. No obstante, no se podría afirmar que estamos ante un sistema propiamente dicho. Por una parte, su calidad es medida por indicadores de eficiencia en los que cantidad y tiempo están reñidos como variables de productividad. Asimismo, las becas son formas de empleo ante las restricciones del mercado laboral para los jóvenes egresados universitarios. Por otra, los programas de posgrado son propuestas institucionales en el contexto de la ampliación y la sostenibilidad de la oferta educativa que, desde el punto de vista de los investigadores, cargan de compromisos docentes y administrativos que mediatizan los resultados de investigación, más en las instituciones de educación superior que en los

centros públicos del CONACyT. En este sentido, los posgrados son percibidos como cargas institucionales o servicios académicos que no logran un equilibrio entre la investigación y la docencia, sino que más bien lo alteran sin lograr un comportamiento sistémico. Esta realidad, vista de otra forma, remite a dos factores críticos: el gasto creciente para formar nuevos investigadores junto con el bajo nivel de gasto por investigador, y la falta de correspondencia entre las expectativas de movilidad social que generan los posgrados y las posibilidades reales de empleo de los egresados. En general, no pueden perderse de vista los imperativos de mejorar la calidad educativa en todos los niveles de enseñanza, de favorecer las vocaciones científicas y de fomentar la cultura científica para superar la fragmentación del sistema educativo que reproduce la desigualdad social.

4. Se plantea que la internacionalización es un nuevo reto de la educación superior, la docencia, la investigación y la divulgación. Sin embargo, no se dan pasos hacia una regionalización efectiva que integre circuitos del conocimiento más allá de la dependencia de recursos financieros y de las tecnologías de la información y las comunicaciones. El Foro Consultivo Científico y Tecnológico, en el *Ranking 2013*² agrupó en tres clústeres las diversas regiones del país para mostrar la diversidad y las grandes distancias entre el desarrollo de capacidades en ciencia y tecnología y el desarrollo socioeconómico. Este fantasma de las brechas reemerge cuando se trata de las relaciones internacionales, de la cooperación y de la construcción de espacios que permitan participar en la producción y circulación global del conocimiento. Ello se promueve cuando en el país no funciona un sistema interregional que contribuya a superar desfases, ni existen suficientes mediaciones articuladoras, ni

² Gabriela Dutrénit *et al.*, *Ranking nacional de ciencia, tecnología e innovación 2013. Capacidades y oportunidades de los sistemas estatales de CTI* (México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico, 2013).

cooperación, ni colaboración, que vayan a la raíz de las diferencias regionales. La nacionalización y la regionalización se operaron bajo esquemas centralistas, sin dar un salto cualitativo de articulación a nivel nacional, regional y local que propiciara una capilaridad más allá de la competitividad de cada institución y de la competencia interinstitucional. Esta dimensión territorial de las políticas es un pendiente que requiere de enfoques complementarios entre los tres niveles de gobierno centrados en las necesidades y potencialidades regionales, estatales y locales.

5. La divulgación de la ciencia es otro gran reto que se enfrenta a los hábitos, prejuicios y convenciones para determinar los impactos del conocimiento en términos epistémicos —publicabilidad—, económicos —patentabilidad— y sociales —divulgación o publicidad—. En este camino los instrumentos de vinculación y difusión social de los conocimientos suponen modelos de políticas diferenciados por sus apuestas ideológicas y por las lógicas de las mediaciones del Estado y de grupos sociales o empresariales en la circulación y uso del conocimiento y en la acción social: revistas científicas —para un público de élite—, revistas de divulgación —para profesionales—, medios informativos —de promoción selectiva— y repositorios institucionales de acceso abierto a la información y a los resultados de investigación. La pregunta es cómo comunicamos resultados de investigación yendo más allá de los procesos de traducción de los lenguajes científicos especializados a los de los receptores potenciales, hasta pasar por la discusión sobre la accesibilidad del conocimiento como patrimonio de una élite, de unas empresas o de la humanidad. El fomento de la cultura científica y la credibilidad social de la misma ciencia y de las tecnologías de pequeña o gran escala pasan por proporcionar facilidades para acceder a fuentes y sistemas avanzados de información científica y tecnológica, así como por programas de alfabetización en los conocimientos nuevos y viejos que permitan mejorar la percepción pública de la ciencia y la tecnología e incidir en el desarrollo

social. Todo esto sin reñirse con la protección de los resultados de investigación y la certidumbre en la propiedad intelectual.

En síntesis, estos cinco ejemplos muestran la complejidad del entramado de políticas y actores con ideas no necesariamente coincidentes. Evidencian que la política de ciencia, tecnología e innovación ha sido una tendencia planeada y dirigida centralmente, guiada por modelos lineales y estandarizados, y se ha alineado conceptualmente con las recomendaciones de organismos internacionales según patrones utilitaristas de otras realidades sociohistóricas,³ así como con el predominio de intereses de grupos de la élite científica, lo que "... conlleva a la búsqueda de posiciones de poder, en la coordinación de los recursos y programas dedicados a estas actividades".⁴ La diversidad de los estados y de las regiones obliga a profundizar en el planteamiento de políticas federales diferenciadas y de largo plazo. El problema de las escalas de las políticas pasa no solo por la definición de los problemas y la identificación del rezago, de las condiciones y de los recursos realmente existentes, sino por cómo son tratados en cada caso con inversión financiera diferenciada y con agendas regionales y locales que no pierdan de vista el carácter sistémico y complejo de las actividades de generación, aplicación y difusión del conocimiento en las agendas de desarrollo. De cualquier forma, cobra actualidad cuestionar para qué un programa de ciencia y tecnología o cuál es el sentido de sus rasgos centrales, sus objetivos, estrategias y propuestas de acción: ¿el desa-

³ María Antonieta Saldívar Chávez y Eliana Alejandra Arancibia Gutiérrez, "Aproximaciones a un modelo de políticas diferenciadas para el desarrollo de capacidades en CTI en los estados y regiones mexicanas". En *La construcción del futuro: los retos de las Ciencias Sociales en México. Memorias del 4º Congreso Nacional de Ciencias Sociales*, coords. Alain Basail y Óscar Contreras, Capítulo IX (San Cristóbal de Las Casas: Consejo Mexicano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2014), 707.

⁴ Rosalba Casas, "Ciencia, tecnología y poder. Elites y campos de lucha por el control de las políticas", *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 11 (2004), 80.

rollo científico *per se*?, ¿la transformación económica?, ¿la cohesión social y el fortalecimiento de la ciudadanía?

De la *alianza estratégica* a un nuevo *contrato social*

La relación entre conocimiento y sociedad se ha expuesto, generalmente, desde puntos de vista que enfatizan su aislamiento o la interacción de sus agentes. Uno de los modelos más conocidos desde finales de los años sesenta ha sido el de la triple hélice,⁵ definido a partir de tres componentes en interacción dinámica que se desarrollan en espiral: las instituciones de educación superior e investigación, el sector productivo y el gobierno. De esta manera, se plantea una relación de cooperación entre fuerzas institucionales, universidad-empresa-Estado, bajo el principio de la importancia de la vinculación y la innovación para la economía del conocimiento, en una lógica comercial que favorece más la apropiación privada que el pretendido desarrollo de un país o región. El conocimiento entendido como un bien privado, junto con la información y la tecnología, influyen en la producción, la rentabilidad y la competitividad en el mercado. Por ello, la innovación, sobre todo tecnológica, organizacional, financiera y comercial, se ubica como el foco de la política pública, mientras que el énfasis se pone en la legislación, la regulación, la inversión pública-privada y la transformación de los vínculos entre gobierno, industria e instituciones académicas en alianzas estratégicas.

Desde la última década del siglo pasado, en pleno proyecto neoliberal guiado por el Consenso de Washington sobre la reducción del papel del Estado, la agenda política de ciencia y tecnología en México quedó tensada en torno a una concertación organizacional entre la

⁵ Henry Etzkowitz y Loet Leydesdorff, "The dynamics of innovation: from National Systems and 'Mode 2' to a Triple Helix of university-industry-government relations". *Research Policy*, vol. 29, núm. 2 (2000).

comunidad académica, el Estado y los intereses del mercado. El control de las políticas se sujetó a un campo de fuerzas e intereses: élite científica, áreas económicas del gobierno y sector empresarial. Todas girando sobre el fomento de la innovación y las tecnologías emergentes como puntos centrales para la incorporación de conocimientos a las estructuras productivas y, así, inducir el desarrollo económico, la explotación de los recursos naturales, la mejora de la productividad, el cuidado de requerimientos sociales y una mayor competitividad en el concierto global.⁶ Sin embargo, esta circulación “virtuosa” se alejó de esperadas relaciones lineales de causalidad y no necesariamente favoreció la complementariedad de comunicaciones, redes y organizaciones.

Las máximas autoridades del CONACyT han planteado reiteradamente la necesidad de sumar esfuerzos y, con particular énfasis, han definido la integración de los ejes ciencia básica, innovación, universidades y empresas. De hecho, el gran objetivo de la Presidencia de la República es insertar a México en la sociedad de la información y el conocimiento, toda vez que sobre este último se sustenta la prosperidad de las naciones.⁷ Entonces, esta lógica preponderante privilegia formas de cooperación que pasan por incubadoras de empresas y por la transferencia de tecnologías, para articular conocimiento e información con redes globales de circulación del capital. Las relaciones entre ciencia e industria se basan en intercambios de conocimientos favorables al sistema productivo, en la medida en que la vinculación de las empresas

⁶ Rosalba Casas, “Ciencia, tecnología y poder”; Eliana Alejandra Arancibia, “Políticas de ciencia y tecnología y construcción de capacidades regionales de producción de conocimiento. Un análisis de caso mexicano (1994-2012)”, en *XV Congresso da Associação Latino-Americana de Gestão de Tecnologia. Políticas e Gestão de Ciência e Tecnologia nos espaços Latino-Iberoamericanos* (Oporto: ALTEC, 2013); María Antonieta Saldívar Chávez y Eliana Alejandra Arancibia Gutiérrez, “Aproximaciones a un modelo de políticas diferenciadas...”.

⁷ Enrique Peña Nieto, *Palabras del presidente de los Estados Unidos Mexicanos* durante el evento acceso abierto en la sociedad del conocimiento. Reformas y adiciones a la Ley de Ciencia y Tecnología. 20 de mayo de 2014.

y las universidades se apoya en acuerdos para la explotación comercial de nuevos productos —mercancías— con mayor valor agregado y para el crecimiento de las empresas y sus nichos de mercado, al mismo tiempo que la ciencia y la política se dirimen en las manos de tomadores de decisiones. Todo ello ocurre bajo el mito del beneficio infinito de la fórmula: más ciencia, más tecnología, más beneficios sociales.

De cualquier modo, muy pocas empresas, y no siempre, han actuado con reciprocidad apoyando la inversión en investigación e innovación con equipamiento, donaciones, capacitaciones, becas para estudiantes o empleo para egresados con excelentes desempeños académicos. El gasto privado en investigación y desarrollo solo se ha arraigado excepcionalmente en la Ciudad de México y algo en el Estado de México, Nuevo León y Chihuahua.⁸ Por lo tanto, la política de ciencia y tecnología regida por los principios de la economía de la innovación interpretada de forma lineal termina afirmando la capitalización de sectores empresariales al fortalecer su desempeño en el mercado y no necesariamente el desarrollo del país. En el fondo, debe advertirse una relación causal más compleja entre todas las fuentes y tipos de conocimiento, así como entre desarrollo tecnológico y desarrollo científico toda vez que muchos resultados de investigación no se traducen en innovaciones tecnológicas, ni estas llegan a ser patentadas o, en su caso, aplicadas como soluciones para la mejora de procesos productivos o sociales.

Por su parte, las universidades, que juegan un destacado papel en la investigación y el desarrollo como parte del sector público, quedan atrapadas en una modalidad empresarial en la que la comercialización del conocimiento convertido en mercancía con forma de patentes, licencias o servicios encierra la promesa del autofinanciamiento. Se trata de un tipo de universidad “empresadora” que no es nuevo dada la impronta práctica de la investigación académica en las ciencias y

⁸ Eliana Alejandra Arancibia, “Políticas de ciencia y tecnología”.

las ingenierías desde el siglo XIX.⁹ Ahora bien, el papel estratégico de las casas de estudios en la comercialización de las tecnologías en el contexto actual de las relaciones interinstitucionales queda limitado a un carácter emprendedor que, salvo excepciones, tiene utilidades con un impacto relativo para avanzar en el desarrollo socioeconómico y en la transformación interna de las propias universidades en cuanto a las relaciones entre las distintas disciplinas, especialidades o ramas de conocimiento. En esta lógica de intercambios, el conocimiento tiene “valor” y “utilidad” si es incorporado al sistema productivo con un fin práctico, que se traduce en bienes y servicios, crecimiento económico y competitividad internacional. El esfuerzo en investigación de las universidades se somete a esta precaria lógica de incentivos, más centrada en la aplicación y el desarrollo tecnológicos que en la orientación académica, por lo que se sacrifica la ya de por sí baja prioridad de la investigación básica en términos de recursos económicos y humanos, aun cuando esté motivada por problemas prácticos. A esto se añade la fuerte percepción de muchos profesores e investigadores sobre la amenaza que constituye para la integridad académica y la pérdida del papel crítico y autónomo de la universidad, máxime cuando la colaboración para la transferencia de conocimientos científicos y tecnológicos llega a ser un indicador de competitividad de la universidad, que es considerado hasta para la asignación de recursos financieros de fondos públicos.

Aunque discursivamente se subraya la importancia de un modelo sistémico de interrelaciones entre diversos actores sociales que dinamicen el crecimiento económico y aumenten la productividad y la competitividad en los mercados, en la práctica no se constatan estos resultados de interfaz y se evidencian las limitaciones de la sobrevaloración al focalizarse los objetivos en los impactos sobre el desarrollo económico y en los presupuestos economicistas basados en la realidad

⁹ José María Beraza y Arturo Rodríguez, “La evolución de la misión de la universidad”, *Revista de Dirección y Administración de Empresas*, núm. 14 (diciembre de 2007), 31.

de otros países.¹⁰ El sector privado no emerge como un financiador importante de la investigación, al menos no homogéneamente en todo el país, mientras que el sector público contrae y precariza las condiciones de trabajo de los recursos humanos calificados para desarrollar las actividades científicas y de innovación tecnológica. Es obvio que la ciencia o el mercado no pueden por sí solos ser un impulso o una atracción uno del otro en el contexto de la economía basada en la producción, la distribución y la utilización de la información y el conocimiento.

Otro de los límites de este modelo hegemónico, con énfasis en la vinculación como clave operativa, es que se abstrae de la producción social del conocimiento porque intervienen personas más que las llamadas hélices o actores institucionales. Digamos que el sector social es excluido y, con él, esa otra lógica social que se traba entre académicos, organizaciones sin fines de lucro y el sector público, que canalizan recursos de la sociedad para financiar la investigación, la formación y la apropiación pública. Si el conocimiento es un bien público, la colaboración y la cooperación entre miembros de diferentes ámbitos son fundamentales para responder a las necesidades o demandas sociales sin valor aparente de mercado, como son los problemas sociales y ambientales del desarrollo. De esta manera, la agenda no la decide el dinero, sino los fuertes vínculos entre el ámbito científico y los diferentes sectores sociales. Este planteamiento supone cambios de actitudes y aptitudes entre los académicos y del clima organizacional en espacios e instituciones académicas donde las barreras impiden una mayor disposición práctica.

De este modo, el control y la dirección de la ciencia recaen en la sociedad que la valora y financia. En consecuencia, las políticas públicas cambiarían de modelo de orientación al abrirse a las sensibilidades y opiniones de los ciudadanos, quienes a través de diferentes mecanismos de participación abonarían a la toma de decisiones y a los procesos de

¹⁰ María Antonieta Saldívar Chávez y Eliana Alejandra Arancibia Gutiérrez, "Aproximaciones a un modelo de políticas diferenciadas...", 708.

información, comunicación y divulgación científica centrados en el desarrollo social. En esta lógica de redes de personas que se movilizan para negociar los significados de la ciencia y la tecnología, se apuesta por su control social a partir de una mayor intersección entre el público en general y los sistemas científico-tecnológicos, de una mayor integración social de la ciencia con contenidos que se expresan en prácticas generales de la sociedad y de una mayor cultura científica. Sin embargo, como bien ha reiterado José Luis Fernández Sayas, la participación ciudadana para definir la política pública en ciencia y tecnología es un pendiente en México.¹¹

En este sentido, una experiencia reciente que apostó por democratizar la política fue la Agenda Ciudadana de Ciencia, Tecnología e Innovación convocada en 2012 por 21 instituciones, la Academia Mexicana de Ciencias y el Foro Consultivo Científico y Tecnológico, en la que participaron 150 000 ciudadanos y se registraron 364 803 votos.¹² En ella “la población” eligió los problemas más relevantes del país para la búsqueda de alternativas, siendo los más destacados: la educación —universal y para la vida—, el agua, el medio ambiente, la exclusión social, la seguridad alimentaria, la energía, la salud pública y el cambio climático. Mientras, hacia fines de 2013 el CONACyT mantenía como prioritarios los siguientes retos: alimentos, industria automotriz, tecnología informática y comunicacional, industrias química y aeroespacial, nanotecnología y biotecnología. Esta lejana coincidencia o desfase de intereses claramente visible fue “un jalón de orejas”, en palabras del propio Enrique Cabrero Mendoza,¹³ y una advertencia sobre una demanda

¹¹ Margarita Blanco, “Retos y avances de la ciencia en México. Entrevista a José Luis Fernández Sayas”, *Revista C+TEC*, Consejo Estatal de Ciencia, Tecnología e Innovación de Michoacán (2011).

¹² Javier Flores, Axelle Roze y Mónica Genis, *Informe técnico de la Agenda Ciudadana de Ciencia, Tecnología e Innovación* (México: Academia de Ciencias de México, 2013).

¹³ Martha Ortiz, “CABRERO: Conacyt va del laboratorio a las aulas”, *El Pulso. Diario de San Luis*, San Luis Potosí, 12 de febrero 2013.

no atendida para incluir objetivos sociales más amplios que vinculen fuertemente el desarrollo de la ciencia, la tecnología y la innovación con el desarrollo social y económico. También llamó la atención sobre la importancia de ciudadanizar la política científica para dar viabilidad práctica a las innovaciones y para democratizar las discusiones sobre qué valores desea satisfacer la sociedad y qué riesgos se asumen en los debates sobre qué priorizar: ¿apoyar para asegurar la lenta maduración de los tomates o la resistencia de las plantas a la sequía?, ¿la producción de nuevos cosméticos o vacunas contra el paludismo?, ¿armamento o educación universal?

Sin embargo, no podría decirse que el laudable esfuerzo de la agenda cumplió de forma equilibrada con el reto explícito de la inclusión ciudadana en tanto en cuanto implica la construcción de acuerdos sociales a partir de la pluralidad de intereses, valores y mecanismos efectivos para que la ciudadanía exprese sus alternativas. Los límites de la agenda pasan por una concepción de la ciencia ceñida a las ciencias naturales y a la tecnología, con una omisión de las ciencias sociales y las humanidades, una restricción de las posibilidades de elección a solo diez temas definidos previamente por la élite académica, y un planteamiento de los problemas que no visibiliza las dimensiones sociales y culturales de los mismos ni cuestiones de fondo que preocupan a la sociedad mexicana, como el empleo digno y bien remunerado, la violencia, la desigualdad, el acceso a la justicia y los problemas urbanos.¹⁴ Si el modelado de la política discurre cuando se delimitan los problemas prioritarios, se posicionan en la agenda, se definen programas, proyectos y acciones para solucionarlos y se encauzan formas de dirección, entonces: ¿dónde queda el carácter “público” de los problemas definidos? ¿Qué lugar se otorga en la agenda a las propuestas de solución de los problemas públicos?

¹⁴ Esteban Krotz, *“Agenda Ciudadana de Ciencia, Tecnología e Innovación”: correcciones urgentes desde las ciencias sociales*, Laboratorio de Análisis Institucional del Sistema Universitario Mexicano, 28 de enero de 2013.

Ante la exigencia social de aumentar la inversión en ciencia y tecnología del 0.43 por ciento del producto interno bruto en 2012 hasta alcanzar el 1 por ciento hacia el final del sexenio 2012-2018, es central discutir sobre la inversión estratégica para robustecer el sistema científico y tecnológico del país y la educación científica y tecnológica como plataformas para resolver problemas. Este proceso intenta revertir las limitaciones en la financiación pública de la investigación que, para un sistema universitario tan diversificado, han implicado una fuerte presión en la búsqueda de fuentes alternativas de financiamiento. El incremento de la competencia por fondos obliga a invertir más y bien, con congruencia, sin sobrelegitimar la contribución al desarrollo económico y social para expandir el sistema científico nacional y para generar conciencia en todos los actores y sectores bajo los presupuestos de soberanía, independencia, democracia y cohesión social. La discusión suscitada antes del inicio del actual periodo de gobierno sobre el posible tránsito del CONACyT a una secretaría o subsecretaría de Estado, colocando al más alto nivel gubernamental la gestión de las actividades de ciencia y tecnología, no depende solo de los fondos y de los nuevos programas —ampliación del personal académico, consolidación de instituciones y nuevos centros, fondos de equidad—, sino de una concepción más compleja del desarrollo integral de la sociedad mexicana. Cualquier diseño institucional debe permitir la gobernanza del sistema de ciencia, tecnología e innovación en sus distintas escalas —nacional, regional, estatal y municipal— e integrar dicho sistema al coordinar y promover la horizontalidad de las políticas interinstitucionales e interdependencias gubernamentales.

En este sentido, el Programa Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación (PECiTI) 2014-2018¹⁵ se planteó como una “hoja de ruta”

¹⁵ CONACyT. “Programa Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación 2014-2018”. *Diario Oficial*, tomo DCCXXX, núm. 26. México: Gobierno de la República (30 de julio de 2014). http://www.conacyt.mx/images/conacyt/PECiTI_2014-2018.pdf

para alinear esfuerzos entre dependencias y entidades de gobierno y empresas en el camino de la vinculación con el sistema productivo, el desarrollo regional y la formación de capital humano, así como para constituirse en una “palanca estratégica” del desarrollo nacional, del bienestar social y de la competitividad productiva. Sin duda, es una herramienta para consolidar las capacidades en ciencia y tecnología basadas en la ya citada fórmula lineal según la cual más conocimiento debe detonar el potencial del país. ¿Ello supondrá una ampliación de los derechos o una privatización del conocimiento? Por lo pronto, en el programa no se advierte un reconocimiento explícito del papel de las ciencias sociales y las humanidades en la consecución de esos grandes objetivos, ni en la definición de la agenda social, ni en el planteamiento de la naturaleza de los problemas ni en el replanteamiento de las formas en que son pensados. Tampoco encuentra una modalidad más compleja de relacionar conocimiento, ciencia, tecnología e innovación con un desarrollo social equitativo e incluyente a partir de su papel sustantivo. La política científica apunta a una mayor concentración y selectividad de los fondos de investigación, con investigaciones a corto plazo y una mayor medición de los resultados, lo que podría ser contraproducente si aumentan el desequilibrio en la producción de conocimientos y las disparidades entre los distintos ámbitos geográficos.

La actualización del papel del CONACyT como órgano rector de la política y la ciencia a partir del PECiTI 2014-2018 como fundamento programático permitiría que la administración pública gane terreno en la financiación de la ciencia, sobre todo en los contextos donde más se necesita. Ello sin pasar por alto la complejidad de las lógicas de los múltiples actores, con sus intereses y valores que deben coordinarse, y la gestión de sus dinámicas a distintas escalas marcadas por profundas asimetrías, diversas vocaciones, elementos culturales y concepciones en conflicto. Esta dimensión social, referida a espacios concretos, a territorios con recursos propios y a diferenciados grados de institucionalización de la comunidad científica, de sus mecanismos de apoyo y de capacidades de la población para construir y movilizar

tales recursos, pone en juego el potencial dinámico del conocimiento en las tendencias de los procesos de cambio de la sociedad mexicana.

Las políticas en ciencia, tecnología e innovación son favorecedoras, facilitadoras y propiciadoras, o todo lo contrario, de las capacidades científicas en los estados, regiones y municipios. El fomento de esas capacidades y de la competitividad en las regiones es clave en la agenda de las políticas dada la magnitud de las disparidades en el país. El cierre de las brechas regionales requiere del concurso de los tres niveles de gobierno para fortalecer las capacidades y aumentar la competitividad en cada región, entidad y localidad. La perspectiva centralista debe ceder ante perspectivas regionales y locales que reconozcan la diversidad existente y se basen en las especificidades para fortalecer procesos de desarrollo a nivel regional-local. Esto sitúa el punto de partida en las problemáticas, necesidades y oportunidades en cada sitio desde la perspectiva de la diversidad de actores —comunidades académicas, instituciones, empresas y organizaciones sociales y civiles— con sus intereses, iniciativas, capacidades, necesidades y demandas específicas.

Más que “arreglos sociales” para propiciar el cambio tecnológico, la cooperación empresa-universidad y la competitividad de los negocios, debe desarrollarse con mayor complejidad el concepto de vinculación a partir de una dinámica real entre actores sociales, individuales y colectivos. En esas interacciones la rectoría del Estado, de las empresas o de las universidades debe ser parcial y debe estar acompañada por la sociedad. Un nuevo esquema de coordinación bajo nuevas lógicas de relación debería dar una nueva proyección a los resultados esperados en todas las escalas y al desarrollo del país, no exclusivamente bajo argumentos economicistas, sino ampliándolos con argumentos sociales y ambientales que reconozcan la importancia y el potencial de la ciencia en la construcción de respuestas con la vista puesta en los intereses civiles, la equidad distributiva y la cohesión social.

Desde la Conferencia Mundial sobre Ciencia de Budapest (1999) se ha promovido un nuevo contrato social sobre la ciencia para superar límites como los expuestos antes y para abrir nuevas posibilidades en

la carrera por el conocimiento desde una visión que cohesione, cree sostenibilidad cultural —más educación—, medioambiental y política —normatividad— y responda a la nueva realidad en estos ámbitos.¹⁶ La UNESCO ha indicado que algunos países de América Latina y el Caribe iniciaron una transición hacia este nuevo contrato social en 2002, y México no se encuentra entre ellos.

Ese contrato o pacto social podría asegurar el tránsito de políticas de gobiernos a políticas de Estado, es decir, a una verdadera política pública que posibilite a través de los años el desarrollo de programas vinculados a los contextos socioeconómicos nacionales, estatales y locales. Ello exige un compromiso nacional entre todos los órdenes de gobierno, las empresas, las academias, las asociaciones profesionales y el resto de la sociedad civil, a la vez que una mayor articulación de las políticas de ciencia con otras políticas públicas, reconociendo la transversalidad y la convergencia hacia los objetivos de desarrollo social. Asimismo, requiere de formas efectivas de encauzar la alta demanda de participación en la elaboración de las políticas, en la asignación de recursos y en la transparencia de su ejercicio y de los resultados obtenidos. Este nuevo modelo, más abierto y plural, supone un mayor reparto de poder y del control de la política comprometida con la equidad distributiva en los contextos de alta desigualdad. Se trataría de un modelo participativo y de consenso en la elaboración de políticas incluyentes, flexibles, fuertes y, sobre todo, pertinentes local, estatal y regionalmente en medio del contexto nacional y global.

El Estado mexicano ha compartido su protagonismo en el diseño e instrumentación de la política gubernamental, abriéndose a la influencia de otros actores. Se trata de una relativa conciencia de los límites de la gestión administrativo-burocrática del Estado, de la concepción empresarial y, también, de la academicista. Empero, el Estado

¹⁶ Mónica Lozano, "El nuevo contrato social sobre la ciencia: retos para la comunicación de la ciencia en América Latina", *Razón y Palabra*, núm. 65 (2013), 1-10.

debe superar el relativo abandono de su agencia a la preponderancia del mercado, posicionándose respecto a la importancia de la ciencia y la tecnología para los proyectos sociales que representa. Entonces, el tránsito hacia una política pública o política de Estado en ciencia, tecnología e innovación obliga a la participación y a la construcción de consensos amplios de los distintos actores comprometidos con el bienestar colectivo y con los intereses públicos relacionados con aspiraciones nacionales.¹⁷ En este sentido, el primer punto de acuerdo giraría sobre la contribución directa de la ciencia y la tecnología al desarrollo social integral, incluyente y sostenible, y a la mejora del bienestar al favorecer como objetivo común la innovación social —incluida la empresarial— a partir de la coordinación e interacción entre múltiples actores y disciplinas para resolver problemas con la inserción de conocimientos tanto en el mercado —políticas económicas—, como en la sociedad —políticas sociales—. Dicho de otra forma, se trataría de modular el desarrollo científico y tecnológico y sus efectos sobre la estructura social incorporando la participación ciudadana a la política científica y tecnológica.

Sin duda, el más grande desafío es ciudadanizar la política de ciencia y tecnología como aporte a los procesos de construcción de ciudadanía y de democratización del país.¹⁸ Esta nueva sensibilidad plantea los siguientes requisitos: sospechar del profetismo de la ciencia como discurso salvacionista —en el que suele caer cierto academicismo—, desconfiar de la soberbia de los hacedores de política —con sus lógicas de burocratización— y, por último, requeriría de una cultura de la humildad y la honradez académica y política que, desde una perspectiva humanista y ética, contribuya a desnaturalizar la relación perversa entre

¹⁷ Rosalba Casas, Juan Manuel Corona y Roxana Rivera, “Políticas de ciencia, tecnología e innovación en América Latina: entre la competitividad y la inclusión social”, *Conferencia Internacional LALICS 2013 Sistemas Nacionales de Innovación y Políticas de CTI para un Desarrollo Inclusivo y Sostenible* (Río de Janeiro: LALICS, 2013).

¹⁸ Rosalba Casas, “Ciencia, tecnología y poder”, 102.

mayor conocimiento y mayor desigualdad. Esto significa tomar precauciones ante el optimismo epistemológico y el tecnológico. Asimismo, implica superar viejas prácticas y modelos de relaciones entre las redes de poder de los grupos involucrados en la orientación de la política basados en el clientelismo —grupos de interés—, el estatalismo —cuadros gubernamentales— y el corporativismo —grupos cooptados por el Estado—, a través de un ejercicio pluralista, abierto y democrático que favorezca el equilibrio entre los poderes que se disputan el control de la política de ciencia y tecnología.

Contra los modelos racionalistas positivistas que reducen la ciencia a artículo de consumo, activo económico o campo de inversión, hay que recuperarla como una forma de arte, y a los científicos como unos artistas con libertad de investigación y como artífices de la cultura de la investigación. Las comunidades académicas deben trascender sus intereses en la ciencia como un fin en sí mismo y la concepción basada en el autogobierno con prácticas corporativistas, para cultivarla como expresión del arte de pensar/hacer teórica y empíricamente, encaminado a descubrir y sustentar la transformación social del mundo que queremos entender y vivir con nuestros hijos. Esto implica una dimensión positiva, constructiva y transformadora de las experiencias humanas, donde se discuta abiertamente sobre la eficacia de la ciencia y la tecnología en el sentido utilitario, ambiental, del ejercicio del poder, la autoridad y la constitución de formas de vida. Este es el verdadero logro de las complejas relaciones entre fuentes de conocimiento y cambio social y de las infinitas formas de retorno del gasto en ciencia y tecnología a la ciudadanía.

La ciencia es, también, una forma de acción contra la ignorancia, un modo de potenciar la agencia y de cambiar las condiciones de vida a partir de la apropiación social de los conocimientos. No cabe duda de que los procesos de aprendizaje social marcan los procesos de innovación y de cambio, de ahí el carácter verdaderamente estratégico de temas como: una cultura de la divulgación científica, la conservación de la información digital, y la apropiación y aplicación del conocimiento

científico como instrumento del desarrollo social y económico, regional y sustentable, con inclusión por medio de procesos participativos de todos los actores de las tramas productivas y sociales. En ello consiste el verdadero “efecto derrame” de la utilización social del conocimiento y de la expansión de sus fronteras, al desarrollar las capacidades de las personas para aprender, al reforzar el deseo precisamente de conocer y de establecer más relaciones de colaboración, y al reequilibrar el sistema de distribución del conocimiento y de las capacidades de aprendizaje. En este sentido, las universidades deben reconstruir la triada difusión, extensión y vinculación que define una de sus funciones sustantivas, en términos de políticas culturales que trasciendan los muros universitarios y sirvan al desarrollo de la cultura científica y tecnológica de la población a partir de interacciones más complejas que generen nuevos conocimientos y de la socialización de estos como bienes sociales y patrimonio de la humanidad. Esta función seminal sería más congruente con los objetivos del desarrollo social integral y sostenible.

La fórmula ciencia, tecnología e innovación no tiene éxito sin sensibilidad artística y sin compromiso social con una ética y una estética liberadoras, para superar la crisis de confianza en la ciencia derivada de actitudes utilitaristas opresivas y la crisis de imaginación, para saltar los límites del pensamiento y para dimensionar problemas a fin de impulsar y detonar el desarrollo integral, sin considerar la ciencia como finalidad en sí misma sino como un trabajo colectivo con la sociedad. Es decir, desde una perspectiva más amplia, la ciencia y el conocimiento tienen un papel central en el cambio social como parte del ejercicio de la crítica y de la opinión, el uso democrático de la información, el acceso al conocimiento público y la definición de sus límites éticos y sus sentidos políticos como resultado de procesos de negociación en la esfera pública, donde se ejercen derechos y obligaciones. La función social de la ciencia, tanto positiva como negativa, está relacionada con criterios cognitivos, técnicos, culturales y sociales. Por ello, el crédito y la credibilidad científica dependen del desarrollo del conocimiento como resultado de expectativas socialmente entrelazadas, no relacio-

nadas únicamente con la capacidad de resolución de problemas y con el impulso al sistema productivo, sino con la distribución de poder dentro de una sociedad. Ello porque la ciencia es un instrumento más de la cultura y, al ganar en calidad, en organización y en capacidades, gana la cultura. De no ser así, se abonará a la deslegitimación del orden político democrático, ya de por sí cuestionado por las grandes deudas sociales y por la profunda brecha en el acceso a bienes materiales y culturales y a servicios básicos de educación, salud y vivienda.

Epílogo. Y de Chiapas *¿el nombre glorioso, con respeto se diga doquier?*

En el contexto nacional de persistentes asimetrías territoriales, Chiapas muestra un componente institucional más o menos integrado¹⁹ producto del impulso y el esfuerzo de la propia élite científica local y del estado en determinados periodos históricos. Empero, en la realidad se constata una débil institucionalidad de la actividad científica y de la normatividad estatal, con formas de representación y marcos estructurales poco tenidos en cuenta y sin actualizar, que no favorecen una visión estratégica para organizar políticas centradas en prioridades, ni conjuntos de acciones robustas y coherentes a corto, mediano o largo plazo. Ello no abona a un camino propio, ni a propuestas regionales ni nacionales, por lo que el liderazgo y las capacidades de negociación de los funcionarios a cargo de las instituciones del gobierno del estado con el CONACyT han sido mínimos, lo que ha herrumbrado los mecanismos de coordinación de intereses y acciones por la falta de voluntad para establecer acuerdos y darles continuidad. El gobierno local, estatal y municipal sigue sin considerar la ciencia y la tecnología como un asunto significativo dentro de las políticas de desarrollo y cambio social, por lo que su posicionamiento y notoriedad son formalmente

¹⁹ Dutrénit et al., *Ranking nacional de ciencia, tecnología e innovación 2013*, 89.

discursivos, sin materializarse en los hechos, ni siquiera en capacidad institucional de concertación, regulación e intermediación de intereses. El entorno institucional local y las comunidades académicas tienen una reducida capacidad de influencia y control de las políticas ante esquemas verticales de intervención en la organización e implementación de la política sobre ciencia y tecnología en la entidad. La fuerte correlación en Chiapas entre escasas capacidades en ciencia, tecnología e innovación y el desarrollo económico y social del estado, a partir de sus indicadores de desarrollo humano, rezago social, pobreza, desigualdad, marginación y exclusión, plantea un desafío extraordinario ante las limitaciones históricas: ¿cómo articular políticas y mecanismos de intervención para potenciar lo que en la entidad se decida desarrollar estratégicamente para el bienestar de su población? ¿Qué valores culturales, capacidades, condiciones y recursos potenciar en el territorio para promover la asimilación, la transformación, el desarrollo, el uso, la generación y la distribución de conocimientos fundamentales para el crecimiento y el cambio estructural?

En el *Ranking nacional de ciencia, tecnología e innovación 2013*,²⁰ Chiapas ocupa la posición global número 29 entre las 32 entidades del país; así, mejora por un mínimo la posición del año anterior en cuanto a las capacidades y oportunidades del sistema estatal de ciencia, tecnología e innovación, las cuales se miden a partir de aspectos como infraestructura académica y de investigación (lugar 25), formación de recursos humanos (30), personal docente y de investigación (29), inversión en ciencia, tecnología e innovación (30), productividad científica e innovadora (27), infraestructura empresarial (29) y tecnologías de la información y comunicaciones (32). Con Campeche, Guerrero y Oaxaca, Chiapas ilustra la profunda asimetría en el desarrollo de capacidades y condiciones en ciencia y tecnología en México, así como la heterogeneidad estructural que debe afrontar la política regional si procura coherencia con los perfiles socioeconómicos y con las nece-

²⁰ Dutrénit et al., *Ranking nacional de ciencia, tecnología e innovación 2013*, 90-91.

sidades diversas de los estados. También Chiapas refleja la demanda de involucramiento y participación de los actores locales, y sobre todo de las comunidades académicas a través de deliberaciones, consultas y foros, que hasta ahora han permitido expresar resultados, motivaciones y acciones con muy poca importancia para incidir en la definición de la política local, pero con mucha utilidad para prolongar la hipertrofia de un entorno institucional insignificante.

Soberanía en las nubes*

AL PIE DE MI ventana veo las nubes pasar. Desde mi escritorio, el cielo azul cede ante las nubes grises jaspeadas que forman figuras caprichosas y se cargan de humedad. Esas nubes están libres al viento hasta que estallan en llanto y, con sus lágrimas, se va otra vez la señal de internet en casa. Ellas me recuerdan que estoy atado al pésimo servicio de Telmex para relacionarme con el mundo, trabajar en mis proyectos y sentir la libertad de viajar. Como muchos usuarios residenciales y corporativos, estamos cautivos de la precaria infraestructura de servicios con precios por las nubes sin las más mínimas garantías como consumidores y productores de información. Esta presentación parece una bobería, pero, más allá del guiño literario, la discusión sobre una tendencia global que es parte de la nueva realidad no lo es.

Hace unos días, en una Europa liderada por los gobiernos de Alemania y Francia, se anunció el proyecto para crear una nube. Se denomina GAIA-X. La *European cloud* busca construir un ecosistema de computación que conecte a los usuarios del espacio europeo con proveedores para el respaldo y manejo de la información. Al igual que la *Chinese cloud*, esta búsqueda de “soberanía tecnológica” procura establecer nuevos estándares y poner límites a la dependencia de las empresas oligopólicas concentradoras de la información del mundo. Ambos proyectos convocan a las empresas propias, aunque no excluyen a las forá-

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 12 de julio de 2020, Columna Contrapunteo, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2020/07/soberania-en-las-nubes/>

neas, para ganar algo de terreno en un mercado dominado por grandes corporaciones de tecnologías como Google, Amazon y Microsoft, que conforman la “nube estadounidense”.²¹

Algunas batallas por la soberanía se siguen dando en los espacios aéreos nacionales cuando algún avión sobrepasa el paralelo tal o cual y algún dron, cometa o papalote se tropieza con otro. Sin embargo, hoy asistimos a intensas disputas por asegurar el control de otras nubes: las de la información. La soberanía de los datos en las nubes va más allá de un conjunto de reglas, estándares, estatutos, normativas o políticas nacionales o panregionales. El mercado de las nubes es una cuestión de durísima competencia entre gigantes tecnológicos y una parte de la compleja economía política de las naciones, o lo que queda de ellas, reformuladas en bloques regionales que se disputan el liderazgo digital.

Los recursos en la nube son cada vez más importantes para millones de usuarios, por lo que su control por algunos proveedores es un gran negocio. La seguridad, la transparencia y la analítica de los datos tienen su propio peso en el mercado. *Data is money and a big business*. Atesorar datos es la banca del futuro inmediato. Billones de películas, horas de conferencias, música y videos, documentos digitalizados, informaciones personales y un larguísimo etcétera están en la red, y el llamado *internet of everything*²² conecta de manera inteligente a personas, procesos, datos y objetos que generan decenas de zettabytes de información todos los días en el mundo.²³ El régimen de la *internet de*

²¹ Goda Naujokaitytė, “El nuevo proyecto franco-alemán de computación en nube para establecer estándares y desafiar a los líderes del mercado de EE.UU.”, *Science I Business*, 5 de junio de 2020. <https://sciencebusiness.net/news/new-franco-german-cloud-computing-project-set-standards-and-challenge-us-market-leaders>

²² El *internet de todo*, según la empresa de comunicaciones CISCO en 2013, “consiste en reunir personas, procesos, datos y cosas para conseguir que las conexiones de red sean más pertinentes y valiosas que nunca, convirtiendo la información en acciones que creen nuevas capacidades, experiencias más ricas y oportunidades económicas sin precedentes para las empresas, las personas y los países”. https://www.cisco.com/c/m/es_es/tomorrow-starts-here/ioe.html

²³ Un zettabyte equivale a mil millones de terabytes o a un billón de gigabytes.

todo que debe garantizar los derechos y los deberes de quienes entregamos datos y de quienes los controlan es precario y leonino a favor de los segundos: las plataformas tecnológicas estadounidenses. Es muy difícil cambiar de proveedor de servicios en las nubes, y nuestra capacidad de elección es restringidísima porque esas grandes empresas, con tecnologías de almacenamiento y potencia de procesamiento, están fuera de jurisdicción y vigilancia, acaparan la visibilidad, controlan las oportunidades y se blindan entre ellas mismas para regular los precios.

Somos muchos los que guardamos nuestros directorios, datos personales, fotos y archivos diversos, desde las facturas hasta los mensajes, en los servicios de almacenamiento que ofrecen los proveedores de teléfonos, ordenadores, tabletas y otros equipos, que aparentemente nos regalan para engancharnos a los paquetes de servicios. Son muchas las instituciones en todos los niveles y esferas que han renunciado a desarrollar sus arquitecturas tecnológicas o, al menos, a tener sus propios servidores para albergar los proyectos y los resultados de sus comunidades, y hasta para operar los procesos administrativos, académicos, productivos, así como sus páginas web, bibliotecas, repositorios, servicios y productos digitalizados. Es decir, pagan por un servicio de almacenaje y operación en la nube en nombre de la eficiencia y la eficacia económicas, la protección de los datos y la seguridad digital ante hackeos o huelgas que impidan acceder físicamente a los edificios donde están los *data centers*. Esas nubes no siempre están en México o en el país de origen de la información porque los costos que ofrecen las empresas locales son poco competitivos en el mercado, cuando no se duda de su profesionalidad, y se termina pagando a empresas fundamentalmente norteamericanas.

Así las cosas, resulta que nuestro patrimonio está en manos extranjeras que un día podrían apelar a los contratos para decirnos “chao” o “se han actualizado las reglas de operación y el costo se incrementa tanto por ciento”, por lo que si quieres tener acceso a tus propios datos debes pagar tanto más. Si tienes el dinero, pagas; si logras hacer algo con tus respaldos, puedes intentar buscar otro proveedor; pero ¿qué

pasa si no lo consigues porque no hay tal otro, porque te recortan cada vez más los fondos con las políticas de austeridad, porque el ingeniero que tiene los respaldos de información se movió a otro trabajo mejor remunerado o porque se perdió el disco duro por problemas de voltaje, humedad o por la caída de un muro en un temblor? “¡Adiós, Lolita de mi vida!”, como despedía las pelotas cuando se iban de jonrón el gran locutor deportivo Bobby Salamanca. La dependencia es bestial, la vulnerabilidad inconmensurable y la soberanía digital, un espíritu burlón. Se trata de un extractivismo de nueva generación sin regulación ni contemplaciones.

Desde la perspectiva de los negocios debemos sumar a esa dependencia de la infraestructura informática la huella digital que dejamos todos los usuarios con nuestros consumos de información, consumos que no han dejado de crecer más del 30 por ciento anualmente desde 2015²⁴ y que, con la actual teleinformatización acelerada de la vida por el uso intensivo de la tecnología, imponen una multiplicación descomunal del tráfico en la nube, para el cual no estábamos nada preparados en plena pandemia. El banco de datos es lo suficientemente gigantesco como para que la minería de este siglo nos dosifique las dietas informativas que se les antoje en nuestros celulares o para que modulen las necesidades y políticas de las instituciones. Así, al recibir incidentalmente noticias de que nos eligieron por nuestro perfil, vamos siendo *infoxicados* hasta el peligroso punto en el que la reflexividad crítica de la vida misma es dosificada, porque nos convencen de perder nuestra privacidad y de delegar el control de la cosa pública y las libertades individuales y sociales. Al consumir hechos, opiniones, artículos o imágenes, al generar nosotros mismos contenidos y noticias que relatan experiencias por encima de los hechos e interactuar con otros actores, formamos parte de una democratización de la información, aunque

²⁴ *The Smart City Journal*, “Cada vez más colgados de la nube”, 20 de noviembre de 2015. <https://www.thesmartcityjournal.com/es/articulos/680-cada-vez-mas-colgados-nube>

nos falte mucha alfabetización ciudadana para validar la información, discernir las opiniones, inmunizarnos ante la banalización del contenido y el volumen del entretenimiento, protegernos colectivamente y tomar mejores decisiones.

Se juegan muchas cosas que no alcanzamos a ver bien y, entre ellas, la economía del presente-futuro, así como las búsquedas de protección y autonomía individual y colectiva y nuestros sentidos de la responsabilidad ética particular y pública. Los campos de las ciencias, las artes y las humanidades no están exentos de estos debates porque en nuestros entornos no contamos con una *cloud* que ofrezca servicios sobre una red abierta al uso público. Por ejemplo, si observo mi propia realidad, resulta que tengo todo el trabajo acumulado en Dropbox, pues es muy práctico para moverme entre espacios y equipos, así como para compartir carpetas con colegas de trabajo y estudio y, aunque me suben el precio año tras año porque necesito más espacio, no me alcanza el tiempo para hacer respaldos en unidades físicas en casa —el otro día, cuando finalmente quise hacerlo, resultó un berenjenal tremendo—. Por otro lado, mis clases y materiales docentes, como los de muchos colegas, están en el Drive de Google, en el OneDrive de Microsoft o en el iCloud de Apple. También, la prestigiosa revista científica en acceso abierto del centro donde trabajo y su excelente Repositorio Institucional²⁵ dependen de un centro de datos —*cloud*— virtualizado de un proveedor domiciliado en Canadá. Llegamos ahí porque nuestro servidor físico en las oficinas propias envejecía, de manera que resultaba insuficiente el espacio, además de que la conexión a la red local era tan débil que los usuarios tenían grandes problemas para acceder y bajar artículos. Institucionalmente, nadie financia el costo de mantenimiento o la reposición, ni garantiza su accesibilidad a miles de usuarios, ni la velocidad de descarga y de subida, menos la seguridad ante cibe-

²⁵ Ambos proyectos de comunicación científica están entre los pioneros en Chiapas y los más reconocidos nacional e internacionalmente. Véanse: <https://liminar.cesmeca.mx> y <https://repositorio.cesmeca.mx>

rataques, porque en México no sabemos de un servicio público y el servicio privado es tan caro que nuestro presupuesto no es suficiente y, también, porque nos resistimos a pagar a empresas depredadoras en Estados Unidos tanto como a renunciar a nuestros sueños y a cumplir nuestro encargo social.

En fin, habitamos la *cloud* global en condiciones de extremas desigualdades y precariedades porque en materia de política digital estamos en manos de los valores y los intereses de gigantes tecnológicos difíciles de desafiar. No hablaré de un deber ser de la “soberanía tecnológica” que suene a nacionalismo trasnochado o a latinoamericanismo romántico, ni de la posibilidad de prepararnos con un ecosistema de datos mexicano o, en conjunto, latinoamericano y caribeño. Sin embargo, dígame usted honestamente, ¿quién nos iba a decir que un día podríamos dejar de jaranear o maldecir a los proveedores privados, para preguntarnos en serio y en público cómo vivir en las nubes y qué hacer con ellas?

Mente abierta, acceso abierto y cultura libre*

HACE YA MÁS DE un siglo que el patricio chiapaneco Belisario Domínguez Palencia (1863-1913) escribiera aquel memorable discurso con agudas críticas contra la dictadura de Victoriano Huerta, fechado el 17 de septiembre y pronunciado el 23 del mismo mes del año de su martirio y asesinato dos semanas después.²⁶ En una nota al final de su excepcional pieza oratoria, el médico y senador por Chiapas exhortó al pueblo mexicano a apoyar la representación nacional, y a todos aquellos que leyeran su escrito a sacar cinco o más copias para distribuir las entre amigos y conocidos de todo el país. No dejó de clamar por un impresor honrado y sin miedo en cuya imprenta esta reproducción fuera menos difícil, más rápida y de mayor tiraje que a mano. Domínguez clamó, entonces, por las libertades de expresión, impresión y circulación, así como por el libre acceso a las opiniones. Incluso, fue más allá aún al pedir a la ciudadanía que compartiera la responsabilidad moral de socializar la información.

Hoy el acceso a la información y al conocimiento sigue estando en disputa frente a los modelos comerciales y políticos que establecen

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 19 de julio de 2020, Columna Contrapunteo, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2020/07/mente-abierta-acceso-abierto-y-cultura-libre/>

²⁶ Puede consultarse en <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2714/14.pdf>. El llamado segundo discurso del 29 de septiembre de 1913 puede leerse en <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2714/15.pdf>

nuevas censuras sociales. Los cambios en el mundo plantean entre sus grandes desafíos la concentración de la información. Dicha concentración opera a través del desarrollo oligopólico de infraestructuras para el almacenamiento, la conservación, la apropiación y el acceso selectivo al conocimiento a través de transacciones monetarias amparadas en mecanismos jurídicos y contratos comerciales de prestaciones de servicios cuyos términos y condiciones pueden variar en sus actualizaciones periódicas. Es el poder de MAGA (Microsoft, Amazon, Google, Apple), a cuyo acrónimo ya podríamos agregarle una Z (Zoom), empresas que, como dice Abraham Mena Farrera, han concentrado en los cien primeros días de la pandemia el volumen de información que les hubiera costado por lo menos veinticinco años reunir. No obstante, esta geopolítica, geoeconomía y geocultura de la información y del conocimiento desde arriba tiene sus contrapesos desde abajo.²⁷

Por ejemplo, el amplio movimiento por el Acceso Abierto (AA) iniciado en el año 2000 ha venido denunciando cómo los regímenes comerciales imponen severas restricciones para la publicación, el acceso, la distribución y la lectura de muchísimo material producido con recursos públicos. Un modelo de privatización del patrimonio individual y colectivo se ha impuesto, y la extracción de valor a toda costa ha devenido en el lucrativo modelo de gestión de esos patrimonios. Muchas bibliotecas de instituciones universitarias han estado pagando grandes cantidades de dinero por concepto de suscripciones para facilitar el acceso de sus comunidades a material valioso para sus proyectos académicos; recientemente, algunas de esas grandes instituciones norteamericanas y europeas han comenzado a cuestionar y a replantear sus relaciones con estos proveedores de servicios de información científica y a impulsar nuevas vías más sostenibles.

En este contexto de críticas al modelo comercial liderado por cinco grandes empresas editoriales del mercado científico —Elsevier, Sage, Springer-Nature, Taylor & Francis y Wiley—, asistimos a un refina-

²⁷ Manuel Castells Olivan, *Comunicación y poder* (Madrid: Alianza, 2009).

miento de los modelos mercantilistas y de evaluación de la información científica que comienzan a asumir el discurso del AA en sus nuevos planes y estrategias político-comerciales. En la práctica, lo hacen de manera limitada al poner solo una parte de sus colecciones en abierto o con menos restricciones de acceso a fragmentos del contenido de los textos. Mientras, siguen cobrando por la consulta de sus colecciones de revistas científicas o fondos especiales y venden literatura científica que controlan porque obtuvieron derechos para catalogarla, distribuirla y gestionarla con sus modelos de negocios. Algunas veces la misma producción puede estar disponible en repositorios abiertos de instituciones, con las que tales empresas editoriales comerciales deben compartir dividendos de los pagos y estadísticas de accesibilidad y usabilidad.²⁸

En el campo de la ciencia es notable cómo depositamos resultados de investigación financiada con recursos públicos en revistas cuya visibilidad y acceso tienen un costo que pagamos individual o institucionalmente. Si no pagas, no publicas, no accedes, no lees, no sabes, no estás actualizado con lo que se dice en esos circuitos del *mainstream* bajo el control de élites académicas. Es el mismo extractivismo de siempre, las mismas asimetrías geográficas, dependencias económicas y lingüísticas e intercambios desiguales. Como antes, podríamos terminar estudiando nuestra historia en archivos europeos o en bibliotecas norteamericanas capaces de concentrar, archivar, catalogar y poner a disposición conocimiento e información a partir de su valor de cambio, aunque sea a “bajo costo”. Nuestros bienes comunes de información dejan

²⁸ En México, El Colegio de México ha convenido con JSTOR —un archivo digital centralizado con un acervo muy significativo, de los mayores del mundo— la digitalización y recatalogación digital de una parte muy significativa de su fondo editorial para disponerlo en acceso abierto, mientras que algunos de los libros más recientes y los artículos de sus revistas están en acceso cerrado, es decir, solo disponibles para descarga desde dicha plataforma previo pago de cuotas o tarifas. También están disponibles las revistas en Open Journal System (OJS) y una parte de los libros de tres años hacia atrás en su repositorio institucional: <http://repositorio.colmex.mx/>

de ser bienes públicos, de estar al servicio del común, y la propiedad de la información y el conocimiento, que es por su *ethos* comunal, se privatiza bajo el régimen de las mercancías. Como ha subrayado enfáticamente Eduardo Aguado, parte de la colonización ha consistido en la apropiación de nuestros bienes culturales, y parte de la colonialidad, en la atadura a dispositivos de producción de subjetividades y sujetos del conocimiento.²⁹

Tanto académicos, científicos e intelectuales, como las instituciones en las que trabajan o las que trazan las políticas educativas, de ciencia y culturales, se debaten entre varias contradicciones. ¡Qué bueno! Las contradicciones de ver con orgullo las obras propias en las bibliotecas de las principales capitales del mundo, de ser parte del catálogo de prestigiosas casas editoriales, de constatar en las principales librerías físicas o virtuales la venta de ejemplares de nuestros libros y de publicar en las revistas más prestigiosas según *rankings ad hoc*, mientras que solo algunos de esos trabajos aparecen en repositorios digitales, en revistas abiertas, en nuestras páginas en Academia o en *blogs* personales para el acceso sin restricciones de un público amplio, sobre todo académico, porque difícilmente alcanza a los sectores gubernamentales o a los actores sociales de los que se habla a partir de sus propias donaciones de saberes, reflexiones, vivencias y experiencias. Predominan distintas lógicas egocentradas, de prestigio y reconocimiento, que se sobreponen: no tenemos empacho en vender y en compartir al mismo tiempo con tal de salir del anonimato y del silenciamiento provinciano. Incluso, presenciamos algunos extremos cuando los profesores venden sus libros a los alumnos con los que aprendieron y desarrollaron sus

²⁹ Eduardo Aguado-López y Esther Juliana Vargas Arbeláez, "Reapropiación del conocimiento y descolonización: el acceso abierto como proceso de acción política del sur", *Revista Colombiana Sociología*. vol. 39, núm. 2 (julio-diciembre de 2016), 69-88. Un excelente análisis sobre el acceso abierto en América Latina puede encontrarse en: Indrajit Banerjee, Dominique Babini y Eduardo Aguado, "Tesis a favor de la consolidación del acceso abierto como una alternativa de democratización de la ciencia en América Latina", en *Acceso Abierto*, ed. Peter Suber, 13-48 (México: Universidad Autónoma del Estado de México, 2015).

argumentos, cuando se contrabandean citas entre clubes selectos de autores/amigos y tutores/tesistas o cuando una revista científica discrimina los artículos publicados entre “citables” y “no citables” para negociar su índice o factor de impacto solo con base en los primeros.

Sin embargo, si vamos un poco más allá —no para resolver las contradicciones sino para ser más conscientes de las mismas—, debemos reconocer la amplia estructura de la desigualdad que se encuentra detrás de la visibilidad, el acceso, el consumo y las citas, así como que las brechas no solo están dadas por el poder adquisitivo, la capacidad de distribución o el poder de venta de una marca o un sello en el mercado de bienes culturales. Además, estas brechas pasan por la concentración de poder de editores/proveedores que pagan por el posicionamiento para garantizar *likes*, consultas, descargas, citas e ingresos, para ser los primeros en los resultados de los principales motores de búsqueda. La ecuación es sencilla, “los grandes” siguen vendiendo y monopolizando los recursos del conocimiento porque pagan posicionamientos o acumulan *clicks*, mientras que “los pequeños”, con sus colecciones en abierto en repositorios, quedan relegados en la periferia a los últimos resultados de las búsquedas o son citados en un tercer plano como colaboradores de “los grandes”, cuando en realidad son los editores y los trabajadores culturales que hicieron posible el “bien común de información”. Entonces, queda el espacio de la resistencia y la marginalidad creadora, que no es poca cosa, para seguir en la lucha por lo común y lo público, como lo han venido haciendo, por ejemplo, las radios comunitarias y las editoriales independientes, colectivas y autogestionadas.

Al final, en los campos del conocimiento de las ciencias, las humanidades y las artes se termina respondiendo a un modelo centralizado y centralista, verticalista, jerárquico y jerarquizante, donde un poder, con su autoridad central, domestica y refuerza las relaciones de dependencia para existir en esa gran escena o gran mercado de las ideas. Se sacrifican principios y valores académicos para ganar en vistas, descargas y citas. Nuestras instituciones aceptan, también, este modelo. De esa manera, la presencia notoria es una carrera a toda costa, aunque se

vendan derechos, se transfieran, o se borre la fuente original que hace posible el trabajo mismo al encadenarse el producto en los circuitos legitimados de reconocimiento. Sabemos que la raíz del problema está en la economía política de la visibilidad, el reconocimiento y la accesibilidad de la “ciencia periférica”³⁰ porque, como bien sentenciaría el propio Aguado, “la ciencia que no se ve, no existe”.

Es cierto que gran parte de nuestro patrimonio histórico está aún en anaqueles en soporte de papel como libros impresos o manuscritos. Las políticas de digitalización y catalogación digital de los archivos para preservar y robustecer los fondos hemerobibliográficos de nuestras instituciones requieren de grandes cantidades de recursos, novedosas tecnologías y personal capacitado. Esta es una gran oportunidad de negocio para las empresas del giro, pero hay que tener políticas claras para recuperar, preservar, disponer y diseminar esos materiales en acceso abierto. Nuestras propias instituciones y las empresas pueden acordar proyectos de recuperación y catalogación digital de fondos compartiendo aprendizajes sobre estándares internacionales de gestión, normalización, validación y seguimiento sin perder ningún derecho patrimonial como autores y editores, ni ceder su prestigio académico al servicio de la sociedad, es decir, manteniendo los metadatos con el identificador digital como editor de la nueva versión y colocándola en los repositorios propios e internacionales que garanticen el libre acceso de las futuras generaciones. Estar en línea no significa alinearse con imposiciones, ni alienarse de un capital intelectual y una tradición o encargo social. Mayor perímetro de alcance no significa necesariamente mayor impacto social porque se podrían estar ampliando los servicios en los cotos privados. Lo ideal sería patrimonializar para la sociedad presente y futura, no con fines de lucro individuales o elitistas.

³⁰ Jean-Claude Guédon, “El acceso abierto y la división entre ciencia ‘principal’ y ‘periférica’”, *Crítica y Emancipación. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año 3, núm. 6 (segundo semestre, 2011), 135-180.

Hace unos días el jefe de la Biblioteca Hernán Santa Cruz, de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Wouter Schallier, reflexionaba sobre las posibilidades de una *open science cloud* en América Latina.³¹ Aunque mostraba algunos grandes logros en cuanto a repositorios, plataformas digitales o bases de datos regionales como Redalyc-América, SciELO y la biblioteca virtual de CLACSO, especializada en ciencias sociales y humanidades, dejaba claro lo difícil que es sostener estos proyectos como plataformas comunes y la enorme complejidad que supone desarrollar las capacidades propias para crear un gran ecosistema científico latinoamericano y caribeño sin restricciones. La creación y el fortalecimiento de redes de repositorios digitales abiertos a nivel regional e internacional es un gran reto pendiente de la debida atención política. Al pensar las posibilidades de una *ciencia abierta* en América Latina, se tiene que complementar la gran voluntad de la comunidad científica con el desarrollo de espacios de interconexión, interoperatividad, integración y concentración de distintas plataformas en ambientes virtuales abiertos sin restricciones ni limitaciones para compartir servicios y datos y colaborar para avanzar. Construir una infraestructura integrada para el intercambio y el trabajo parece una utopía, pero una alternativa regional es imprescindible para la cooperación y el control de las publicaciones abiertas por parte de nuestras comunidades científicas y sociedades. Se trata de articular otro horizonte histórico reflexionando sobre el sentido de las búsquedas, las necesidades y los requerimientos comunes.

Las búsquedas de acceso abierto. Un concepto de AA ilimitado, libre y gratuito a la información en distintos niveles y ámbitos de la vida social que respete las licencias *Creative Commons* (CC), el compartir igual, sin usos comerciales ni obras derivadas, acreditando la autoría. Un modelo de comunitarización dentro de la academia, de visibilización, reutiliza-

³¹ Wouter Schallier, "Ciencia abierta en América Latina: a la nube y más allá", Ciclo de Diálogo Abierto Bibliotecarios en Tiempo de COVID 19, 1 de julio de 2020, video. <https://www.youtube.com/watch?v=OQuXvYvou34>

ción o reapropiación en los ámbitos global y local, en nuestra sociedad y en el entorno comunitario. Se trata de la apuesta por una apertura, actualización y socialización entre iguales, por la horizontalidad entre comunidades académicas y el público en general; por consolidar un espacio de AA de búsquedas común, horizontal y colaborativo, sin tener que volvernos locos escudriñando en distintos repositorios o servidores ni pagarle a nadie; se trata de hacer todo lo posible para empoderar a la sociedad no solo “transfiriendo” conocimientos a una audiencia ampliada, sino articulándola en nuestras redes, dialogando y aprendiendo de sus resistencias cuando producen, conservan y circulan conocimientos para hacer justicia redistributiva. Se trata de compartir conocimientos y saberes para la comunitarización, la interlocución, la movilización colectiva y la acción política a fin de resolver problemas comunes.

Las necesidades de mente abierta. Nuestras instituciones tienen que aguzar sus políticas e innovar en consecuencia asumiendo sus compromisos y vocaciones. Por ejemplo, deben inducir a sus académicos a autoarchivar toda su producción en los repositorios institucionales para que puedan ser considerados en las evaluaciones y promociones académicas, y retirar las restricciones autoimpuestas para publicar en sus repositorios el trabajo que sus académicos han divulgado con otros sellos editoriales. Estas nuevas prácticas basadas en la cultura de compartir pondrían un alto a la carrera por el “factor de impacto”, porque priorizarían el “factor de responsabilidad”, es decir, contribuirían a reorientar a qué le damos valor en las evaluaciones de desempeño y de resultados académicos. Asimismo, sería valioso estimular nuevos lenguajes, como la publicación en revistas y periódicos de alcance masivo y la divulgación de resultados por medios audiovisuales para ampliar el alcance de la ciencia escrita a través de la ciencia oral y la ciencia visual. En materia de cultura científica se estaría ganando en legitimidad de una riquísima pluralidad de enfoques de investigación, de perspectivas transdisciplinarias e interculturales y de formas de divulgación e intervención pública en la sociedad en su conjunto.

Los requerimientos de ciencia abierta. Los desafíos no solo remiten a la interoperatividad de los datos, el diálogo entre máquinas, la disponibilidad de información, la visibilidad de las publicaciones, la capacitación y la preparación. También pasan por la certificación de repositorios, por la catalogación digital con los metadatos de todos los productos para su vinculación, por el traspaso y la indexación en todos los buscadores, agregadores de contenidos o bases de datos y, sobre todo, por el empoderamiento de las personas. Más que consumidores de información, somos ciudadanos digitales que tenemos que ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras responsabilidades con lo público pensando en las futuras generaciones. La *ciencia abierta* solo será sostenible si se tienden puentes con la ciudadanía, si nos adscribimos a autorías comunitarias y a culturas de creatividad colectiva, si se garantizan la participación y el ejercicio de derechos humanos al conocimiento y a la información, entre otros.

A estas alturas tenemos ante nuestros ojos los vínculos del *acceso abierto*, como parte de la *ciencia abierta*, con el movimiento por la *cultura libre*, que impulsa en un buen sentido una concepción del conocimiento y de la información comunitaria, colectiva, colaborativa y de dominio público, es decir, no individual, ni bajo la lógica mercantil que limita los derechos a la información y al conocimiento. La cuestión es cómo avanzamos en el desarrollo de un gran repositorio colectivo al servicio del acceso universal, libre, abierto y gratuito al repertorio mundial de saberes, conocimientos públicos, científicos, humanísticos y artísticos en tanto bienes comunes a favor del desarrollo democrático. Asimismo, siguiendo a Schallier y al propio Belisario Domínguez, cómo se colocan los contenidos en el ambiente de los usuarios y no a la inversa.

Los obrajes de la ciencia*

PENSAR QUÉ TIPO DE sociedad tenemos entraña pensar qué tipo de ciencias hacemos. Del mismo modo, deliberar sobre la sociedad en que quisiéramos vivir es reflexionar en la ciencia que necesitamos hacer. Una sociedad democrática en el mundo de hoy, que es más y menos colonial y moderno al mismo tiempo, sería impensable sin articular robustamente los obrajes de la ciencia o, con otras palabras, los espacios del pensamiento científico, del trabajo de investigación, creación y producción cultural, en un proyecto social en el que los conocimientos como bienes públicos sustenten las apuestas colectivas en distintas escalas geopolíticas y geoeconómicas.

Los científicos se han visto siempre obligados a justificar ante la sociedad los modos de obrar de la ciencia. Poco a poco, no sin tropiezos y procesos inquisitoriales en el camino, se han ganado un lugar en la sociedad y el reconocimiento público. Ese lugar de conocimiento y de reconocimiento ha llevado a la ciencia y a los científicos a grandes conquistas y, también, a falsos profetismos sobre la utilidad social, política y económica del conocimiento con el fin instrumental de controlar y dominar la sociedad y la naturaleza para la extracción de valor en nombre de ideales de progreso. Como hemos dicho antes, la fe en la ciencia ha jugado junto a los poderes configuradores de las sociedades modernas, a la vez que la crítica a la ciencia ha abierto brechas de des-

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 26 de julio de 2020, Columna Contrapunteo, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2020/07/los-obrajes-de-la-ciencia/>

confianza y apostasía en el discurso salvacionista. Por eso, al plantearse los límites del uso y la apropiación social del conocimiento científico no pueden soslayarse las mediaciones culturales, así como tampoco puede olvidarse la propia naturaleza humana de quienes comparten o no sus pasiones por la ciencia.

Sin embargo, los científicos han aprendido que el amor a la ciencia por la ciencia misma tiene condicionalidades históricas, sociales, culturales y políticas concretas. Los debates sobre la integridad científica y académica han evidenciado el lugar de la ciencia en la estructura social, es decir, en la matriz de relaciones de dependencia recíprocas y simultáneas en las que nos tejemos, una matriz social de relaciones de poder y dominación. De ahí que todo ejercicio de reflexividad individual y colectiva lleve a darle vueltas a las relaciones entre ciencia y sociedad. Los científicos son parte de la sociedad, tienen obligaciones y derechos como ciudadanos e intereses como profesionales e individuos. Su inmunidad es tan relativa como la del rebaño mayor del que forman parte. Resienten las mismas vulnerabilidades que la sociedad con las restricciones, los ataques o las alteraciones a los sistemas de protección durante los cambios de políticas de los distintos gobiernos.

Los debates y las autoevaluaciones han devenido en tomas de conciencia de cómo cambian en el tiempo las normas, valores y metas que cristalizan en estructuras de poder, convenciones culturales, mentalidades y culturas académicas. Al analizar los procesos de cambio que bajo las políticas neoliberales han tenido efectos desocializadores, emerge un elemento claro que se desdobra más bien en dos, a saber: la conciencia progresiva del aislamiento relativo, de la tendencia al trabajo individual, al individualismo y a la competencia, y la fragmentación de las comunidades en territorios o cotos de reivindicación de temas o temáticas, amistades incondicionales y prebendas personales por acumulación de méritos. Ello lleva al reconocimiento de los límites fijados, las demarcaciones impuestas, las regulaciones del quehacer y los modos de ver y contar de las comunidades académicas como grupos laborales o de amigos, muy lejanas de devenir en comunidades epistémicas.

Hilo estas ideas iniciales para plantear que el apoyo social a la ciencia no es algo que se deba mendigar a los políticos ni reclamar a la sociedad coyunturalmente. El apoyo tendría un sentido estructural constituyente si la sociedad reconociera plenamente que la ciencia, los científicos y sus obrajes integran el patrimonio público y están al servicio del bien común. La responsabilidad de que esto no sea así es, en buena instancia, de nosotros mismos, los académicos y científicos, que aceptamos que nos encerraran junto a la evidencia del valor social de la actividad científica en nuestras “torres de marfil”, “palacios de cristal” o “fortalezas del saber”. La vida intramural no sella ningún pacto edificante con la sociedad, más bien lo hipoteca porque neutraliza y funcionaliza la crítica, dejando el agenciamiento en manos de los actores del mercado, los religiosos y los políticos que persiguen sus propios fines de autorreproducción.

El negacionismo de la ciencia que hoy constatamos, expuesto en el anticientifismo, el antiintelectualismo y el antiacademicismo, obliga a reconocer que hay que prestar más atención a la relación entre ciencia y sociedad. La primera es un obraje que le pertenece a la segunda. Si la palabra obraje hace ruido, podríamos decir en términos más económicamente correctos que la ciencia es una empresa, pero una empresa social cuyo encargo y responsabilidad son validados y financiados por la sociedad a la que le pertenece, le sirve y le rinde cuentas. La ciencia es parte del ensamble de instrumentos que integra la sinfonía social, es decir, uno de los obrajes de la obra humana en su conjunto.

El lector habrá notado que sigo una lectura general sobre la estructura cultural de la ciencia enfatizando el conjunto de valores y normas culturales que rigen la actividad científica en un sentido confesamente mertoniano.³² Para reexaminar los fundamentos, los objetivos y las justificaciones que legitiman la ciencia en su conjunto tendríamos que

³² Robert K. Merton, “La ciencia y el orden social” [1938] y “La estructura normativa de la ciencia” [1942], en *La sociología de la ciencia*, vol. II. (Madrid: Alianza Editorial, 1977[1973]).

considerar una agenda amplia con distintas dimensiones epistemológicas, pero no es el caso. Me limito a la ciencia como obraje, como espacio institucional de políticas del conocimiento y de relaciones humanas y sociales de poder-saber-hacer.

El asunto de los valores de los científicos y del valor de la ciencia está acompañado de una ineludible discusión sobre las desigualdades y las diferencias evidentes en el interior del campo científico y en el exterior, en el conjunto de todos los campos culturales y de la vida misma. La producción, circulación y acceso al conocimiento están mediados por una compleja geopolítica que embebe los conocimientos y saberes en relaciones de fuerza sociales y simbólicas, en tramas de poder, legitimidad y representación. Tanto las limitaciones geográficas y lingüísticas, como los condicionamientos materiales y culturales, definen arriba y abajo relaciones de dependencia, asimetrías e intercambios desiguales. De ahí la fuerza de las políticas para modular y constituir regímenes de institucionalidad con grados variables de autonomía de las comunidades y formas de socialidad de sus académicos, al proyectar intereses sociales y narrativas de un deber ser cívico que definen un proyecto y las estrategias para obstaculizar o favorecer, trabar o destrabar cursos futuros, y ampliar o restringir márgenes de acción determinados. En pocas palabras, la soberanía del campo científico está relacionada con la misma soberanía del campo político, es decir, sus autodeterminaciones dependen de las voluntades culturales y de las determinaciones económicas que dominan en los contratos sociales.

En otros trabajos he hablado de la desmercantilización del conocimiento y de la información científica como recursos cruciales para el desarrollo científico, social y humano, pensando más en su valor de uso que de cambio. Sin duda, nos remitimos a procesos de cambios culturales más amplios, complejos y lentos. En la raíz de las transformaciones están las estructuras de poder, por lo que es un reto pensar cómo las resistencias críticas pueden devenir en tejidos alternativos

que marquen la diferencia.³³ Si nos preguntamos para qué investigamos y trabajamos en la producción de conocimiento y para quiénes o en beneficio de quién, las cosas adquieren mayor sentido.

Así podemos ver cómo la democratización de la ciencia y la de la sociedad van juntas en cuanto redistribuciones de poder efectivas de recursos, bienes y servicios, que ataquen las desigualdades y modulen su reproducción. Frente a la infodemia, la infoxicación o el “estrangulamiento infocognitivo”, a los extractivismos culturales y a la ciencia neoliberal, comercial, mercantil, corporativa o contractual o para la muerte,³⁴ la democratización supone, más que transferencias, un acto de ciudadanía que remite a situaciones de hecho y a fuentes de derecho al conocimiento, a la información y a la comunicación. Democratizar el acceso, la traducibilidad y la apropiación del conocimiento es una herramienta pedagógica para el cambio de la sociedad y de la ciencia con sus hacedores porque, como hemos remarcado hasta aquí, somos parte del problema.

El desarrollo de la sociedad basado en el conocimiento debe redundar en un desarrollo participativo, democrático e incluyente. Para incidir en este buen sentido histórico se debe reflexionar sobre las segregaciones y desigualdades que en distintos planos o niveles abren brechas sociales entre generacionales, sexos, géneros, razas, grupos étnicos y lugares de origen o residencia. En el mercado de las ideas, la desinformación, la exclusión, la desconfianza y la falta de transparencia cuentan tanto como las formas de presentar los resultados

³³ Jean-Claude Guédon, “El acceso abierto y la división entre ciencia ‘principal’ y ‘periférica’”, *Crítica y Emancipación. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año 3, núm. 6 (2011), 135-180. Jean-Claude Guédon, “Science that cannot be seen, does not exist; Science does not attract attention, does not either”. *V Conferencia Internacional PKP sobre Publicación Académica, The Public Knowledge Project y Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 21 de agosto de 2013.*

³⁴ Edgardo Lander, “La ciencia neoliberal”, en *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, coord. Ana Esther Ceceña, 45-94 (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2006).

de investigación —escrita, oral o visual— y la medición de los resultados, alcances o impactos —la gestión de cómo y qué se evalúa—. Las instituciones reguladoras de ese mercado no pueden actuar como zombis para cumplir sus misiones estableciendo, por ejemplo, sesgos de financiación y mayores desequilibrios entre los temas de ciencias exactas, tecnologías y ciencias aplicadas, y los de ciencias sociales, artes o humanidades. ¿Cómo se desdibujan las aportaciones asimétricas a la ciencia y a la creación? Podría ser con mayor control social y con el rediseño de la arquitectura y el mapa de la producción científica sobre pilares alternativos.

Algunos de esos nuevos pilares pueden ser la ciencia de frontera y la ciencia ciudadana. La primera podría contribuir a romper las fronteras sociales construidas entre distintas disciplinas del conocimiento y a poner en evidencia que no tienen diferencias epistemológicas para construir proyectos y producir saberes transversales e incluyentes. Y, la segunda, podría incidir trabajando en investigaciones en conjunto con la sociedad, integrando como actores centrales a científicos y ciudadanos para la construcción de conocimientos.³⁵ La llamada ciencia ciudadana invita a la participación activa de la sociedad en proyectos de investigación abiertos, tanto produciendo datos como analizándolos en conjunto, para atender problemas cotidianos muy relevantes como la contaminación ambiental, la situación de los bosques, ríos y mares o la memoria de procesos históricos. Así la apropiación social de la ciencia deja de ser un discurso para convertirse en una actitud cotidiana, en intercambio de intuiciones e ideas, en capacidad de sorpresa y en generación de nuevas preguntas sobre lo realmente significativo para los actores que colaboran y se integran en el desarrollo de la historia de la ciencia.

³⁵ Diego Golombek, *¿Qué es la ciencia ciudadana y cómo promueve el conocimiento abierto?*, 9 de febrero de 2017. <https://blogs.iadb.org/conocimiento-abierto/es/la-ciencia-ciudadana-promueve-conocimiento-abierto/>

La observación colectiva entre académicos de distintas disciplinas y entre científicos y ciudadanía abre la colaboración horizontal, la interacción constructiva, las aportaciones de datos, análisis y tiempo, así como conocimientos y métodos sobre las formas de reprocesarlos. Sobre todo, ataca las estructuras de poder internas y externas de las torres, los palacios o las fortalezas. Poco a poco los patrones y tendencias de comportamiento de los científicos podrían devenir en culturas académicas abiertas, colaborativas, interactivas e insertas en la sociedad, integrando una inteligencia colectiva y potenciando los rendimientos científicos y el impacto social de los conocimientos y las ideas. Los vasos comunicantes serían más capilares contribuyendo a la movilización del conocimiento, la reflexividad y la movilidad social de la ciencia.

La construcción de nuevos ensamblajes entre ciencia y sociedad podría potenciar el desarrollo de capacidades académicas y de investigación, la optimización de los recursos humanos, y combinaciones virtuosas que fortalezcan la agencia del Estado para articular respuestas oportunas a los grandes problemas estructurales y coyunturales de la humanidad. El contrato social de la ciencia puede reescribirse siempre que la sociedad asuma la ciencia y el conocimiento como bienes públicos y participe en la defensa de su importancia para el colectivo; siempre que la ciencia considere la sociedad como sujeto de derecho y redefina el papel que debe asumir junto a otros actores extraacadémicos para modular las desigualdades existentes; siempre que se articule una agenda integral donde quepan todas las agendas de lucha, como las feministas, ambientalistas y de la salud, en el paradigma nuevo de transformación de la matriz social. En ello tienen cabida los sectores de innovación productiva, las pequeñas y medianas empresas, que se favorecerán de importantes aplicaciones de conocimiento relacionadas con la producción. Si algún día vemos más allá de un gobierno sexenal y logramos que Estado, sociedad, mercado y ciencia apuesten juntos, con todas sus capacidades en alianza, para precisar sus responsabilidades y acciones e integrar las piezas virtuosas pero dispersas de la

matriz productiva y social, entonces la movilización será sorprendente y un entramado político-cultural de nuevo tipo será la matriz de otro modelo social.

Para empezar, podríamos transitar de una configuración de la ciencia colonial, desigual e inequitativa, a otra democrática e incluyente, así como de circuitos elitistas y excluyentes, a circuitos participativos y democráticos de coproducción y valoración de otros conocimientos. Podríamos trascender las limitantes que dificultan el trabajo de las comunidades científicas en favor del desarrollo y el bienestar de la sociedad. Dejar atrás las correlaciones asimétricas, la estructura centralista y vertical que discrimina y jerarquiza las periferias, la participación de académicos del interior del país, de las instituciones estatales tan empobrecidas materialmente. Ganaríamos en una perspectiva intercultural, posdisciplinar y pluriversal.

Si desde nuestros espacios queremos participar activamente en el movimiento científico internacional, es importante que converjan en estrategias de trabajo en conjunto todos los excluidos de los clubs de la excelencia, estrechando las diferencias y respetándolas profundamente. Solo los principios de la complementariedad y de la asociación estratégica de recursos humanos, financieros y de infraestructura nos permitirán sobrevivir dignamente en el escenario de las relaciones científicas nacionales e internacionales. Por eso siempre he creído que la vía más potente para la internacionalización científica es la de una integración local y regional que primero potencie la interacción científica descentralizada y policéntrica, que desde la periferia se mueva al centro y devenga principal.

Los académicos, científicos y humanistas necesitamos trabajar para redibujar nuestras comunidades fragmentadas como comunidades epistémicas que tienen abierta una gran conversación que se llama ciencia. Esa conversación, nombrada por Jean-Claude Guédon, solo está garantizada si es abierta con la sociedad toda, aceptando la ética de la respuesta a la demanda del otro o la otra como táctica para abrir los caminos del futuro. Los obrajes de la ciencia son como los de cualquier

oficio o actividad artesanal. El oficio del artesano intelectual se activa a diario conversando colectivamente, labrando y obrando a mano y con modernas máquinas para generar un saber. Sin olvidar que obrar es pensar y que “investigar es trabajar”.³⁶

³⁶ César Guzmán Tovar, “Investigar es trabajar. Relatos sobre las condiciones para hacer ciencia en América Latina”, en *Academias asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización*, ed. Alain Basail Rodríguez, 51-89 (Buenos Aires-Tuxtla Gutiérrez: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2019). <http://repositorio.cesmecha.mx/handle/11595/993>

El traje nuevo de la fe en la ciencia. Del miedo al salvacionismo*

PENSAR EN QUÉ SE está convirtiendo el mundo en medio de la pandemia de COVID-19 es una obra colectiva. El mundo se insubordina contra nuestras representaciones de él porque lo vemos desde una ceguera cada vez más desnuda. A pesar de la invisibilidad tenemos que seguir los indicios de los cambios que disuelven el presente junto a nuestras certezas sobre el mismo.

La ciencia ha sido uno de los valores centrales de la modernidad, sino el fundamental, uno de los pilares de la cultura y de las mediaciones simbólicas de la época contemporánea. La fe en la ciencia devino en un credo tan fuertemente sustentado en la racionalidad científica frente a las creencias y la fe en las religiones, que la idea de la gracia cedió mucho terreno ante la idea de la cultura positiva. El discurso científico pasó a ser un pilar de la secularización y la racionalización del orden social, y reivindicó un lugar privilegiado junto a los poderes configuradores de las modernas sociedades nacionales para el progreso técnico sostenido, la domesticación y la dominación de la naturaleza. Una ciencia hegemónica, occidental, se impuso como canon, y los conocimientos *otros* fueron sometidos por cerradas posiciones universalistas y totalizantes, no sin pocas resistencias que nos llevan hoy a saber, hablar y defender la pluriversalidad de saberes.

En “El rigor de la ciencia”,³⁷ Jorge Luis Borges parodió el monumentalismo de los ideales de la objetividad científica y de la exactitud

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 1 de junio de 2020, Columna Contrapunteo,

del método y el cientificismo positivistas. Advirtió que el mapa como representación del territorio no puede reproducir la realidad sino como una abstracción gráfica, mucho menos puede pretender suplantar la realidad. Así es como cada generación produce sus propios esquemas e imágenes del mundo, mientras que los fragmentos del mapa de las anteriores se convierten en una realidad ruinoso habitada por algunas formas de vida. La ciencia puede leerse, entonces, como un texto cultural cuyas tramas de significado y prácticas significativas se configuran en relación con los límites y desafíos de una sociedad en transformación.

La persecución del avance del conocimiento cargado de potencia para el cambio y la innovación como principal rasgo del *ethos* científico ha llevado a un debate intenso del cual retomo dos direcciones. Una de ellas ha enfatizado su sentido positivo o negativo en función bien de la búsqueda rigurosa y de la imaginación metodológica, bien de la crítica olvidadiza del conocimiento acumulado y de la censura o vindicación de distintas formas del saber. Otra dirección de la discusión se ha encaminado a problematizar la dimensión ética y política de la ciencia, ora el encadenamiento de la actitud científica a lógicas de poder y a formas de dominación centradas en la acumulación de riqueza y del mismo poder, a la dominación de la naturaleza y de la sociedad, ora la movilización comprometida, militante o posicionada junto a las causas públicas de distintos actores o sectores sociales. En fin, la ciencia dominante tiene muchos dogmas que son como los disfraces invisibles del rey desnudo de la fábula de Andersen.

Más allá de importantes discusiones sobre la complejidad epistemológica y ética, y de los simulacros o las simulaciones sobre cómo funciona el método científico y cómo avanza el conocimiento, la ciencia

<https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2020/06/el-traje-nuevo-de-la-fe-en-la-ciencia-del-miedo-al-salvacionismo/>

³⁷ Jorge Luis Borges, "Del rigor de la ciencia", en *Historia universal de la infamia* (Madrid: Alianza, 1987[1954]).

se ha vuelto a colocar en el centro de nuestras vidas. Todos tenemos fe en sus buenas praxis para la salvación y contribuimos de cierta forma a su sacralización. La búsqueda de terapias paliativas o definitivas contra la enfermedad, la vacuna que inmunice frente al virus y la producción de respiradores artificiales u otros artefactos, colocan a los hombres y las mujeres de ciencia y técnica entre los ídolos del presente, mientras las *rockstars* permanecen en sus casas. Hasta coincidimos en reconocer la precariedad acumulada en los campos de la ciencia, la educación y la cultura a fin de reivindicar apoyos e inversiones consistentes para ayudar a los “milagros”.

Sin embargo, hay abierta una reflexión pública sobre las malas prácticas científicas, los equívocos ensayos, los experimentos fallidos, los yerros y los engaños; sobre el rigor del método y su eficacia para resolver un problema concreto y para solventar los problemas sistémicos. La ciencia también está siendo blanco de críticas y de un nuevo negacionismo pues, siendo un acto humano y un hecho cultural, es objeto de descalificaciones, insultos y desacreditaciones como parte de una irresponsabilidad organizada por algunos medios de comunicación, por instituciones de rancia historia como las religiosas o por actores sociales controversiales de un conservadurismo desconcertante. Como nunca, la ciencia es hoy un acto de fe y un acto de ciudadanía que remite a situaciones de hecho y a fuentes de derecho al conocimiento, a la información y a la comunicación. Los discursos (des)legitimadores de los políticos, de los religiosos y de algunos científicos en la actual coyuntura crítica pareciera que obliteran el cuestionamiento estructural a los contextos sociales de la ciencia y sus hacedores en medio del túnel en el que estamos. ¿Por qué hemos llegado a este punto?

El miedo. Sí, el gran miedo colectivo a la muerte nos ha puesto de rodillas. El sentimiento compartido de impotencia, la incertidumbre y el desconocimiento nos han convertido en una comunidad emocional, doliente, a veces inmóvil y afligida, a veces más movilizadora y animada. Todos hemos sido parte de un pánico semejante al memorable gran miedo previo a la Revolución francesa que la historiografía ha estudiado

con virtuosismo.³⁸ Sí, los rumores, los desasosiegos y el pánico por la falta de alimentos y por el temor al despojo de bienes o de los medios de vida por supuestos asaltantes extranjeros a sueldo de los aristócratas llevaron al campesinado francés a sucesivos actos de rebeldía contra el orden feudal hasta conseguir la extinción de los privilegios señoriales y poner fin al feudalismo. Hoy compartimos similar preocupación por la subsistencia e igual desconfianza por los políticos y nuevos aristócratas, que incluso abandonan el barco con sus capitales y generan vacíos de poder. Hoy nos iguala el miedo a ser condenados ante la invasión de ejércitos invisibles y la prepotencia de nuevos bandidos que nos quitan la vida pública, los trabajos, los derechos.

A pesar de la extensión de los rumores y de la hipótesis del “complot”, no sé si tendremos en alguno de nuestros países una Bastilla, si se configura una mentalidad revolucionaria o si cuaja una situación de transformación. Lo que sí constatamos es que, junto a la reemergencia del poder del Estado, se actualiza un deseo de ser salvados y, por tanto, un salvacionismo, es decir, un sistema de creencias en la salvación por intermediación divina o humana, que en nuestro caso se producirá mediante la ciencia. Frente a la nueva confusión y el pánico se puede tomar a los rebaños de ovejas por caballerías armadas o virosis andantes, y a los científicos por salvadores o por bandidos. Nuestro deseo de salvación es la expresión de otros deseos sublimados que debemos nombrar, quizá, como lo hicieron los campesinos franceses del XVIII, con una nueva generación de derechos, la supresión de los privilegios, la igualdad ante la ley, la justicia redistributiva y los impuestos regresivos.

El nuevo virus llegó y fue definido como el enemigo de la humanidad. El enemigo invisible existe y alcanzó a todas las regiones del planeta. La cuestión de la salvación se visualizó como necesidad cultural con validez universal. El temor se desató al declararse el estado de

³⁸ Georges Lefebvre, *El gran pánico de 1789. La Revolución francesa y los campesinos* (Barcelona: Paidós, 1986). Francois Furet y Mona Ozouf, eds. *Diccionario de la Revolución francesa* (Madrid: Alianza, 1989), 45-53.

guerra, al mismo tiempo que una tremenda necesidad de soluciones, respuestas e información se exployó. Esta relación ha sido virtuosa y viciosa. En particular, expuso a la ciencia, con sus fortalezas y sus debilidades, como producto y productora del realismo espectacular y grotesco de las modernidades.

La fe en la ciencia se renovó como un nuevo salvacionismo. Por un lado, se ató la ciencia a la ilusión de los actores sociales, a la vida misma, a pensar y resolver los problemas concretos de la existencia. Por otro, los juicios de valor han sometido las vocaciones científicas con la puesta en valor de la ciencia y la tecnología, que han terminado hasta en los meganegocios y la depredación de la naturaleza en nombre de las ideas de progreso y desarrollo lineales. No se trata de tirar por el suelo el valor del conocimiento para resolver los problemas de la sociedad y mejorar la calidad de vida de la población. El problema está en la descontextualización de ese encargo de las dimensiones históricas, sociales, económicas y culturales que constituyen profundas mediaciones históricas. La ciencia está fundamentalmente ligada al bienestar, pero hay que discutir a qué tipo de bienestar nos referimos, y al bienestar de quién o quiénes, con sus alcances sociales en un momento histórico concreto.³⁹

La perspectiva salvacionista que remite al rol milagroso y redentor de la ciencia y la tecnología tiene que someterse a la reflexión pública, porque no toda intervención, inserción o transformación cumple las profecías o las promesas liberadoras de la ciencia, ni es deseada por todos los actores sociales que participan directa o indirectamente de los procesos colectivos de producción de sentido y de aplicación del conocimiento científico. Entonces, no caben los triunfalismos fáciles ni los baños de purificación de los que defienden la ciencia imparcial y universal, ni de los que defienden la ciencia comprometida, militante y autónoma. No basta con una inmersión en cristalinas aguas para quitar-

³⁹ Jeffrey C. Alexander, *Sociología cultural: clasificación en las sociedades complejas* (Barcelona: Anthropos, 2000).

nos las impurezas que suponen la duda, la incertidumbre, la ambigüedad, las contradicciones y las cosas circunstanciales que se nos escapan a los científicos más allá de las acciones públicas. La creencia incondicional en la ciencia como patrimonio que está por encima del bien y del mal remite a mitos científicos y políticos sustentados en valores y principios abstractos que justifican el salvacionismo, es decir, la caída en miradas esencialistas y reduccionistas sobre el papel del conocimiento en la historia de nuestras sociedades. La ciencia la hacen personas, en un contexto cultural singular y en un periodo histórico concreto donde se sitúan metas culturales e ideas de verdad y justicia como significados internos con mucho peso externo para trabajar y cambiar el mundo.

Hoy quedan pocos optimistas sobre la modernidad, pero la crítica a la ciencia no puede llevarnos a confundirla con el enemigo visible o invisible. Polemizar sobre los resultados y reconocer los límites no puede significar negar el rigor científico, negar la autonomía del campo científico, ni negar los supuestos de científicidad, aunque sepamos que son convenciones o invenciones culturales que sustentan las ideologías profesionales. Se trata de reflexionar críticamente sobre esas convenciones y presupuestos que configuran la provisionalidad, la situacionalidad y la parcialidad de los conocimientos científicos y de sus definiciones unidisciplinarias ya superadas.

La ciencia como asidero cultural cuya narrativa le dice a la sociedad lo que cree que es, o debería ser, está estrechamente relacionada con la promoción de la cultura, la educación y el pensamiento científico; con la capacidad de estimular socialmente un espíritu crítico y escéptico, razonado y constructivo, de aportar a la reflexividad y de contribuir al conocimiento público. La ciencia como ensamble y construcción social tiene altas posibilidades de equivocarse, pero solo una fuerte dosis de realismo optimista la hace posible como configuradora consciente de un mundo mejor, porque no puede renunciar a su función heurística de lo utópico, es decir, a la apertura del porvenir. La presión política, asumida con compromiso ético por los científicos en estos momentos de crisis, es dramática para la ciencia, que necesita tiempo en sus

búsquedas, y llega a ser muy trágica para la medicina que, teniendo la vida misma como meta cultural, profesional y humana, le da la cara a la muerte con tristeza y desesperación, con parciales y limitadas certezas. En medio de la acción interpelada y de las desgracias inevitables, aplaudir a los especialistas de la salud es aplaudir los grandes logros de la humanidad, reconocer el humanismo como la integración de los valores humanos y del valor de todas las personas, de su dignidad, así como afirmar la fe en el hombre y la mujer y asumir plenamente a la humanidad como la patria de todos/as/es, y a la naturaleza como condición de posibilidad de la vida.

Pronto compartiremos el asombro por los grandes descubrimientos y, acto seguido, se tenderá a olvidar el camino recorrido para narrar como una celebración el resultado autoimpuesto como meta cultural. Su relevancia y espectacularidad no deberán opacarse una vez más, porque lo que está verdaderamente en juego tras el duelo, el trauma y la devastación no es la apariencia de un virus o el control de su materialidad inmediata, sino algo más estructural cuyas relaciones constitutivas desbordan a un epifenómeno e implican un nuevo proyecto de sociedad. No debemos olvidarnos tan pronto ni tan fácil de las marcas duraderas de esta crisis, de sus orígenes culturales y sus estructuras de reproducción. Tenemos el desafío enorme de pensar juntos los cambios de forma, de fondo y de sentidos de la identidad de nuestras sociedades, es decir, tenemos el reto de ver cómo actualizar un juego de relaciones sociales capaces de hacer habitable el planeta y vivibles nuestras vidas.

En ese juego trascendental la ciencia es una mediación social de las maneras de entender la realidad. La ciencia requiere recursos, tiempo, paciencia, creatividad y conciencia. Solo es posible a partir de una serie de mediaciones socioculturales complejísimas que se tejen con calma desde las políticas científicas, culturales y educativas, desde un conjunto amplio de mediadores profesionales formados cabalmente con vocación de servicio público y desde otro grupo de mediatizadores competentes y, sobre todo, responsables socialmente del sentido de la

identificación colectiva y de la convivencia cívica —medios de comunicación y comunicadores—.

Del miedo al salvacionismo hay un transitar que me produce un gran escalofrío cuando advierto que el miedo colectivo, el pensamiento mítico y la irresponsabilidad social condenan a la ciencia en nombre de un emergente negacionismo de sus grandes descubrimientos, de la evolución, del cambio climático, del holocausto y de la existencia del virus del VIH/SIDA y del mismo coronavirus tipo 2 (SARS-CoV-2). Sin embargo, como posibilista que procuro ser, defiendo que un nuevo programa de la ciencia es posible como un acto humilde y respetuoso de ciudadanía, es decir, en relación con la sociedad que participa dialógicamente en la producción y comunicación científica y se compromete en ampliar su repositorio de conocimientos públicos para discernir sus condiciones y destinos.

Hay que procurar repasar dos ingredientes enunciados aquí que espesan el caldo del horizonte regulador de las actitudes y concepciones del mundo con narraciones y significados, a saber: los modelos de comunicación y los estándares de la salud. Abordar la llamada *infodemia* a partir del impacto de las noticias falsas, del rol de los mensajeros oficiales y de los rumores sobre los riesgos es fundamental para explorar algunas deformaciones y distorsiones de dimensiones constitutivas del presente con la creciente informatización y la virtualización de la vida. Mientras, las cuestiones de fondo relacionadas con la salud pública ilustran muy bien que no se pueden esperar milagros, que el miedo, el salvacionismo, el profetismo y el negacionismo no son buenos consejeros para arropar a la ciencia, y mucho menos para vestir en público al científico y al político.⁴⁰

⁴⁰ ¡Ay, Max Weber! Tanto remar para morir en tu orilla con la ciencia como vocación y profesión. Max Weber, *El político y el científico* (Madrid: Alianza, 1974).

Embodegamientos arbitrarios*

UN HÁBITO AÑEJO HA sido la acumulación de libros, publicaciones periódicas y materiales impresos. Para unos, se trata de una buena práctica y, para otros, de una rutina que lleva a la saturación de las bodegas de nuestras instituciones o los libreros de nuestras casas. El embodegamiento más allá de los límites posibles nos habla de la crisis de la cultura impresa en medio de la transición actual a la cultura digital. Asimismo, nos dice mucho de los mecanismos socioculturales de acumulación de capital cultural y de control político de la más amplia circulación de las ideas en la sociedad.

El *stock* de libros en bodegas ha ido creciendo y, en ocasiones, ha llegado a ser descomunal e incontrolable. Paradójicamente, hay libros agotados muy demandados que solo pueden consultarse en salas de lectura porque no se encuentran ni en formato digital. En general, las condiciones precarias de almacenaje y conservación se agudizan con la humedad, los hongos y las plagas, que deterioran el valor y la utilidad social de acervos muy valiosos. Las causas de estas situaciones son múltiples y tienen que ver con variados factores.

A las limitaciones de espacios físicos en buenas condiciones se suma el deterioro de los espacios disponibles por el abandono de los responsables. El patrimonio de décadas y siglos de trabajo está abando-

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 8 de noviembre de 2020, Columna Contrapunteo, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2020/11/embodegamientos-arbitrarios/>

nado a su merced y solo se cuenta con el esfuerzo titánico de quienes lo resguardan para poder heredar algunos ejemplares a las futuras generaciones. Además, se dispone de pésimos circuitos de distribución por librerías y bibliotecas municipales, así como de limitados intercambios entre redes de bibliotecas de distintas instituciones y niveles de enseñanza. Sabemos que la reducción sistemática de los recursos destinados para sostener los intercambios afecta hasta los préstamos interbibliotecarios. No se considera prioritario el pago de correo postal, y este ha sido uno de los primeros rubros entre los considerados como onerosos en las políticas de austeridad y recorte. Le siguieron las fumigaciones periódicas contra hongos y polillas, que se dejaron de hacer o se espaciaron en ciclos cada vez más largos. La falta de recursos oculta la omisión de compromisos reales con las políticas de producción, distribución y acceso al conocimiento, lo que ha significado en la práctica la acumulación o el amontonamiento en almacenes y la transferencia de los costos de envío, publicación y acceso a los autores y a los lectores. Más grave todavía es el daño irreversible y la pérdida de patrimonio que no resiste el paso del tiempo por la inopia de la actual generación, que será juzgada por las próximas como ignorante, por lo menos.

Las instituciones y las políticas públicas dicen promover la cultura digital en nombre hasta de razones ecológicas a través, por ejemplo, del libro electrónico. Sin embargo, están muy lejos de conectar sus retóricas con buenas prácticas que muestren una comprensión cabal de la complejidad de la actual transición cultural, como una actualización y yuxtaposición de lógicas culturales, y un verdadero compromiso con la lectura y el desarrollo del conocimiento abierto, público y plural. En realidad, no se articulan aún acciones sistemáticas bajo políticas institucionales comprometidas en serio con el desarrollo de la cultura digital y con perspectivas integrales de desarrollo de las culturas científicas y tecnológicas en el seno de las comunidades académicas y de distintos grupos de la sociedad en general. Pocas instituciones tienen programas de digitalización de todo el patrimonio editado a lo largo de los años para resguardar los fondos y colecciones de sus bibliote-

cas o centros de información. Hay grandes empresas que ofrecen sus servicios “generosamente” sin ocultar ambiciosos planes de negocio con el patrimonio cultural. Aprovechan que este trabajo requiere de muchos recursos y de personal especializado para la producción, catalogación y archivo de los objetos digitales. Sin duda, se trata de una tarea de primer orden para la salvaguarda de conocimientos como bienes comunes y públicos.

Como parte de la problemática, las editoriales universitarias han sufrido políticas degradantes frente a las llamadas “editoriales de prestigio”. Lejos de invertir en mejorar la calidad de los libros universitarios en formato físico y electrónico, se han trasferido grandes recursos a casas editoriales que añaden valor por su “acumulación de prestigio” a partir del mayor conocimiento de la lógica del mercado y su control de los circuitos nacionales e internacionales de distribución y venta. Entonces, las otrora prestigiosas editoriales universitarias quedaron subordinadas a la industria, restringiéndose hasta sus derechos sobre el conocimiento publicado y su agencia para circular socialmente sus productos, en aras del posicionamiento en manos de terceros con un saber hacer del negocio. Revertir esta situación exige reconocer el papel fundamental de las editoriales universitarias y sus compromisos con la calidad académica y editorial, la promoción de la cultura y la accesibilidad de los conocimientos.

También, la lógica del negocio editorial basada en la ganancia y la reproducción de grandes circuitos (inter)nacionales ha limitado, y hasta sustraído del mercado, a las pequeñas y medianas empresas editoriales con producciones pertinentes y necesarias para contextos locales, con precios más competitivos, con derramas en las economías locales y con acceso directo a circuitos de distribución más cercanos a los lectores. No cabe duda de que la producción editorial y el nivel de lectura son indicadores de desarrollo cultural, así como de diferenciación clasista, distinción social, buen gusto o autoridad. Por un lado, hablan de agencias sociales de promoción de las culturas y, por otro, de indicadores de producción, venta y consumo traducidos en ingresos

económicos e incidencia en los debates públicos, aumento del conocimiento y enriquecimiento de la reflexión colectiva sobre nuestros problemas cotidianos. Empero, la producción de conocimientos y la socialización de estos allí donde son necesarios, en sus contextos de pertinencia, son fundamentales.

No basta con organizar ferias del libro para sacar fotos de pose y firmar contratos comerciales. Las ferias tienen una importancia extraordinaria para la socialización de obras e ideas entre comunidades de lectores reales y potenciales. También son, no lo olvidemos, el espacio por excelencia para reconocer y estimular el desarrollo de las artes gráficas, porque editores, diseñadores, autores, gestores, bibliotecarios y públicos se encuentran para discutir el funcionamiento de la industria editorial y las dinámicas culturales de la sociedad, donde el libro se realiza como producto artístico-mercantil. Y esto es solo posible participando activamente de la gran conversación pública en la que se debaten ideas y se amplían los conocimientos sobre todos los temas de interés colectivo. De esta manera, las ferias, como las bibliotecas y los repositorios, tienen que ser centros neurálgicos de la actividad intelectual en los circuitos locales y regionales.

Embodegar es un arbitrio político-cultural, una manera de censurar, de condenar las ideas al ostracismo. El libro no existe si no llega a las librerías, bibliotecas y repositorios. El libro se enmohece si es condenado por el mercado y no se vende. Mientras, el libro percibido con antivalores o contenidos peligrosos es sentenciado a las catacumbas y, aún peor, a la pira como en los tiempos de la inquisición, las dictaduras militares o los regímenes totalitarios. Así las cosas, las formas del control cultural tienen varios derroteros. Hay publicaciones embodegadas previa censura, que algunos preferirían haber enterrado o quemado porque terminan circulando subrepticamente y ampliando su valor simbólico y monetario, al ser consumidas de forma crítica por circuitos de una capilaridad sorprendente. Los mismos autores, como colportores, trapicheamos con obras propias y ajenas, incluso con riesgos para la salud, a fin de obsequiarlas, hacer trueques o venderlas.

Los académicos tenemos parte de responsabilidad en este asunto. Durante años nos hemos centrado en la acumulación de prestigio y de posiciones privilegiadas sobre la base del productivismo tan bien ponderado en las evaluaciones del desempeño y, a veces, bien pagado. Nos encanta producir para publicar, para no perecer, para satisfacer la curiosidad intelectual y apuntalar nuestras carreras académicas. Nos apasiona acumular libros para leer, obsequiar o intercambiar, para tener a mano en caso de consultas al preparar clases, citar o desarrollar una idea y, con mayor o menor celo, para compartirlos con nuestro alumnado o con colegas, aunque a veces no retornen. En general, somos grandes compradores de libros en formato físico para atesorarlos en nuestras bibliotecas particulares hasta donde los recursos y las deudas nos lo permiten y, también, el espacio y la higiene, que tarde o temprano son problemas. Muchos y muchas acumulamos de forma obsesiva libros que no tendremos tiempo de leer ni después de nuestras jubilaciones si llegaran a concretarse. Como parte de nuestro *ethos* intelectual y de nuestras identidades profesionales, adoptamos una bibliomanía incontrolable; así participamos de una acumulación del conocimiento por el conocimiento y, en parte, terminamos siendo cómplices de la lógica del “conocimiento ostentoso” o del “conocimiento florero”, como diría Eduardo Restrepo.⁴¹

Atesorar o acumular con mayor o menor compulsión no siempre se ha ligado a un compromiso mayor con la suerte social de nuestras ideas más allá del número de citas bibliográficas certificadas por las “industrias del prestigio”,⁴² es decir, con su circulación social, apropiación o penetración en el conocimiento público. Por eso se nos demanda

⁴¹ Eduardo Restrepo, *Antropología y estudios culturales. Disputas y consecuencias desde la periferia* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2012), 157.

⁴² Fernanda Beigel, “Las relaciones de poder en la ciencia mundial. Un anti-ranking para conocer la ciencia producida en la periferia”, *Nueva Sociedad*, núm. 274 (marzo-abril de 2018), 13-28. Fernanda Beigel, “Científicos periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes institucionales y circuitos de consagración en Argentina: las publicaciones de los investigadores del CONICET”, *Dados*, vol. 60, núm. 3 (2017), 825-865. <https://doi.org/10.1590/001152582017136>

cada vez más comprometer nuestro trabajo y nuestros conocimientos como herramientas para la innovación y la transformación, al servicio de sociedades de conocimiento más plurales y democráticas. No se trata de dejar de comprar libros, ni de parar de venderlos a precios racionales y reconociendo dignamente a quienes los produjeron; tampoco de abandonar la publicación en los circuitos dorados de la ciencia que alimentan nuestros narcisismos. Se trata de ocuparnos de dar a conocer las ideas y los resultados en circuitos abiertos para todo tipo de públicos en los contextos locales y regionales, de asegurarnos de que nuestros trabajos estén incluidos en los repositorios digitales de las instituciones públicas, de participar en otras cadenas de valorización y uso de los conocimientos escritos, orales y visuales. Solo así podríamos dialogar con otros conocimientos que son fruto de distintas prácticas epistémicas con sus propios criterios de legitimidad cultural, reconocer efectivamente el pluralismo cultural y participar de interacciones conversacionales con otros agentes sociales para reflexionar sobre sus problemas prácticos y sus demandas públicas.

El embodegamiento arbitrario de la producción intelectual no es un problema del pasado. Hasta los archivos digitales tienen límites de capacidad con sus propias unidades de medida. Por ello, como hemos subrayado antes, es un gran negocio la venta de discos duros o de espacios en la nube para atesorar la producción que conforma el patrimonio individual, institucional y de la humanidad. También da mucho rédito administrar el acceso a ese conocimiento, cobrar por ello o registrarlo como propio en la lógica digital, siendo un artefacto cultural producido por las artes de muchos otros con recursos públicos. Tampoco se pueden cerrar los ojos ante la obsolescencia programada, con sus consecuentes borrados de memoria y la acumulación de basura electrónica y digital. La fragilidad del conocimiento es un problema muy serio que remite tanto a su conservación, como al acceso y a la apropiación de este. Por ejemplo, pensemos cómo el más común de nuestros formatos de almacenamiento para documentos digitales, el famoso *portable document format* (PDF), pronto perderá actualidad y

será obsoleto, por lo que el patrimonio acumulado deberá comenzar a convertirse a lenguajes interoperables. Están cambiando las formas de conservación del conocimiento, de su circulación, apropiación y capitalización, lo cual profundiza más las enormes desigualdades sociales, ensancha las brechas de género y generacionales y acentúa las asimetrías regionales entre los nortes y los sures, así como sus relaciones de dependencia cultural, económica y política. O nos ponemos a la altura del reto cultural y político de la sociedad de los conocimientos, o nos darán el avión.

Academia y responsabilidad

La intemperie social y la precarización del trabajo académico*

La intemperie y la precariedad

LOS CAMBIOS EN LAS políticas educativas, de ciencia y tecnología durante los últimos treinta años en América Latina han modulado distintivamente las condiciones de producción, circulación y apropiación social de conocimientos. La configuración de un marco histórico cultural como el neoliberal tuvo alcances profundos en la construcción de conocimientos públicos y en los propios marcos epistemológicos y ontológicos de las ciencias y de todos los saberes. Las lógicas dominantes en las relaciones sociales redefinieron la realidad de la ciencia, reorientaron los sentidos de sus discursos, operaciones y relaciones prácticas, constriñeron las dinámicas de sus procesos institucionales, actualizaron las identidades profesionales y, también, cimbraron a los actores académicos que constataron grados crecientes de precariedad y vulnerabilidad en sus condiciones de trabajo, en sus condicionantes sociales como científicos, profesores e investigadores, y en sus propias situaciones de vida. Se ha sido testigo de una época de giros graduales hacia un modelo de mayor competitividad que aceleró los procesos de

* Publicado originalmente con el subtítulo "Sobre alteraciones radicales y configuraciones críticas en la academia", en *Academias asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización*, ed. Alain Basail Rodríguez, 169-246 (Buenos Aires-Tuxtla Gutiérrez: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2019). <http://repositorio.cesmecha.mx/handle/11595/993>

liberalización económica, marcó las lógicas de los vínculos en todos los campos socioculturales con el individualismo y la extrema desigualdad e, incluso, reconstruyó la subjetividad del sujeto de estos cambios. Esos signos, procesos, lógicas de relaciones y nuevas subjetividades neoliberales se han expresado con distintos matices en todos los espacios académicos en cada uno de nuestros distintos países y subregiones.

Sin duda, estas afirmaciones categóricas respecto a la situación actual de las condiciones académicas suponen una esquematización con fines descriptivos, explicativos y analíticos de la muy controversial pluralidad constatable a nuestro alrededor. Se trata de un ejercicio que debe partir de reconocer la falta de sistematización de amplias referencias empíricas y de profundización en discusiones teóricas, porque más bien se sitúa, con modestia, en la articulación de distintas experiencias individuales, colectivas e institucionales. De entrada, se reconoce un sesgo de disponibilidad al partir de información cercana para establecer tendencias generales, es decir, se apoya en un *background* de vivencias personales en el marco del sistema académico-científico mexicano que, como sabemos, a pesar de sus especificidades no es tan discordante de otros en nuestra región y en otras latitudes. A riesgo de reducir la complejidad del panorama regional perdiendo la riqueza de las distintas prácticas, de los casos específicos y la complejidad de sus derivas particulares, se puede constatar una realidad común, un grupo de problemas de los que aún no somos plenamente conscientes relacionados con el trabajo académico, así como con las reglas, normas y prácticas que lo han situado en una tensión permanente. Se trata de un sustrato normativo poco visible o invisibilizado que fue naturalizado de manera progresiva como un imperativo moral y traducido en la materialidad asociada a lo científico o lo académico en distintos aspectos y ámbitos institucionales.

Las políticas neoliberales definieron un cuadro general de intemperie social. Todos los actores sociales fueron quedando progresivamente a la intemperie, es decir, en entornos o ambientes sometidos a las variaciones del tiempo, a merced de sus inclemencias, sin protecciones

ni contenciones. La retirada del Estado del rol de proveedor principal de bienes y servicios, su secuestro o cooptación por las élites a favor del mercado, acentuó condiciones de “piso irregular” o desigualdad. En el campo de las ciencias y las humanidades ese encuadre general adquirió características que pueden continuar trazándose con pinceladas gruesas al señalar la formalización de la competencia a nivel institucional y personal, la preponderancia de las trayectorias académicas individuales en ascenso continuo, la mercantilización de los procesos educativos, investigativos y de comunicación científica, y las restricciones para acceder a recursos públicos, cada vez más escasos, regulados y focalizados en la investigación aplicada en detrimento de la investigación básica, social y humanística. Empero, este es apenas un boceto o guía preliminar de la radicalidad de las lógicas dominantes de los procesos sociales sobre los que buscamos reflexionar.

Entre las cuestiones más graves destaca cómo la reproducción de las culturas académicas ha estado en jaque toda vez que las claves de su sostenibilidad fueron puestas en riesgo. Unas relaciones verticales, impuestas a partir de decisiones burocráticas sobre el “orden deseado” de las ciencias, se han contrapuesto a las relaciones horizontales basadas en la deliberación de las comunidades científicas sobre sus necesidades y las prioridades de las agendas de investigación, los discursos y prácticas de solidaridad intelectual, los planes de trabajo y la suerte social de los resultados o productos de investigación. La verticalidad que prioriza el resultado utilitario, de carácter individual, redituable económicamente de manera directa o indirecta y acreditable según parámetros de evaluación de exogeneidad sospechosa, ha colocado contra las cuerdas y prácticamente propinado contundentes *knockouts* a las relaciones de apoyo, generosidad y cooperación inter e intrageneracionales, entre géneros, instituciones y regiones. Asimismo, la capacidad creativa y la originalidad se sometieron a los cánones de la ciencia dominante con su respectivo paradigma científico y a sus circuitos de comunicación y capitalización mundial. Las propias instituciones, construidas tras encomiables esfuerzos colectivos, se expusieron a discursos extra-

científicos sobre sus “capacidades y competitividades académicas” en función de indicadores considerados por *rankings* de prestigio y valor en el mercado, mientras sus propias dinámicas académicas se fueron debilitando y sus otrora fortalezas se sometieron a la medición de los “factores de éxito por resultados”.

El campo de las ciencias sociales se ha estremecido con varias constataciones, a saber: cambiaron los principios de definición de las formas de ser, estar, saber, sentir y actuar en el campo científico o, al menos, se actualizaron con radicalidad algunas definiciones del mapa cultural de las ciencias en un sentido no deseado o con consecuencias no esperadas. Como Clifford Geertz advirtiera desde que las reconfiguraciones emergían, se trata de alteraciones radicales de los principios que organizan las lógicas del trabajo académico y los modos en que pensamos sobre las formas en que pensamos y realizamos nuestro trabajo académico e intelectual.¹ Las alteraciones se han expresado, más que en desplazamientos, en una acumulación de precariedades académicas, de la misma manera que toda la sociedad fue quedando a la intemperie con los recortes a la vida pública y fue desconectada de las agendas y las prácticas de las ciencias. Ambas, sociedad y ciencia, experimentaron similar deriva histórica hacia la intemperie social con el desmontaje de las estructuras de protección o contención, la reducción al mínimo de las garantías para la reproducción de la vida y la instrumentalización de los oficios y profesiones en función de beneficios redituables en los circuitos de valor mercantil y en otros igual de disciplinantes.

Todavía no se ha alcanzado la suficiente comprensión de los arrastres de la “ciencia de *mainstream*” en la reconfiguración de las reglas de trabajo, los modos de pensar, el pensamiento y los estándares del quehacer académico. De hecho, ha primado la queja o el desahogo a manera de catarsis por la sobrecarga burocrática y las diversas expresio-

¹ Clifford Geertz, “Géneros confusos: la reconfiguración del pensamiento social”, en *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, 31-49 (Barcelona: Paidós, 1994), 32.

nes de violencias y prácticas de asedio que han cancerado el quehacer académico. De ahí la necesidad de un trabajo reflexivo, dialógico y de naturaleza colectiva sobre los límites de la configuración cultural de las ciencias sociales en la actualidad y, en particular, sobre los fenómenos multidimensionales que han modificado el trabajo de las ciencias sociales, como el individualismo, el utilitarismo y la desinstitucionalización. Este ejercicio crítico tiene, como se indicó, tintes narrativos autobiográficos y, por ello, se trata de un mapeo aproximado o deformativo de experiencias esquematizadas, hábitos normalizados y prácticas rutinarias. Como también se dijo, las grandes tendencias tienen alcances diferenciados e impactos desiguales en distintas escalas y ámbitos, por lo que se constata una gran variabilidad de esas consecuencias según se trate de universidades o instituciones de investigación o formación públicas o privadas, ubicadas en los centros de poder o en las periferias de las regiones, países y estados o provincias. Sin duda, las sacudidas han sido diferenciadas, pero con el común resultado de acentuar todo tipo de precariedades y brechas de desigualdad, de manera que ciertas coincidencias y regularidades apuntan hacia tendencias del presente en las que puede advertirse el futuro de las ciencias sociales y las ciencias sociales del futuro, es decir, donde emergen sus retos epistemológicos y sociológicos, sus sentidos históricos.

Para descifrar la relación específica entre la ciencia y el contexto sociohistórico actual puede situarse la discusión a partir de un supuesto general, a saber: los procesos históricos de desarrollo en el campo de las ciencias sociales desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX estuvieron marcados por tres etapas distintivas: la profesionalización, la institucionalización y la científicización de las distintas disciplinas,² las cuales se han complementado con la burocratización y la mercantilización en las últimas décadas en un contexto de intensos intercambios regionales e internacionales. Entonces, domina un particular sentido

² Immanuel Wallerstein, coord., *Abrir las ciencias sociales* (México: Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México, 1996).

instrumental de la ciencia, orquestado a través de múltiples mediaciones culturales de agencias administrativas, con sus especialistas, expertos o burócratas, que gestionan la creciente complejidad de las relaciones de dependencia entre las ciencias y el mercado, el Estado y la sociedad. Los marcos institucionales de regulaciones y disposiciones se han conformado mediante políticas científicas y educativas con tendencias aparentemente discontinuas y lógicas subrepticamente complementarias y determinantes en distintos niveles de articulación. Tales políticas modulan la convergencia hacia la estandarización, y remiten a las lógicas dominantes de las ciencias naturales, a medidas productivistas, y a criterios de eficiencia y eficacia traducidos en indicadores de impacto reñidos con la calidad, la creatividad y la originalidad. También remiten a la mercantilización de las relaciones ante el estancamiento o los recortes de los recursos públicos y a la afirmación del valor monetario de los servicios educativos, investigativos o comunicacionales expresados en cuotas de colegiatura e inscripción, a la oferta de programas educativos altamente redituables en términos económicos y a la venta de servicios de evaluación, capacitación o consultoría; en este sentido, la sostenibilidad económica se rige por ingresos y egresos monetarios al ponerse precio al conocimiento como mercancía objeto de transacciones de compra y venta, es decir, de procesos de apropiación privada sin cuestionamientos sobre su pertinencia social y valor público. Las interconexiones entre lógicas globales y subjetividades individuales definidoras de lo social en esta tardomodernidad se han expresado con el desarrollo de las ciencias neoliberales. Asimismo, las ciencias han sido, en términos foucaultianos, parte activa de la gubernamentalidad neoliberal.³

³ Michael Foucault, *Defender la sociedad. Curso en el College de France (1975-1976)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2000); *La hermenéutica del sujeto. Curso en el College de France (1981-1982)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002); *El poder psiquiátrico. Curso en el College de France (1973-1974)*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2005); *Seguridad, territorio, población. Curso en el College de France (1977-1978)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006); *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el College de France (1978-1979)* (México: Fondo

Como consecuencia de las orientaciones extracientíficas de las políticas públicas en los campos que aquí interesan, ha devenido un proceso de reordenamiento institucional. Una nueva institucionalidad académica expresada en la debilidad de los marcos normativos para dar certeza jurídica a procesos burocrático-académicos que cada vez más han quedado sometidos a arbitrios discrecionales y autoritarios de una pasmosa verticalidad, a la restricción de posibilidades y al condicionamiento de decisiones, así como a la fragmentación o atomización con el aumento de la conflictividad interna por el ejercicio de derechos y deberes, al acceso diferenciado o privilegiado a bienes, servicios, elementos o recursos, y a desiguales retribuciones y “participaciones” durante las tomas de decisiones en la red de producción y trasmisión de conocimientos. La nueva institucionalidad de las ciencias y, en particular, de las ciencias sociales muestra su performatividad emergente. Los tradicionales ámbitos institucionales de producción de conocimientos han realineado sus misiones, visiones, principios y valores organizacionales según mapas de intereses y líneas políticas *ad hoc*. Como otras agencias administrativas de la sociedad, las instituciones universitarias, los centros de investigación públicos y privados o las organizaciones no gubernamentales han sido transformados a través de mecanismos disciplinarios y procesos institucionales de control y regulación que remiten a combinaciones de las relaciones entre conocimiento y poder.

Así, por ejemplo, la crisis de las universidades públicas se ha expresado en crisis financieras y presupuestales, devaluación de sus patrimonios, mal uso de recursos y endeudamiento público. También, en su pérdida de legitimidad cultural y de centralidad social al alterarse las relaciones entre universidad y Estado y entre universidad y sociedad, al desmovilizarla como actor crucial en los conflictos sociales y en la expresión de los movimientos sociales y reducirla a los rupestres códigos de las rivalidades políticas entre grupos de poder dentro y fuera de

de Cultura Económica, 2007); *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el College de France (1982-1983)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2009).

la academia. La valoración social negativa de algunas instituciones de educación superior ha respondido a juegos de intereses, a luchas por el capital científico individual, grupal o institucional y a relaciones de poder de simetría variable entre todo el conjunto de actores sociales, internos y externos, enrolados en la “empresa” científico-académica. Lejos de las promesas del modelo empresarial del neoliberalismo, se precariza la calidad de la enseñanza, el aprendizaje, la investigación y la comunicación científica.⁴

Así, la ciencia se ha desencantado de sus “mitos instituyentes”, es decir, de su *ethos* fundado en aquellos imperativos normativos resumidos por Robert Merton⁵ como el universalismo de los juicios —contra todos los particularismos—, el carácter público del conocimiento, la no incidencia de intereses personales de los científicos y las sospechas o el escepticismo organizado sobre las afirmaciones. Ese *ethos* compartido junto a convenciones culturales de la ciencia como la “objetividad”, la “neutralidad”, la “universalidad” y la “positividad”, piedras fundantes de las ideologías profesionales y de las identidades disciplinares, fue profundamente cuestionado cuando se evidenciaron tales convenciones como parte de complejas estructuras sociales, de redes de relaciones de poder involucradas en la producción de conocimientos y en la reproducción de la vida. Lo que más ha sorprendido no es la realidad heterónoma del campo científico por su relación con el sistema político, sino la voraz actualización de los complejos mecanismos de sujeción, sometimiento y control de la ciencia con fines inconmensurables, circuitos incontrolables y consecuencias descomunales. Ello ha llegado a tocar hasta el núcleo básico de las relaciones de comunicación o sentido que definen las convenciones epistemológicas sobre las “verdades científicas”.

⁴ Noam Chomsky, “El trabajo académico, el asalto neoliberal a las universidades y cómo debería ser la educación superior”, *Bajo el Volcán*, vol. 13, núm. 21 (2013), 121-134.

⁵ Robert K. Merton, *The sociology of science. Theoretical and empirical investigations* (Chicago: University of Chicago Press, 1973).

La autonomía relativa de la ciencia y de las instituciones de investigación y educación se ha limitado con el sometimiento a relaciones verticales y jerárquicas de fuerzas —gubernamentales, comerciales y burocráticas— e, incluso, de poderes de facto en distintas escalas, de buscadores de fortuna y poder,⁶ que determinan las prioridades según exigencias comerciales y políticas. La injerencia externa se reproduce en el interior de las propias instituciones al limitar la autonomía administrativa y la libertad de decidir sobre qué, cómo y cuándo investigar o impartir determinados conocimientos, por lo que los productos son condicionados decisivamente por dinámicas autoritarias. Esta cooptación de la vida de los científicos se manifiesta tanto en coacciones más o menos sutiles a sus libertades de investigación, cátedra y pensamiento, como en la precarización de sus propias condiciones laborales y de posibilidad, en los límites de sus praxis —en la infraestructura, los equipamientos, los inventarios y recursos—, en los regresivos regímenes laborales de contratación, en los recortes y condicionamientos para cumplir normativas formales e informales, y en las exigencias de prestar servicios sin contraprestaciones o reduciéndolas al mínimo. Así se ha trabado una dimensión performativa del sentido de ser científico, de “ser profesional virtuoso” a “ser productivo funcional”, de la ciencia en la sociedad actual y de las prioridades de la investigación, la formación y la reflexión social y política.

Entre los ejemplos más radicales de precariedad pueden citarse situaciones lamentables como las que padecen: profesores de asignatura o temporalmente contratados por hora/clase con pésimas retribuciones, que constituyen en la mayoría de las universidades más de las tres cuartas partes de sus plantillas, para reducir los “costos por estudiante”;⁷ profesores-investigadores que ocupan puestos para

⁶ Andrés Fábregas Puig, *Marcos institucionales de la antropología en Chiapas a finales del segundo milenio* (Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 2015).

⁷ Chomsky, “El trabajo académico...”.

diferentes carreras y programas de posgrado, quienes a la vez gestionan las solicitudes y comprobaciones de presupuestos para todo tipo de insumos y gastos cotidianos bajo sospechas de hurto o derroche, y catedráticos como los comisionados temporalmente a otras instituciones por un órgano como el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) en México para fortalecer programas de investigación y formación, escindiendo el vínculo contractual del laboral —subcontratación laboral—, afianzando regímenes de parametrización productivistas, cimbrando las culturas académicas locales con relaciones de competencia desigual, subordinación y jerarquización y, en algunos casos, distorsionando los procesos de socialización académica entre distintas generaciones de investigadores.⁸

De esta manera, los marcos institucionales adoptaron formas tecnocráticas y gerenciales de administración y organización, de carácter pragmático y coyuntural, que reforzaron la fragmentación y la competencia e inhabilitaron la creación, la innovación y la socialización académica hasta reducirla a rituales celebratorios, performativos o *happiness*. Se advierte cómo se configuró la intemperie a través de tecnologías específicas desplegadas para disciplinar y performativizar en un sentido histórico la agencia de las ciencias, de las disciplinas científicas, de los científicos y científicas y, en particular, de las ciencias sociales. Este trasfondo histórico de los complejos vínculos de la investigación y la enseñanza con el Estado, el mercado y la sociedad que constituyen los conocimientos científicos y públicos, define las posibilidades y los límites históricos que dominan hoy, sin llegar a ser absolutos porque remiten a encadenamientos cambiantes. Es necesario insistir en una pregunta: ¿cómo la actual configuración sociohistórica modula las alteraciones en las dinámicas de la ciencia que movilizan y dirigen la actividad de los diferentes elementos, definen el lugar de

⁸ Oyuki Arce Miyaki, *Cátedras CONACYT: ¿Precariedad laboral o nuevas formas de contratación?* (Tesis de Maestría en Estudios de Población, El Colegio de la Frontera Norte, 2016).

los científicos o sujetos del conocimiento y constituyen las formas del conocimiento y sus reconocimientos?

Razón neoliberal, capitalismo académico y políticas condicionadas

La ciencia neoliberal es ciencia comercial, ciencia mercantil, ciencia corporativa o ciencia contractual.⁹ Opera a través de un orden jurídico que introduce regulaciones, sesgos, restricciones, delimitaciones, reservas y determinaciones a la producción y circulación de resultados científicos hasta desdoblarlos en mercancías con valor de cambio en el mercado que arrojen ganancias patrimonializables. Se trata de términos draconianos de regulación de la agencia científica en un sentido, el del llamado “capitalismo cognitivo o académico”,¹⁰ que transforma el “descubrimiento” científico en una “invención” llamada a ser “patentada” como objeto de derechos exclusivos del capital corporativo y tratada como una “manufactura” más. El sometimiento del conocimiento a un régimen de propiedad intelectual como derecho privado se inició con el patrocinio de las investigaciones promovidas por universidades y corporaciones para asegurar sus intereses económicos. En esa lógica mercantil, los conocimientos nuevos, innovadores y aplicables, aun cuando sean producto de investigaciones financiadas con recursos públicos, se convierten en patentes y productos comerciales que aseguran la alta rentabilidad económica de, por ejemplo, negocios agroindustriales, biotecnológicos, farmacéuticos o energéticos.

La ciencia neoliberal se vincula de forma subordinada con el mercado y se constituye en relaciones de dependencia y supeditación a

⁹ Edgardo Lander, “La ciencia neoliberal”, en *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, coord. A. E. Ceceña, 45-94 (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2006).

¹⁰ Sheldon Krinsky, *Science and the private interest. Has the lure of profits corrupted biomedical research?* (Lanham: Rowman & Littlefield Publisher, 2003).

lógicas extracientíficas, que enfocan a estas ciencias lejos de temas y aportes suficientes para afrontar los problemas humanos trascendentales, de los que terminan tan aisladas como de la posibilidad de controles externos o regulaciones públicas. En otras palabras, la “patentabilidad” ganó terreno frente a la “publicabilidad”.¹¹ Décadas atrás, estas relaciones de sujeción de la ciencia al mercado se expresaron en las relaciones con el Estado, las cuales llevaron a lo que en su momento Fernando Castañeda, refiriéndose a las ciencias sociales en México, llamó “la crisis de la sociología académica”.¹² Sin embargo, la dependencia ambivalente de las ciencias tanto del Estado como del mercado continúa al corriente con una sorprendente radicalidad.

Las políticas que neoliberalizaron las ciencias y las instituciones científicas y educativas han estado dominadas por criterios extracientíficos y extraacadémicos. Han fungido como políticas de condicionamiento de transferencias, apoyos, bonos o reconocimientos. En particular, han dominado los criterios economicistas operados en nombre de la productividad y de la trinidad eficiencia (costo/beneficio), eficacia (esfuerzo/resultado) y efectividad (resultados/tiempo/recursos). Los criterios científicos han quedado subordinados a esa lógica, y las ciencias sociales y las humanidades han sido arrastradas por corrientes de desarrollo individualistas y utilitaristas que soslayan sus especificidades y la historicidad de los problemas sociales y políticos, así como las necesidades de las comunidades académicas. Un ejemplo de estas políticas en México ha sido bien analizado por el sociólogo Manuel Gil Antón, quien advierte cómo el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), un programa emblemático del CONACyT desde 1984, al tiempo que estableció el reconocimiento de la calidad y el prestigio a través de evaluaciones cuantitativas revisadas por pares, inauguró un

¹¹ Mónica Lozano, “El nuevo contrato social sobre la ciencia: retos para la comunicación de la ciencia en América Latina”, *Razón y Palabra*, núm. 65 (2013), 1-10.

¹² Fernando Castañeda, *La crisis de la sociología académica en México* (México: Universidad Nacional Autónoma de México / Porrúa, 2004).

sistema de transferencias monetarias condicionadas que sacó parte de la remuneración salarial de la lógica de los contratos laborales para transferirla hacia “bonos de productividad”.¹³ Los profesores e investigadores miembros del SNI reciben tanto recursos extraordinarios vía “bonos monetarios”, como “bonos de prestigio” que jerarquizan la pertenencia a ese sistema, reforzando la lógica individualizada de las carreras académicas, la segmentación del gremio y la flexibilización laboral/salarial.¹⁴ Esta escisión entre contratos laborales y percepciones salariales exhibe la lógica de operación de otros muchos programas de apoyo a los académicos, a la investigación o a la profesionalización de las carreras docentes, que a su vez muestran resultados ambivalentes. Por un lado, complementan los ingresos reales en todos los contextos, sustraen de las lógicas burocráticas y políticas de las instituciones concretas o protegen ante ellas y retienen a un conjunto significativo de académicos en espacios de investigación y formación ubicados en distintas partes del país; mientras, por otro lado, debilitan los compromisos institucionales, desarraigan de las instituciones y la sociedad local y exacerbaban el interés individual.¹⁵

La ciencia, el conocimiento y las instituciones de educación superior fueron subordinadas al mercado por la “razón neoliberal”. Para desplazar sus sentidos sociales y prácticas hasta favorecer la apropiación privada, se introdujeron una serie de mediaciones político-tecnocráticas que reconfiguraron bajo la lógica de la competencia los procesos

¹³ Redacción, “Profunda desigualdad en sueldos de académicos y miembros del SNI”, *La Jornada*, 20 de julio de 2018. <https://www.jornada.com.mx/2018/07/20/politica/005n2pol>. Dirección de Comunicación Social “Difícil, el retiro de académicos por voluntad propia: Manuel Gil Antón”, *Boletines UAM*, núm. 503 (19 de julio de 2018). <http://www.comunicacionsocial.uam.mx/boletinesuam/503-18.html>

¹⁴ Mario Rueda Beltrán, Imanol Ordorika, Manuel Gil y Roberto Rodríguez, “Reforma educativa y evaluación docente: el debate”, *Perfiles Educativos*, vol. 38, núm. 151 (2016), 190-206.

¹⁵ Graciela Bensusán y Giovanna Valenti, coord., *La evaluación de los académicos. Instituciones y Sistema Nacional de Investigadores, aciertos y controversias* (México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales / Universidad Autónoma Metropolitana, 2018).

de formación, investigación y comunicación científica, y actualizaron las convenciones culturales que los sustentaban.

Los recortes de recursos públicos destinados a la educación y a las ciencias, y en particular a las ciencias sociales y las humanidades, han sacrificado los programas de investigación, formación y divulgación del conocimiento, las artes y la cultura en general. A ello se suman las restricciones para acceder a los financiamientos públicos de manera ordinaria, regular o sistemática e, incluso, de forma extraordinaria, irregular o variable. La “falla del sistema” en términos presupuestales estableció “el déficit” o “la escasez”, que se complementó intencional o simuladamente con las ideologías de la sustentabilidad y de la austeridad económica para introducir la lógica de la eficiencia y la eficacia —con nula, poca o dudosa transparencia—, la captación de recursos por concursos, la oferta de servicios y la reducción de costos o “gastos” de operación, así como para encubrir la corrupción y el desvío de recursos con fines políticos. El argumento de la carencia de recursos ha obligado, por una parte, a la participación en convocatorias cerradas o publicadas como vía para conseguir dinero, acervos y medios complementarios para la investigación, la docencia y la divulgación, y, por otra parte, a suplir las privaciones con los propios recursos, medios, ingresos o servicios personales y familiares, y a realizar un sobreesfuerzo individual o colectivo para poder desarrollar vocaciones como muestra del compromiso profesional, las apuestas éticas y la responsabilidad social de las comunidades científicas. Por tanto, la gestión de proyectos ha sido desgastante y ha supuesto inversiones personales, al aportar los investigadores recursos del propio bolsillo para honrar los compromisos con colegas o procesos fiscales, para cumplir metas académicas y para asegurar el desarrollo de actividades según los cronogramas previstos; también, cuando ha sido necesario, han cumplido roles de otros especialistas como choferes, mecánicos, técnicos de mantenimiento, intendentes, asistentes o bedeles, entre otros.

Las convenciones culturales de la ciencia fueron reconfiguradas con la puesta en operación de programas o mecanismos que modularon

los principios de las relaciones institucionales, de los profesores-investigadores y de estos con las realidades investigadas, incluyendo las realidades sociales. Los dispositivos para las evaluaciones de los resultados tienen su correlato en algunas formas de recompensa a las carreras para elevar el nivel de la investigación y los grados de formación, así como para aumentar la productividad o el rendimiento, la excelencia y la calidad. La rectoría científica se subordinó a la evaluación académica según las líneas políticas de organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Mundial (BM). Las políticas se adecuaron a criterios burocráticos, gerenciales y empresariales regidos por el principio de la utilidad, es decir, por el utilitarismo como la forma dominante por la que las ciencias han sido normalizadas. Las improntas de estas orientaciones gerenciales atadas al imperativo de “servir para algo” se constatan en todas las facetas de la vida académica, en el ordenamiento institucional asociado con el acceso a recursos económicos, promociones, incentivos o estímulos e, incluso, en la proyección política de la ciencia.

Las evaluaciones para medir la “calidad” de la educación fueron el dispositivo utilizado por las políticas neoliberales para condicionar los apoyos económicos a los programas académicos de las instituciones educativas. Para alcanzar buenos resultados en dichas evaluaciones se fueron aceptando condiciones políticas y paquetes de acciones que promovían la estandarización según los arbitrios de los mencionados organismos multilaterales. De este modo se estrechó la estrategia institucional para el desarrollo académico, se redujeron los proyectos propios y se subestimaron los mecanismos internos de rendición de cuentas en aras de los códigos predefinidos de los proyectos evaluables para participar en concursos de fondos. Las políticas públicas operaron el condicionamiento de la vida institucional en nombre de la competitividad y el desarrollo de las capacidades académicas medidas en series estadísticas comparables. Simultáneamente, se concretó una relativización de la legitimidad social de las universidades públicas, al

ser sometidas a una agenda política enfocada en su descrédito y en el desprestigio de su espíritu original.¹⁶ Las nuevas formas de financiación institucional sobre la ciencia, la educación y las configuraciones de la actividad académica, los ajustes administrativos internos con “escalas empresariales” y el enfoque prioritario hacia el mercado, han tenido consecuencias graves. Han puesto en peligro la viabilidad económica de las “empresas académicas” y han intensificado la competencia con el aumento de la conflictividad asociada entre profesores, investigadores, administrativos, áreas o unidades académicas, instituciones y dependencias de gobierno.

En particular, las universidades han sido puestas al servicio del modelo económico vigente y “ajustadas” para su funcionalización económica. La inversión pública en educación se redujo aludiendo a las ineficiencias del sistema público, evidenciadas en los elevados gastos por alumno, lo que estimuló la lógica del autofinanciamiento al priorizar la mercantilización de los servicios y elevar los costos de las matrículas, de las colegiaturas y de otros servicios educativos.¹⁷ La política de déficit o de carencia de recursos incentivó la competencia entre las instituciones al someterlas a carreras por la competitividad a partir de mayores y mejores capacidades que incentivaron la rivalidad entre las mismas, así como entre los trabajadores por incentivos y recursos (extra)ordinarios. A la postre, el crecimiento de los principales indicadores se operó con la acumulación de deudas y de tramas de relaciones de dependencia en opacidades por la falta de transparencia, de reglas claras y de procedimientos desburocratizados.

Ese crecimiento continuo de resultados ponderados con indicadores cuantitativos, que se refrendaban en evaluaciones externas, daba

¹⁶ Boaventura de Sousa Santos, *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad* (La Habana: Casa de las Américas, 2006).

¹⁷ Denise Leite *et al.*, *Políticas de evaluación universitaria en América Latina: perspectivas críticas* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2012).

cuenta del éxito de las políticas y los programas dominantes. Este éxito se reforzaba a sí mismo con el otorgamiento de presupuestos anuales a las instituciones de educación superior. La lógica del premio o el castigo a través de recursos económicos tuvo muchas consecuencias. Además de acentuar las desigualdades entre instituciones y distintas áreas de estas y de alejarse de las lógicas estratégicas de los presupuestos multianuales, se presionó gradualmente hacia el utilitarismo de las actividades sustantivas, de los servicios educativos, culturales y de investigación, al elevarse los precios de las matrículas, las inscripciones y el acceso, lo que contribuyó a dar un giro elitista a la educación, alejó a los sectores populares del sueño de la movilidad social y obligó a las clases medias a invertir aún más en la educación de sus hijos. El encarecimiento de los estudios y la burocratización de los sistemas de becas, apoyos y seguimiento de los estudiantes para asegurar la permanencia contribuyeron a reproducir privilegios de clase sobre lógicas meritocráticas, mientras catapultaban la deserción escolar. La educación pública fue desatendida por el Estado y las universidades se fueron elitizando y corporativizando, tanto como el derecho a la educación superior se fue erosionando. Al mismo tiempo, el sistema de educación privada creció en cuanto al número de instituciones y de estudiantes en programas fundamentalmente de pregrado.

La competitividad, la comparabilidad y la productividad devinieron en tres capacidades centrales para evidenciar las tres grandes metas a alcanzar según las políticas científicas y educativas, a saber: la “eficacia”, la “eficiencia” y la “efectividad”. Las políticas científicas fueron modelando las ciencias a partir de la hegemonía de una evaluación basada en métricas objetivas de la productividad científica que puso en práctica el reconocimiento individual sobre el colectivo, priorizó la publicación de artículos en revistas indexadas, algunas depredadoras, a las que el autor y los lectores deben pagar, el uso del idioma inglés, la producción especializada y la publicación de resultados en tiempos muy cortos bajo la presión de rendir cuentas o someterse a evaluaciones. Así ha devenido una especie de ciencia *on time*, al vapor o exprés,

que encuadró los regímenes de producción y comunicación científica por las derivas de los circuitos de las publicaciones elitistas —si no son indexadas y con factor de impacto no valen ni cuentan en las métricas de publicación— y redujo las redes de la comunicación social de la ciencia. La publicación comercial se fue volviendo dominante a partir de la Segunda Guerra Mundial, mientras que la bibliometría ganó espacios en la cultura científica y se utilizó para incentivar las relaciones de competencia entre las revistas, las instituciones y los académicos.

El gerencialismo educativo promovió un programa de organización y administración de las instituciones educativas orientado por el mercado —sobre todo por uno de sus valores, la calidad—, exigió el productivismo e instituyó modalidades de evaluación tecnocráticas, normativistas y cuantitativas para fortalecer el control de los procesos educativos, de los docentes y de los estudiantes. Como consecuencia, se uniformaron el pensamiento universitario, la praxis pedagógica y la diversidad cultural, se cooptaron sus talentos imaginativos, autónomos, innovadores y creativos, y se normalizó un discurso aparentemente neutral sobre formas de trabajo centradas unidimensionalmente en el aprendizaje. También, se sofisticaron las formas de clasificación, diferenciación, jerarquización y distinción de los campos educativo e intelectual.

El impacto del programa neoliberal en la conformación estructural de las instituciones se ha expresado en la orientación empresarial de los procesos educativos y en el control de su reproducción socio-cultural. La conformación de un tipo de profesorado y de un tipo de instituciones se ejecutó con un aparente reconocimiento individual de resultados y méritos y con un evidente recelo hacia el potencial intelectual de la labor universitaria. En este sentido, las políticas de evaluación educativa han sido dispositivos centrales para promover modelos institucionales, estilos académicos y culturas universitarias orientadas hacia el alto rendimiento, la optimización de recursos y la maximización de los resultados. El “Estado acreditador”¹⁸ promovió

¹⁸ Facundo Solanas, “El estado acreditador: del caso argentino al MERCOSUR”,

los cambios institucionales siguiendo parámetros y aplicando “recetas” de organismos internacionales que definieron, normalizaron y naturalizaron los estándares de calidad. Entonces, emergieron con fuerza nuevos actores y redes profesionales o interinstitucionales que han acompañado la estandarización de la educación superior a nivel nacional e internacional como agencias acreditadoras o certificadoras que asumen la construcción de indicadores de evaluación institucional y, mediando transacciones económicas, su aplicación a universidades y programas educativos en cualquier parte sin considerar su pertinencia en los contextos concretos ni transparentar el condicionamiento de los servicios de evaluación. También es cierto que en no pocas instituciones las evaluaciones externas sirvieron para transparentar ejercicios de poder y autoridad, contrarrestar tendencias autoritarias y promover culturas de la planificación de programas y proyectos desarrollados con algunos recursos que sirvieron como zanahorias para acompañar y vigilar el desempeño de las universidades; sin embargo, las evaluaciones externas, y a veces esotéricas, no superaron ciertas prácticas de la simulación ni cambiaron las culturas institucionales de la opacidad en cuanto a la rendición pública de cuentas, como tampoco promovieron el compromiso de los profesores e investigadores ni superaron el conformismo al incentivar sus carreras académicas.

Esta serie de cadenas de referencias han definido de manera gradual los círculos viciosos de la vulnerabilidad de las estructuras organizacionales. Las instituciones asumieron sin cuestionar su actualización o flexibilización apelando a la racionalidad económica por encima de todo y anularon, primero, los servicios generales considerados como suntuosos a pesar de constituir los bastidores logísticos del quehacer científico —transporte, correo postal, material docente, de oficina o

en *Políticas de evaluación universitaria en América Latina: perspectivas críticas*, de Denise Leite *et al.*, 99-138 (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2012).

laboratorio, horarios y servicios de bibliotecas y archivos, entre otros—. Emprendieron procesos de reorganización de las estructuras académicas compactándolas o reduciéndolas, despidieron personas, dejaron de contratar otras, precarizaron los contratos laborales vigentes, o crearon espacios *ad hoc* para responder a intereses externos o internos que terminaron por reforzar la fragmentación en capillas o sectas. Para controlar el gasto y acumular información en reportes y comprobaciones bajo el supuesto de transparentar los ejercicios fiscales, se robustecieron las estructuras administrativo-burocráticas con un crecimiento numérico de empleados y un exceso de procesos fiscalizadores sobre la base de la desconfianza y la sospecha. En especial, aumentó la precarización laboral al transferir las cargas y costos de la gestión a la comunidad de profesores e investigadores, que se han visto obligados a dedicar mucho tiempo y esfuerzos en traducir su trabajo a códigos contables y burocrático-administrativos. La transferencia de costos a los salarios de los trabajadores se complementó con la subcontratación de empresas de servicios de limpieza, seguridad, alimentos, transporte y otros ramos, la elevación de los precios de bienes o servicios de proveedores o el cobro de servicios o prestaciones antes gratuitas. La sobrecarga laboral y el traspaso de costos del trabajo entre los principales actores del campo académico tiene dos sentidos: uno vertical, de arriba hacia abajo o de jefes a subordinados, y otro horizontal, de un lado a otro, de una oficina o laboratorio a otro, de trabajador a trabajador. Al final se ha constatado más jerarquización, burocratización, aislacionismo, sobreexplotación laboral y precarización de las condiciones y circunstancias del trabajo académico.

Entre las consecuencias de las políticas neoliberales por más de tres décadas sobresale el debilitamiento de las culturas organizacionales hasta dejar muchas instituciones desfinanciadas, desinstitucionalizadas, burocratizadas y autocráticas. La institucionalidad de la ciencia quedó sumergida en un modelo de mercado estratificado y desigual cuya dinámica se ha intensificado con modelos de gestión empresarial que gradualmente transformaron a las mismas instituciones en

objetos mercantiles de competencia depredadora, en un mercado.¹⁹ Un ejemplo notable sobre el que insistimos es el de las universidades sometidas a exigencias tanto económicas como políticas, a presiones públicas y privadas, hasta vaciarlas de sus preocupaciones humanistas y culturales y sumergirlas en profundas crisis de identidad y pertinencia. Esta situación acentuó las múltiples dimensiones de la desigualdad educativa entre regiones e instituciones, a la vez que amplió la enorme heterogeneidad y la fragmentación tanto en el panorama institucional, como en el interior de las comunidades académicas, que se han visto inmersas en “una profunda crisis institucional”.²⁰

La autonomía de los espacios académicos, sobre todo universitarios, y del trabajo intelectual es cada vez más relativa y confundida con el individualismo y el aislacionismo. Sus estrecheces se manifiestan tanto en los vacíos normativos, la reducción a letra muerta o la laxa interpretación de las normas existentes para justificar excepciones y la erosión de los derechos por la superioridad de los deberes, como en las cada vez menores posibilidades de configurar las comunidades académicas en los propios términos que estas acuerden. La descompensada heteronomía se traduce en dependencias externas de múltiples agencias políticas, financieras, acreditadoras, evaluadoras o certificadoras, así como en dependencias internas de una creciente burocratización justificada para garantizar el control de la calidad y la viabilidad presupuestal a través de la suprarregulación —comprobación del gasto e indicadores productivistas, por ejemplo—, que trasfiere la responsabilidad de la gestión a los investigadores. Esto se hace en nombre de la flexibilidad, el adelgazamiento y la segmentación de las universidades, lo que acentúa la precariedad y la competencia en relaciones de desigualdad que reproducen las brechas entre instituciones,

¹⁹ Santos, *La universidad en el siglo XXI*, 24.

²⁰ Eduardo Bautista, “La desigualdad entre las instituciones de educación superior”, *Página 3*, 27 de febrero de 2019. <https://pagina3.mx/2019/02/la-desigualdad-entre-las-instituciones-de-educacion-superior/>

generaciones, géneros y regiones. Estas correlaciones de fuerza, de concentración y de centralización de poder remarcan el asilamiento individual e institucional, y apartan de ejercicios efectivos y profundos de la capilaridad positiva de las relaciones individuales, institucionales, locales y regionales.

La racionalidad económica ha dominado los asuntos universitarios sobre todos los criterios académicos, políticos y hasta jurídicos. La rentabilidad de los programas y la pertinencia política han desplazado los sentidos universitarios hasta dejar de lado el mejoramiento académico, el desarrollo curricular y la profundización de los programas de investigación, reduciéndolos a ecuaciones muchas veces importadas. De varias maneras se ha participado en la privatización de conocimientos producidos con recursos públicos cuando, por ejemplo, se ha enfatizado la transferencia de resultados de investigaciones e innovaciones tecnológicas al sector privado o se ha priorizado el reconocimiento de dichos resultados en los registros de propiedad intelectual para comercializar las patentes en el mercado. En esta misma lógica de la competitividad y la rentabilidad se encontró la acumulación de habilitaciones, títulos, acreditaciones y certificaciones: la carrera por los méritos y los privilegios. La opacidad de los procesos de burocratización, estandarización y mercantilización ha ahogado potencialidades creadoras al instrumentalizar eficazmente intereses extrauniversitarios y extraacadémicos y al incardinar a grupos corporativos de poder.

Cierta falta de conciencia sobre el deterioro y la degradación de los entramados institucionales que rodean la labor científica y académica se relaciona con las formas en que los ideales de integridad y autonomía, como mitos institucionalizados del *ethos* o espíritu original de la ciencia, fueron dinamitados por el mercado, por la política y, también, por otros saberes o formas de conocimiento. Ello ha evidenciado el carácter social, cultural e histórico de las convenciones de la ciencia. En tal sentido se desplegaron el actual aislamiento, así como las tensiones, conflictos y debates en el campo científico en torno a las buenas o las malas prácticas, la potencia del sistema circulatorio de la ciencia a

partir de publicaciones y eventos científicos, las lógicas de cooptación por intereses extracientíficos, las relaciones de competencia y mercado dominantes, la opacidad de los procesos internos de asignación de recursos o evaluación del desempeño por el “jefe acreditador”, la aplicación discrecional de normatividades cada vez más punitivas y la falta de rendición de cuentas que avergüenzan y colonizan a las comunidades universitarias.

Las carreras por los indicadores de excelencia o la cantidad actualizaron las convenciones culturales sobre los estándares académicos, el trabajo individual y colectivo, las relaciones entre las disciplinas, el reconocimiento social de los resultados de investigación, el compromiso con nuevos proyectos sociales, la responsabilidad cívica y la vinculación con actores, corporaciones, organizaciones, formaciones o grupos. También, actualizaron relaciones internas y externas de la comunidad académica, los umbrales de desconfianza ante procesos opacos o de ética dudosa, y las dinámicas de reciprocidad, solidaridad y colaboración. En el centro de las modificaciones de muchos pilares de la cultura y la socialización académicas han estado el ascenso del individualismo y la competitividad.²¹ De una y otra manera han sido trastocadas las relaciones al regirse por la incomunicación, la autocensura y la jerarquización para acatar y cumplir, normalizar y naturalizar los estándares impuestos. Por ejemplo, esto ha influido en las publicaciones arbitradas en revistas indexadas o editoriales de prestigio, así como en las direcciones de tesis, las evaluaciones externas o foráneas y las dependencias materiales —salarios, premios, estímulos: escasos y regulados—, los derechos sobre ideas y conocimientos como propiedad individual/privada o colectiva/pública, y el reconocimiento de liderazgos y prestigio desde el exterior o de forma extracomunitaria.

Todos estos aspectos constituyen las fuentes de malestares y conflictos, que sustentan una percepción fuerte entre los académicos sobre

²¹ Craig Calhoun y Michel Wieviorka, “Manifiesto por las ciencias sociales”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 58, núm. 217 (2013), 29-60.

el creciente carácter demandante, arduo, riguroso, aislado, riesgoso y parcial de su oficio, es decir, se perciben menos libres, solidarios, seguros, dignificantes y colaborativos. La figura del académico ha devenido abrumada de obligaciones, soledades y abandonos porque debe ser su propio gestor, profesor, investigador, intendente, editor, dictaminador y extensor universitario, es decir, se ha quedado —lo han dejado— solo con el encargo de cumplir todas las funciones otrora acompañadas activamente por las instituciones y por otros profesionales. Sobre profesores e investigadores caen más cargas sociales y laborales, más compromisos y responsabilidades de pertinencia e impacto entendido de distintas maneras. Las comunidades académicas devienen más precarizadas al transferírseles los costos de las condiciones mínimas de trabajo que se necesitan para desarrollar sus prácticas profesionales. Su desempeño es una lidia con las instituciones en condiciones de inseguridad y falta de confianza donde asoman y llegan a predominar arbitrariedades, discrecionalidades y corrupción.

Las condiciones laborales, las circunstancias de trabajo y sus materialidades plagadas de incertidumbre, desconfianza y escasez de bienes y recursos, fuerzan a competir cada vez más agresivamente por todos los medios posibles. El individualismo y el aislamiento terminan por producir agorafobia. Los académicos-profesores se resisten a participar en la vida colegiada, se expresan cada vez menos en público o lo hacen marginalmente en grupos pequeños; frente a los espacios abiertos de participación, se prefieren los ambientes controlados, con límites precisos en sus formatos y tiempos y con agendas predefinidas, como en los experimentos de laboratorio bajo “condiciones de temperatura y presión normales o estándares”. Las culturas organizacionales ajustan las jerarquías con mayor rigidez, reduciendo la participación democrática a las consultas o a la delegación en representantes de órganos colegiados. Al final, el “involucramiento” remite a simulacros de inclusión y a múltiples formas de violencias institucionales. De esta manera, no son pocas las instituciones donde operan una serie de dispositivos políticos-policíacos-judiciales centrados en la obsesión con las normas,

los reglamentos y las reglas con énfasis punitivos que responsabilizan al sujeto universitario de toda falta, mala praxis, eventualidad o conducta cotidiana no deseada y, a veces, lo criminalizan sin presunción de inocencia y sin nadie que lo represente dignamente.

Los cambios en las condiciones laborales y en la cultura del trabajo académico han marcado un endurecimiento de las relaciones de poder intraacadémicas. Por un lado, se definen más en función de posiciones de prestigio y estatus prácticamente estáticas, porque en muchas instituciones las posibilidades de movilidad son limitadísimas o subordinadas al uso discrecional de puestos administrativos para el control de los recursos y de las promociones académicas ante la falta de mecanismos de transparencia, los vacíos normativos o las violaciones de los órdenes jurídicos existentes. La jerarquización de las categorías de académicos en las organizaciones concretas ha estado determinada más por una cultura de la evaluación individual y colectiva, con parámetros externos generalizados por organismos nacionales o internacionales de evaluación de acuerdo con unas políticas públicas homogenizadoras, las cuales no están exentas de determinaciones de género, raza, origen, generacionales y socioespaciales. Además, lo que es más preocupante, estas y otras formas de cooptación de los académicos llaman a la “obediencia”, la “lealtad”, la “fidelidad” y la “amistad” hacia quienes ocupan puestos directivos, así como a una coacción excesiva, con efectos colaterales y daños al fijar una serie de condicionantes de la “afinidad”, la “idoneidad” y la “institucionalidad”, a veces hasta legisladas en cuanto a los roles deseables en las reuniones —aprobar en bloque, por unanimidad, sin cuestionar—, en el aula —apegados a los contenidos establecidos en los programas aprobados— y en la investigación —la captación de recursos y el tratamiento de problemas definidos por otros—, ejerciendo sutil o directamente una intimidación sobre las libertades académicas y el “ser universitario”. Se trata de censuras implícitas y explícitas, controles externos e internos, que cercenan incluso el ejercicio ciudadano de derechos, así como las libertades de cátedra, investigación, pensamiento y autonomía universitaria. Precisamente la subordinación

de las universidades y la ciencia a los gobiernos locales, sobre todo a sus operadores políticos, y la pérdida de hegemonía de los Estados para liderar políticas públicas menos dependientes del mercado y asegurar la provisión equitativa de recursos, bienes y servicios, se ha traducido en una amplia y hasta gradual eliminación de certezas para individuos, grupos e instituciones en todos los niveles espaciales, envueltos en una carrera por dones, dádivas, favores o proyectos para conseguir recursos por concurso, aunque ello suponga pasar por “pruebas humillantes”.²²

Estas situaciones se traducen en una falta de confianza y certidumbre en la ciencia y en instituciones como las universidades, que han perdido hegemonía cultural por falta de credibilidad y centralidad en la vida pública. En general, se enmarcan perfectamente dentro del modelo de ciencia dominante; una ciencia instrumental, reduccionista y condicional donde la utilidad directa y tangible del conocimiento es fundamental. Un modelo derivado de aquel liberal tradicional definido como científico, académico y positivista que se fue aislando del mundo real y quedando fuera de las luchas por el sentido común en la medida en que una élite académica lo legitimaba, encerrándose en circuitos científico-sociales de autorreproducción. Un modelo legitimado con la instrumentalización de las ciencias sociales y el utilitarismo del conocimiento en términos económicos, clasistas y geopolíticos, donde se priorizó conocer para el enriquecimiento académico, para la autorreflexión que roza la autocomplacencia o para orientar la toma de decisiones o el ejercicio del poder; mientras, se arrinconaron la perspectiva humanística centrada en el ser humano y orientada a sus problemas con compromiso social, la relevancia pública del conocimiento, la legitimidad social de las ideas como patrimonio colectivo y su conexión con circuitos públicos de reflexión.

Como se ha reiterado, el conocimiento ha sido subsumido progresiva y decisivamente en el modo de producción de las mercancías. El conocimiento como bien redituable debe producirse, transmitirse, trans-

²² Calhoun y Wiewiorka, “Manifiesto por las ciencias sociales”, 54.

ferirse, almacenarse y aplicarse en zonas de rentabilidad económica, de manera tal que el saber se ha industrializado de forma acelerada.²³ La transmisión y extracción de información para la producción de conocimientos se ha asociado con la economía del conocimiento a través, por ejemplo, del negocio de las editoriales —que controlan las revistas especializadas y el acceso a amplios mercados de distribución—, así como de su prestigio como marcas, sometiendo la cuestión del acceso al conocimiento a la rentabilidad comercial, al mero negocio. El modelo comercial se basa en el precio del conocimiento, en el saber como materia prima o medio para los mercados, en el precio de las publicaciones y en el costo de publicar, de leer a veces hasta el trabajo propio, y de acceder previa negociación de derechos. La perspectiva de los costos de producción y de la fijación de precios ha ido estresando con sobrecargas los recursos económicos y de todo tipo de los centros públicos de investigación y enseñanza. A ello se suma la carrera por los puntajes, de los que se hace un balance en las evaluaciones que clasifican, categorizan y jerarquizan a las instituciones en *rankings* y a las personas en escalafones. La acumulación de papeles o credenciales es considerada para la clasificación que estructura fragmentaciones, distancias y desigualdades entre experiencias individuales e institucionales situadas en distintos contextos bajo los mismos imperativos de competitividad, comparabilidad, rentabilidad, productividad y flexibilidad. Estas realidades forman parte de la discusión sobre la utilidad o el sentido social de las ciencias sociales y las humanidades, así como sobre sus formas tradicionales de asegurar calidad e integridad académicas. Por una parte, el maratón frenético de “publicar por publicar” o “publicar o perecer” pone en riesgo los contenidos, la creatividad, la novedad y la innovación, toda vez que la obligación, la exigencia y el imperativo de editar sacrifican las vocaciones, relativizan los compromisos éticos y condicionan las clásicas respuestas a las preguntas sobre qué, para qué, con quién y para quién investigar. En este sentido, se debate sobre la

²³ Daniel Innerarity, “El valor del saber”, *El País*, 6 de septiembre de 2014.

comunicación científica por vehículos, medios y métodos tradicionales con sus formas de selección, prohibición y exclusión, o su socialización abierta y pública para remover los supuestos de la “transferencia” de conocimientos al sector productivo privado, y de su “difusión” para alcanzar la mayor incidencia en el debate social y en la acción pública.

A los dispositivos burocrático-administrativos antes mencionados se añaden los dispositivos epistemológicos, que establecen una serie de coacciones impensadas sobre el orden de las ideas, los temas prioritarios, los discursos legítimos, las metodologías apropiadas y los conceptos y teorías pertinentes. El reconocimiento muy conflictivo o la negación en la práctica de la diversidad cognitiva y paradigmática de las ciencias sociales ha obstaculizado la innovación y la convergencia en programas integrales o complementarios de formación e investigación. Las censuras socialmente determinadas, prescritas o no, amalgamadas en convenciones culturales y cánones de la ciencia legítima, someten al sujeto del conocimiento a una tensión permanente, a movilizaciones inerciales en pro de niveles o puntajes para cumplir indicadores, a consentir ideales impuestos o un deber ser asignado, y a esfuerzos magnos por cumplir las regulaciones o simular hacerlo lo mejor posible. Sin duda, las comunidades han esbozado una crítica a ese coctel que asfixia la creatividad, depreda el deseo de saber, hipoteca la innovación, pone en jaque la imaginación y condena la ética, la solidaridad, la complementariedad y el compromiso social de las comunidades científicas.

La miopía sociológica sobre los llamados impactos sociales del conocimiento no solo aisló en burbujas a los investigadores y a las comunidades, sino que empañó sus conciencias históricas sobre los desfases entre los ideales del trabajo académico y las prácticas académicas constatables. Internamente, el deterioro de las relaciones de cooperación y colaboración, por un lado, y la pérdida de generosidad y solidaridad intergeneracional, por otro, atentan contra la reproducción misma del oficio, la acumulación de conocimientos, relaciones y experiencias, y la continuidad de proyectos y programas de investigación de largo aliento. Externamente, influyen el aislamiento y la menor participación en la

configuración del conocimiento público como reservorio colectivo de discernimiento en comparación con los hegemónicos discursos religiosos, políticos y publicitarios comerciales y propagandísticos.

La devaluación del trabajo intelectual es una de las tendencias subyacentes a estas lógicas relacionales, así como la mayor inequidad en el sistema dominante en el planeta. Este desmérito parte de un cuestionamiento de los principios y valores que sustentan la reflexión sobre por qué y cómo investigar, llegando a reducir los aspectos éticos a una puesta en escena teatral muy ritualizada. Parte de un desdibujamiento de la función crítica del pensamiento, de su carácter integral, relacional y reflexivo, así como de sus cualidades integradoras, situadas, encarnadas, enraizadas y multirreferenciales, dejando amplios márgenes para un conocimiento deslocalizado, desarraigado, autorreferencial y producido bajo lógicas extractivistas. Se trata de un conocimiento que huye del diálogo con otras comunidades de aprendizaje, no con fines liberadores sino más bien todo lo contrario, y diluye su responsabilidad social con las comunidades no con fines empoderadores, sino controladores, reguladores o neutralizadores de agencias.

Las trayectorias académicas han sido centradas en los egos por la sobreestimulación a nivel individual, de logros progresivos y céleres, mientras que fue quedando subsidiario lo colectivo e institucional. La construcción y la actualización de las identidades profesionales, basadas en la competencia entre departamentos, facultades o institutos, disciplinas, conocimientos y prácticas, aislaron a los profesionales y acentuaron las formas de diferencia entre profesores e investigadores, y entre unas profesiones y otras, en función del éxito en la lógica del mercado. Las relaciones de competencia aislaron, diferenciaron y segmentaron, construyendo nuevos límites o fronteras frente a aquello preconizado como ciencia de avanzada, es decir, contra la transversalidad y la transdisciplinariedad.

Este callejón, donde se han acumulado rezagos, presiones progresivas y disminuciones de presupuestos, ha profundizado los desequilibrios entre espacios académicos: hoy las brechas institucionales

y regionales son más grandes y profundas. Ha forzado la socialización de las jóvenes generaciones en culturas académicas desencontradas, fragmentadas, quebrantadas, en batallas por la sobrevivencia, más que en las formas de interacción entre culturas científicas. También, ha enfrentado el desarrollo de carreras egocentradas con la construcción de grupos o comunidades epistémicas. Las trayectorias enfocadas en el interés individual de personas o instituciones del campo científico suponen luchas por el prestigio, por credenciales o certificaciones, por citas y otros indicadores o estándares de calidad —nacionales e internacionales—. Se participa de la lógica de los círculos elitistas, de la cultura de la desconfianza y de las simulaciones, mientras que las formas de interacción entre culturas científicas se protocolizan en convenios, y el privilegio de la escucha solo se practica entre amigos, *partners* o *fellows* por un tiempo determinado o por conveniencia. Entonces, el sentido de las comunidades científicas deja de ser epistemológico, en un buen sentido, con lenguajes, métodos y teorías puestas en común para la actualización del conocimiento, para ser sociológicamente relevantes en función de su peso en la política universitaria y científica, en la captación de recursos económicos y en la acumulación de premios y distinciones, es decir, comunidades de sentido autocentradas en procesos con fagias, fobias y filias especializadas y congruentes con las condiciones de producción dominantes, aun cuando mantienen ideales científicos y sus ideologías profesionales.

En fin, las alteraciones permiten constatar una “transformación radical” del oficio y la carrera académica comparable con la situación del campesinado que John Berger definiera magistralmente como “una clase de supervivientes”.²⁴ El tránsito histórico hacia la extinción de la experiencia y la cultura campesina es homologable al transitar del “académico profesional” al “académico productivo”. El primero, centrado en la profesionalidad personal y gremial y, el segundo, en la productividad sistémica como una funcional autoimposición de rendimiento.

²⁴ John Berger, *Puerca tierra. (De sus fatigas 1)* (Madrid: Alfaguara, 2011).

Algunos colegas argentinos han subrayado cómo las políticas de Estado siguen empujando hacia los bordes de un desfiladero con consecuencias trágicas, que nombran con el neologismo de “cientificidio”, es decir, con violentos, letales y destructivos atentados contra los sistemas de conocimientos y saberes, las redes de relaciones institucionales y los sujetos del conocimiento.²⁵

Es así como ese sujeto del conocimiento, impotente ante la naturalización de lógicas tecnocráticas y burocrático-administrativas, se extravía, se actualiza o se transforma. Erra como una burbuja de jabón, con logros y resultados individuales, con iridiscencia propia, en medio de una tensión fascinante para sacar el trabajo, de esfuerzos y de sacrificios personales y familiares —los otros “costos”—, hasta que estalla por la presión exterior para transformar su efímera y fascinante realidad. Si al fin y al cabo la ciencia neoliberal es un capítulo más de la historia social de la ciencia que libera “burbujas científicas”²⁶ que se retroalimentan entre sí en sus derivas históricas, ¿cómo se expresan sus delicados efectos estabilizadores o sus estallidos en condiciones y factores más o menos estables, perturbadores o irritantes?

El síndrome del extravío del sujeto

La implosión o explosión de las burbujas científicas simboliza un momento culminante por la acumulación de tensiones y malestares sociales, psicológicos y fisiológicos que afectan individual y colectivamente a las comunidades académicas.²⁷ Nos referimos a las diferentes formas

²⁵ Rocco Carbone y Nuria Giniger, *Cientificidio, soberanía y lucha de clases. Una agenda para el debate* (Buenos Aires: El 8vo Loco ediciones, 2017). Nuria Giniger y Rocco Carbone, “Cientificidio, política de Estado”, *Página 12*, 7 de enero, 2019.

²⁶ Joan Santacana, “La burbuja científica y el desencanto de la investigación”, *El Cuaderno. Cuaderno Digital de Cultura*, 8 de febrero (2019).

²⁷ Sagrario Videgaray y Veronika Sieglin, “Género, salud y trabajo académico en universidades públicas en México: una perspectiva panorámica”, en *Género, salud*

del mal-estar, del sufrimiento y de la enfermedad como manifestaciones de las presiones laborales, de una reducción de la agencia de los científicos, y de respuestas al disciplinamiento con unas reglas de juego que performatizan el quehacer de las comunidades científicas e, incluso, pueden llegar a etiquetarlas como incompetentes, ineficientes, improductivas, irresponsables, mediocres, despilfarradoras, incongruentes y hasta anárquicas. Tal etiquetaje expresa y justifica tendencias antiintelectualistas que dañan las ciencias y a sus especialistas. De ahí la necesidad de reflexionar sobre las lógicas de los procesos que constituyen la materialidad y la subjetividad de sujetos del conocimiento con identidades profesionales deterioradas, degradadas, burocratizadas o funcionalizadas. Se trata de preguntarnos por los síntomas y signos de las “enfermedades” que han provocado estos dispositivos epistemológicos y sociopolíticos.

Las múltiples dimensiones de la desigualdad entre profesores-investigadores, instituciones y regiones en México se concretan en las circunstancias históricas, psicológicas y sociológicas que llevan a la obtención del conocimiento, los criterios por los cuales se lo justifica o invalida, y la definición de los marcos epistémicos. En este sentido, se puede pensar en un saber deteriorado de acuerdo con criterios, expectativas y valoraciones externas. Las condiciones laborales desiguales y desfavorables están relacionadas con las debilidades de los contextos locales para la investigación y para formar profesionales e investigadores. Tales debilidades son expuestas en coyunturas críticas como nudos temporales, pero remiten a problemas estructurales que no son asumidos estratégicamente en cuanto tales ni como compromisos

y condiciones de trabajo en la ciencia, coords. Veronika Sieglin e Irma Lorena Acosta Reveles (México: Clave Editorial / Universidad Autónoma de Nuevo León, 2014). Veronika Sieglin, “Culturas organizacionales, salud laboral y género. Un estudio sobre la élite científica en México”, en *Género, salud y condiciones de trabajo en la ciencia*, coords. Veronika Sieglin e Irma Lorena Acosta Reveles (México: Clave Editorial / Universidad Autónoma de Nuevo León, 2014).

transexenales, con visiones integrales que atiendan las raíces profundas de los problemas poniendo a los actores educativos en primer plano.

La precariedad del sujeto de conocimiento, que parece más una pérdida o extravío del sujeto mismo, se constituye por la incertidumbre predominante con las tenues certezas laborales —el “déficit”—, las faltas de confianza y el débil ejercicio de derechos y privilegios, así como con la segmentación de espacios, de estructuras y de trayectorias. Los recorridos académicos han estado menos orientados por proyectos intelectuales sólidos y más por búsquedas de estatus, por participaciones en sistemas de recompensas económicas y sociales y en disputas por fondos limitados, en medio de relaciones de competencia y de herramientas de evaluación con parámetros cuantitativos reducidos a puntajes para factorizaciones, clasificaciones y jerarquizaciones. En medio de estructuras de intermediación, cooptadas por burocracias administrativas o sindicales, sometidos a simulaciones, “mañas” o “corruptelas”, los académicos se mueven entre las fuertes restricciones del mercado laboral, que remiten a trayectorias desiguales, a condiciones laborales precarias —muy lamentables en el caso de los profesores de tiempo parcial o de asignaturas— y a una gran segmentación de las comunidades académicas. Incluso, investigadores y profesores asumen gradualmente su propia reproducción cultural como profesionales al utilizar medios propios o invertir los ingresos y recursos de los patrimonios personales y familiares para suplir o adquirir todos los materiales, equipos o insumos necesarios que han dejado de ser proveídos por las instituciones. Asimismo, la inauguración y la culminación de las carreras académicas en función de los ciclos de vida sufren estreñimientos estructurales por los obstáculos o imposibilidades, tanto para los más jóvenes que inician sus trayectorias, como para los que las concluyen sin tratos dignos luego de años de servicio que el emeritazgo o la jubilación no compensan.

Los jóvenes académicos están obligados a acumular credenciales a la mayor brevedad para ser competitivos en cualquier eventual concurso de plazas y, de esa manera, tratar de ganar estabilidad laboral. Luego

de los periodos de becas de posgrado y de alcanzar una alta formación, realizan su trabajo de investigación y docencia con salarios de miseria que apenas permiten un sustento mínimo. Con las contrataciones más precarias, con posibilidades restringidísimas de promoción o ascenso, sin claridad sobre su movilidad laboral, se exponen al maltrato colectivo de la burocracia académica con la que tienen que navegar, pierden la fe en las instituciones y promueven vínculos al margen de estas, cuando no se declaran en fuga o se someten dócilmente ante jerarquías esterilizantes. La renovación de las plantas académicas no ocurre por la falta de opciones de trabajo para nuevas generaciones bien formadas que favorezcan la socialización intergeneracional y superen las condiciones paupérrimas de jubilación. Sin duda, el reemplazo generacional es uno de los retos de las comunidades científicas junto a otros como, por ejemplo, la discriminación de género.

Las mujeres son particular y sutilmente discriminadas en distintos momentos y etapas de la vida académica no solo por la cantidad que representan en el conjunto de las contrataciones, sus salarios, el acceso al financiamiento y la visibilidad de sus aportaciones, sino por la menor participación en puestos directivos, en comités académicos, en consejos editoriales o en órganos de evaluación docente e investigativa o de definición de políticas. Se trata en muchos casos de pequeñas o moderadas diferencias que tienen efectos acumulativos notables a lo largo de las carreras académicas. Al reconocimiento de la participación diferenciada de las mujeres en la ciencia, como en muchas otras esferas sociales, deben sumarse las trazas patriarcales en el trato, el vocabulario sexista, estereotipos androcéntricos y acosos sexuales por condición de género que evidencian una mirada masculina dominante en el pensamiento y la construcción de las ciencias.

Estela Quintar describe esta realidad compleja de conjunto como un proceso de pérdida de nosotros mismos y de pérdida del otro.²⁸ Se

²⁸ Estela Quintar, "Universidad, producción de conocimiento y formación en América Latina", *POLIS. Revista Latinoamericana*, núm. 18 (2007).

trata de lo que podría leerse como un síndrome epocal: el extravío del sujeto histórico y, en particular, del sujeto del conocimiento. Sin duda, es necesario plantearnos qué hacer contra estas pérdidas de sentido y significación histórica, cómo reencontrarnos, desfuncionalizarnos y desburocratizarnos. No debe cejarse en comprender qué ha provocado esas pérdidas de sentido y significación que pueden interpretarse como desalientos y frustraciones ante la burocratización y el exceso de normas, ante el desfase entre las convenciones dominantes de la ciencia y las dinámicas de la sociedad y la desconexión de los problemas terrenales. En este sentido, siguiendo el espejo de las frustraciones de Husserl,²⁹ se puede advertir en la crisis de los actores del campo académico, una crisis de las instituciones, de la ciencia, del mundo de la vida y de la cultura contemporánea.

En el conjunto de síntomas de la situación actual, que permite hablar del síndrome mencionado, destaca la pérdida de la pasión, del impuso pasional de los científicos, profesores e investigadores. El desapasionamiento de los académicos con la investigación y la enseñanza se da ante un panorama desalentador, desmotivador y desestimulante, un “mundo kafkiano de burócratas” y un “auténtico laberinto lleno de lodo”.³⁰ Esa referencia subjetiva relacionada con la necesidad de trabajar sin perder el aliento ni poder parar, el pensar absorto abstrayéndose de todo, es sorprendida por nuevos cautiverios, encierros de la crítica, reclusiones del cuestionamiento de conocimientos dominantes y de arbitrios de poder, aprisionamientos de la impugnación de conocimientos y la dislocación de poderes. Las perspectivas críticas de la educación y la ciencia fueron desmovilizadas y deslegitimadas en sociedades muy diferenciadas y con desigualdades galopantes.

Otra de las pequeñas tragedias de la ciencia y sus especialistas es la pérdida de la posibilidad de innovar, la hipoteca del impulso crea-

²⁹ Edmund Husserl, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008).

³⁰ Santacana, “La burbuja científica y el desencanto de la investigación”.

tivo, ante la obligación de conseguir, gestionar y comprobar recursos, hasta con publicaciones de resultados para librar las evaluaciones periódicas del sistema competitivo. La repetición gana terreno frente a la originalidad, en tanto impulso conservador de ir a lo seguro con publicaciones en las revistas claves del sistema de comunicación científica. Esta cuestión revela la importancia de discutir sobre el sentido de la ciencia y, en particular, para quién se trabaja, se investiga o se analizan datos dándoles sentido argumentativo con lenguajes esotéricos. La producción de conocimientos, su fetichismo, está asociada a exigencias de rendimiento que son funcionales al negocio editorial y, en general, a la economía del conocimiento. Los mandatos de sustentabilidad económica asociados al carácter empresarial, más que a valores de responsabilidad ambiental y social, forman parte de ese complejo de máximas normalizadas y naturalizadas cuando el académico/autor responde a reglas de juego como la de “publicar o perecer”.³¹ De esta forma, el instinto de conservación o protección lleva a invertir los “bonos de productividad” en el interés propio de conservar “privilegios” y mantener los mismos bonos que permiten permanecer en la “autopista de la ciencia”. Asimismo, las tareas de consultoría y evaluación, los cursos y otros servicios, eventos o conferencias redituables se convierten en mecanismos casi obligatorios para generar ingresos que refuerzan la desigualdad presupuestal y salarial entre unidades académicas y trabajadores.

Todo se da en medio de tendencias contradictorias. Por ejemplo, los programas de profesionalización del personal docente en la educación superior en México —como el PRODEP, antes PROMEP— han sido exitosos en cuanto a la habilitación de grados académicos y el impulso a las carreras docentes; sin embargo, no detuvieron las tendencias a la desprofesionalización por las crisis de financiamiento, la inmovilidad laboral por falta de promociones, las mayores cargas docentes y el decrecimiento del número de investigadores de tiem-

³¹ Calhoun y Wiewiorka, “Manifiesto por las ciencias sociales”, 38.

po completo. Mientras, el impulso al trabajo académico en equipos o colegiados de investigación y docencia ha sido interpretado en la práctica como un mecanismo para acorralar la creatividad individual y para controlar y homogenizar las comunidades académicas. Lo mismo sucede con la asunción de responsabilidades de gestión institucional, que son advertidas como “pérdidas de tiempo”, “desvíos de intereses académicos”, “maneras de truncar las carreras” o “servicios ingratos”. En no pocos casos esas funciones llegan a ser utilizadas para legitimar verticalismos, autoritarismos y arbitrios de poder como maneras en las que el entorno mina las relaciones de confianza y la autoconfianza, imponiendo climas competitivos, conformismos, resignaciones y vulnerabilidades laborales.

El miedo académico es el sentimiento colectivo e individual que más distorsiona las vocaciones científicas. Muestra un conjunto de síntomas o señales graves de los riesgos o amenazas del quehacer académico. La valoración de las posibilidades de éxito o de fracaso, la valoración de ganancias o pérdidas y el análisis de incertidumbres o inseguridades en los ambientes académicos se basan en el carácter ambivalente de las relaciones sociales en dichos ámbitos, de los ciclos vitales, de los procesos de evaluación y de las disputas de espacios y puestos de liderazgo. El esquema de premio o castigo es el núcleo de la actual socialización académica, que se refrenda en el orden normativo y, por tanto, en el miedo y el estrés laboral. Los sustos, las angustias, los desgastes, los disgustos, el desasosiego y el cansancio por las rutinas remiten al estrés, la irritabilidad y la agresividad, a reacciones como “comerse las uñas” o “jalarse los pelos” ante dispositivos que limitan y responsabilizan de no cumplir expectativas y exigencias. Esto lleva a la impotencia ante lógicas avasallantes, la imposibilidad de salir a las calles sin exponer “privilegios u oportunidades” que penden de un hilo e ideas desenfocadas que no avanzan al caer en la hiperespecialización, el ensayismo, el “republicanismo”, el disimulo o el acomodo de la realidad. En este sentido, el miedo es un mecanismo de control social que define mapas culturales con cambios en los principios de sustentación y en los

esquemas de pensamiento. Sobre la base del miedo se construye una ciencia débil y se destruye la credibilidad de la ciencia. Las personas con miedo caen en la angustia, la ansiedad y el pánico por diversos motivos, pero, sobre todo, por el miedo al fracaso, por esa cobardía que lleva a la autocensura y a ceder fatalmente ante lo esperado. Además de las malas prácticas, el miedo puede expresar alteraciones orgánicas con indicadores somáticos —sistema inmunológico, gastrointestinal, cardiovascular, circulatorio—, indicadores cognitivos —pérdidas de memoria o sentido del humor, perplejidad y actividad mental acelerada— e indicadores comportamentales —fumar, trastornos alimenticios, consumo de bebidas alcohólicas o drogas— que pueden hacer crónicas las enfermedades profesionales.

Sin duda, el miedo ha provocado cambios en distintos elementos de las culturas académicas, tanto en los estilos intelectuales, como en las formas de convivencia, organización y movilización académica y en el sentido y la significación del trabajo. Por ejemplo, es una alerta de amenazas como el acoso y las múltiples violencias institucionales e interpersonales de las que a veces formamos parte como responsables directos o indirectos.³² La agresividad de las personas en los entornos laborales, de pares, jefes, subordinados u otros, consigna las presiones por resultados, las amenazas directas o indirectas, las exigencias burocráticas de informes de comprobaciones y la entrega de planes de trabajo o programas de docencia a toda velocidad. Precisamente, el déficit de tiempo es uno de los síntomas del agobio y la angustia por la carrera contrarreloj.³³ La aceleración de todo, la irritación continua, el sufrimiento y el disgusto son parte de un estado de acoso e intimidación

³² Florencia Peña Saint Martín y Silvia Karla Fernández Marín, eds., *Mobbing en la academia mexicana* (México: Eón / Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2016).

³³ Manuel Souto Salom, "La ciencia necesita tiempo para pensar: el movimiento que quiere acabar con la cultura de 'publicar o morir'", *The Conversation*, 5 de mayo de 2019. <http://theconversation.com/la-ciencia-necesita-tiempo-para-pensar-el-movimiento-que-quiere-acabar-con-la-cultura-de-publicar-o-morir-116367>

que causa daños físicos y psicológicos. En el mismo cajón quedamos encerrados, encajonados, con la pérdida de derechos y de capacidades de intermediación, en los límites de las agencias, acometidas contra la integridad profesional, psicológica y física. La resistencia para escribir sobre los conflictos laborales e interpersonales en los propios entornos no significa falta de reflexividad sobre los mismos ni ausencia de resistencias, pero impide reunir suficiente evidencia sobre los costos humanos y sociales y sobre los sacrificios y sufrimientos de los académicos.

El miedo remite a la soledad en el mismo grado en que las coacciones determinan el aislamiento social. La soledad es otro síntoma de rupturas: el refugio en sí mismos, el aislamiento en los laboratorios, los cubículos, las aulas o las casas como acto de defensa. Se trata de pérdidas de interactividad o de restricción de las interacciones con otros en entornos controlados o performativizados bajo los impulsos de competencia y rivalidad.³⁴ Así, se cayó en la creencia en la singularidad de cada caso y creció el inmovilismo por la desconexión entre académicos, grupos, unidades académicas e instituciones en las escalas de cercanía, que construyeron relaciones basadas en el interés, es decir, relaciones meramente estratégicas o calculadas, acompañadas a veces de mediocridad, contrarias a la solidaridad y la confianza de los códigos éticos clásicos. El desarraigo de los entornos institucionales locales y regionales no es ajeno a la discusión sobre la pertinencia social de programas, instituciones y prácticas académicas. Paradójicamente, la política ha estimulado la conectividad más allá de las grandes distancias, es decir, la internacionalización de los programas académicos, lo que ha significado cierta forma de autoprotección y evasión del entorno inmediato.

Las rupturas de los vínculos académicos en entramados institucionales muy fragmentados se correlacionan con la débil agencia de cambio de los actores académicos, aislados, controlados y regulados,

³⁴ Veronika Sieglin, "Acoso laboral y culturas organizacionales", *Ciencia UANL*, núm. 80 (2016), 8-9.

con politicidades relativizadas que no se politizan por miedo a las sanciones y a la judicialización de los conflictos. De igual forma que los actores universitarios han perdido capital social, han visto debilitarse sus capacidades y se han despolitizado, la sociedad ha dejado de reflexionarse críticamente a sí misma y de encontrar posibles respuestas a sus interpelaciones en las universidades y la ciencia. Los profesores e investigadores, responsables de cuestionar sus propias coartadas morales, no siempre se preguntan qué papel social juegan y, en las ciencias sociales y las humanidades, es imposible perder de vista que están inmersos en la reflexividad social, sosteniendo una perspectiva histórica e interesándose críticamente por los seres humanos y sus relaciones.³⁵

Las instituciones de investigación y formación se han constituido en una expresión modélica de la sociedad neocapitalista o, en otras palabras, son un botón de muestra de la dinámica de los cambios en una realidad muy problemática y en un ordenamiento político muy contradictorio. Por ejemplo, las universidades totalizan expresiones de la sociedad, de sus estructuras, y de las mediaciones políticas que constituyen las desigualdades entre los actores sociales y modulan la distribución y el acceso a bienes y recursos fundamentales respondiendo a las formas de las relaciones dominantes entre poder y saber. Universidad y sociedad están relacionadas como modelos la una de la otra, se instituyen de manera recíproca y compleja en sus metas, planes y horizontes de cambios sociales, culturales y políticos. Los proyectos universitarios son una expresión de los proyectos sociales, una parte de los complejos encadenamientos entre ciencia y sociedad, que no se condicionan solo en términos de transferencia de conocimientos al mercado y de provisión de fuerza de trabajo profesionalizada para la gerencia innovadora. La preponderancia que ganaron las transferencias de innovaciones al mercado empresarial naturalizó la indiferencia de las universidades con sus realidades, el desarraigo de sus contextos sociopolíticos y el distanciamiento de los problemas sociales. Como

³⁵ Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*.

se ha señalado, esto se expresó en cambios en las relaciones laborales a través de formas flexibles de contratación, mecanismos de despido y más demandantes jornadas de trabajo, así como en recortes en las prestaciones y derechos. También influyó en las estructuras organizacionales internas por campos disciplinares como medios profesionales aislados y de espaldas a proyectos de integración científica y a posibilidades de participación intelectual en la vida pública.

Las universidades, como muchas instituciones, muestran un emergente carácter antidemocrático que se suma al ascenso de las violencias simbólicas. En este sentido, debe reconocerse la existencia de sistemas de gobierno, donde se concentra el poder en liderazgos autoritarios y verticales, cooptados y capturados por grupos de interés con sentimientos de “dueñidad” sobre las universidades mientras persiguen sus carreras políticas. La dimensión organizacional de las universidades es compleja y en no pocas de ellas prima una verticalización autocrática que opaca y coarta la posible vida democrática en órganos de gobierno internos —juntas directivas, consejos universitarios, comisiones, comités o consejos académicos— que son subordinados a la voluntad de las máximas autoridades personales con sus propias “políticas del miedo” y, en su caso, el control de los poco transparentes procesos de elección, que se organizan simulando la participación de las comunidades universitarias. Generalmente, los académicos permanecen indiferentes sin hablar sincera y profundamente y sin colaborar hasta que los desequilibrios organizacionales afectan sus intereses personales, es decir, hasta que el “agua llega al cuello”. La pérdida progresiva de colegialidad merma la capacidad colectiva para incidir en la construcción de comunidades institucionales con identidades arborescentes y acentúa las contradicciones empresariales que ponen en peligro la viabilidad institucional con interacciones despersonalizadas.

De hecho, los retrocesos en la democracia universitaria se relacionan con la injerencia de actores externos tanto políticos como empresariales que cercenan el ejercicio autonómico. Sin embargo, es la vida universitaria de la pluralidad de miembros de la comunidad la que pier-

de calidad democrática, fuerza política para dirimir los conflictos, canales de comunicación para garantizar la transparencia y la rendición de cuentas y espacios públicos para reflexionar sobre las contradicciones. La participación en las definiciones de horizontes de cambio y en líneas de acción de las asociaciones universitarias, los sindicatos académicos y administrativos, los estudiantes, los académicos, los funcionarios y las autoridades es muy desigual y jerarquizada. Este déficit democrático lleva a la informalización de las experiencias universitarias y a la imposición voluntarista y normalizadora de perspectivas unilaterales.

Una de las claves de los problemas actuales está en los procesos de burocratización. Los espacios académicos formales han sido burocratizados con una casta de servidores, funcionarios, asesores o expertos en gestión y gobernanza que, en su afán de autorreproducción, terminan propiciando una pérdida de perspectiva institucional de mediano y largo plazo, disimulando ineficiencias organizacionales y buscando culpables de estas entre otros universitarios. El empoderamiento de la burocracia universitaria, con una rigidez incoherente con los tiempos de la flexibilización que preconizan, ha impuesto candados, condicionamientos o cláusulas que obstaculizan las actividades sustantivas, demoran los procesos forzando a reiniciarlos en “tiempo y forma”, y adjetivan tanto los verbos de acción que agotan, convencen, agobian y desestimulan el ejercicio y la gestión de los recursos. Con la burocratización universitaria crece una cultura institucional repleta de claroscuros que se ancla en el tiempo y que niega la innovación y los cambios necesarios pensando en el bien colectivo. La férrea rigidez administrativa refuerza la acumulación de poder en los administrativos, que encabezan una organización rígida y jerárquica, desde donde dominan la libertad académica, la agencia de los docentes y la supuesta centralidad del aula o el laboratorio. A la postre, encontramos un capital institucional, tanto científico como sociocultural, con claras tendencias a la baja mientras fue creciendo la burocratización, el verticalismo, el elitismo y el autoritarismo. Todo ello en sintonía con el aumento de la valoración del capital económico en el mercado.

Una estimación de las causas y consecuencias de los malestares universitarios requiere un amplio inventario de múltiples carencias de distintos tipos. Las carencias, como las malas prácticas, hablan por sí solas de mínimos umbrales de certidumbre y confianza en los procesos académicos y administrativos, del aumento de las desigualdades internas y de la vulnerabilidad de los actores académicos, así como de una pésima calidad de la democracia universitaria. Otro ejemplo notable son los procesos de ingreso, promoción y permanencia del personal académico, que terminan siendo discrecionales, simulados y secuestrados por políticas de favores sin apego a las normativas vigentes, sin respeto a principios académicos.

Los impactos negativos pueden constatarse en la infraestructura —insuficiente, deteriorada o desproporcionada—, el equipamiento —inexistente o desactualizado—, las plantas académicas —envejecidas, sin crecimiento con nuevas plazas—, las remuneraciones miserables que obligan al multitrabajo y la fluctuación laboral, el condicionamiento de programas de estímulos o el achicamiento de estos, la poca o nula inversión en investigación. También, en la desmotivación, la falta de compromiso institucional y las luchas individuales por méritos, puntos, reconocimientos o patentes que han bloqueado la naturaleza colectiva de los procesos de investigación y las ideas construidas en el diálogo y la discusión abierta de puntos de vista y de resultados de trabajo.

A la carencia de recursos públicos, se sumó la asignación presupuestaria y la ministración a cuantagotas como mecanismos de control. La universidad fue forzada a realizar modificaciones estructurales de sus programas y a la apertura de nuevos para diversificar su oferta considerando la demanda de mano de obra calificada y la mayor competencia basada en el conocimiento científico-técnico y la innovación tecnológica. Esta ampliación flexible del mercado universitario en relación con la demanda del mercado laboral y las posibilidades de aumentar la matrícula y el cobro de cuotas, se acompañó de acciones para reducir el “costo por estudiante” presionando cada vez más los salarios de los docentes y eliminando gratuidades.

El apremio por ingresos alternativos vía recursos concursables y condicionados ha tenido consecuencias no deseadas al reforzar o promover, por ejemplo:

1. las desigualdades existentes y las asimetrías en el desarrollo de las unidades académicas, los grupos de investigación y las trayectorias académicas individuales o colectivas;
2. desfases en el desarrollo de proyectos y áreas del conocimiento no prioritarias para las políticas dominantes —las humanidades, las artes, las ciencias sociales y temas de ciencias de frontera—;
3. desequilibrios entre investigación fundamental o básica e investigación aplicada en función de intereses comerciales o empresariales;
4. vicisitudes en el desarrollo de la infraestructura, y
5. diferencias en las remuneraciones salariales de los académicos, incluyendo pagos por actuación, resultados o méritos.

Estas desigualdades en las relaciones académicas han sido particularmente relevantes entre unidades académicas que captan más recursos económicos y las que no, así como entre investigadores con carreras consolidadas y los más jóvenes que quisieran inaugurar áreas nuevas de investigación, pero no los dejan.

Todo este inventario permite argumentar cómo el modelo liberal de la ciencia y de la academia alcanzó un límite de sostenibilidad. La ciencia académica regida por prescripciones normativas liberales como el universalismo, el comunalismo, el desinterés y el escepticismo permanente se enfrenta a cuestionamientos y conflictos que van pautando giros graduales en materia de controles y condicionamientos, y hasta en descentramiento de las políticas. El ideal del campo científico basado en los sistemas de control internos de los procesos de investigación para la producción de conocimientos, la divulgación, la discusión y la evaluación entre pares, ha experimentado alteraciones radicales con el modelo neoliberal. En este modelo dominante rigen el interés eco-

nómico, el patrocinio y el compromiso de rendimientos evaluables. La mensurabilidad del desempeño, de los logros o de los resultados académicos fomentó más la competencia por transferencias de recursos, por estímulos a la productividad, y por puntos calificables para asegurar estatus aventajados en las mismas evaluaciones y transferencias. Ello permitió la emergencia de las figuras del investigador empresario, consultor, experto, evaluador, tecnólogo u “oenegero”. Terry Eagleton ha subrayado que la ciencia y la educación en el paradigma neocapitalista son negocios regidos por un modelo clientelar de la investigación y la enseñanza, y por un modelo empresarial de las instituciones donde los profesores son asumidos como gerentes y los estudiantes como clientes.³⁶ La investigación, la formación y la divulgación están regidas por la utilidad y la racionalidad económica. Esa lógica supone la desacreditación y la desautorización de otros modelos posibles, que es la tarea de las acreditadoras, porque la lenta muerte de la universidad, lo es de un tipo de universidad, para imponer otro mercantilmente rentable en manos privadas.

En la cultura de la inmediatez impera la falta de estabilidad en los campos educativos y científicos. Todos los actores comparten inseguridades e inestabilidades, las faltas de incentivos y de compromisos públicos del Estado. Las comunidades de profesores, investigadores, administrativos y alumnos comparten, también, el extrañamiento ante arbitrios burocrático-administrativos barnizados de lecturas jurídicas ante los que experimentan diversas formas de enfermar. Sin embargo, se resisten a un estilo intelectual formateado, a un pensamiento único y a instituciones unidimensionales. El análisis de las resistencias y re-existencias de actores académicos tiene que ser parte del análisis de los límites actuales.

³⁶ Terry Eagleton, “The slow death of the university”, *The Chronicle of Higher Education*, 6 de abril de 2015. <https://www.chronicle.com/article/the-slow-death-of-the/228991/>

De las alteraciones a las configuraciones críticas

Como se ha subrayado hasta ahora, las transformaciones en las culturas académicas y en el *ethos* de la ciencia han sido contundentes en los últimos treinta años. Los deslizamientos en las normas, valores y roles de la ciencia dominante forman parte de un proceso histórico-cultural de colonización de formas de vida e imposición de modos de organización de los tejidos de la sociedad alrededor de relaciones de dominación y explotación comercial de todo a lo que puede extraérsele valor.³⁷ El “capitalismo académico”³⁸ basado en el modelo liberal de la ciencia y de la academia dejó de ser funcional y perdió sostenibilidad, por lo que se radicalizó en busca de mayor rentabilidad. En un contexto político-ideológico de cambios económicos y jurídicos, de sometimiento de la integridad de la ciencia a exigencias mercantiles con la degradación de su función pública, las creaciones de sentido y de conocimientos se articularon a estructuras de poder que mermaron la conciencia reflexiva y crítica. El paradigma del conocimiento o modelo de regulación de los procesos de producción, apropiación y regulación del conocimiento partió de un carácter mecanicista, determinista, objetivista, universalista y reduccionista. Ese modelo construyó sus propias certidumbres y estableció sus propios cambios institucionales y jurídicos, así como criterios estandarizados del logro profesional —meritocráticos— y mecanismos de evaluación y valorización bibliométrica muy eficaces para la legitimización y naturalización de las jerarquías y subjetividades, y para llegar a asumir una imagen del éxito como la propia imagen deseable.

La actividad académica fue sometida a regulación, control y direccionamiento con la consecuente pérdida de autonomía de los académicos, atados a contratos con menos derechos y más obligaciones, y con conflictos de intereses —científicos y económicos— por la búsqueda de

³⁷ Lander, “La ciencia neoliberal”, 46.

³⁸ Krinsky (2003) citado por Lander, “La ciencia neoliberal”, 59.

resultados novedosos, pero, sobre todo, de resultados rentables. Así, los límites éticos fueron también flexibilizados como otra de las prácticas que han prefigurado las características de ese paradigma dominante. Se establecieron formas sofisticadas de organización del trabajo, de valoración de los resultados, de disciplinamiento, de reducción de los tiempos y de los costos —que fueron transferidos a los trabajadores intelectuales—, y de aumentar la productividad mediante incentivos mercantiles siempre funcionales a intereses políticos y económicos pero desentendidos de realidades sociales —individuales y colectivas—. Múltiples y complejas han sido las mediaciones que promovieron un sentido unidimensional y alteraron principios de definición de las ciencias sociales en la enseñanza, la investigación y la intervención pública. Una visión reducida o estrecha ha domesticado la cultura académica induciéndola a la competencia, al conflicto y a formas de violencias simbólicas. Las constricciones económicas han sido parte fundamental a través de los discursos sobre “el déficit”, “la escasez” y “la austeridad”.

¿Cómo salirse de los límites, del molde, de las reglas o los filtros de la ciencia dominante? ¿Qué configuraciones críticas de las ciencias sociales están planteando desafíos a las estructuras del actual horizonte histórico?³⁹ En las antípodas de las alteraciones radicales han estado las respuestas de las comunidades académicas, sus resistencias y luchas por mantener su autonomía, la autorreflexividad, la historicidad de la producción y la identidad misma de la ciencia. Más allá del acatamiento y del relativo sometimiento a unas reglas del juego dominantes en cuya definición no se participó, han sido notables las experiencias más o menos erráticas, pero definidoras de otros modos de construcción social de la ciencia, de nuevas prácticas, pensamientos y sensibilidades. Se trata de búsquedas desde los márgenes de la académica y las disciplinas para resistir y transgredir las relaciones de dependencia

³⁹ Hugo Zemelman, *Configuraciones críticas. Pensar epistémico sobre la realidad* (México: Siglo XXI / Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y El Caribe, 2011).

con otras perspectivas históricas y con otros planos de existencia que giran, por lo general, alrededor de la solidaridad y el cuidado, el conocimiento y la acción colectiva, la responsabilidad social y el compromiso ético-político. ¿Qué peso o influencia alcanzan las vocaciones y capacidades marginales para figurar otras realidades posibles frente a las corrientes principales?

Múltiples respuestas se han construido ante los desafíos del “fetichismo de la ciencia”, las modalidades diferentes del quehacer científico, las culturas académicas estamentales, a veces tendentes a cierto corporativismo, y las derivas hacia la fragmentación institucional, la desarticulación de capacidades en distintas escalas, las disparidades y las desigualdades en y entre las comunidades.⁴⁰ También, ante las rupturas y las discontinuidades entre la carrera académica y la vida humana —personal, familiar y comunitaria— de los investigadores. La capacidad crítica y de resistencia sobre las condiciones de producción del conocimiento sigue siendo parte de las memorias y prácticas del mundo académico vivo y del ejercicio de repensar las “verdades” asumidas o de cuestionar los consensos impuestos. Paulatinamente, el cuestionamiento de las concesiones a los mandatos de investigaciones institucionalizadas y organizadas según “códigos aceptables” o “políticamente correctos”, ha ido transitando de las voces aisladas en espacios privados a las colectivas en espacios públicos. Para ello ha sido fundamental el llamado a “indisciplinar las ciencias sociales”⁴¹ y a la “desobediencia epistemológica”,⁴² a la defensa, reinención y construcción de espacios de expresión y escucha para las voces críticas,

⁴⁰ Gabriela Dutrénit, coord., *Informe de actividades del periodo agosto 2012 - julio 2014* (México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico, 2014), 47.

⁴¹ Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos* (México: Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México, 2003).

⁴² Walter Mignolo, *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad* (Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2010).

para que estas sean respetadas en los espacios existentes sin silenciar la crítica, sin reducir la pluralidad.

En muchos de esos espacios, en grados variables, ha emergido esa crítica sistemática a las condiciones ideológicas, políticas y económicas de producción de conocimientos, del trabajo académico, como algo más que una expresión de la vehiculización del conocimiento de acuerdo con intereses de poder y mercado que se expanden a todos los ámbitos de la vida colectiva. Por ejemplo, Restrepo y Escobar hicieron una crítica a la “economía política de las visibilidades” para denunciar la función constitutiva del poder y las diferencias cuando se naturalizan prácticas de disciplinamiento y se normaliza el quehacer antropológico como “una forma de conocimiento experto” o “una serie de prácticas institucionales”.⁴³ Así, se empujó hacia una pluralización de las miradas y un descentramiento hacia otras perspectivas que fueron historizadas, hacia los intereses de colectivos organizados en defensa de derechos, los de comunidades o grupos subalternizados, los de la sociedad. Se volvió a enfocar la mirada en la relación existente y deseada entre la ciencia y la sociedad, y se debatió el rol de las ciencias sociales en las causas de los movimientos colectivos, las movilizaciones populares y los procesos emancipatorios.

La dimensión institucional tan cosificada ha sido el blanco de las críticas para tratar de traducirla en una nueva institucionalidad con distintas vertientes. El andamiaje institucional de las ciencias sociales se remite a estructuras con límites y condicionamientos en diferentes niveles y escalas. Estos reproducen distintas formas de desigualdad constituidas en torno a acumulaciones en tres sentidos: la concentración de la producción y la circulación de bienes científicos y servicios públicos; la accesibilidad selectiva a los recursos institucionales —como financiamientos, presupuestos, puestos administrativos, representaciones, promociones, estímulos—, y los obstáculos para la reproducción

⁴³ Eduardo Restrepo y Arturo Escobar, “Antropologías en el mundo”, *Jangwa Pana. Revista de Antropología*, núm. 3 (2004), 110-131.

de las comunidades académicas, la socialización intergeneracional y la viabilidad de estructuras de conocimiento propias que favorezcan la comunicabilidad y la replicabilidad científica. Sin duda, la consolidación institucional y la consolidación científica están fuertemente relacionadas con reposicionamientos y rearticulaciones del compromiso público con una sociedad pluralista, así como con nuevas formas de democratización política y de acción social. Ello supone cambios en las reglas y las jerarquías de valor, cambios en las luchas, las estrategias y los beneficios de las comunidades académicas con sus proyectos de formación e investigación, así como cambios en el desarrollo de agendas con políticas y enfoques propios. Siguiendo a Calhoun y Wieviorka,⁴⁴ supone una apuesta por la participación intelectual en la vida social para trascender la integración científica en los exclusivos medios profesionales, a partir de potenciar la integración de la investigación a un espacio público, general y amplio de debate en la sociedad más allá del nicho profesional en las instituciones universitarias. Es decir, implica asumir una orientación pública más precisa hacia preocupaciones sociales, políticas e históricas, aportando conocimientos para debatir con comunicadores, políticos y población en general.

En medio de contradicciones y conflictos por las restricciones, gana en visibilidad otro modelo expansivo de ciencia. Se ha transitado hacia una ciencia posdisciplinar, posestatal y posnacional, es decir, hacia quehaceres científicos que recombinan distintas fuentes, métodos de análisis y estrategias narrativas sin visiones monodisciplinares, sin apoyos estatales efectivos o sistemáticos y sin fronteras políticas que restrinjan los campos de comprensión de dinámicas sociales alejadas de “nacionalismos metodológicos” y cercanas a lo que podría llamarse “inter o transnacionalismos metodológicos”. Son los esbozos de un nuevo paradigma de ciencia interesada en los problemas sociales y ambientales, en lo público, en lo local y lo global, en una ciencia abierta, pública e internacional. Este es un síntoma de algo más profundo y

⁴⁴ Calhoun y Wieviorka, “Manifiesto por las ciencias sociales”, 39.

complejo, la emergencia de nuevos paradigmas epistemológicos y de una nueva ciencia.

En este contexto histórico, adquirieron sentido otros discursos y prácticas científicas y universitarias. Se abrió la posibilidad del paso de lo personal-biográfico y lo institucional-político hacia contribuciones intelectuales preocupadas con el “ser social” y el “bien común”, es decir, con utilidad social y pertinencia para sentir/pensar/actuar en diferentes esferas de la vida. Otras formas de asociación, de colegialidad o de “comunalismo” se expresaron en grupos de pares, amigos y vínculos con organizaciones sociales, con renovados pactos de reconocimiento y de construcción colaborativa. Estas fructíferas búsquedas a veces han caído, con sus críticas a los “académicos clásicos”, en el mismo antiintelectualismo de los políticos o burócratas, al acusarles de inútiles y, además, de funcionales al sistema de dominación, sin una autocrítica más profunda. También, los “académicos comprometidos” contribuyen a revalorar el papel activo de los investigadores en la redefinición de agendas de investigación y formación relacionadas con la agenda social. Así, los debates éticos de las comunidades académicas se han replanteado vinculados con la transformación o la praxis transformadora como una capacidad estratégica. Al desbanalizar el trabajo de las ciencias sociales quedan expuestas dos dimensiones fundamentales: la dimensión ética y la dimensión práctica, entendida la última como acción informada de conocimiento público. Esto ha implicado el desarrollo de una perspectiva cultural más amplia de las ciencias sociales en la que es distintiva su función pedagógica, la cual muchas veces ha sido olvidada o relegada.

Junto a los actores institucionales tradicionales y la iniciativa privada, emergieron otros que han operado a través de redes y colectivos con compromiso social —feministas, ambientalistas, ecologistas, antirracistas, antimilitaristas, territorialistas, tierralistas—. Estos definieron otros caminos, otro “canon académico”, para la producción de conocimientos no centrados *per se* en la docencia y la investigación bajo neutralidades y visiones disciplinares, pero sí apuntalando los

vínculos para la colaboración, la intervención y el cuidado con perspectiva situada, comprometida, intercultural y posdisciplinar. También, se desarrollaron otras mediaciones institucionales e innovadoras formas de organización, como las redes académicas dirigidas hacia la sinergia grupal más que institucional, sobre todo en escalas locales o micro-regionales.

Asimismo, las políticas de la “calidad científica” que siguen estándares internacionales como el “factor de impacto”, el número de citas y los índices de prestigio con apuestas empresariales de comercialización y homogenización de publicaciones y la terciarización del trabajo editorial para la capitalización privada, han tenido contestación en las discusiones, propuestas e iniciativas nacionales y regionales de repositorios de información científica de acceso abierto. Latindex, Redalyc, SciELO, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y, recientemente, AmeliCA, entre otros, han favorecido la discusión de los criterios dominantes de la comunicación científica y han propuesto miradas críticas sobre las definiciones de calidad, sus indicadores y estándares de evaluación,⁴⁵ la poca visibilidad de las publicaciones del sur, la falta de socialización de los resultados de investigación, la patrimonialización de fuentes de información, las asimetrías y la tendencia a no compartir públicamente datos o fuentes con otros. Se ha buscado estratégicamente fortalecer un acceso abierto sustentable, cooperativo, no comercial y protegido a las publicaciones científicas de calidad para mantener el llamado “ecosistema de comunicación científica regional latinoamericano”.⁴⁶ Esta otra geopolítica y geocultura del conocimiento se sostiene en tres pilares centrales: la información científica es un

⁴⁵ Un excelente ejemplo es el Foro Latinoamericano de Evaluación Científica (FOLEC) promovido por CLACSO desde 2019. FOLEC, *Declaración de Principios: una nueva evaluación académica para una ciencia con relevancia social en América Latina y el Caribe*, Ciudad de México, 6 de junio de 2022.

⁴⁶ Latindex, Redalyc y CLACSO, *Carta de adhesión a la Declaración de San Francisco sobre la evaluación de la investigación*, 15 de enero de 2019. <https://www.redalyc.org/redalyc/periscopio/declaracion.html>

bien común, el acceso a la información y a la ciencia es un derecho, y la comunidad académica es comunidad con sentido histórico, con responsabilidad social y compromiso político. También se sostiene en la importancia de la información y el conocimiento científico para el avance de la ciencia y para el desarrollo social en relación con las agendas científicas nacionales. El debate latinoamericano sobre la comunicación y el conocimiento ha realizado significativos aportes a las discusiones sobre el orden mundial de la ciencia como las promovidas por *The Slow Science Manifesto*,⁴⁷ DORA⁴⁸ y los diez principios del Manifiesto de Leiden.⁴⁹

En este sentido, la ciencia abierta, como tendencia en la política de investigación, promueve el amplio acceso a publicaciones, datos, recursos y resultados como vía para aumentar la productividad científica, limitar las malas prácticas y acelerar los descubrimientos. La adopción de estándares abiertos asume la preocupación por hacer efectiva la difusión, el acceso, la interoperatividad, la calidad y la relevancia de la información, los datos y los resultados de investigación. La apertura de la ciencia como imperativo u obligación ética conlleva el desarrollo de una ciencia colaborativa aprovechando las herramientas e incentivos de las tecnologías de la información y las comunicaciones. Asimismo,

⁴⁷ Se trata de la promoción de una investigación más reflexiva y pausada, que se tome el tiempo necesario para pensar, leer y fallar. The Slow Science Academy. *The Slow Science Manifesto* (Berlín, 2010). <http://slow-science.org/slow-science-manifesto.pdf>

⁴⁸ La Declaración de San Francisco sobre la Evaluación de la Investigación (DORA) surgió de la reunión anual de la American Society of Cell Biology en 2012 y plantea entre sus argumentos centrales una crítica al factor de impacto como medida comparativa de la calidad científica de la investigación y el imperativo de medir la producción científica con precisión y prudencia. DORA y Beatriz Pardal-Peláez, "Declaración de San Francisco sobre la Evaluación de la Investigación", *Revista ORL*, vol. 9, núm. 4 (2018), 295-299. <http://revistas.usal.es/index.php/2444-7986/article/view/orl.17845>

⁴⁹ Diana Hicks *et al.*, "Bibliometrics: The Leiden Manifesto for research metrics", *Nature*, 520 (7548) (2015), 429-431. <https://www.nature.com/news/bibliometrics-the-leiden-manifesto-for-research-metrics-1.17351>. Una versión en español puede consultarse en: *Ingenio [CSIC-UPV]*. <http://www.ingenio.upv.es/manifiesto>

el *ethos* académico actualiza los factores o medidas de “éxito” de las carreras académicas sin comprometer el futuro con posiciones basadas en legítimos intereses egocentrados en lugar de sociocentrados.

El declive de la ciencia de interés público fue proporcional al imperio de los factores de impacto basados en indicadores cuantitativos que se sobrepusieron a la tradicional centralidad de los mecanismos internos de valoración de los resultados de investigación por arbitrajes de pares anónimos o abiertos y redefinieron los sistemas de administración del conocimiento. La actual pérdida de credibilidad en la ciencia y en sus controles objetivos a través de estadísticas forma parte de la pérdida de posición de las ciencias sociales para pensar, preguntar, participar e incidir en la transformación del mundo. De ahí la necesidad del debate sobre la gestión de la ciencia y la tecnología teniendo en cuenta su papel medular para la regulación pública, es decir, considerando vías más democráticas, transparentes y confiables de ordenamiento e interpretación en función del bien común y el bienestar colectivo. Una agencia social de discernimiento de los “ideales regulativos” del conocimiento público plantea la dependencia mutua y constitutiva de los actores que participan en su búsqueda, acumulación social, socialización y actualización. Se trata de procurar equilibrios entre distintos tipos de poder y reconocimientos de responsabilidades colectivas e individuales de las consecuencias no previstas, no deseadas, no intencionadas y no identificadas del uso social del conocimiento y sus aplicaciones.

Está claro que las restricciones no han clausurado las posibilidades y potencialidades del trabajo académico de investigación, formación, divulgación y vinculación. El quehacer se ha actualizado con astucias, audacias y disensos con el modelo dominante. El repertorio de respuestas críticas es muy diverso y contextual dentro de las instituciones. En general, se ha apuntado hacia relaciones horizontales y vínculos de cooperación persona a persona, luchas por la autonomía o vindicaciones de buenas prácticas que actúen como contención al trabajo insostenible. La resiliencia de las comunidades académicas se ha expresado en

distintos espacios constituidos en ámbitos alternativos y en plataformas de socialización como, por ejemplo, las redes académicas —profesionales o de investigación—, los grupos formales o informales de investigación, las asociaciones, organizaciones, formaciones o movimientos autónomos distantes o fuera de zonas de control del Estado, así como en formaciones o medios de comunicación alternativos, publicaciones de acceso abierto y repositorios o bibliotecas virtuales comprometidas con la capilaridad del conocimiento y los debates públicos alejados de las prácticas editoriales monopólicas. Estos espacios comunes con movimientos populares, organizaciones sociales y de ejercicio de activismo constituyen “bolsas de oxígeno” o “liberaciones catárticas” que definen otras escalas de proximidad, apuestas por la integración y valoración social del conocimiento, y la exploración de los servicios basados en las nuevas tecnológicas, espacios de denuncia y descarga de tensiones o frustraciones; son, en pocas palabras, latidos que develan las causas del malestar, de la simulación y de la vulnerabilidad y, sobre todo, que descubren los indicios de otro tipo de ciencia más abierta basada en una multilateralidad virtuosa, en múltiples referencias. Sin embargo, estas reinventiones tienen el reto de no reproducir formas de colonialidad del saber, de romper con el extractivismo académico a la vez que se enfrentan para ampliar sus alcances temporales y la naturaleza individual o personal de los vínculos por tratarse de circuitos ontológicos de experiencias diferenciadas, así como para reducir la falta de visibilidad y grados variables de institucionalidad e institucionalización y para profundizar el arraigo en escalas locales, regionales, nacionales e internacionales.

Existe un latido compartido en numerosos espacios conjuntos que giran sobre búsquedas para contrarrestar y hasta desmontar las estructuras sociológicas y epistemológicas dominantes. Está presente una exploración de nuevas lógicas sociales, de socialidades y colaboraciones, una recuperación de perspectivas y una percepción de ganancias en tiempos de calidad y bienestar; asimismo, una inmersión en lógicas epistémicas de conocimientos en diálogo, con múltiples referencias,

múltiples voces y múltiples posiciones. Late un esfuerzo por recuperar una definición amplia de la propia medida de la reproducción del trabajo académico, y en ese tránsito se advierten formas de ciencia más públicas, abiertas, multilaterales, posdisciplinares, posestatales y posnacionales. Las variadas redes de relaciones activan otros tipos de “colegios invisibles” que operan, con independencia de la distancia, para responder a la necesidad de construir comunidades que reequilibren las relaciones de competencia con las de cooperación y colaboración. Sin duda, en esas formas sociales, prácticas y comportamientos emergen principios y características disciplinares innovadoras con potencialidades creativas y transgresoras; palpitan actos de resistencia al orden de las estructuras dominantes como actos de pensamiento crítico y emancipatorio.⁵⁰

Las universidades continúan siendo instituciones por excelencia para someter a crítica el conocimiento científico y humanístico a pesar de sus pérdidas de centralidad y la crítica social de las que son objeto.⁵¹ Sin duda, las universidades requieren otra reconfiguración integral más allá de las sombras neoliberales para, por ejemplo, el robustecimiento de la autonomía, una reestructuración posdisciplinar y la integración de agendas de investigación con problemas que sitúen a los actores universitarios en diálogos públicos como una comunidad de sentido histórico. También precisan de esa reconfiguración para detener la fuga de sus académicos, que buscan trabajar fuera por la asfixia, el malestar y la desorientación predominantes intramuros, donde ocupan puestos como “frutos secos”,⁵² por la pérdida de perspectivas estratégicas que orienten los trabajos y la participación de la comunidad universitaria y, sobre todo, por las amenazas directas o indirectas a las libertades de cátedra, investigación, pensamiento y creación, a la integridad de

⁵⁰ Zemelman, *Configuraciones críticas*, 279.

⁵¹ Santos, *La universidad en el siglo XXI*, 36.

⁵² Calhoun y Wieviorka, “Manifiesto por las ciencias sociales”, 46.

la investigación y el investigador o investigadora, y a la seguridad individual y colectiva, social y pública.

La universidad es un bien público, social y común. Está llamada a ser la casa del pensamiento crítico constructivo que reivindique la democratización del acceso de las nuevas generaciones —sin clasismos, sexismos, etnocentrismos o racismos—, como garantía de derechos sociales y culturales como el derecho al conocimiento y a la información científica, así como a la democratización del conocimiento, el acceso y la apropiación social del mismo. La participación de todos los actores universitarios en la vida democrática, en el debate y la creación de ideas y acciones para la vida pública, contribuirá a que la ciudadanía acompañe las vindicaciones del libre ejercicio de la docencia, la investigación, la creación y el pensamiento. Asimismo, contribuirá a que vele por la vocación de la universidad de servir a la humanidad, al girar sobre su pertinencia social y su enraizamiento en las demandas y los problemas históricamente acumulados en nuestros entornos. Ello sin simular o renunciar a su encarnamiento en la realidad local para una transformación social comprometida con el bienestar colectivo y la sostenibilidad ambiental. Una universidad situada en su contexto, contextualizada, arraigada localmente y encarnada en los problemas humanos es universal.⁵³ Para ello se precisa liberar a la universidad del paradigma institucional basado en la lógica burocrática y empresarial, transitar hacia una universidad emancipadora donde se exploren paradigmas institucionales con vocación político-pedagógica, responsabilidad social y compromiso político. Se requiere poner en valor el conocimiento, discurrir del conocimiento-productividad al conocimiento-reflexividad. En otras palabras, dejar de pensar en los estándares de calidad global, y encontrarse como una universidad abierta a la sociedad y al tiempo en devenir.

Los sistemas de ciencia y educación están estrechamente vinculados con la construcción de los proyectos de sociedad. Las políticas

⁵³ Santos, *La universidad en el siglo XXI*.

públicas de ciencia y educación expresan los pactos definidos entre el Estado, la sociedad, el mercado y las comunidades. La fortaleza o debilidad de esos vínculos está relacionada con el descubrimiento del significado de la utilidad social del saber como reflexividad sobre el mundo o como capacidad de responder a preguntas sobre el sentido de la vida. La producción, apropiación y reelaboración del conocimiento público lleva consigo prefiguraciones generales del futuro. La naturaleza del contrato social sobre ciencia y educación modula las articulaciones, ensamblajes y enlaces entre los actores de ambos campos y las lógicas de los procesos sociales.

Otro contrato de ciencia y educación parece emerger en el horizonte sobre la base de cuatro mandatos sociales: el de unas ciencias no comerciales, abiertas a la coproducción en red, al conocimiento por demanda de los problemas sociales y a la ciudadanía crítica y activa que integre al buen diagnóstico la denuncia pública de las situaciones constatadas. El saber acumulado por la ciencia y por el espíritu individual tiene utilidad social cuando alimenta el debate público con análisis informados, competentes y conscientes. Es el conocimiento público el que valora la contribución de las ciencias sociales más allá de las meras opiniones. Por ello, el mandato de desmercantilizar la ciencia y el trabajo académico emerge como una ruptura con hábitos arraigados que han fomentado el escepticismo y la desconfianza y, en su lugar, generar una activación de relaciones o vínculos en la sociedad, de relaciones con lo público, con el bien público, con nuevas formas de gestionarlo. Entonces, las ciencias sociales se enfrentan a una lucha permanente y cotidiana por la autonomía, sin clausuras ni cerraduras, es decir, se busca una apertura a las conexiones con la sociedad como principal interlocutora de sus fines críticos y reflexivos.⁵⁴

⁵⁴ Las controversias sobre las nuevas políticas educativas, de ciencia y tecnología en México tienen su origen en la renovación del pacto o contrato social de ciencia y educación, donde se busca que la sociedad, otras sabidurías y las comunidades científicas sean protagónicas, así como en el reconocimiento de los derechos humanos y sociales, entre los que destacan los derechos a la educación,

Otro mandato actual es el de actuar en red, de manera asociada entre universidades, centros de formación e investigación y organizaciones no gubernamentales y de gobierno, sindicatos, movimientos sociales, grupos vulnerables, comunidades, corporaciones culturales o asociaciones profesionales o de creadores. Ante el crecimiento del sector académico público y privado, es un imperativo desarrollar asociaciones estratégicas con apuestas éticas para promover la cooperación y la solidaridad, para fortalecer las capacidades locales, la integración de esfuerzos y los resultados de formación e investigación, y para robustecer la reflexividad crítica y la acción sociopolítica como comunidades académicas de aprendizaje, acción y pensamiento. Estas alianzas políticas con la sociedad permitirán trabajar por la calidad de la ciudadanía con un horizonte de largo plazo y luchar por mantener y ampliar los derechos. La coproducción en red, en la acción conjunta sujeto-sujeto, es un mandato para resguardar el potencial de todos los proyectos latentes en la sociedad sin colonialidades del poder-saber ni lógicas extractivistas. Con esa seminal visión descolonizadora tienen que renovarse los condicionamientos políticos para favorecer la responsabilidad social y el compromiso con la vida pública; por ejemplo, con la promoción del conocimiento público como amplio repositorio de discernimiento social a través de una participación en el entramado de agencias culturales que modulan la producción, conservación, acceso y distribución de informaciones, datos o conocimientos significativos para la representación de la realidad y la interpretación del mundo, así como para dar plausibilidad a prácticas y proyectos concretos.

Desde 1999, en la Conferencia Mundial sobre la Ciencia en el Siglo XXI se plantearon los desafíos de un nuevo contrato entre ciencia y sociedad, donde todas las partes relacionadas, fueran públicas o privadas, se comprometieran firmemente con las problemáticas realidades medioambientales, productivas, sociales y políticas de la sociedad con-

al conocimiento y a la ciencia. La ciencia y la educación están en disputa, tanto como el Estado mismo está siendo un campo de fuertes forcejeos.

temporánea.⁵⁵ Al criticar la desigual distribución del saber científico y la ampliación de las asimetrías sociales conforme el conocimiento se transformaba en un factor determinante de la producción de riquezas, se definió la necesidad de un compromiso de la ciencia con el desarrollo humano, integral, equitativo y sostenible de las poblaciones, y se planteó el reto de abrir la ciencia a los ciudadanos dando visibilidad a todos los saberes —escuchándolos— y democratizando el acceso al conocimiento a través del diálogo constructivo y comprensivo. La apuesta fue por modelos multilineales de desarrollo científico a partir de esfuerzos multidisciplinarios, por considerar la ciencia como un bien compartido y multirreferencial, y por un uso responsable del saber para la preservación de los sistemas de sustento de la vida y la promoción de mecanismos adecuados de relaciones entre ciudadanos y científicos que amplíen la confianza mutua restituyendo sus agencias. De este modo la sociedad, que valora y financia la ciencia, se colocaría como eje central en la gestión compartida de los contratos públicos sobre ciencia mientras se impulsa un compromiso con desmercantilizarla, despatriarcalizarla y descolonizarla. La apuesta sería por un conocimiento por demanda,⁵⁶ producido, distribuido y consumido socialmente a partir del acceso libre a los resultados de investigación, a cursos de formación y actualización, al arte y la cultura socializada sin restricciones.

Las relaciones entre las ciencias y las instituciones democráticas son constructivas cuando coinciden en la necesidad de invertir en un ámbito donde la rentabilidad económica de corto plazo no es una prioridad, y cuando no se cae en la tentación del uso instrumental del conocimiento con fines demagógicos. La democratización contribuye a aterrizar las formas mitificadas de la ciencia en las que esta cae para cumplir sus promesas, al situarla en el concierto diversificado de vo-

⁵⁵ UNESCO e ICSU, *Declaración sobre la ciencia y el uso del saber científico*. Conferencia Mundial sobre la Ciencia para el Siglo XXI: Un nuevo compromiso. Budapest, 1 de julio de 1999. http://www.unesco.org/science/wcs/esp/declaracion_s.htm

⁵⁶ Rita Segato, *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2013).

ces del ámbito público que despliegan sus habilidades intelectuales críticas para analizar informaciones y articular diversas fuentes de conocimiento para resolver problemas. La apertura de oportunidades y posibilidades estratégicas requiere de la recuperación, el reconocimiento y la estimulación de las alternativas, de prácticas resistentes y de pensamientos con fuerza crítica y emancipadora. En primer lugar, requiere cuidar los espacios de construcción de conocimientos y de enfoques teóricos renovados, asegurar la sustentabilidad financiera e institucional de la investigación con fuentes alternativas complementarias, y pensar otros indicadores pertinentes y oportunos para orientar las políticas de incentivos a la colaboración, la materialidad y la producción en todas las partes del sistema.

Como vimos, buena parte de los malestares académicos han estado asociados con los extremos procesos de evaluación de la calidad del quehacer intelectual, que han operado como mecanismos de disciplinamiento, censura, control o “selección natural”. La evaluación, más que un sistema de administración del conocimiento y de “recursos humanos” que se someten a la obligación de cumplir los criterios con que se valora su trabajo para obtener “recursos económicos”, puede redefinirse como proceso de aprendizaje académico y político, de promoción de buenas prácticas y como parte medular de un crecimiento personal y colectivo con compromiso, equidad y apertura a las comunidades y al público en general. Una evaluación basada en criterios discutidos y acordados por las comunidades académicas permite establecer las diferencias necesarias para cada uno de los distintos grupos de académicos de disímiles áreas disciplinares y garantizar la construcción de los propios ideales de calidad y éxito sin generar desalientos o matar la voluntad y la originalidad. También, será necesaria la correspondencia entre los resultados de esas evaluaciones y los incentivos de distinta naturaleza, rompiendo circuitos de autocomplacencia narcisista o de reproducción de las diferencias, las desigualdades y las jerarquías. Asimismo, se necesitará que los sistemas de evaluación de la producción y las publicaciones científicas se actualicen asumiendo el gran reto

de ligar el reconocimiento del valor del trabajo, la construcción del prestigio y las percepciones salariales e incentivos financieros con los contratos laborales para recuperar el trabajo como valor y como medida de reconocimiento social. Definitivamente, es necesario poner la evaluación en su lugar como manera complementaria —no única— de considerar y decidir la calidad de un trabajo y la relevancia de una trayectoria académica que debe ser reconocida con un nuevo contrato laboral o con promociones a través de mejoras en los contratos vigentes.

Un nuevo sentido histórico de la ciencia parece emerger en medio de la crisis de las actuales condiciones de producción, socialización e innovación académicas. Sin embargo, está por desentrañarse la naturaleza sociopolítica y epistemológica de los procesos de transformación de la ciencia, para cambiar de un aparato mercantil burocrático hacia un dispositivo para el discernimiento y la deliberación pública. Priorizado este segundo sentido, se pugna por una ciencia basada en el diálogo de saberes, las relaciones transepistémicas, el conocimiento horizontal y la colaboración para la innovación y la aplicación social. Sin embargo, múltiples y complejas mediaciones configuran un campo plural y constructivo de medular importancia política y cultural considerando que los márgenes de la autonomía y la soberanía del conocimiento tienen una dimensión constitutiva y constituyente del orden social.⁵⁷

Los trabajadores de la cultura y del conocimiento enfrentamos diariamente relaciones entre saberes que son modificados con las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, operándose una disociación entre intereses científicos, privados y públicos. Sabemos que tales intereses están engarzados en geografías de sentido donde el uso de las tecnologías digitales tampoco cumple su promesa de transformar las instituciones y a la sociedad, con nuevos patrones más democráticos de relación con el conocimiento público. Sin duda, las tecnologías modulan las relaciones entre formación y ciudadanía al definir cambios en la participación, el acceso y la preservación del

⁵⁷ Lander, "La ciencia neoliberal", 45.

conocimiento y al aportar a la socialización de la ciencia y del conocimiento como ejercicio ciudadano que participa de la construcción de sentido histórico común y de la búsqueda de justicia social y cognitiva. De ahí el encargo de preservar y crear espacios comunicativos para el diálogo plural e igualitario de saberes que superen la injusticia cognitiva contenida en las injusticias sociales, así como de garantizar el acceso, el uso, la apropiación y la democratización del conocimiento como un bien colectivo y estratégico para preservar la vida.⁵⁸ Trabajar contra la desconfianza en la ciencia y contra el utilitarismo del conocimiento, construir alternativas de utilidad social de las universidades y centros de investigación, es promover una ciudadanía crítica y activa, ampliar la comunicabilidad participando en las luchas por el sentido de lo público y proyectar el futuro tomándole el pulso al presente con aportes propios llenos de lugares de esperanza.

Con las alteraciones radicales que definen la conflictividad actual emergen claves críticas de las nuevas configuraciones del pensamiento y la acción histórica, como la acumulación de conocimientos por vías informales, más subterráneas, donde la formación de capacidades colectivas transcurre por caminos no institucionalizados, a través de la pluralización de las respuestas en organizaciones reticulares de gran capilaridad que conforman otra geopolítica del conocimiento científico. Esta geopolítica deslocalizada busca contrarrestar las desigualdades en relación con otras ciencias, actores, instituciones y regiones, y desafiar heréticamente políticas de administración del conocimiento. Son otras estrategias para adquirir presencia pública, legitimidad, prestigio e identidad, notoriedad y distinguibilidad, que deben estudiarse. Se trata de otra acumulación que asume la dimensión performativa de las ciencias sociales,⁵⁹ su carácter agencial, como un ensamblaje entre ciencia y

⁵⁸ III Conferencia Regional de Educación Superior para América Latina y el Caribe, *Declaración*. Córdoba, Argentina, 14 de junio de 2018. [http://www.cres2018.org/uploads/declaracion_cres2018%20\(2\).pdf](http://www.cres2018.org/uploads/declaracion_cres2018%20(2).pdf)

⁵⁹ Claudio Ramos Zincke, *El ensamble de ciencia social y sociedad. Conocimiento científico, gobierno de las conductas y producción de lo social* (Santiago de Chile:

sociedad, entre saberes y poderes como narrativas y prácticas sobre la vida y, como indica Lander, sobre la muerte. Los modelos de sociedad mediatizan el poder constructivo y destructivo de la ciencia, así como el papel de los conocimientos como fuentes de enriquecimiento educativo, cultural e intelectual en la transformación social.

Apostar por una ciencia pública,⁶⁰ crítica y constructiva es apostar por mayor reflexividad social sobre fracasos y problemas actuales, ganar en conciencia reflexiva sobre las formas de agenciamiento y de las prácticas, y definir las cadenas referenciales y las cadenas performativas que se entretajan en el modelado de la realidad. También implica participar públicamente en la definición de los problemas sociales, la apropiación pública del conocimiento y la transformación de las estructuras de las relaciones sociales como parte de una comunicación libre entre audiencias abiertas dispuestas al uso y la apropiación del conocimiento.

La crisis institucional de las ciencias sociales “profesionalizadas” frente a las “productivistas” expresa la crisis de la sociedad actual y las disputas de sentido histórico. De esta manera, la crítica a la concepción neoliberal de la ciencia y de las políticas públicas expresa una crítica a mecanismos de dominación, reproducción y profundización de las desigualdades sociales. Por ello, se actualiza el contrapunto entre dos estilos académicos: el “profesional” y el “intelectual”. El primero se encuentra restringido o enclaustrado en campos disciplinares y académicos propiamente dichos, mientras que el segundo, con notoria participación y expresión pública, está comprometido con un sentir, pensar y actuar atento a elevar la capacidad colectiva de análisis para resolver los problemas sociales y responder a las exigencias de la práctica. Ambos estilos pueden entrar en conflicto, lo mismo que la “ciencia comprometida” entra en conflicto con la “ciencia mercantilizada” cuando se

Universidad Alberto Hurtado, 2012).

⁶⁰ Michael Burawoy, “Por una sociología pública”, *Política y Sociedad*, vol. 42, núm. 1 (2005), 197-225.

pregunta sobre el desarrollo como medio o fin y por la expansión de las posibilidades y libertades en función de una vida digna.

También nos encontramos ante modelos de ciencia que enfrentan: libertad y utilidad, saber crítico —problematizado, reflexionado y creativo— y saber asegurado —reproducible, estandarizable, procedimental—, el valor de saber/conocimiento en sí mismo y su valor como mercancía en el mercado de las ideas. En esas coordenadas se debate sobre cómo replantear el complejo tejido ciencia-sociedad-Estado-mercado, articulando los capitales científico, cultural, social, económico y político con estructuras efectivas y visibilidad pública —legitimidad, interés, apoyo/alianzas—. Las políticas del conocimiento se debaten en torno a esas articulaciones, que terminan configurando el trabajo intelectual como parte de enrolamientos por intereses, relaciones de comunicación y relaciones de fuerzas sociohistóricas.

El conocimiento de las ciencias sociales es tan impreciso como cambiantes son los encadenamientos concretos en las configuraciones históricas. Sin embargo, en las derivas de sus devenires históricos son necesarias nuevas claves para elevar las capacidades del pensar crítico y del actuar constructivo de la sociedad. La utilidad pública del conocimiento pasa por su contribución positiva a las transformaciones hacia una sociedad mejor, integrando fragmentos y crítica de fuentes, pensando en tiempo real, aportando análisis rigurosos, documentados y críticos de las crisis mientras transcurren,⁶¹ y haciéndose cargo de la definición de condiciones para que las instituciones públicas sean más eficaces sin atropellar, intimidar o coartar a sujetos, ni agudizar contradicciones sociales.

La ampliación de las potencialidades de las ciencias sociales no puede soslayar uno de sus anclajes en la vinculación sensible de las carreras académicas con las trayectorias vitales pensando en biografías orgánicas —individuales y colectivas—. Esto quiere decir conectar la investigación y sus resultados con preocupaciones y aspiraciones más

⁶¹ Calhoun y Wieviorka, "Manifiesto por las ciencias sociales", 57.

amplias, enraizarlos localmente, pero como parte del movimiento global de ideas, y coligar las múltiples referencias de los conocimientos de los agentes, un posicionamiento siempre relacional con coordenadas sociales, culturales, económicas y políticas, que son un patrimonio colectivo combinable de los sujetos históricos. Este es un llamado a la coherencia entre la lucha por la sostenibilidad académica y otras luchas por la reproducción social y una vida digna. Sin duda, los espacios de libertad académica son expresión de los espacios de libertad social.

La capacidad crítica enfrenta límites definidos por los supuestos sociales dominantes. Las fronteras de la ciencia deben ser historizadas para desnaturalizar su carácter agencial —idealizado, mitificado, sobredeterminado, incontrolado— y para destejer la madeja de constricciones, entrampamientos e, incluso, estereotipaciones de la agencia científica y humanística. Para ello, debe darse cuenta tanto de las coacciones o censuras sociales naturalizadas, normalizadas, impensadas y ritualizadas —incluso en los conceptos de capital, impacto, evaluación, calidad o excelencia—, como de las luchas por dar nuevos sentidos, por construir otras formas de vinculación con visión histórica y política. De este modo, se apostó por comprender los cambios en los ámbitos de trabajo y, en particular, las consecuencias en las dinámicas laborales de las políticas institucionales de regularización, limitación y vulneración. Se trata de ganar en conciencia de las determinaciones que definen límites, continuidades y rupturas; una comprensión del “coeficiente histórico” que gravita en trayectorias biográficas e institucionales, en sus condiciones materiales y dinámicas institucionales que parecen estar “fuera de sí” con enmascaramientos egocéntricos, narcisistas y tecnocráticos, circuitos ontológicos para diversas experiencias académicas y secuestros de lo público. Más allá de los rígidos encasillamientos, se ha constatado una dura porfía programática sin renunciar a compromisos y vocaciones con la producción de conocimientos, la formación de nuevas generaciones y el debate público de ideas como pilares de la reproducción de las comunidades académicas, las cuales han luchado por su sostenibilidad, contra la precarización

galopante y las distintas formas de colonialidad hegemónicas, a través de esquemas dominantes de representación, dispositivos epistémicos y repertorios político-policiales de evaluación, disciplinamiento e, incluso, criminalización.

Hoy no alcanza para hablar sobre la historización del desarrollo no lineal de las ciencias a partir de los procesos de profesionalización, institucionalización y cientificación, de los grados de organización, del estatus científico y de las condiciones socioculturales. Esta nueva etapa, de mediatización económica y burocrática, se definió por densas mediaciones de múltiples actores y agencias públicas y privadas con intereses y principios diferenciados que tejieron complejas relaciones de dependencia cuya medida de sí mismas ha sido el mercado y la concentración patrimonialista de los réditos de ese capital que es el conocimiento. La mercantilización y su prima hermana, la burocratización, definieron un periodo de escasez, precariedad y dependencia en el que se comercian y capitalizan privadamente los resultados de la ciencia financiada con recursos públicos, se precariza el trabajo, se segmenta a las comunidades intelectuales y se asegura comercial y políticamente la heteronomía del campo científico. Sin embargo, en este mismo período emergen configuraciones críticas, con muchas muestras de avanzada de un movimiento de las ciencias sociales para salir de la encrucijada histórica integrándose en la vida pública con libertad, integridad y seguridad.

El intelectual no tiene quien le llore*

EN EL MEDIEVO, EL clero fue dueño de la palabra escrita, mientras que el pueblo lo fue de la cultura práctica. En la modernidad, el rol del clero fue asumido por los ilustrados y los científicos, y el del pueblo, por las masas. Eclesiásticos, cultos e investigadores tienen en común con muchos trabajadores de la cultura, como los escritores, artistas, maestros, comunicadores y demás profesionales, dedicarse al trabajo intelectual.

El o la intelectual se entrega al arte de pensar y, también, del hacer y el sentir. Es humano, pues, aunque su tratamiento impersonal de las cosas, y ajeno a las personalísimas cuestiones sentimentales, no muestre con claridad para qué y a quién sirve su labor. Su encargo social gravita sobre la gran (ex)presión cultural del pueblo-masa y de las élites sociales o clases dominantes de las cuales forma parte como una “fracción dominada”, según Pierre Bourdieu.⁶² Unos y otros perciben muchas veces al intelectual como un incómodo estorbo, un mal necesario o el menor de los males.

Las distintas posiciones del intelectual en la estructura social, su identidad profesional y su prestigio dependerán de cómo juegue su papel mediador en las relaciones de poder que conforman unas estructuras de dominación dadas. El intelectual es un mediador de las

* Publicado el 11 de octubre de 2020 en *Chiapas Paralelo*, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2020/10/el-intelectual-no-tiene-quien-le-llore/>

⁶² Pierre Bourdieu, “Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase” [1971], en *Campo intelectual y campo de poder* (Buenos Aires: Gandhi, 1983), 9-35.

hegemonías, de ahí su labilidad ideológica, su equívoca organicidad y su ambigüedad estructural. Es un sujeto sujetado e interpelado por los *ethos* de su disciplina, por su clase social, por su familia, por el Estado, por la institución donde trabaja, por otros grupos de poder, interés o afines y por la sociedad en general. Sus subjetividades y hábitos de pensamiento y acción están expuestos al escrutinio público, aunque a veces no se reflexione mucho sobre los mismos por falta de tiempo o por temor a encontrar respuestas no deseadas.

Hay muchos estilos intelectuales que no vamos a entrar a tipologizar. En la definición de esos estilos se negocia entre un ideal o deber ser cultural y lo que realmente permiten las circunstancias o condiciones de vida. Se trata de posibilidades históricas configuradas y configuradoras de un lugar en las relaciones de poder rodeado de un aura de autoridad y confianza distribuida desigualmente. El acceso a los recursos y las posiciones para detentar ese capital es disputado, a veces intensa y deshumanizadamente, en aras de ganar en visibilidad pública, impacto social y reconocimiento institucional. La mayoría de las veces se trata de batallas entre personas y no de discusión de ideas, aunque siempre estamos ante contiendas ideológicas en términos profesionales, culturales y políticos, veladas por “...una imagen ambigua de su posición y su función social”.⁶³

La intelectualidad tiene un problema real: vive entre fronteras. Todas las relaciones de poder instauran límites, unas coordenadas de pensamiento y acción dadoras de sentido a la responsabilidad social. Nuestras disciplinas —conocimiento disciplinar—, espacios académicos —conocimiento experto— y ámbitos públicos —conocimiento público— construyen figuras intelectuales alrededor de líneas-límites con convenciones culturales cuyas rigideces no son tan fáciles de superar individualmente porque exigen mucho trabajo colectivo. Las rayas institucionales restringen los pasos, coartan las miradas, cercenan las

⁶³ Pierre Bourdieu, “Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase”, 23. También en: *Intelectuales, política, poder* (Buenos Aires: Eudeba, 1999), 32.

comprensiones, definen las legitimidades y problematizan vínculos intelectuales más profundos —como las herencias en tanto en cuanto semillero para la reproducción del oficio—. Ello es más notable cuando definen lo exterior, el afuera del dominio interno o el más allá de la frontera. Las relaciones con esa exterioridad problemática, que muchas veces es la sociedad toda, marcan las diferencias entre los académicos y los intelectuales porque solo algunos de estos últimos, definidos de manera más general e incluyente, se involucran con ese afuera en la vida pública y se relacionan directamente con el público o las comunidades. De todas formas, son pocos los intelectuales que se pasan de la raya descubriendo brechas y participando de las luchas de los y las diferentes hasta llegar a ser considerados héroes culturales, como los artistas, los héroes políticos o los activistas sociales. No es que los y las intelectuales tengan que ser a la fuerza estrellas mediáticas o líderes del cambio social. Las preguntas de origen son más sencillas: ¿por qué el o la intelectual está generalmente tan solo? ¿Por qué le cuesta tanto la conversabilidad como cualidad virtuosa del encuentro con otros y otras?

Tengo en mente como pista inicial, para responder a estas preguntas abiertas, los desconocimientos mutuos o, mejor dicho, los reconocimientos asimétricos que transforman las riquísimas diferencias en rígidas clasificaciones, injustas desigualdades y férreas jerarquizaciones a través de toda la vida en sociedad. A veces la ignorancia nos ciega y el poder nos silencia, nos invisibiliza u opaca. La distancia de la cosa pública, del interés público, del latir y el sentir de los comunes, de la puesta en común, parece estar detrás de esa soledad de los intelectuales y de esa pérdida de participación en ese gran diálogo fecundo que es la vida en común. La pérdida de sentido de lo público, presentada como su disolución durante el neoliberalismo, ha devenido de la mano de la ausencia, la abstención o la opacidad de la red de coproducción e intercambio mutuo de conocimientos sobre la naturaleza de los vínculos que nos permiten la convivencia. Tengo la impresión de que el descrédito o la disolución de lo público está relacionado con el descentramiento

o descolocación del debate público, de la reflexividad social. Así, los intelectuales estamos fuera de lugar, refugiados en las instituciones, en alguna comunidad, y protegidos con corazas profesionales, pero *outsider* de la cosa pública o del interés general bien entendido.

Las inercias y los narcisismos académicos se manifiestan, por ejemplo, en nuestros lenguajes, en las formas sofisticadas de hablar y escribir. El desafío no es solo un desafío de interpretación y de competencias comunicativas. La cuestión es para quién se trabaja, dónde encuentra sustentabilidad, sustento o razón de ser el quehacer intelectual y en qué lugar radica la fuente social de su poder de influencia o su legitimidad cultural. Las instituciones formalizan vínculos en contratos laborales para garantizar un sustento económico y fijar reglas cuyos disciplinamientos y asedios no siempre facilitan la sostenibilidad cultural del oficio ni la vida digna del trabajador que produce, enseña y comunica conocimientos. La profesión, la academia, el parentesco y lo público ofrecen un lugar estratégico, social y cultural, cotidiano e histórico, desde el cual obrar, pensar, investigar, escribir e intervenir políticamente. Sin embargo, no es tan fácil desanclarse de las convenciones, las estructuras, las rutinas y los malestares. La afirmación intelectual y política pasa, en buena medida, por la construcción de comunidades profesionales, laborales, académicas o epistemológicas donde los procesos de socialización cotidianos en asociaciones e instituciones, o extraordinarios a través de congresos, seminarios u otros eventos académicos, constituyen las estructuras de producción, favorecen el crecimiento intelectual individual o colectivo con provechosas retroalimentaciones y, en general, nutren las innovaciones y el desarrollo del conocimiento. El sentido de estas comunidades es evidentemente antropofágico. Son comunidades autorreferenciales, centradas en sus propias lógicas y devoradoras de personas de las cuales se alimentan en términos corporativos con su propio sentido histórico recursivo. Más allá del ombliguismo, una comunidad intelectual en devenir con un sentido histórico compartido con la sociedad es necesaria, viable y buena, pero no es fácil.

Todos o todas cargamos con dislocaciones, escisiones, tensiones y contradicciones que dejan ver nuestras raíces y desarraigos, nuestras herencias y renuencias, aunque no sepamos muy bien qué hacer con ellas o no seamos conscientes de cómo las negociamos en medio de una sensación de igualdad y libertad. Nuestros talentos y capitales culturales se movilizan a partir de compromisos políticos y de cálculos de distancias científicas o académicas que no siempre tenemos claros. Así, definimos grados variables de implicación social como agentes del conocimiento, desde una relación de interioridad, para la intervención en el cambio social o, desde una relación de exterioridad, para objetivar la realidad estudiada. Independientemente de la apuesta, se terminan descubriendo las luchas por la autonomía intelectual y académica como acciones estratégicas en el terreno de la contestación, donde se articulan otras luchas por la autonomía y las utopías en distintos ámbitos de la sociedad civil y política; ámbitos enfrascados, también, en organizar los sometimientos, los consentimientos y las resistencias en el contexto amplio de la dominación cultural.⁶⁴ Por ello, el imperativo de las relaciones mediatizadas entre tejido social e intelectuales plantea corresponsabilidades en la construcción de sentidos de vida que trasciendan los intereses particulares y la impotencia ante las emergencias, en la movilización de los reconocimientos mutuos; invita a verse en el espejo, en el rostro o en las barbas del otro o la otra, a ponerse en sus zapatos. Al parecer, la crítica a la actividad intelectual “extraña”, por lo que necesita un amplio trabajo, paciencia y vigilancia colectiva para ganar en conciencia de las limitaciones del universalismo y del corporativismo que nos coloniza.⁶⁵

Mi sospecha vehemente se transforma en convencimiento sobre el sentido del ejercicio y el lugar propio del intelectual en el conjunto de

⁶⁴ Michael Burawoy, “La dominación cultural, un encuentro entre Gramsci y Bourdieu”, *Gazeta de Antropología*, vol. 30, núm. 1, artículo 14, 2014. <http://hdl.handle.net/10481/31815>

⁶⁵ Kate Crehan, “Los intelectuales y la producción de la cultura”, en *Gramsci, cultura y antropología* (Barcelona: Bellaterra, 2004), 149-180.

las relaciones. El intelectual no tiene quien le llore al final de sus días sociales o biológicos o en cualquier momento desastroso de su vida. Su nexo ambivalente y sin sentimientos con el colectivo lo sentencia a ello. La figura sociológica es ocupada por otra persona. La persona ausente o reemplazada es socialmente olvidada aun cuando se evoque su recuerdo a partir de alguna posible contribución registrada en un catálogo. La persona presente o sustituta pronto saborea las mieles de la movilidad social y aprende sobre la relatividad del éxito y el destino público de sus ideas, mientras las huellas del ejercicio del poder se encarnan en sus experiencias. Las personas siempre tendrán quienes les lloren y recuerden emotivamente como asunto familiar o personal. Quienes se dedican al oficio intelectual, como quienes lo hacen al muy antiguo de dar placer, podrán ser recordados por alguna obra trascendente o mayor —como suelen sugerir los evaluadores del Sistema Nacional de Investigadores, del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en México—, pero difícilmente podrán encontrar quien les llore.

La angustia académica*

LA EXTENSIÓN DEL MIEDO académico como fundamento reprimido de nuestra vida universitaria es un síntoma grave de los asedios a la academia.⁶⁶ Tanto las políticas neoliberales como las que tienen pretensiones posneoliberales han pasado la factura del costo de sus recetas de cambio y ajuste a las comunidades universitarias. Las consecuencias, deseadas o no, de estos procesos de actualización apenas las estamos empezando a comprender, pero es evidente a todas luces que una de ellas es el malestar académico ante los riesgos y las amenazas a la reproducción de las culturas académicas y a la sobrevivencia misma individual y familiar. El temor, la tristeza, la impotencia y la desesperanza describen la angustia académica, que se ensancha y profundiza bajo el reino de las sombras de universidades cada vez más policiales.

La degradación de los espacios universitarios es una muestra más de la degradación de los espacios públicos, de la vida pública en general, siempre intoxicada por los operadores del Estado. Si hoy las universitarias y los universitarios percibimos que estamos contra la pared y en

* Publicado en *Chiapas Paralelo*, 21 de febrero de 2022, Columna Contrapunteo, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2022/02/la-angustia-academica/>

⁶⁶ Ver la excelente columna de María del Carmen García Aguilar, “El imaginario del miedo de los trabajadores académicos universitarios en el siglo XXI”, *Chiapas Paralelo*, 10 de enero de 2022. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2022/01/el-imaginario-del-miedo-de-los-trabajadores-academicos-universitarios-en-el-siglo-xxi/>. También, en este mismo libro, “La intemperie social y la precarización del trabajo académico”.

la intemperie es porque la discusión libre y respetuosa entre iguales, la colegialidad que es una cualidad de la vida colectiva democrática entre universitarios, ha sido precarizada, encogida y secuestrada en rituales formales que teatralizan la construcción de las tramas de saberes que debieran legitimar la toma de decisiones trascendentales para la comunidad. La foto, el espectáculo, el festival, el *show* del simulacro, son fachadas de cartón que esconden la privatización de la verdad y la discrecionalidad de las autoridades, que juegan a ser por unos días el estado del poder. No hacen falta pruebas, contrastaciones de evidencias, argumentos y réplicas, la culpabilidad o la inocencia de quien sea está cantada de antemano a partir de consignas binarias: “conmigo o contra mí” y, su corolario, “amigo o enemigo”.

Desde ese punto de partida, no hay nada que hacer, todo se personaliza y la institucionalidad se privatiza en nombre de un supuesto “interés público” adornado con la retórica de la eficacia y la utilidad. El fantasma del enemigo individual o colectivo se activa y es operado para atacar a quien exponga una duda, una idea o un argumento, a quien pida una explicación o exija rendición de cuentas, a quien disienta o dé un clic —o deje de hacerlo— para expresar sus emociones en las redes sociales. Los delatores oportunistas comienzan a cebarse procurando favores que calmen sus precariedades laborales, haciendo de una especie de policía secreta; los jefes inmediatos, que dicen ser “académicos” y “profesionales” pero no fueron elegidos democráticamente, se olvidan de su condición y cumplen las instrucciones superiores creyendo ser parte del *establishment* del poder rectoral de turno —tampoco elegido democráticamente—, y, en suma, el clima de control y vigilancia policial propio de una voluntad de dominio se cuele por todos los espacios universitarios y estresa todo el quehacer académico y administrativo. La universidad es cada vez más una microsociedad autoritaria y totalitaria.

Lo que callamos los universitarios por razones de protección, seguridad y estabilidad no interesa a nadie. Los sapos que nos tragamos a diario por razones de supervivencia podrían llenar costales. La angustia

es, decía Freud, la condición de la represión ante un peligro exterior.⁶⁷ El silencio por censuras sociales y por autocensuras nos lleva a que grite-mos y lloremos por las noches, a que tengamos dificultades para dormir, comer o concentrarnos, a que nos comamos las uñas o nos tiremos de los pelos. La acumulación de emociones, sentimientos, pensamientos, preocupaciones, comportamientos o condiciones desagradables, frustrantes y degradantes ha deteriorado las identidades académicas, ha mermado la creatividad y la innovación y ha trastocado el significado social y personal del oficio y del arte de enseñar e investigar. La sensación de agobio se traduce en no pocos casos en pavor, terror y pánico.

Si un maestro enfermo va a dar clases con miedo porque teme ser despedido por faltar a la orden nocturna de su jefe inmediato, algo está mal. Si no hay confianza en las autoridades ni en las y los colegas, algo está muy mal. Si una autoridad se dedica a perseguir, judicializar y pedir lealtad incondicional, no solo está todo muy mal, sino que hiede. Y esa corrupción de los mejores códigos éticos y de integridad académica que hemos construido entre universitarios como legado intergeneracional pone en peligro el encargo social de las instituciones. Sabemos que la universidad es un campo de poder, pero llevar las relaciones de fuerza a relaciones de aniquilación moral y laboral del presunto enemigo por no estar “calladito” y “bonito”, por pensar diferente, expulsándolo, arrinconándolo, amenazándolo u obligándolo a callar y a mantener su saber en el espacio privado, es colonial, estigmatizante, racista, degradante, antihumanista o deshumanizante. Lo propio de los regímenes autoritarios y totalitarios.⁶⁸

Si el estudiantado tiene ojos más tristes que los del profesorado, algo está pasando. Si le imponen elegantemente propuestas académicas que advierte como violaciones simbólicas, la perversión es casi innombrable. Si teme que la jerarquía decida arbitrariamente sobre

⁶⁷ Sigmund Freud, “25ª conferencia. La angustia”, en *Obras completas*, tomo XVI (1915-17) (Buenos Aires: Amorrortu, 1978), 357-374.

⁶⁸ Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Taurus, 1998).

su trayectoria escolar poniendo en peligro sus metas profesionales y hasta la sobrevivencia de la familia, algo asfixia y enfría el alma porque es tóxico. Es la corrupción del presente, y la desidia ante ella, lo que dibuja la pérdida de nuestros horizontes de futuro.

Si el personal administrativo, que crea las condiciones de posibilidad para desarrollar todo el quehacer diario, se siente más triste que el profesorado y el estudiantado por el peligro de perder derechos laborales, se enrarece la convivencia universitaria. Si cree que no puede soportar aisladamente sobre sus espaldas los recortes, las austeridades y las precariedades acumuladas, entonces el orden de las cosas en las casas de estudio está quebrado. No es que nos angustiemos “de nada” o “por nada”,⁶⁹ mucho menos que seamos “ignorantes” como se dice en los discursos que banalizan los problemas y diluyen los aspectos históricos concretos. ¿Por qué esa sensación colectiva de asfixia? ¿Por qué tantas muestras de extrañamiento y malquerencia en nuestras universidades?

Despojados de los medios colectivos de intervención, de las instancias de mediación y cuidado mutuo, de canales de comunicación horizontales y sistemáticos, y de interlocutores reconocidos por su integridad ética, autoridad moral y legitimidad político-cultural, las universitarias y los universitarios no podemos intervenir en serio y nos angustiamos porque sabemos que nuestros conocimientos no podrán impedir las destrucciones en curso. Vivimos en la intemperie, es decir, nos sentimos fuera o expulsados de nuestros propios centros de trabajo y estudio, que devienen espacios académicos arrasados, vaciados del sentido de sus condiciones, funciones e impulsos vitales. A ese sentimiento de pérdida de poder, de impotencia o imposibilidad, sumémosle la negación del reconocimiento por los resultados del trabajo, la expropiación de los frutos de ese trabajo acumulado durante décadas y la falta de compromiso institucional para dar continuidad a proyectos de largo aliento con un trabajo cristalizado en productos reconocidos

⁶⁹ Sören Kierkegaard, *El concepto de la angustia* (Madrid: Alianza, 2007).

hasta internacionalmente. El viejo Karl Marx le llamó a todo esto “trabajo enajenado”, pero no iniciaré un camino argumentativo tan rudo.

A pesar de sentirse aisladas, deprimidas, ansiosas y aterrorizadas, a las comunidades universitarias les queda un recurso que nadie puede secuestrarles: la ironía. La única liberación posible del vértigo y el agobio del autoritarismo es la burla fina y discreta, el tono pícaro y la expresión que juega con la brecha entre lo que se dice y lo que se hace, la apuesta por dar un doble sentido a las cosas y dar tiempo al tiempo. Así lo han hecho las culturas llamadas populares a lo largo de siglos para resistir y poder heredar a las nuevas generaciones la fe indomable en el retoño del árbol del saber cuando comience la primavera. La angustia como mecanismo de control, dominación y adormecimiento sociocultural tiene su antídoto en otros contracódigos éticos y formas de resistir y descongojarse muy profundos culturalmente hablando. La angustia moral experimentada como pena, vergüenza o sentimientos de culpa ante el incumplimiento del deber, ante supuestos privilegios clasistas, por la falta al derecho de terceros o por miedo al castigo o la sanción,⁷⁰ es muy explotada en los discursos y prácticas del poder universitario para criminalizar, disciplinar y ordenar a las comunidades universitarias y, precisamente por eso, es el blanco de las respuestas de los sujetos al defender otros sentidos del ser universitaria o universitario.

A estas aflicciones individuales y colectivas de quienes hacemos la academia las he llamado el “síndrome del extravío del sujeto universitario”. De ninguna manera debemos aceptar que se responsabilice únicamente a las y los universitarios, y a sus formas asociativas, de la pérdida de esa abstracción que es la universidad, o del desarraigo de la vida en ella, porque esto sería revictimizarlos y recriminalizarlos, lo cual es algo muy común en el discurso institucional, oficial, jurídico y de los medios llamados de comunicación. La responsabilidad de lo que pasa en las universidades es compartida en gran parte por actores extrauniversitarios, desde los campos del poder —gobiernos, burocracia—

⁷⁰ Freud, “25ª conferencia. La angustia”, 357-374.

cias, partidos, poderes del Estado, grupos de presión—, del mercado —empresas, corporativos y poderes económicos de facto— y de la sociedad civil —organizaciones profesionales o sociales, sindicatos, grupos de interés, comunidades—, porque están arrasando con algo que la sociedad en general no debería negociar, a la vez que les están despojando de sus capacidades reflexivas, de su sentido crítico, de su dignidad y de su supervivencia. De cada cual según las responsabilidades en la universidad realizada, a cada cual según el juicio público de la terca historia.

Quando éramos tan colegas*

PRÁCTICAMENTE NO NOS ACORDAMOS de cuando éramos colegas. El tiempo ha pasado de forma tan implacable que casi no nos recordamos de cómo éramos y cómo eran nuestras relaciones interpersonales en la academia. Nuestra memoria sobre el conjunto de lentos cambios que han ido transformando las condiciones académicas, laborales, sociales y políticas en los espacios universitarios, así como las formas de estar y relacionarnos, está fragmentada. Es necesario juntar algunas piezas sobre cómo éramos antes y cómo somos ahora en los contextos académicos a partir de las mediaciones de las políticas educativas, científicas y culturales a lo largo de las últimas décadas de neoliberalismo.

La memoria, siempre frágil, interesada y engañosa, reúne recuerdos y olvidos de forma selectiva al lidiar con un conjunto de intereses políticos y sociales y de dilemas morales o éticos.⁷¹ Siempre reabre la cuestión de la identidad personal y social al actualizarse en medio de contrapuntos oscilantes entre ser/estar, ellos/nosotros. Las concepciones del tiempo, la historia y la sociedad que sobreviven resultan de fuerzas que operan con una doble valencia, positiva y negativa, constructiva y destructiva, como correlatos de los cambios experimentados para

* Publicado en dos partes en *Chiapas Paralelo*, 7 y 14 de marzo de 2022, Columna Contrapunteo, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2022/03/cuando-eramos-tan-colegas-primera-de-dos-partes/>, <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2022/03/cuando-eramos-tan-colegas-segunda-y-ultima-parte/>

⁷¹ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004).

hacer viables unos proyectos, visibles unas cuantas transformaciones e imposibles otras realidades. En este sentido, avanzar no tanto en una ontología del ser académico como en lo que Rodolfo Kusch llamó una “estarlogía”,⁷² supone abordar el arraigo y las relaciones de las comunidades académicas en su complejidad interna, con su “bien-estar” y su “mal-estar”. Esto implica mirar debajo de las epidérmicas homogeneizaciones del tiempo vivido, con una perspectiva histórica y antropológica que recupere las dinámicas y las consecuencias de los procesos históricos desde algunas experiencias personales en distintos contextos. Asimismo, implica reconocer las múltiples causas de los cambios, sus escalas variables, los impactos de las modas, los enroques de poder, la emergencia de diferencias y la normalización de las desigualdades y de las clasificaciones sociales que, indefectiblemente, refieren al tejido de colonialidades internas de la universidad.

Cuando hablo de los cambios en los significados de “ser colegas”, no estoy haciendo un reproche a nadie en particular, ni evoco cual acto nostálgico que “todo tiempo pasado fue mejor”, pues no he perdido todavía toda la juventud. Tampoco quiero decir que éramos mejores entonces que ahora. No, aunque eche de menos algunas buenas costumbres y prácticas cotidianas. Modestamente me detengo en el nerviosismo que produce en nuestros días pronunciar la palabra “colega” para designar a alguien con quien compartimos una relación, funciones o atribuciones en un espacio de trabajo y estudio. Propongo que rememoremos y celebremos los significados de las palabras “colega”, “colegialidad” y “coleguismo” en nuestras formas distintas de estar y de relacionarnos entre académicos y académicas tras las huellas temporales dejadas por las políticas. Sin embargo, me disculpo de antemano porque, con fines argumentativos, seré algo maniqueo en mi configuración narrativa al oponer circunstancias de antes y de ahora que no necesariamente deben leerse de forma radical ni lineal si

⁷² Rodolfo Kusch, “Esbozo de una antropología filosófica americana”, en *Obras completas*, tomo III (Rosario: Fundación Ross, 1998[1978]), 241-434.

se admiten como coordenadas de referencia todas las situaciones, las articulaciones y las apreciaciones intermedias. En cualquier caso, es una honesta invitación a buscar un relato reflexivo sobre “lo olvidado que nunca tuvo lugar para ser lo que somos cada uno o una”.⁷³

Antes los colegas trabajábamos por y para el prestigio colectivo, por el desarrollo de proyectos institucionales. El respeto era ejercido desde el reconocimiento recíproco y constituía, junto con la solidaridad académica y la ayuda recíproca, un valor practicado cotidianamente. Las redes sociales de colegas, amigos o contactos eran puestas al servicio de todos y todas y de los proyectos de desarrollo institucional. El propósito de las interacciones formales o informales era construir conjuntamente, proponer cómo avanzar desde terrenos innovadores tratando de ir más allá de los límites personales, disciplinares e institucionales. El cuidado mutuo era una de las premisas de esas relaciones. Otra, muchas veces, la resistencia ante poderes externos o ante las autoridades burocráticas, con las que se mantenía un contrapunto como eje de construcción de la identidad colectiva, desde miradas cosmopolitas y trascendentes en el tiempo. (Eso que ha sido rebautizado como proyectos estratégicos de largo aliento).

Ahora, tras tantas reformas y contrarreformas, los colegas trabajamos por y para el prestigio individual, por el desarrollo de proyectos particulares que usufructúan los bienes y servicios colectivos. Reinan la competencia por recursos, la acumulación individual de méritos medibles en puntos que se traducen en ingresos extraordinarios y el prestigio adjudicado externamente o la legitimidad otorgada por otros desde afuera. La generosidad y la solidaridad de otrora quedaron reservadas si acaso para círculos muy pequeños de amistad, lealtad incondicional o aparente coleguismo. Los contextos acrílicos han provocado una indignancia respecto de lo colectivo, a la vez que han promovido visiones esencialistas de la identidad académica y retóricas huecas e hipócritas

⁷³ Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido* (Madrid: Arrecife / Universidad Autónoma de Madrid, 1999), 54.

sobre valores y principios éticos. Las redes son cada vez más un capital individual, un tesoro particular con el que se hacen transacciones o se trafican influencias, mientras que los propósitos de las interacciones son políticos para ascender, promoverse o sobrevivir. El eje identitario lo conforman el contrapunto con los otros o las otras internas, que trabajan en los espacios de al lado, la definición de una alteridad situada en el interior de la comunidad y la afirmación simbólica de un centro disputado por grupos de poder e interés. Las trayectorias egocentradas, no exentas de simulacros o simulaciones, han favorecido la perdurabilidad de lógicas de poder y de conflictividades, con las mismas cortas miras de los “totalitarismos de provincia”.⁷⁴ (Quizá con algunas conexiones a redes regionales y mundiales de expertos en una especialidad, campo temático o subtema).

Antes de las olas neoliberales, lo personal era colectivo. Antes trabajábamos colectivamente, a la vez, conjuntamente, con ilusión para transformar. Antes lo colectivo era encarnado. Socializábamos cada información con la esperanza de ayudar a sustentar posiciones diferentes y de hacer florecer el ecosistema académico. Nos leíamos, comentábamos, estimulábamos y apoyábamos. Procurábamos acuerdos y desacuerdos razonados y, más allá de las diferencias profundas, proyectábamos relaciones horizontales de amistad.

Ahora, como consecuencia de las marejadas políticas, lo personal es ajeno a lo colectivo. Ahora trabajamos individualmente, solos, en aislamiento, para conservar prebendas particulares, alianzas, grupos o estructuras de poder. Ahora lo colectivo es extraño. La negación de

⁷⁴ Rita Segato ha advertido magistralmente con este concepto un conjunto de expresiones del dominio territorial absoluto, del accionar sistemático y organizado en circuitos de un segundo estado, una segunda realidad o una economía informal, de tramas secretas de las estructuras de poder donde operan pactos de silencio como el del orden patriarcal con sus mandatos de masculinidad. Rita Segato, *Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (Brasilia: Serie Antropológica 362, 2004); Rita Segato, *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (Buenos Aires, Tinta Limón, 2013).

información es concentración de poder. Nos obviamos, ignoramos, frenamos y desacreditamos. Nos quedamos rígidos, insolventes o irreflexivos y, con el dedo puesto en las diferencias radicales, se cabildea una relación vertical de rivalidad.

Antes, además de compartir nuestros capitales sociales con generosidad, honestidad y franqueza, para beneficio de proyectos colectivos y el bien de todos y todas, gestionábamos proyectos con recursos extraordinarios para ampliar y sostener compromisos institucionales y sociales. La donación de tiempo y de trabajo para el desarrollo institucional era reconocida y agradecida como parte de una suma de voluntades, donaciones y aportes. Ahora, todo el capital social es individual, casi nada se comparte en medio de la competencia, el desánimo y la frustración, solo se piensa en uno mismo, en la competitividad. Si se comparte algo es por un audaz cálculo utilitarista de ganancias personales o grupales, no se pone al servicio real de lo común. Desempeñar responsabilidades institucionales es un suplicio desgastante, un ejercicio solitario e ingrato, sin reconocimiento de nadie.

¿Qué hay detrás de este misterio psicológico y sociológico? Advierto, en primera instancia, un desierto, un asolamiento, producto de políticas concretas y de la manera de gestionarlas. Un cisma en la sociabilidad académica que no depende tanto de la dedicación o del compromiso intelectual de antes o de ahora, ni del amiguismo y los niveles de exigencia, ni de los cambios generacionales, aunque estos no deben perderse de vista. Quizá atravesamos momentos de ciclos vitales y trayectorias intelectuales desencontrados, no nos fiamos tanto de lo que no da seguridad, del otro o la otra, de la autoridad que escuchamos sin que nos escuche. Pareciera que, atrapados en situaciones percibidas como peligrosas y en circunstancias vaciadas de sentido relacional, de compañerismo y de confianza mutua, escondemos o enterramos la cabeza como el avestruz.

Sin embargo, el avestruz no es tan cobarde como lo pintan, ni evade las confrontaciones, los problemas o las responsabilidades. No debemos clavarnos en una visión victimizadora de la academia. A pesar

de todo hemos resistido con configuraciones críticas, y más allá donde alguna institucionalidad se construyó y donde las normatividades y los códigos no escritos han sido respetados. Lo que pasa es que nuestras identidades están siendo procesadas en una tensión permanente entre mínimas formas de convivencia institucional y evasiones individuales. Las condiciones institucionales persistentes, más o menos cambiantes, y la oscilación entre ellas favorece las expresiones de desafección colectiva a la vida institucional, es decir, son como especies de fugas interiores que los poetas llaman *insilios*, cuando el silencio expresa un encierro psicológico, o *inxilios*, cuando se cierran las puertas de las casas o los cubículos para no ver a nadie.

En esas formas de estar sin ser han influido, sin duda, los impactos críticos de liderazgos destructivos y los entornos institucionales tóxicos. Por ejemplo, ha influido la gestión institucional de las evaluaciones, utilizadas más para sancionar que para ayudar a mejorar o reconocer el trabajo con dignidad, para prevenir los conflictos, asumir los problemas de reconocimiento o tomar decisiones informadas y consensadas. La balcanización en el interior de los espacios académicos y la individualización que nos pone a unos frente a otros, han sido resultados de la máxima estratégica *divide et vincas, divide ut imperes y divide ut regnes*.

La socialidad académica está hiperritualizada, algoritmizada, por las mediaciones de los regímenes institucionales y tecnológicos actuales. El coleguismo virtual se afianza aprovechando la distancia sin los olores del roce diario. Además de las trayectorias egocentradas, tenemos vidas ensimismadas en microcosmos que enfatizan las delimitaciones y el encierro sobre algunos vínculos y contactos que también quieren salirse del mundo o bajarse del tren. Las “comunidades institucionales”⁷⁵ son menos revolucionarias, menos comunicativas,

⁷⁵ Juego con este concepto en el sentido crítico con que lo acuñara desde 1994 el gran antropólogo y extraordinario maestro y colega Jan Rus, “La comunidad revolucionaria institucional: la subversión del gobierno indígena en los Altos de Chiapas, 1936-1968”, en *Chiapas: los rumbos de otra historia*, coords. Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (México: UNAM / CIESAS / CEMCA / UAG, 2003), 251-277.

menos autopoiéticas y menos resilientes. Islotes de elitismos y provincianismos.

Lejos quedó el ejercicio socrático en la enseñanza, el encuentro en los parques, los cafés o las comidas para socializar intergeneracionalmente. Las comunidades se reproducen desde los espacios formales de los programas de licenciatura o posgrado, donde muchas veces los límites institucionales despliegan relaciones verticales y jerárquicas que imponen líneas curriculares y agendas de investigación que ahogan la creatividad y la innovación. El pragmatismo y el utilitarismo dominan las relaciones de formación para maximizar las ganancias gracias al juego del mercado sobre el cual descansa la ideología económica de la sociedad contemporánea.

El aprendizaje intergeneracional supone que, llegado el momento y sobre los hombros de la generación anterior, se estimulen las discontinuidades y las rupturas, pero no necesariamente la negación que implica la aniquilación social de los mayores o sus herencias cuando les es imposible jubilarse, cuando no se abren nuevas plazas o las vacantes se congelan. El enemigo no es de ningún modo el profesor o la profesora experimentada que arrastra los pies; el problema no es “quítate tú, para ponerme yo”, porque la heredad intelectual no se protocoliza ante notario ni se recibe después de un rito religioso. Abrir las oportunidades para los jóvenes, para sus estudios en todos los niveles y para sus trayectorias laborales, es capital para construir lo cultural colectivo a partir de aportes y realizaciones personales, de trabajo compartido o socializado en la diversidad para favorecer la sostenibilidad, la continuidad y el arraigo necesario de las culturas académicas.

Definitivamente éramos más colegas cuando teníamos el control colectivo del espacio o hábitat académico, de las agendas de discusión y los medios, bienes o recursos materiales y culturales para alcanzarlas, antes de que los indicadores de productividad y calidad como los factores de impacto, los burócratas y los falsos expertos monopolizaran ese poder, nos embaucaran. Se ejerció el poder verticalmente, se nos hizo

claudicar ante las clasificaciones y las jerarquizaciones racistas y dejamos de llamarnos “profesor” o “profesora” o, simplemente, “colega”, “compañero” o “compañera”, para exigir tratos de “licenciado”, “maestra” o “doctor”. Nos impusieron límites internos, jugando con colonialidades internas, cuando se encogió el espacio académico y se estiró el territorio universitario con el uso del concepto de propiedad: “mi cuerpo académico”, “mi grupo de investigación”, “mi proyecto”, “mi clase”, “mi categoría”, “mis logros”, “mi tema”, “mi laboratorio”, “mi cátedra”, “mi ayudante”, “mis resultados”, “mi esfuerzo”, “mi espacio”, “mis derechos”, “mi liderazgo”, “mi historia como fundador o fundadora”. Fuimos cada vez menos colegas o fuimos colegas de otra manera, de lejitos, menos intensos, creyéndonos esas distancias y las diferencias internas, la reificación de esos márgenes, confiando en las medidas de la extensión de la organización y en las carreras en solitario para conseguir el éxito profesional, naturalizando todas las formas de desigualdad de clase, género, sexo, generacionales, de edad, de grados, orígenes, perfiles o niveles dentro de las comunidades. Entonces, cualquier uso de discordancias deliberadas ha sido expresión del coleguismo para compartir —y disimular— la responsabilidad de los yerros que atañen a una persona. Para alcanzar el modelo de éxito individual a toda costa y a toda velocidad se ha aceptado incluso el racismo intelectual, el extractivismo académico y el robo de ideas o resultados de otros colegas y, sobre todo, de los propios estudiantes o colaboradores más jóvenes.

A las comunidades académicas nos ha pasado lo mismo que a las comunidades rurales y urbanas después de las transferencias condicionadas y, quizá como ellas, debemos reconocer que “éramos más felices cuando éramos más pobres”. La corrupción de los vínculos comunitarios con el dinero u otros recursos escasos y preciados da cuenta de las traiciones y de los engaños que han calado en las relaciones de dependencia recíproca y de cooperación entre comunidades humanas a lo largo de historias concretas. Ahora somos, por decirlo de alguna manera, “más pobres e infelices”.

Las muestras de solidaridad, compañerismo y civismo como responsabilidad colectiva se tensan con la preponderancia del interés individual y la intolerancia. Antes éramos más colectivistas sin asfixiar a nadie individualmente; ahora somos más individualistas, asfixiamos al prójimo y nos sofocamos a nosotros mismos con la ceguera y la sordera del egoísmo. Algunas formas de colectivismo murieron con el neoliberalismo porque, como dice el refrán, “verbo y billetes matan carita”. No tenemos el mismo cuidado con los más vulnerables, no exigimos apoyos para su desarrollo, más bien todo lo contrario. Total, hay una gran demanda de trabajo y existe un ejército laboral de reserva dispuesto a aceptar cualquier precariedad.

¡Qué gran dilema! La interlocución, el intercambio y la colaboración entre colegas son necesarios en la configuración crítica de comunidades diversas, dialogantes, virtuosas, creativas, innovadoras y trascendentes en el tiempo. Seguramente tenemos diferentes percepciones sobre los límites y los fines de la convivencia académica, así como interpretaciones disímiles sobre el valor social de las instituciones educativas y de investigación. Sin embargo, sabemos que la colegialidad es una cualidad de las relaciones académicas que define la organización de la vida universitaria porque a partir de la capacidad de colegiar en igualdad de condiciones se conforma una voluntad colectiva, se construyen acuerdos académicos, se reconoce colectivamente la pluralidad, y se aprende socialmente como comunidad de buenas prácticas sin dejar de garantizar la independencia individual ni de promover la realización social del conocimiento. ¿Qué pasa cuando esa colegialidad es artificial, teatralmente operada para manipular o cooptar la comunicación entre pares?

La pérdida de confianza social significa la pérdida de una condición de posibilidad del trabajo, del ser relacional que somos. No se trata tanto de una pérdida de confianza profesional, aunque podría serlo en el caso de la pérdida de fe o confianza en la ciencia. Más bien me remito al deterioro de la confianza interpersonal y de la confianza

institucional; a pérdidas de pertenencia a comunidades académicas con normatividades colegiadas; a esa epidemia de etnocentrismos que incapacita para reconocer errores, transparentar la gestión, socializar la información y democratizar los espacios con relaciones horizontales. La desconfianza entre colegas es un factor grave del deterioro de los contextos laborales y una de las muestras de fragmentación de las comunidades, de su polarización. Sus causas están profundamente relacionadas con la gran desigualdad existente en el interior de las comunidades académicas y con los usos políticos de las diferencias y esas desigualdades. De ahí la vulnerabilidad ante imposiciones políticas, la falta de cohesión y la emergencia de más problemas con peores condiciones para enfrentarlos. La confianza es fundamental para construir en colectivo; si no, impera la ley de la selva, el autoritarismo del más fuerte, el sálvese quien pueda y como pueda.

La socialización académica consiste en un proceso de transformación crítica a partir de las interacciones sociales y de los intercambios comunicativos con otros y otras para el aprendizaje dialógico, la integración social o la transculturación en comunidades de formación, investigación, estudio o trabajo. De ahí su centralidad para la construcción y el devenir de las identidades universitarias y su importancia en la reproducción sostenible de las culturas académicas y profesionales, así como de las culturas institucionales u organizacionales. La fragmentada y débil sociabilidad actual, en cuanto calidad o cualidad de convivir en sociedad, pone en peligro la colaboración y la colegialidad como espacio de trabajo común donde se comparten puntos de vista, se hacen consultas mutuas y se transmiten normas, códigos éticos, valores ideológico-políticos y capitales sociales y cognitivos a las nuevas generaciones. No perdamos de vista que los riesgos en la reproducción de las relaciones sociales de producción académica tensionan y ponen en serio peligro la reproducción de la fuerza de trabajo e, incluso, la reproducción sociocultural y biológica de las personas y sus familias. La profunda imbricación de las dinámicas de estos procesos deja claros

la complejidad y el gran alcance de las situaciones de las que hablamos en términos biopolíticos.⁷⁶

A modo de síntesis, permítaseme formular dos, o acaso tres, proposiciones sociológicas. Si cuesta cada vez más ser una comunidad académica, se seguirá en las orillas de otras comunidades hegemónicas y cada vez más lejos de la posibilidad histórica de constituir comunidades epistemológicas.⁷⁷ Cuando la confianza y el compromiso colectivos levantan cabeza, entonces sí se pueden nombrar los legados y transmitirlos en libertad a otros y otras; a más confianza social, más coleguismo genuino, más convivialidad y más posibilidades de reproducción digna de las comunidades profesionales, científicas o de creadores, de los grupos e instituciones colegiadamente regladas, así como de la sociedad en su conjunto y de la especie humana en general.

El problema es cómo salimos de las malas sombras de la noche donde predominan el individualismo y la competencia, y nos encontramos con los colegas a la luz de día para convivir y compartir con seguridad y sensibilidad sobre las cosas cotidianas, para intercambiar

⁷⁶ Agradezco las observaciones en este sentido de mi querido maestro y amigo Juan Manuel Castro Albarrán. Ver: Michel Foucault, *El nacimiento de la biopolítica* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007). Roberto Esposito, *Bíos. Biopolítica y filosofía* (Buenos Aires: Amorrortu, 2011). Achille Mbembe, *Necropolítica* (Madrid: Melusina, 2011).

⁷⁷ Las comunidades epistemológicas o epistémicas son aquellas comunidades científicas que comparten un conjunto de referencias, principios éticos, criterios de validez, compromisos normativos, metas, objetivos e intereses, se articulan solidariamente para la producción y difusión de conocimientos consensuados e intervienen con voluntad práctica en los debates públicos sobre la realidad social promoviendo la reflexividad y el mejoramiento desde el reconocimiento colectivo de sus experiencias y autoridad intelectual. Peter M. Haas "Introduction: Epistemic communities and international policy coordination". *International Organization*, vol. 46, núm. 1 (invierno, 1992), 1-35. <http://www.jstor.org/stable/2706951>. Hebe Vessuri, "¿Quién es el científico social en el siglo XXI? Comentarios desde los contextos académicos y aplicados y desde la corriente principal y la periferia". *Sociológica*, año 28, núm. 79 (mayo-agosto de 2013), 201-231. León Olivé, *La ciencia y la tecnología en la sociedad del conocimiento: ética, política y epistemología* (México: Fondo de Cultura Económica, 2007). Luis Villoro, *Crear, saber y conocer* (México: Siglo XXI, 2009[1982]).

opiniones sincera y sencillamente, sin dobleces ni segundas intenciones. Definitivamente, no hay mejor decir a un amigo y compañero inseparable que el martiano:

¿Habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?
¡Verso, nos hablan de un Dios
adonde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!⁷⁸

⁷⁸ José Martí, "XLVI. Vierte, corazón, tu pena". *Obras completas. Versos sencillos*, tomo XVI (La Habana: Ciencias Sociales, 1991), 126.

Incidir, intervenir e implicarse. Los gradientes de la responsabilidad social*

SOBRE LA RELEVANCIA SOCIAL de los programas de formación de posgrado y de investigación hay un debate público que ha cobrado actualidad. La discusión no es fútil en un país como México marcado por grandes desigualdades sociales, asimetrías territoriales e instituciones burocratizadas y corporatizadas, así como por múltiples formas de colonialismo interno que atraviesan toda la estructura social y se expresan en altísimos niveles de violencia estructural.

Ahora bien, en un contexto como el nuestro, ¿qué se entiende por relevancia o pertinencia social y qué gradientes adquiere la responsabilidad social? Las preguntas obligan a actualizar las miradas sobre las funciones de las instituciones de formación e investigación, poniendo la vista de manera privilegiada en el campo estratégico de la proyección o la acción pública comprometida. Se trata de una genuina preocupación por el enraizamiento social de programas institucionales como respuesta a la crisis de los tradicionales discursos del eficientismo educativo, el extensionismo cultural universitario y la transferencia de conocimientos a empresas fundamentalmente del sector privado.

La transformación proyectada de las políticas científicas y educativas en el país tiene entre sus palabras clave la interdisciplinariedad,

* Basado en una intervención en el Foro sobre Pertinencia de la Investigación y los Posgrados, organizado por el ITESO, COMEPO y CLACSO el jueves 24 de marzo de 2022. Publicado en *Chiapas Paralelo*, Columna Contrapunteo, 16 de mayo de 2022.

la incidencia y la retribución social, por lo que no debe asombrar que surja la necesidad de una nueva forma de organizar tales prácticas. Ello obliga a las instituciones de educación superior a actualizar internamente muchas formas de concebir los programas académicos y sus estrategias de desarrollo, así como sus formas de relacionarse con los entornos donde están ancladas y con los espacios locales y regionales donde participan. En otras palabras, debe pensarse en un cambio de la línea de flotación de sus programas para redefinirlos como proyectos político-culturales e impulsarlos a sostener vínculos con la realidad social y a marcar la diferencia con la intervención práctica en el mundo para tener un sentido cívico.

La preocupación por el significado social, político, económico y cultural debe servir de estímulo para la producción de conocimientos innovadores y pertinentes que promuevan una activa participación en el conocimiento público. Este mandato de la educación y la ciencia potencia el involucramiento directo de las comunidades intelectuales —como algo más que comunidades académicas— con la esfera pública, con la reflexividad social sobre todos los problemas compartidos por la ciudadanía, ampliando el conocimiento público sobre los mismos y la conciencia social sobre las causalidades y las consecuencias de los actos de interés colectivo. De esta manera, el debate público no debería permanecer solo en manos de comunicadores más o menos informados, políticos, religiosos o “expertos”.

Participar humildemente de una conversación pública amplia sobre lo que preocupa a la sociedad ayudará a la ciencia a continuar esa conversación, que la define a ella misma como un proyecto cultural sin falsas distancias de pureza o neutralidad entre trabajo académico, intelectual y político. Esto significa estar propiamente en la realidad, tras una larga ausencia concentrada en discursos endogámicos y lenguajes esotéricos para circuitos cerrados a las élites del conocimiento, lo cual no quiere decir que tales circuitos entre expertos y discípulos deban desaparecer, sino que pueden y deben pluralizarse las formas de la comunicación científica.

Quizá significa apostar por una ciencia bajo demanda de distintos sectores sociales, tal como Rita Segato ha propuesto una antropología por demandas prácticas y éticas.⁷⁹ Apostar por una ciencia sensible a las emergencias o a los latidos sociales, como subraya Boaventura de Sousa Santos,⁸⁰ cercana al *sensorium* colectivo, donde se experimenten e interpreten los entornos de vida. Esta cercanía a los intereses, las necesidades, las preocupaciones y los problemas de una pluralidad de actores sociales implica una presencia en las conversaciones abiertas a la vista de todos que molestará a los poderes constituidos, cuyos intereses pueden ser cuestionados a partir del ensanchamiento de la esfera pública, al mismo tiempo que seguir su pulso contribuirá a una toma de conciencia práctica de los límites de la intervención privada y pública ante la heterogeneidad estructural de nuestras sociedades.

Ahora bien, ¿cómo aportar a ese repositorio notorio con humildad y honestidad intelectual? Se trata de un desafío enorme que implica curas de soberbia, de angustias y de ansiedades, así como la superación de las posiciones pasivas y resguardadas en el interior de las instituciones. El sujeto del conocimiento tradicional tiene que descentrarse y desradicalizar sus puntos de vista y hasta sus falsos profetismos. Todo este movimiento no es nuevo para muchos intelectuales que a lo largo de la historia de la ciencia se han comprometido con la divulgación del conocimiento y la comunicación científica por todos los medios posibles como práctica de una pedagogía social y popular.

Los cambios en curso parten de un giro en el contrato entre ciencia y sociedad, donde el mercado no es el ganador absoluto, ni las comunidades y las familias las grandes perdedoras. Las rupturas con el pacto

⁷⁹ Rita Segato, *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2013).

⁸⁰ Boaventura de Sousa Santos, "La sociología de las ausencias y la sociología de las emergencias: para una ecología de saberes", en *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2006), 13-41. Una excelente explicación de la propuesta puede verse en <https://www.youtube.com/watch?v=YI-IVXzNDsY> (Historia de la educación, UNLZ, 2020).

anterior, basado en la desconexión o el divorcio con gran parte de la sociedad, son una respuesta al desencanto con la ciencia y con la educación, a la desconfianza y al negacionismo que aquel acentuara con sus énfasis neoliberales. Entonces como ahora, la historia viva está llena de disensos ideológicos, disidencias, diferencias y disonancias sobre el significado de los gradientes o desniveles horizontales o verticales de las transferencias, concentraciones, modificaciones o retribuciones sociales de conocimientos y, por tanto, de poder. Ahora se facultan o se autorizan las interrelaciones ciencia-sociedad y conocimiento-aplicación social, priorizando la producción científica en diálogo con los problemas, las necesidades, las disposiciones y los rumbos de la sociedad para la concreción y aplicación de conocimientos. Esta intravinculación entre ciencia y vida cotidiana busca unir el trabajo académico con el activismo político, teorías con prácticas y con modos de lucha social. Pocas dudas caben, se trata de unas ciencias politizadas que no sean dogmatizadas, ni burocratizadas, para poder ser orgánicas a los procesos de transformación.

Sin embargo, la concentración de posiciones, compromisos, confianzas e implicaciones políticas con actores y movimientos colectivos que cuestionan las estructuras de poder, dominación y control social, puede representar riesgos graves o inminentes para la integridad física, tanto de los mismos colaboradores como de quienes investigan. Los poderes de facto imponen regímenes de silencio y amenazan a quienes los rompan. La crítica social y cultural redefine la dimensión política de los programas actualizando las lógicas de descubrimiento, interpretación y denuncia. Ante el choque de la crítica del poder y del poder de la crítica que valoriza las cualidades de la vida social, los riesgos aumentan porque se anulan las garantías para las integridades intelectuales y físicas de las comunidades de conocimiento. Entonces, ¿quién cuidará de quién? ¿Cómo abonar a la deseada organicidad de las relaciones entre ciencia y sociedad?

La lista de obstáculos, desafíos e interrogantes es mucho más larga. Entender el trabajo de formación e investigación a un nivel de inciden-

cia o pertinencia regional y en órbitas interdisciplinarias involucra varias rupturas y desaprendizajes. El primero es con la sordera disciplinar que impide escuchar y dialogar con otros saberes y colaborar en esa zona de hibridaciones interdisciplinarias que es la llamada ciencia de frontera. Otro, trabajar en red, de forma colaborativa y complementaria, a partir de relaciones horizontales y de dependencia mutua ante la complejidad de problemas concretos, para posibilitar el diálogo de saberes. Asimismo, superar el “nacionalismo metodológico”, a veces tan provinciano, parroquiano o aldeano, que define límites o recortes a los flujos que los desbordan de forma transfronteriza, transnacional o transregional, así como a las dinámicas transculturales y las situaciones interculturales que definen el pluralismo y la diversidad de prácticas en múltiples contextos. En estos sentidos, se trata de un pensar-actuar en clave histórica —las configuraciones y formaciones culturales—, crítica —del poder, la dominación y las resistencias—, radical —desde las raíces de problemas estructurales como la desigualdad y la colonialidad— y humanística —con el ser humano como centro, sus problemas y los de su grupo social—. Sin duda, nos referimos a apuestas contrarias al utilitarismo en las relaciones sociales, en las ciencias y en el conocimiento que conllevan criticar el extractivismo académico y las lógicas de la acumulación para la especulación o la movilidad social.

Estas rupturas se complementan con dos condiciones de posibilidad del sentido inaugural que proponen las políticas actuales. Por un lado, la emergencia de intercambios a partir de la intercomunicación por vías plurales y el pleno reconocimiento de la pluriversidad de la que formamos parte. Por el otro, la viabilidad de espacios comunes de formación e investigación que dejen atrás las lógicas de la competencia y promuevan la innovación y la colaboración de colectivos en todas las escalas, es decir, en el interior de las instituciones, a nivel local entre instituciones y programas, y a nivel regional, nacional e internacional.

Repensar el lugar de la pertinencia social en los programas académicos de formación, investigación y comunicación científica forma parte de una agenda común, pues la actualización de cada uno debe

darse en simultáneo como correlatos que son del discurso y del quehacer de quienes se dedican a las ciencias, las artes y las humanidades. Quizá el reto mayor sea la desacademización de estos programas. En particular, la educación en los posgrados cayó en la rutinización de la competencia por alcanzar indicadores de éxito como los de egreso, titulación, direcciones y temporalidad para alcanzar la eficiencia esperada, mientras que una relativa homogeneización de líneas consolidadas con sus temas de investigación fue mellando la innovación, la creatividad y la socialización intergeneracional. Así, los entornos de los posgrados fueron adoptando formas muy jerarquizadas y burocráticas, al tiempo que una idea del conocimiento como un fin en sí mismo y, con ello, fueron perdiendo sentidos del para qué, es decir, del conocimiento como un medio comprometido con la resolución de situaciones y problemas sociales, y como el mejor resultado posible del trabajo intelectual que puede llegar a las personas, siendo coproducido con ellas, para ayudarles a comprender cuestiones de alto interés para sus vidas y a pensar sus experiencias bajo múltiples presiones personales y políticas.

Al repasar críticamente los viejos moldes dispuestos según las lógicas de la competencia, y al tratar de actualizarlos para la colaboración, podrían repensarse las formas de cooperación entre los distintos posgrados de una misma institución —a veces patrimonializados por grupos militantes de una disciplina o una utilidad—, sus articulaciones y complementariedades para que los estudiantes circulen e interactúen en busca de respuestas innovadoras a preguntas nuevas, y el apoyo a la formación en los programas de los niveles educativos precedentes de licenciatura y bachillerado. También, a nivel local, regional, nacional e internacional pueden consolidarse espacios comunes basados en redes de colegas, investigación e instituciones donde la movilidad no sea excepcional, y las acreditaciones de cursos o seminarios, las codirecciones y las cotitulaciones se promuevan y favorezcan desde la flexibilidad curricular y la horizontalidad necesarias. En no pocos casos la internacionalización de los programas opera bajo costosísimos esquemas, por demás hasta subordinados al diseño político de la

institución dominante, que dan la espalda a procesos de localización o regionalización a partir de la cooperación con programas de instituciones vecinas en una misma ciudad. En este sentido, la cooperación en las escalas y las distancias cortas puede estimularse a través de varios mecanismos que terminarán fortaleciendo el conjunto de programas e instituciones y potenciando las trayectorias estudiantiles como, por ejemplo, con la formalización de premios, menciones o distinciones interinstitucionales que reconozcan la movilidad para la acreditación de cursos entre programas, codirecciones de distintas unidades o instituciones, o tribunales mixtos. Hay un umbral abierto para innovaciones que consideren el *sensorium* del estudiantado, desde la incorporación de cursos o talleres de comunicación científica hasta el diseño de formas de titulación que reconozcan los trabajos de intervención e involucramiento y los diversos medios y formatos tecnológicos de comunicación.

Quizá, el mayor desafío de todos es el de actualizar las visiones del mundo que se están construyendo a través de la enseñanza en los posgrados y en otros niveles educativos. Una pista sobre la que giran esas visiones hegemónicas es el logro individual sobre la base de la competencia y el individualismo que atraviesa todos los programas, desde sus formas de evaluación individuales hasta las formas de titulación; mientras que otra pista es la producción de conocimientos bajo el procedimiento del extractivismo académico, muy distante del colaboracionismo basado en el respeto a las comunidades y en el despliegue virtuoso y estratégico de alianzas. Por otra parte, la lógica de la “retribución social” propone estimular el trabajo colegiado, la responsabilidad social y el compromiso de compartir con otros los aprendizajes, la divulgación del conocimiento y la participación incluyente. Se trata de un propósito que busca articular la responsabilidad y el reconocimiento social con indicadores más cualitativos que den al traste con las colonialidades del saber y que aporten a la lucha contra las desigualdades de clase, raza, etnia, género, residencia u origen. Es difícil no estar de acuerdo con la intención de poner en el centro el bien común, la consolidación de tramas sociales sólidas, el reconocimiento

de la diversidad como riqueza colectiva, el interés común y la lucha contra el utilitarismo en las relaciones sociales.

Asimismo, es difícil construir una mirada otra sobre la correspondencia de la incidencia o la pertinencia pública con las necesidades de las realidades inmediatas. Desde las demandas de evaluación del CONACyT, por ejemplo, todo indica que debemos concentrarnos en una intervención transformadora de la realidad. Esto implica que la academia debe bajarse de su tren moderno o de sus caballos tradicionales para salir del ensimismamiento o el encierro en sus “jaulas de cristal, marfil u oro” y estar activamente en la calle, convivir en sus entornos. La responsabilidad social y cultural supone entonces un trabajo de mediación sociocultural y de articulación política. Esto podría permitir la recuperación de infraestructuras académicas para la generación de conocimientos y para la apertura de espacios de coproducción de ideas y respuestas prácticas. Sin embargo, se necesita acumular mucho trabajo cultural responsable para poder cambiar la percepción sobre la ciencia, las instituciones y sus trabajadores, para ganar en su reconocimiento social y su prestigio público, así como para cambiar la cultura de la comunicación científica, las políticas culturales universitarias y las políticas de rendición de cuentas y de evaluación. De hecho, cualquier ejercicio de evaluación de la responsabilidad social solo recogerá unas cuantas evidencias cualitativas que podrían indicar algunos esfuerzos y resultados muy relativos a pesar de su significación sociológica, cuidándose de artificialismos, mistificaciones y simulaciones, y lidiando con una nueva institucionalización sin que haya pérdidas ni sacrificios en la correlación entre rigor académico-intelectual y compromiso sociopolítico.

Más allá del imperativo de las políticas, ¿en qué más podemos concentrarnos para traducir la idea de la pertinencia social en buenas prácticas y concretar el enraizamiento en los contextos locales? Podemos continuar cuestionando las retóricas del arraigo que envuelven el asistencialismo y el voluntarismo para ubicar el verosímil lugar de múltiples perfiles de políticas culturales, donde lo cultural devenga en

política cotidiana en tanto politicidad permanente y politización contingente que produce vínculos, y las conciencias reflexivas de esas dependencias sociales, prácticas y movilizaciones en función de cambios relevantes. Esto supone mirar la sociedad, trabajar con ella, aprender de ella, construir y actuar con ella y con los actores de sus cambios, haciendo propuestas para la discusión y la aceptación colectiva. Implica hacerlo a partir de tres capacidades centrales, a saber: la empatía, la convivialidad y la concordia. La empatía implica el reconocimiento mutuo y la apertura a los pensamientos, las emociones y las realidades de los demás. La convivialidad se entiende como una apuesta por lo común, autónoma y creativamente, a partir de la participación democrática, y la concordia como la construcción de acuerdos y consensos, con el corazón, en un sentir-pensar-hacer conjunto, solidario y basado en la reciprocidad.

También podemos desobstruir canales y permitir la libre concurrencia de todos los puntos de vista sobre propuestas de comprensión y solución, así como ayudar a abrir espacios al reconocimiento de la fuerza de todos los conocimientos y a la importancia del aprendizaje de las experiencias propias y ajenas. Para este enorme trabajo cultural de espejeo que potencie la reflexividad social en umbrales de pluralidad y apertura a las diferencias culturales, se requiere de facilitadores para las traducciones culturales y de movilizadores de flujos e intercambios interculturales, así como de un desacuerdo real muy distinto y opuesto a la negación de las divergencias del gradiente y a la cooptación y la interrupción de influencias, proyectos, tácticas y estrategias de los movimientos y movilizaciones sociales.

La viabilidad de un sistema de ciencias públicas centradas en los cursos de acción política, orientados por los principales problemas de la agenda de la sociedad, depende del deseo de la población de tener ese tipo de ciencias, tecnologías y humanidades y de su voluntad de ciudadanizarlas para luchar, por ejemplo, contra las tramas de las desigualdades. Las ligazones explícitas entre ciencia, grupos y movimientos sociales, y entre investigación, formación y disciplinas en los programas

universitarios, están repletas de problemas, de ahí que la organicidad sea un horizonte en movimiento con muchas contradicciones.

Por último, la movilización del conocimiento como meta cultural podría aportar modestamente a la reconstrucción de los supuestos y sentidos ético-políticos de la acción ciudadana. Esta dimensión ética de la responsabilidad colectiva con metas concretas es un caminar que necesita de plenos reconocimientos mutuos. Las puestas en común significan confraternizar, un encuentro de sentidos, sensibilidades y solidaridades, es decir, de todo lo necesario para la vida colectiva y la convivencia. La responsabilidad social es mucho más que una cuestión de conveniencia histórica y de expansión de lo político a costa de lo social, porque pone en evidencia en la práctica misma las convicciones de todos y todas según los grados de intensidad y firmeza de los compromisos con los niveles de incidencia, de intervención y de implicación política para la transformación de la realidad social con los sujetos del cambio y las articulaciones emergentes más allá de lo contingente y de las coherencias forzadas. Esa es la cuestión, se dan pasos para empujar y ensanchar el horizonte de la acción pública en nombre del bien común, o no.

Apuestas públicas por una sociología crítica e incluyente, radical y herética*

HOY LA SOCIOLOGÍA TIENE renovados retos epistemológicos y sociales. Los sociólogos somos una comunidad de pensamiento, memoria e interpretación que experimenta el desafío de actualizar sus reservas teóricas y conceptuales, de aguzar sus estrategias metodológicas, de estilizar sus prácticas profesionales y de estetizar sus narrativas, mientras formamos parte de la creciente complejidad de las estructuras de la sociedad contemporánea. Por ejemplo, tenemos que dar cuenta de las relaciones de poder, de fuerza y de sentido, entre distintos actores con lógicas multiescalares que embriagan a las instituciones públicas y privadas en la burocratización, la mercantilización, el utilitarismo, la mediatización y la transnacionalización. Los clásicos de nuestra ciencia advirtieron todos los procesos de cambio que hoy devienen con un grado extremo de radicalidad y tensión ética y política a partir de la privatización y precarización de los dispositivos, los discursos y los medios de vida fundamentales. Nuestra tardomodernidad se define con un orden posneoliberal o de capitalismo apocalíptico donde actúan fuerzas oscuras propias de una época axial.

Si los retos de explicar la realidad son hoy más complejos y angustiosos que a inicios de la modernidad, los de su transformación son mucho más exigentes y abrumadores que entonces. Los desafíos son múltiples, pero, quizá, desde mi perspectiva parcial, uno capital es dar

* Conferencia magistral impartida en el IX Congreso Nacional de Estudiantes de Sociología, San Cristóbal de Las Casas, 18 de abril de 2018.

cuenta del proyecto ideológico de las actuales versiones hegemónicas de la sociedad y la cultura. Ese proyecto de dominación simbólico-cultural ha ganado un terreno descomunal en la colonización de las mentes y en la configuración de los territorios y de los regímenes de reproducción de la vida y la muerte, es decir, en la gubernamentalidad en términos foucaultianos, porque nos hace vivir una ilusión de contemporaneidad, siendo realmente no-contemporáneos, viviendo entre fronteras, sobresaltos, angustias, exclusiones, horrores y crueldades. Muchos grandes intelectuales, trabajadores de la cultura y personas en general seguimos soñando con los monstruos de la razón de Francisco de Goya, con los desastres de las guerras, la producción de artefactos bélicos sofisticadísimos, los desastres socionaturales, la crisis medioambiental, las epidemias, la contaminación, el hollín, la basura, los agujeros y las fosas comunes, y nos preguntamos como el trovador:

Si pienso que fui hecho
para soñar el sol
y para decir cosas
que despierten amor,
¿cómo es posible entonces
que duerma entre saltos
de angustia y horror?
Anoche tuve un sueño
que nadie merecía.
¿Cuánto de pesadilla
quedará todavía?⁸¹

El mundo actual es un mundo de pesadillas y burbujas. Vivimos en burbujas que nos envuelven y suspenden en circuitos diferentes y regímenes de experiencias diferenciados. Por eso somos no contemporá-

⁸¹ Silvio Rodríguez, "Sueño de una noche de verano", en *Causas y azares*, track 8, 6:19 (Madrid: Sonoland, 1986[1984]).

neos de otros mundos de vida como los de los grupos indígenas, ancianos, jóvenes o infantes, incluso hasta los de nuestros vecinos y compañeros de estudio o trabajo. La simultaneidad de lo no contemporáneo se evidencia no con la celebración de experiencias distintas que se dan al mismo tiempo, sino con la convivencia entre espacios o esferas de mundos sociales de espaldas y a destiempo entre el consumo ostentoso o conspicuo y la invisibilidad del hambre y la desnutrición, entre estados democráticos de paz y situaciones de guerra y violencias estructurales que someten a estados de excepción, a amenazas y a riesgos contruidos, entre movilidades libres o autorizadas y migraciones forzadas, criminalizadas y reprimidas.

La heterogeneidad creciente de nuestras sociedades ha ido definiendo espacios abigarrados, contradictorios y conflictivos que, a pesar de todo, configuran una extraordinaria potencialidad. Subrayar la naturaleza estructural de la desigualdad, las causas de la pobreza extrema, las distinciones y formas de clasificación sociales, no inhiben la posibilidad de nuevas estrategias de sobrevivencia y formas de vinculación y encuentro. Sin embargo, la pluralidad de actores y la diversidad social están siendo leídas como “amenazas” y “peligros” en nombre de moralismos que terminan legitimando la construcción de nuevas barreras o muros visibles o invisibles. La materialidad de las nuevas fronteras advierte las madejas de subjetividades tejidas a partir de sistemas de clasificación simbólica de las desigualdades, las diferencias y la diversidad que constituyen los nudos comunicativos de la textura del conocimiento público. Esos hilos son dominados por conglomerados de medios de información que, como operadores de enorme eficacia de la producción de plusvalía simbólica, saturan los vacíos de significación hasta secuestrar el sentido común.

El conocimiento socialmente extendido por el espacio público está siendo crecientemente dominado por discursos conservadores y fundamentalismos religiosos. Por eso la sociología y los sociólogos tienen el reto de participar en el amplio campo de disputas abierto sobre la producción, la distribución y el acceso desigual al conocimiento, y sobre el sentido cotidiano de las ideas y prácticas sociales. Para asumir

ese reto debemos plantearnos uno de nuestros problemas de fondo: el desmontaje del sistema clásico de relaciones epistemológicas entre la sociología y los sujetos, sus vínculos y los procesos que entronizaron la eficacia y la rentabilidad de un instrumento investigativo en nombre de la perfección metodológica. En general, las ciencias sociales son parte constitutiva de la colectividad, un dispositivo epistemológico de conocimiento y un esquema de representación de la realidad social, por lo que sus modos de conocer han sido constituidos y legitimados por la comunidad misma como parte del proceso de consolidación de la cientifización que ritualizó y sacralizó el saber científico, junto a la racionalización y la calculabilidad. De ahí que otra reflexividad requiera nuevos ensambles entre el campo científico y todos los demás campos sociales.

Otro amplio conjunto de retos relativos a la lógica social remite a preguntas generales como las siguientes: ¿qué hacer con el Estado capturado por las élites y cooptado por los gobiernos de turno, que bajo condiciones de excepcionalidad disciplinan, controlan y administran la reproducción de las diferencias y desigualdades y de la vida misma? ¿Puede recuperarse el Estado del neoliberalismo con un rol más central, mediador y modulador de lo social? ¿Cómo repensar la normalización, naturalización y habituación de relaciones jerarquizadas, del racismo, la discriminación y la exclusión? ¿Qué hacer con el vértigo que embasta y secuestra nuestra conciencia lógica y práctica con arbitrios absurdos en los propios espacios universitarios?

La angustia, el cansancio o el hartazgo que parecen ganar terreno sin sosiego alguno se basan en una desconfianza insoportable en una sociedad sin proyecto y en un Estado cooptado por gobiernos de élites políticas y económicas que secuestran la representación de la soberanía popular. Los límites de nuestra conciencia histórica en esta época de crisis son los límites del neoliberalismo privatizador, extractivista y de guerra que ha definido ideológicamente esta última etapa del capitalismo apocalíptico o depredador, llevándonos hasta un límite de crisis civilizatoria palpable en los terrenos medioambiental, epidemiológico con las pandemias, y de la cultura con malestares sociales e individuales.

Junto con los malestares de la cultura prolifera una cultura del malestar y de cuestionamientos a los procesos de institucionalización y a los estrictos regímenes organizacionales y de disciplinamiento que asfixian la convivencia, la innovación y la creatividad; a los privilegios de las ciencias sobre otros saberes y, en particular, de la abstracción que estas hacen de la naturaleza; a la lógica de mercado dominante bajo los principios del utilitarismo, el egoísmo, el hedonismo, el consumismo, el corporativismo, el patrimonialismo y la corrupción, y al pensamiento binario, excluyente y jerarquizador que multiplica las clasificaciones sociales y las fronteras culturales. Se trata de una crítica al antropocentrismo, el eurocentrismo, el colonialismo y el patriarcado como núcleos de poder estructuradores de relaciones de dominación geopolíticas y geoculturales. Sin embargo, la subversión de los núcleos simbólicos del poder ha sido una y otra vez apropiada por la razón liberal a partir de su uso de la diversidad y las diferencias para salir de las distintas crisis coyunturales y para sostener las desigualdades y regímenes de apropiación excluyentes. Tal capacidad de reinención se manifestó como un tránsito del relativismo funcional al multiculturalismo en contextos de mayor diversidad, dinámicas de flujos e intercambios sin discutir a fondo los límites de los modelos al uso. Un buen ejemplo de cómo se pone en jaque el centro del poder masculino, blanco, heteronormativo y clasista, mientras este permanece intacto, es la cooptación de los discursos y las luchas por la igualdad de género y el reconocimiento de las diferencias en los discursos oficiales a todos los niveles.

El análisis de la coyuntura y de las estructuras que sostienen el actual orden global neoliberal que domina bajo recetas económicas privatizadoras y precarizadoras puede resumirse con algunas tendencias que indican cuál es el mundo donde todas las personas estamos enroladas. Entre esas condensaciones de líneas destacan las siguientes.

1. Los Estados-nación son aparatos fragmentados y discontinuos que pierden centralidad al estar sometidos a las lógicas macrosistémicas del capitalismo global aseguradas por tratados, convenios

y acuerdos multilaterales, así como a las lógicas microsistémicas guiadas por grupos privados de poder, autoritarismos subnacionales o subestatales y poderes de facto territorializados a escalas locales y regionales con alcances transnacionales hasta constituir segundos Estados.

2. La subordinación de lo social a las lógicas del mercado como espacio donde se resuelven todas las cosas, dejando lo político sometido al poder de compra y a la “dueñidad”, mientras el Estado retrocede o inverna hasta los momentos de crisis, y las comunidades y las familias llenan todos los vacíos asumiendo los costos de la reproducción social.
3. Precisamente, el debilitamiento de los sistemas de protección y de cuidado colectivo frente a la privatización, el poder financiero y las redes criminales asociadas y coludidas, constituye la estructura de las vulnerabilidades, la vulnerabilidad de las estructuras y las mediaciones de estas en la vulneración de las identidades colectivas y las agencias sociales. De ahí la fragmentación del ser social, la segmentación de los vínculos y la fragilidad de los tejidos comunitarios.
4. El poder se concentra en grupos financieros y conglomerados comunicacionales que signan y significan viejas y nuevas realidades sobrevalorando la verosimilitud y dejando a un lado la veracidad y la objetividad, al manipular las narrativas de la vida en común, las emociones, las creencias personales, las percepciones, las disposiciones, los reconocimientos y las preocupaciones cotidianas de la ciudadanía.
5. El reconocimiento de las diferencias se traduce en una explotación de esas diferencias para aumentar las ganancias y sostener las distinciones, las desigualdades, la selección, la jerarquización y el racismo en las relaciones sociales como una de las claves contradictorias y ambiguas de la razón liberal.
6. Las violencias constitutivas de diverso tipo —de género, laborales, sociales— muestran las profundas contradicciones que habitamos,

la radicalización de los conflictos, la corrupción de los principios ético-políticos de los sistemas de justicia y las colusiones entre lo legal y lo ilegal, lo lícito y lo ilícito. Tales violencias son estructurales y sistémicas y adquieren formas extremas de crueldad.

7. Si pensamos en los cientos de miles de desplazados, desaparecidos, muertos de bala o de hambre, constatamos la expansión de métodos de guerra que corren el peligro de normalizarse, así como la naturalización de un estado de guerra permanente, con extremas formas de crueldad, la necropolítica. Según Achille Mbembe,⁸² esta última remite a una lógica perversa que impone la violencia, el dolor y el poder de la muerte como instrumento de dominación política, tortura, exterminio y despojo de la dignidad humana, como métodos de control de grupos, colectivos y minorías sociales, políticas o étnicas. También se constata la exportación de personas y de naturaleza, es decir, otra lógica de muerte, la del extractivismo y el despojo de tierras y medios de vida.

Estas tendencias se han tejido en el devenir histórico de la cultura liberal y de la reconstitución de un sujeto que, en nombre fundamentalmente de libertades y derechos individuales, rearticula estrategias de vaciamiento, residualización y minimalización de las políticas de Estado poniéndole trampas para luego responsabilizarlo de las traiciones a la confianza de la ciudadanía. El capitalismo depredador está atrapado en esa matriz, desde donde se reinventa el sujeto liberal a partir de sus contradicciones y frente a las cuales, a pesar de todo, emergen otras formas de ciudadanía colectiva, comunitaria, comunicativa y autónoma.

¿Cómo actualizar el proyecto sociológico ante las dinámicas latentes y emergentes de la sociedad contemporánea?

El proyecto sociológico debe activarse retomando un programa desenajador (Marx), desmistificador (Elias) y desfetichizador (Heller) basado en la sociología clásica. Esto es, como un ejercicio que tiene

⁸² Achille Mbembe, *Necropolítica* (Madrid: Melusina, 2011).

entre sus cometidos des-banalizar la banalidad paralizante o inmovilizadora, y de-segregar para poner fin a la discriminación racial, de clase, género y preferencia sexual, es decir, des-racializar, des-etnizar, des-nacionalizar, des-generizar y des-naturalizar toda norma o patrón de poder dominante.

Cuando yo era un estudiante profesional de sociología hace treinta años, en la última década del siglo pasado, la idea del fin de la historia y la idea del fin de las ideologías anunciaban un acabamiento del mundo fuertemente vinculado con una neutralización de la agencia social. Junto a estas ideas se activaron representaciones sobre la inflexibilidad del mundo, la imposibilidad de la sociedad y la paralización del tiempo, bajo lógicas binarias o dualistas, puristas, rígidas y exclusivistas que mantienen los límites de sociedades totalitarias o totalizadoras basadas en esquemas habitualizados, normalizados y naturalizados de colonización de la vida. En particular, se urgieron dispositivos que siguen funcionando entre nosotros para fijar el circuito ontológico de diversas experiencias sociales, entre los cuales podemos mencionar tres: los circuitos de represión y criminalización político-policial-judicial de los jóvenes, de los otros —musulmanes, terroristas, migrantes— y de la protesta social; los de naturalización de las convenciones culturales, y los de normalización de la violencia diferenciadora.

Esos dispositivos o mecanismos han operado como parte de la instauración de un nuevo modo de vivir contingencial, hipotético e hipotecado. Un vivir sin garantías, secuestrados, en la provisionalidad o excepcionalidad, frustrados, precarizados, amenazados, desconfiados no tanto en una modernidad capitalista que no avanza bastante para toda la humanidad, como del ser humano mismo extrañado de su condición humana. Toda esa matriz de producción de sentido ha sido movilizadora por maquinarias culturales de producción masiva que definen vacíos, nulidades y oquedades por colonizar, conquistar o significar con extraordinaria eficacia simbólica. Es toda una agenda cultural y política bajo la hegemonía cultural de unas relaciones capitalistas de propiedad, jerarquización y dominación política.

De ahí la gran responsabilidad del trabajo cultural de dar sentido y significación a la vida y, sobre todo, al devenir social desde nuestro ámbito delimitado de pensamiento y acción, el sociológico, terreno desde el cual esculpimos conocimientos con argumentos, razones y contenidos, al mismo tiempo que islas de significado, convenciones, principios, mediaciones y claves interpretativas. La sociología propone un examen de conciencia colectiva e individual sobre la dimensión ética de la vida social y de su propio quehacer profesional en la investigación y en la acción pública al corriente de una política definida por sus virtudes éticas. Se trata de poner en valor la importancia del examen reflexivo, dialógico y deliberativo, de ser lógicos —no absurdos—, de relacionar ideales sociales con la realidad, de permanecer en conexión con lo real reconociendo desfases entre ideales sociopolíticos —diálogo, paz, coexistencia— y prácticas cotidianas —intolerancia, violencia, guerra—. La cuestión es desplegar un quehacer sociológico significativo y enriquecedor de la cultura, el pensamiento y la moralidad.

El programa de trabajo de la sociología es una apuesta por la emancipación de determinaciones biográficas, geográficas, genéricas, materiales, étnicas, clasistas y nacionalistas. Una lucha contra enmascaramientos egocéntricos, etnocéntricos y sociocéntricos de las desigualdades de hecho y derecho —económicas, políticas, sociales, culturales y tecnológicas—, frente a coacciones y censuras impensadas de poderes institucionalizados y sus correlatos de silencios, abstenciones, astucias y disensos sociales de poderes subalternizados. Una agenda de denuncias de los reduccionismos al “punto cero” de sujetos y culturas enteras que son presentadas sin historia, sin ideas, como paganos, salvajes, incivilizados, incultos, miserables o colonizables, para justificar colonialismos de diversa índole.⁸³ Por eso la importancia de visibilizar las historias y de entrever los procesos de sociogénesis y antropogénesis que explican

⁸³ Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, 2010).

el pasado, el presente y el futuro. Se trata de evidenciar y sostener que las ideas de historia y sociedad son ideas-proyectos inacabados e indomables; asimismo, que tampoco pueden darse por acabados, finitos, unívocos o unidimensionales la naturaleza, el ambiente, la democracia, lo laico, lo común y lo público.

Las apuestas de la sociología no pueden dejar de ser apuestas públicas en el sentido en que las definió Michael Burawoy.⁸⁴ Si la imaginación sociológica es necesaria en las conversaciones sociales, en consecuencia, tiene que participar activamente en las matrices de producción de sentido de la vida en común. La producción de conocimientos no puede desconectarse de la comunicación de conocimientos como parte sustantiva de la comprensión/producción de sentidos públicos interconectados. Esto encierra el gran reto de convertir la cultura sociológica del gremio profesional en una sociología culturalmente compartida, es decir, en imaginación significativa para la vida y la cultura contemporáneas. La sociología como cultura en el seno del campo de las ciencias sociales, las humanidades y las artes, y de todos los campos sociales en general, contribuye al desarrollo del conocimiento público como amplio espacio donde se guarda todo lo que ayuda a discernir el orden de las cosas —distinto y mucho más amplio que el publicado por los medios de manipulación masiva— al participar activamente de las disputas por el sentido común frente a los sistemas de administración del conocimiento. De esta manera, una nueva cultura sociológica debe aspirar a ser una nueva sociología como cultura socialmente practicada. Ello reactivaría las raíces y tradiciones de pensamiento y, al encarnarse en el sentido común, inauguraría nuevas fuentes vitales a partir de un sentir-pensar-actuar colectivo.⁸⁵

⁸⁴ Michael Burawoy, "Por una sociología pública", *Política y Sociedad*, vol. 42, núm. 1 (2005), 197-225.

⁸⁵ Hugo Zemelman, *Configuraciones críticas. Pensar epistémico sobre la realidad* (México: Siglo XXI / Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y El Caribe, 2011).

Hoy las construcciones culturales que invaden el lenguaje ordinario y el sentido común sobre los “otros”, “nosotros” o la “naturaleza” están bajo un orden moral en el cual, por ejemplo, los valores laicos ceden ante los religiosos, y los valores cívicos ceden ante nacionalismos, fundamentalismos y conservadurismos. Se trata de un orden que opera un secuestro de lo público. También, como hemos reiterado, la reconfiguración de las fronteras culturales que obstaculizan el reconocimiento mutuo fomenta el desconocimiento y el extrañamiento porque las fronteras separan, distinguen, diferencian y desigualan a partir de clasificaciones sociales y de relaciones jerárquicas que normalizan la colonialidad del poder.

Esta nueva sensibilidad de la que hablamos lo es particularmente a la escucha de las sonoridades de lo social, los murmullos y las músicas del día a día, al tiempo que mantiene un compromiso político con la realidad y con la praxis vital de los individuos. No olvidemos que la sociología y las ciencias sociales son siempre políticas, militantes, situadas y encarnadas. Se basan en decisiones políticas, parten de preguntas que siempre son políticas, mientras que las búsquedas son científicas. Además, su carácter político está relacionado con el Estado, las geopolíticas del conocimiento y sus relaciones más o menos orgánicas con agenciamientos sociales diversos. En este punto hemos reiterado que pensemos en una sociología y unas ciencias sociales por demanda, solicitadas por la sociedad, como “una caja de herramientas para responder a cuestiones que la sociedad quiere responder”.⁸⁶ Es decir, que los problemas y objetos surjan de demandas de comunidades, de pueblos y de los movimientos y las movilizaciones sociales. No conocer para dominar o adueñarse —“domiñar”, según Rita Segato—, ganar en poder para el enriquecimiento académico y la autorreflexión a partir de juegos de espejo —individuo-sociedad, yo-otro—, sino para politizar el ejercicio sociológico, para socializarlo como práctica ciudadana, al escribir para los otros, no para nosotros mismos y los circuitos

⁸⁶ Rita Segato, *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2013).

legítimos o acreditables en un sentido académico restringido. Pensar en el público en general y abarcar el punto de vista de la comunidad es pensar en otro pacto donde las relaciones entre la ciencia y la sociedad promuevan el conocimiento como bien colectivo para el colectivo que lo solicita, demanda e interpela en común, y no patrimonialmente.

Un nuevo contrato social de la ciencia es necesario y posible. En el caminar hacia un horizonte de nuevas relaciones entre ciencia, universidad, sociedad y mercado como meta cultural tiene que apostarse por procesos de desmercantilización, descolonización y despatriarcalización que reviertan críticamente el dominio de las lógicas del capital y del poder retenido por el varón blanco occidental o de élites occidentalizas. El compromiso con unas ciencias y unas sociedades nuevas pasa por reivindicar que los conocimientos dejen de ser medidos en términos economicistas y tecnoadministrativos. También pasa por un modelo de conocimiento pluriversitario⁸⁷ en el que los contextos de producción y aplicación para atender problemas relevantes de las comunidades promuevan libres intercambios de saberes y prácticas, diálogos transdisciplinarios y transepistémicos que reconozcan la diversidad y abran todas las vías posibles de socialización para sostener la conversación pública sobre la que se borda la reflexividad social en torno a los problemas y retos de nuestro tiempo. Sin duda, la producción, la distribución y el consumo del conocimiento requieren que este sea por demanda de la sociedad.⁸⁸

También se trata de un conocimiento situado, encarnado y enraizado allí donde es necesario y pertinente, con los actores que reclaman respuestas y acompañamientos, con la realidad donde tiene raíces y, sobre todo, futuro. Ese conocimiento debe sumarse con modestia al repositorio colectivo mediando las agencias y las prácticas cotidianas y apuntando a ser un conocimiento que modifique y transforme, con

⁸⁷ Boaventura de Sousa Santos, *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad* (La Habana: Casa de las Américas, 2006), 38.

⁸⁸ Segato, *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos*.

movimientos de ida y vuelta, las formas de interacción entre culturas y experiencias. Su capacidad y potencia dependerá de cómo resguarde y afirme la historia y de cómo respete los fondos de historia de todos los grupos humanos y de las personas. Más que una idea de cultura cristalizada, la realidad es siempre una pluralidad a partir de historias otras. Esos fondos o profundidades históricas de la sociedad son la fuente del poder agencial de individuos y colectividades que están en disputa y conflicto por transformar las estructuras y actualizar las identidades sociales en relación con otros y otras y con la naturaleza, constituyendo lo que Piotr Sztompka denominó “coeficiente histórico” y “coeficiente agencial” de la realidad social.⁸⁹

Las instituciones y los trabajadores de la ciencia tienen que repositionarse a partir de las articulaciones que sean necesarias para la construcción de sociedades plurales y democráticas. Al reorientarse por sus compromisos públicos, se asumen las preocupaciones sociales que constituyen el centro de los debates de la población, se participa más activamente en la vida social y se integra el conocimiento a discusiones en amplios espacios públicos que rebasan los cerrados entornos académicos y los circuitos elitistas del conocimiento.⁹⁰

A pesar de las contradicciones del trabajo intelectual, de la precarización de los contratos laborales, de las restricciones en las condiciones de la labor académica y de los retrocesos en la vida institucional, emerge un paradigma de ciencia con un nuevo sentido histórico centrado en la defensa y el cuidado de la vida. Este paradigma epistemológico reivindica una ciencia abierta de carácter público con agendas políticas enfocadas en los problemas sociales, ambientales y territoriales, en la recuperación de lo público, desde una perspectiva posdisciplinar, posestatal y posnacional. Al poner la vida en el centro, como muchos movimientos

⁸⁹ Piotr Sztompka, *Sociología del cambio social* (Madrid: Alianza, 1996), 226, 235-238.

⁹⁰ Craig Calhoun y Michel Wieviorka, “Manifiesto por las ciencias sociales”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año LVIII, núm. 217 (enero-abril de 2013), 39.

sociales promueven, se dejan atrás visiones unidimensionales, unidisciplinarias, particularistas y nacionalistas para ampliar creativamente la comprensión de dinámicas sociales y las maneras de colaborar, intervenir e innovar socialmente. Sin embargo, el tránsito de la ciencia hacia un dispositivo para el discernimiento y la deliberación pública atravesado por relaciones interepistémicas y diálogos de saberes, que supere la lógica mercantil y burocrática, está por descifrarse. Múltiples mediaciones deben desplegarse para que una ciencia nueva, con un nuevo sentido histórico, evidencie la importancia política y cultural del conocimiento en la reconfiguración del orden en nuestras sociedades.⁹¹

Para abrir posibilidades y potenciar latencias, Marc Augé ha promovido un conocimiento que actualice, comprenda y reconstruya la continuidad bajo la aparente discontinuidad, la heterogeneidad bajo la aparente homogeneidad y la variabilidad sobre la uniformidad.⁹² Coincidiendo con ese programa, Edgardo Lander subrayó que tenemos una “urgencia de diversidad” para salir de la crisis civilizatoria. En ese sentido, unas ciencias sociales públicas deben potenciar vocaciones públicas de investigación e intervención en los grandes y pequeños debates/problemas económicos, sociales, culturales, políticos y ambientales; deben salir de los circuitos científicos para insertarse en otros más amplios y moduladores de las visiones del mundo del ciudadano de a pie. Para ello deben cuidarse las formas de comunicación a partir de distintos medios y soportes, donde se use un lenguaje accesible para públicos no académicos y se promuevan articulaciones, colaboraciones e interpelaciones con diferentes sectores públicos, instituciones y organizaciones. En esa apuesta por el reconocimiento y la significación del conocimiento emergerán intersticios de innovación y estructuración de vínculos sociales o comunidades de buen sentido.

⁹¹ Edgardo Lander, “La ciencia neoliberal”, en *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, coord. Ana Esther Ceceña, 45-94 (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2006), 45.

⁹² Marc Augé, *Por una antropología de la movilidad* (Barcelona: Gedisa, 2007).

Cuando se piensa en ciencias abiertas no solo se promueve el acceso abierto al conocimiento contra la patrimonialización o capitalización comercial del mismo, sino la apertura a la sociedad del conocimiento financiado públicamente. Se trata, pues, de una ciencia abierta que promueva una multilateralidad virtuosa en devenir junto a la sociedad de modo que ambas, ciencia y sociedad, modulen una acumulación del conocimiento que no supedita el valor de este como mercancía a las reglas del mercado. Esa ha sido una de las claves del capitalismo académico que, bajo la lógica de la evaluación regida por factores de impacto académico, no sociales, y productivismos cercanos al extractivismo y al despojo de conocimientos, fortalecieron la privatización de estos.

Las nuevas configuraciones del pensamiento y de la acción histórica tienen algunas claves críticas emergentes. En este sentido, destaca la conformación de otra geopolítica del conocimiento científico desde abajo, desde redes capilares por vías informales, no institucionalizadas, que pluralizan las respuestas desafiando heréticamente las políticas vigentes de administración del conocimiento. Frente a las asimétricas relaciones y las desigualdades se promueven estrategias deslocalizadas de visibilización, legitimación y restitución de prestigio y notoriedad públicos. Se trata de otro entretejido entre ciencia y sociedad, donde las ciencias sociales asumen su carácter agencial y su dimensión performativa para la transformación.⁹³

Apostar por una ciencia pública,⁹⁴ crítica y constructiva es apostar por mayor reflexividad social sobre los fracasos y los problemas actuales, es ganar en conciencia reflexiva sobre las formas de agenciamiento y las prácticas, es definir las cadenas referenciales y las cadenas performativas que se entretajan en el modelado de la realidad. También supone participar públicamente en la definición de los problemas socia-

⁹³ Claudio Ramos Zincke, *El ensamble de ciencia social y sociedad. Conocimiento científico, gobierno de las conductas y producción de lo social* (Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2012).

⁹⁴ Michael Buraway, "Por una sociología pública", 197-225.

les, la apropiación pública del conocimiento y la transformación de las estructuras de las relaciones sociales como parte de una comunicación libre entre audiencias abiertas dispuestas al uso y la apropiación del conocimiento. La apuesta pública por ganar conciencia de la crisis del patrón civilizatorio y de los cánones del conocimiento y por reducir la opacidad de las formas de representación actuales del mundo requiere de una sociología renovada. Esa renovación tiene que contar con una sociología crítica e incluyente, radical y herética. Y todos nosotros debemos abogar por esa otra imaginación sociológica en el seno del conjunto de las ciencias sociales y humanas.

Ello implica abogar por una *sociología crítica* en la medida en que se reconoce la pluralidad de ideas y posiciones mientras se desnudan todas las formas y lógicas del poder que unifican, homogenizan y aplanan la diversidad y heterogeneidad, como “totalidades acabadas”; en la medida en que milita contra la colonialidad del poder-saber-querer —súbditos, subordinados, suplicantes—, denuncia las trampas del poder dominante —colonizador, esclavizador, corruptor—, describe analíticamente las causas del presente y avanza en advertir cómo podría ser la realidad en un mundo mejor.

Abogar por una *sociología incluyente* que, bajo el imperativo civilizatorio de un nuevo humanismo ambientalmente responsable con el derecho a la vida, reconozca que no sabemos quién es contemporáneo de quién en el actual régimen excluyente, y que tampoco sabemos quién o quiénes tendrán los saberes necesarios y la responsabilidad histórica de procurar la reproducción de la especie humana a partir de sus formas de vida en coyunturas de crisis sistémicas, catástrofes o hecatombes.

Por una *sociología radical* que busca el sustrato multicausal de los problemas sociales y políticos y va a sus raíces estructurales en una búsqueda arqueológica y genealógica; que supera el relativismo cultural siempre funcional al capitalismo —multi o interculturalidad, con el uso de las diferencias—; que critica la colonización del poder y del saber, y que cuestiona el papel de las agencias profundizando en los porqués del orden que representa y de a quiénes representa.

Y, también, abogar por una *sociología herética* que desafía los silencios, los dogmas, las costumbres, la normalidad y las rutinas con propuestas creativas e innovadoras para salir de las crisis sociales y responder a los desafíos civilizatorios; que denuncia de manera políticamente incorrecta las situaciones reales de desigualdad y que anuncia nuevas herejías sociales. Esta sociología pervierte la fe ciega en: 1) las ideas modernas de progreso y evolución, impuestas por Occidente, junto a las del desarrollo unilineal y el pensamiento binario; 2) el saber disciplinario, con una actitud antidisciplinaria —como negación, no como oposición—, con más fuerza en el vocabulario, no tanto en el sentido de una perfidia disciplinar —es decir, sin renunciar a la promesa de la sociología—, como de sospechar de algunas sociologías; y 3) el Estado, porque no provee medios ni asegura garantías de vida o existencia con su actual molde en el orden posnacional a pesar de haber sido la sociología una ciencia Estado-céntrica.

Esta sociología crítica, incluyente, radical y herética preconiza un pensamiento integral, integrador y relacional para contrarrestar un conocimiento deslocalizado, desarraigado y utilitarista, una concepción única, dogmática y conformista, así como una ciencia instrumental, reduccionista y condicional. En nuestra tradición latinoamericana tenemos notables ejemplos de un pensamiento del sur global de relevancia para el pensamiento mundial por su carácter incluyente, crítico, radical y herético al conocer, imaginar y presentar el mundo, como la teología de la liberación, la pedagogía del oprimido, las teorías de la marginalidad y la dependencia y la perspectiva de la colonialidad del poder.

Digresión a propósito de los cien años de Córdoba y del Manifiesto Liminar

Un lugar por donde comenzar, aparte de nosotros mismos, es por nuestras propias universidades, sometidas como están a la burocratización y a una estandarización eficaces para instrumentalizar intereses

extrauniversitarios e incorporar a grupos de poder que ahogan sus potencialidades creativas. A cien años del *Manifiesto Liminar*, con el que los estudiantes de la Universidad de Córdoba, en Argentina, llamaron a la reforma universitaria, adquiere mucho sentido pensar en nuestras propias universidades, sus institucionalizaciones burocráticas, sometidas a la precarización, la privatización o la patrimonialización, y condenadas como espacios periféricos de entretenimiento, entrenamiento o adiestramiento de la juventud como fuerza de trabajo con un pensamiento y una agencia crítica domesticados.

Hoy defender la autonomía universitaria no significa ceguera ante una pretendida pureza o sacralidad del lugar del conocimiento, significa resistencia ante el autoritarismo fuera y dentro de las universidades, así como vindicación de ejercicios libres de docencia, investigación, creación, pensamiento, organización, elección y asistencia a clases y, por tanto, sin lealtades incondicionales más que a la vocación de servicio a la sociedad y la humanidad. La autonomía representa la lucha contra el pensamiento único, dogmático y conformista que empobrece y encadena al pasado.

Hoy los significados de la autonomía discurren por nuevos caminos y complejidades cuyas esencias y límites no son el reclamo de privilegios universitarios, sino la construcción de condiciones de posibilidad para servir a la sociedad de manera virtuosa a partir del pleno reconocimiento de la agencia cultural de la universidad. Solo a través del cumplimiento cabal de sus funciones sustantivas esta podrá seguir actuando plenamente frente a la “acumulación de vergüenzas” y transformando los “dolores que quedan” en tanto “libertades que faltan”, como afirmaron con una fuerte dosis de romanticismo aquellos estudiantes de Córdoba en su *Manifiesto Liminar*.⁹⁵

⁹⁵ Enrique F. Barros et al., *Manifiesto Liminar. La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América*. Manifiesto de la Federación Universitaria de Córdoba, 21 de junio de 1918. <https://www.unc.edu.ar/sobre-la-unc/manifiesto-liminar>

Las universidades han perdido legitimidad cultural y centralidad en la vida de nuestras sociedades.⁹⁶ Sin embargo, más allá de las críticas que reciben, siguen siendo instituciones de extraordinaria importancia para la preservación, trasmisión y crítica del conocimiento científico y humanístico. Sin duda, las universidades deben actualizar sus sentidos históricos junto con los de la sociedad. Las transformaciones de la universidad y de la sociedad se superponen y modulan mutuamente según perspectivas estratégicas en torno a proyectos de sociedad.

La universidad es un bien público y común. Al reivindicar la democratización del acceso de las nuevas generaciones a la universidad —sin clasismos, sexismos, etnocentrismos o racismos—, reivindicamos garantías a los derechos políticos, sociales y culturales de todos los ciudadanos y a la democratización en general, no solo al acceso al conocimiento y a la apropiación social del mismo. Así, las universidades sirven a la humanidad al recobrar su pertinencia social, su enraizamiento cultural y su encarnamiento en la realidad de nuestras comunidades. Su universalidad no será una, sino plural, en la medida en que están situadas en contextos concretos, contextualizadas, arraigadas y encarnadas en realidades humanas.⁹⁷ Para ello se precisa de vocación libertaria, emancipadora y político-pedagógica, así como de responsabilidad social y compromiso político, de apertura a la sociedad y al tiempo en devenir.

Ese tránsito a una universidad *otra* obliga a un trabajo constante de decolonización de las estructuras de dominación que celebre las interacciones entre diversos a partir del reconocimiento pleno de las diversidades y que apueste por formas de ciencia más públicas, abiertas a la cooperación y la colaboración, posdisciplinares, posestatales y posnacionales. Para superar las clausuras de sentido del presente histórico tenemos que estar atentos a todos los actos de resistencia y a las prácticas innovadoras cuyas potencialidades creativas y transgresoras

⁹⁶ Santos, *La universidad en el siglo XXI*, 36.

⁹⁷ Santos, *La universidad en el siglo XXI*.

constituyen actos de pensamiento crítico y emancipatorio.⁹⁸ Por ello, exhorto con estas palabras a ir más allá de las aparentemente pequeñas locuras experienciales ante el panorama global, nacional y local, donde se afirman modalidades radicalizadas de prohibición y exclusión a través de la estructuración de diferencias, distancias, desigualdades y fragmentaciones. A abrir el reino de la imaginación, de las ambivalencias y de las variaciones afilando los instrumentos analíticos de aventuras y experiencias humanas, y desplegando hábitos de expresión pública que reviertan la actual agorafobia de las ciencias sociales y afinen los símbolos de la vida cotidiana. A jugar duro en la actividad simbólica que tiene como centro las fronteras, los límites y umbrales, así como los tránsitos hacia otros vínculos, devenires y acaeceres liberadores y emancipatorios.

Bachelard apelaba a la sensibilidad poética para no retroceder ante encajonamientos y para revertirlos.⁹⁹ Esa sensibilidad poética nos es imprescindible para contrarrestar la institucionalización burocrática de la sociología y estimular la imaginación sociológica más allá y a pesar de la escandalización del ser humano sensato. La sociología está llamada a escandalizar, a anticiparse a la realidad, a fecundar proyectos con imágenes y pensamientos, a cazar mitos, a desencantar serpientes. Bachelard hablaba de una sociología espasmódica que sopesara las convulsiones, las contracciones, los impulsos, los trastornos y los malestares sociales. Hoy necesitamos esa sociología. También necesitamos, ante las diversas derivas históricas de las configuraciones sociales vividas como crisis permanentes, unas ciencias sociales con claves renovadas de análisis que eleven la reflexividad crítica, la conciencia histórica y la praxis constructiva de la sociedad.

En resumen, estas palabras dedicadas a las promesas de la sociología, a ustedes como jóvenes sociólogos y sociólogas en forma-

⁹⁸ Zemelman, *Configuraciones críticas*, 279.

⁹⁹ Gaston Bachelard, *La poética del espacio* (México: Fondo de Cultura Económica, 1975[1957]), 251-270.

ción, no pretenden otra cosa que ser una invitación o provocación para entreabrir las cerraduras y contrarrestar la miopía y la sordera sociológicas con denuncias y transgresiones que posibiliten recrear los límites imaginarios, cobijar la esperanza y advertir horizontes de dominaciones y resistencias que inauguren porvenires, adherencias al futuro y horizontes de expectativas. Ello en el mismo sentido que Wallerstein llamaba a “indisciplinar las ciencias sociales”¹⁰⁰ y Walter Mignolo exhortó a una “desobediencia epistémica” con las retóricas de la modernidad y las lógicas de la colonialidad del poder, es decir, a cuestionar los principios de definición distintivos de nuestra época, las formas en que pensamos y las distancias entre experiencias sociales.

Para concluir quisiera citar a uno de mis sociólogos clásicos favoritos, George Simmel, quien subrayó que un movimiento social y humano de creación sin fin procede de la vida, de la lucha por la vida y por sobrevivir como fuente de proyectos sociales. En este sentido podríamos decir que, si la vida social es el desafío de la vida misma, entonces la sociología herética es el desafío de la sociología misma. La vida como construcción de vínculos de dependencia recíproca, de confianza e inclusión, y como defensa de formas de ser, de sobrevivir más allá del antropocentrismo patriarcal, homofóbico y racista. Y la sociología como ejercicio reflexivo público para construir sociedades donde quepan todas las formas de vida con dignidad, para construir un mundo donde quepan plenamente todos los mundos y para conocer otros reinos de posibilidades, ambivalentes, terrenales y entrañables, de salvaguarda y de realización humana en sociedad.

¹⁰⁰ Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos* (México: Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México, 2003).

Referencias

- Acustik noticias. *Difícil, el retiro de académicos por voluntad propia: Manuel Gil Atón*, 19 de julio de 2018. <https://acustiknoticias.com/2018/07/difícil-el-retiro-de-academicos-por-voluntad-propia-manuel-gil-aton/>
- Agamben, Giorgio. *¿En qué punto estamos? La epidemia como política*. Buenos Aires: AH, 2020.
- Aguado-López, Eduardo y Esther Juliana Vargas Arbeláez. “Reapropiación del conocimiento y descolonización: el acceso abierto como proceso de acción política del sur”. *Revista Colombiana Sociología*, vol. 39, núm. 2 (julio-diciembre de 2016), 69-88.
- Alba, Vicens y María Luisa de la Garza. “Apocalipsis culturales, emergencia y crisis de la presencia: conceptos y métodos en situación de excepción”. En *Figuraciones transculturales. Estudios críticos sobre geoculturas y agencias*, editado por Alain Basail, Axel Kölher y María Luisa de la Garza. Tuxtla Gutiérrez: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2023.
- Alexander, Jeffrey C. *Sociología cultural: clasificación en las sociedades complejas*. Barcelona: Anthropos, 2000.
- Alvarado, Sara V., J. Pineda Muñoz y K. Correa Tello, eds. *Polifonías del Sur. Desplazamientos y desafíos de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires-Manizales, Bogotá: CLACSO / Universidad de Manizales / CINDE, 2017.
- Alves Santos, S. y J. Malanchen. “Fetichismo e alienação no trabalho do professor pesquisador.” *Ideação*, vol. 19, núm. 2 (2018), 111-125. <http://e- revista.unioeste.br/index.php/ideacao/article/view/21363/13605>
- Apple, Michael W. *Política cultural y educación*. Madrid: Morata, 2001.

REFERENCIAS

- Arancibia, Eliana Alejandra. “Políticas de ciencia y tecnología y construcción de capacidades regionales de producción de conocimiento. Un análisis de caso mexicano (1994-2012)”. En *XV Congresso da Associação Latino-Americana de Gestão de Tecnologia. Políticas e Gestão de Ciência e Tecnologia nos espaços Latino-Iberoamericanos*. Oporto: ALTEC, 2013. http://www.altec2013.org/programme_pdf/529.pdf
- Arce Miyaki, Oyuki. *Cátedras CONACYT: ¿precariedad laboral o nuevas formas de contratación?* Tesis de Maestría en Estudios de Población, El Colegio de la Frontera Norte, 2016.
- Arendt, Hanna. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus, 1998.
- Ariño Villarroya, Antonio. *Cultura universitaria. Políticas para la Alma Mater*. Valencia: Tirant Humanidades, 2020.
- Augé, Marc. *Por una antropología de la movilidad*. Barcelona: Gedisa, 2007.
- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975[1957].
- Banerjee, Indrajit, Dominique Babini y Eduardo Aguado. “Tesis a favor de la consolidación del acceso abierto como una alternativa de democratización de la ciencia en América Latina”. En *Acceso Abierto*, editado por Peter Suber, 13-48. México: Universidad Autónoma del Estado de México, 2015.
- Barros, Enrique F. et al. *Manifiesto Liminar. La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América*. Manifiesto de la Federación Universitaria de Córdoba, 21 de junio de 1918. <https://www.unc.edu.ar/sobre-la-unc/manifiesto-liminar>
- Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XXI, 1997.
- Basail Rodríguez, Alain. “La intemperie social y la precarización del trabajo académico. Sobre alteraciones radicales y configuraciones críticas en la academia”. En *Academias asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización*, editado por Alain Basail Rodríguez, 169-246. Buenos Aires-Tuxtla Gutiérrez: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2019. <http://repositorio.cesmeca.mx/handle/11595/993>

- Basail Rodríguez, Alain. “La(s) necesidad(es) de la sociología. Sus dramas como los de Hamlet, Edipo y Penélope”. En *Introducción a la sociología. Seleccionados de lecturas*, editado por Alain Basail et al., tomo 1, 15-44. La Habana: Félix Varela, 2001.
- Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Bautista, Eduardo. “La desigualdad entre las instituciones de educación superior”. *Página 3*, 27 de febrero de 2019. <https://pagina3.mx/2019/02/la-desigualdad-entre-las-instituciones-de-educacion-superior/>
- Beigel, Fernanda. “Científicos periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes institucionales y circuitos de consagración en Argentina: las publicaciones de los investigadores del CONICET”. *Dados*, vol. 60, núm. 3 (2017), 825-865. <https://doi.org/10.1590/001152582017136>
- Beigel, Fernanda. “Las relaciones de poder en la ciencia mundial. Un anti-ranking para conocer la ciencia producida en la periferia”. *Nueva Sociedad*, núm. 274 (marzo-abril de 2018), 13-28.
- Benente, Mauro, comp. *La universidad se pinta de pueblo: educación superior, democracia y derechos humanos*. José C. Paz: EDUNPAZ, 2018. <https://edunpaz.unpaz.edu.ar/OMP/index.php/edunpaz/catalog/view/16/23/63-1>
- Bensusán, Graciela y Giovanna Valenti, coords. *La evaluación de los académicos. Instituciones y Sistema Nacional de Investigadores, aciertos y controversias*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales / Universidad Autónoma Metropolitana, 2018.
- Beraza, José María y Arturo Rodríguez. “La evolución de la misión de la universidad”. *Revista de Dirección y Administración de Empresas*, núm. 14 (diciembre de 2007), 25-56.
- Berger, John. *Puerca tierra. (De sus fatigas 1)*. Madrid: Alfaguara, 2011.
- Bernabé, Jean, Raphael Confiant y Patrick Chamoiseau. *Elogio de la creolidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2011[1986].
- Bernabé, Jean, Raphael Confiant y Patrick Chamoiseau. *Elogio de la creolidad*. La Habana: Casa de las Américas, 2013.

REFERENCIAS

- Blanco, Margarita. “Retos y avances de la ciencia en México. Entrevista a José Luis Fernández Zayas”. *Revista C+TEC*, Consejo Estatal de Ciencia, Tecnología e Innovación de Michoacán (2011). <http://www.revistacecti.com/wp-content/uploads/2011/03/REVISTA-C+TEC-03.pdf>
- Borges, Jorge Luis. “Del rigor de la ciencia”. En *Historia universal de la infamia*. Madrid: Alianza, 1987[1954].
- Bourdieu, Pierre. “Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase” [1971]. En *Intelectuales, política, poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Bourdieu, Pierre. “Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase”. En *Campo intelectual y campo de poder*, 9-35. Buenos Aires: Gandhi, 1983[1971].
- Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*. México: Siglo XXI, 2008[1984].
- Burawoy, Michael. “La dominación cultural, un encuentro entre Gramsci y Bourdieu”. *Gazeta de Antropología*, vol. 30, núm. 1, art. 14 (2014). <http://hdl.handle.net/10481/31815>
- Burawoy, Michael. “Por una sociología pública”. *Política y Sociedad*, vol. 42, núm. 1 (2005), 197-225.
- Cabrero, Enrique, Diego Valadés y Sergio López-Ayllón. *El diseño institucional de la política de ciencia y tecnología en México*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM / CIDE, 2006. <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=2148>
- Calhoun, Craig y Michel Wieviorka. “Manifiesto por las ciencias sociales”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año LVIII, núm. 217 (enero-abril de 2013), 29-60.
- Carbone, Rocco y Nuria Giniger. *Cientificidio, soberanía y lucha de clases. Una agenda para el debate*. Buenos Aires: El 8vo Loco Ediciones, 2017.
- Casas, Rosalba, Juan Manuel Corona y Roxana Rivera. “Políticas de ciencia, tecnología e innovación en América Latina: entre la competitividad y la inclusión social”. *Conferencia Internacional LALICS 2013 Sistemas Nacionales de Innovación y Políticas de CTI para un Desarrollo Inclusivo y Sostenible*. Río de Janeiro: LALICS, 2013. <http://www.redesist.ie.ufrj.br/>

- latics/papers/115_Políticas_de_Ciencia_Tecnología_e_Innovación_en_America_Latina_entre_la_competitividad_y_la_inclusión_social.pdf
- Casas, Rosalba. “Ciencia, tecnología y poder. Elites y campos de lucha por el control de las políticas”. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 11, núm. 35 (2004), 79-105. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10503504>
- Castañeda, Fernando. *La crisis de la sociología académica en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Porrúa, 2004.
- Castells Olivan, Manuel. *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza, 2009.
- Castro-Gómez, Santiago, ed. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*. Bogotá: PENSAR / CEJA, 2000.
- Castro-Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, 2010.
- Césaire, Aimé. “Discurso sobre el colonialismo”. En *Discurso sobre el colonialismo*, 13-43. Madrid: Akal, 2006[1950].
- Chang, Helene Giselle. “El modelo de la Triple Hélice como un medio para la vinculación entre universidad y empresa”. *Revista Nacional de Administración*, vol. 1, núm. 1 (enero-junio 2010), 85-94.
- Chomsky, Noam. “El trabajo académico, el asalto neoliberal a las universidades y cómo debería ser la educación superior”. *Bajo el Volcán*, vol. 13, núm. 21 (2013), 121-134. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28640302006>
- CISCO, *Internet de todo*. 2013. https://www.cisco.com/c/m/es_es/tomorrow-starts-here/ioe.html
- Codina, L. “Evaluación de la ciencia: tan necesaria como problemática.” *El Profesional de la Información*, vol. 25, núm. 5 (2016), 715-719. <https://doi.org/10.3145/epi.2016.sep.01>
- CONACYT. “Programa Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación 2014-2018”. *Diario Oficial*, tomo DCCXXX, núm. 26. México: Gobierno de la República (30 de julio de 2014). http://www.conacyt.mx/images/conacyt/PECiTI_2014-2018.pdf

REFERENCIAS

- Crehan, Kate. "Los intelectuales y la producción de la cultura". En *Gramsci, cultura y antropología*, 149-180. Barcelona: Bellaterra, 2004.
- Delors, Jacques *et al.* "Los cuatro pilares de la educación". En *La educación encierra un tesoro*. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, 91-103. Madrid: Santillana / UNESCO, 1996.
- Di Bello, Mariana Eva. "El problema de la utilidad social del conocimiento científico en los estudios sociales de la ciencia y la tecnología". *QUESTION, Revista especializada en periodismo y comunicación*, vol. 1, núm. 27 (invierno 2010). <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1017/923>
- Díaz Támara, Adriana y Margarita Guzmán Bejarano, comps. *Universidad y cultura. Reflexiones sobre las políticas culturales. Memorias del foro ¿Por qué una política cultural en las universidades?* Bogotá: Universidad del Rosario, 2010.
- Dirección de Comunicación Social. "Difícil, el retiro de académicos por voluntad propia: Manuel Gil Antón". *Boletines UAM*, núm. 503, 19 de julio de 2018. <http://www.comunicacionsocial.uam.mx/boletinesuam/503-18.html>
- Domínguez Palencia, Belisario. *Discurso contra la dictadura de Victoriano Huerta*, el 17 de septiembre, pronunciado el 23 de septiembre de 1913. <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2714/14.pdf>.
- Domínguez Palencia, Belisario. *Segundo discurso*, 29 de septiembre de 1913. <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2714/15.pdf>
- DORA y Beatriz Pardal-Peláez. "Declaración de San Francisco sobre la Evaluación de la Investigación". *Revista ORL*, vol. 9, núm. 4 (2018), 295-299. <http://revistas.usal.es/index.php/2444-7986/article/view/orl.17845>
- Dutrénit, Gabriela, coord. *Informe de actividades del periodo agosto 2012-julio 2014*. México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico, 2014.
- Dutrénit, Gabriela, María Luisa Zaragoza, María Antonieta Saldívar, Elmer Solano y Patricia Zúñiga-Bello. *Ranking nacional de ciencia, tecnología e innovación 2013. Capacidades y oportunidades de los sistemas estatales de CTI*. México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico, 2013.

- Eagleton, Terry. "The slow death of the university". *The Chronicle of Higher Education*, 6 de abril de 2015. <https://www.chronicle.com/article/the-slow-death-of-the/228991/>
- Eco, Umberto. "El oficio de pensar". *El País*, trad. Daniel Sarasola, 5 de noviembre de 1987. http://elpais.com/diario/1987/11/05/opinion/563065206_850215.html
- Esposito, Roberto. *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu, 2011.
- Estébanez, María Elina. "Conocimiento científico y políticas públicas: un análisis de la utilidad social de las investigaciones científicas en el campo social", *Espacio abierto*, vol. 13, núm. 1 (enero-marzo de 2004), 7-37.
- Etzkowitz, Henry y Loet Leydesdorff. "The dynamics of innovation: from National Systems and 'Mode 2' to a Triple Helix of university-industry-government relations". *Research Policy*, vol. 29, núm. 2 (2000), 109-123.
- Etzkowitz, Henry y Magnus Klofsden. "The innovation region: toward theory of knowledge based regional development". *R&D Management*, vol. 35, núm. 3 (2005), 243-255.
- Fábregas Puig, Andrés. *Marcos institucionales de la antropología en Chiapas a finales del segundo milenio*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 2015. <http://repositorio.cesmecca.mx/handle/11595/784>
- Flores, Javier, Axelle Roze y Mónica Genis. *Informe técnico de la Agenda Ciudadana de Ciencia, Tecnología e Innovación*. México: Academia de Ciencias de México, 2013. <http://www.agendaciudadana.mx/informe/InformeAgendaCiudadana.html>
- Foro Consultivo Científico y Tecnológico. *Diagnóstico en ciencia, tecnología e innovación 2004-2011. Chiapas*. México: FCCyT, 2012.
- Foro Latinoamericano de Evaluación Científica (FOLEC). *Declaración de Principios: una nueva evaluación académica para una ciencia con relevancia social en América Latina y el Caribe*, Ciudad de México, 6 de junio de 2022. <https://www.clacso.org/declaracion-de-principios-del-foro-latinoamericano-de-evaluacion-cientifica-folec/>

REFERENCIAS

- Foro Permanente de Ciencia, Tecnología e Innovación del Estado de Chiapas y COCyTECH. *Agenda estratégica 2012-2018*. Tuxtla Gutiérrez: COCyTECH, 2013.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el College de France (1975-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Foucault, Michel. *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el College de France (1982-1983)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Foucault, Michel. *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el College de France (1978-1979)*. Buenos Aires Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Foucault, Michel. *El poder psiquiátrico. Curso en el College de France (1973-1974)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto. Curso en el College de France (1981-1982)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población. Curso en el College de France (1977-1978)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Freud, Sigmund. “25ª conferencia. La angustia”. En *Obras completas*, tomo XVI (1915-1917), 357-374. Buenos Aires: Amorrortu, 1978.
- Furet, Francois y Mona Ozouf, eds. *Diccionario de la Revolución francesa*. Madrid: Alianza, 1989.
- García Aguilar, María del Carmen. “El imaginario del miedo de los trabajadores académicos universitarios en el siglo XXI”. *Chiapas Paralelo*, 10 de enero de 2022. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2022/01/el-imaginario-del-miedo-de-los-trabajadores-academicos-universitarios-en-el-siglo-xxi/>
- Geertz, Clifford. “Géneros confusos: la reconfiguración del pensamiento social”. En *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, 31-49. Barcelona: Paidós, 1994.
- Giniger, Nuria y Rocco Carbone. “Cientificidio, política de Estado”. *Página 12*, 7 de enero de 2019. <https://www.pagina12.com.ar/166773-cientificidio-politica-de-estado>
- Giroud, Henry A. *Estudios culturales, pedagogía crítica y democracia radical*. Madrid: Editorial Popular, 2014.

- Golombek, Diego. *¿Qué es la ciencia ciudadana y cómo promueve el conocimiento abierto?*, 9 de febrero de 2017. <https://blogs.iadb.org/conocimiento-abierto/es/la-ciencia-ciudadana-promueve-conocimiento-abierto/>
- González Casanova, Pablo. *La universidad necesaria en el siglo XXI*. México: Era, 2001.
- Guédon, Jean-Claude. “El acceso abierto y la división entre ciencia ‘principal’ y ‘periférica’”. *Crítica y Emancipación. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año 3, núm. 6 (segundo semestre, 2011), 135-180. http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/CyE/6/CyE-6_Guedon-CLACSO.pdf
- Guédon, Jean-Claude. “Science that cannot be seen, does not exist; Science does not attract attention, does not either”. *V Conferencia Internacional PKP sobre Publicación Académica*, The Public Knowledge Project y Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad de México, 21 de agosto de 2013.
- Guzmán Tovar, César. “Investigar es trabajar. Relatos sobre las condiciones para hacer ciencia en América Latina”. En *Academias asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización*, coordinado por Alain Basail Rodríguez, 51-89. Buenos Aires-Tuxtla Gutiérrez: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencia y Artes de Chiapas, 2019. <http://repositorio.cesmeca.mx/handle/11595/993>
- Haas, Peter M. “Introduction: Epistemic communities and international policy coordination”. *International Organization*, vol. 46, núm. 1 (invierno, 1992), 1-35. <https://www.jstor.org/stable/2706951>.
- Halbawchs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. 2004.
- Hernández Alcántara, C. “Desafíos de las Ciencias Sociales en América Latina. La experiencia en México”. *De Raíz Diversa*, vol. 1, núm. 2 (2014), 49-67.
- Herrero Cabrejas, Amaranta. “Navegando por los turbulentos tiempos del Antropoceno”. *Ecología Política. Cuadernos de Debate Internacional*,

- núm. 53 (2017), 18-25. <https://www.ecologiapolitica.info/?product=53-antropoceno>
- Hicks, Diana, Paul Wouters, Ludo Waltman, Sarah de Rijcke e Ismael Rafols. “Bibliometrics: The Leiden Manifesto for research metrics”. *Nature*, 520 (7548) (2015), 429-431. <https://www.nature.com/news/bibliometrics-the-leiden-manifesto-for-research-metrics-1.17351>
- Husserl, Edmund. *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008.
- III Conferencia Regional de Educación Superior para América Latina y el Caribe. *Declaración*. Córdoba, Argentina, 14 de junio de 2018. [http://www.cres2018.org/uploads/declaracion_cres2018%20\(2\).pdf](http://www.cres2018.org/uploads/declaracion_cres2018%20(2).pdf)
- Innerarity, Daniel. “El valor del saber”. *El País*, 6 de septiembre de 2014. https://elpais.com/cultura/2014/09/04/babelia/1409839711_470047.html
- Juan Manuel, Infante de Castilla. “Cuento XXXII: lo que sucedió a un rey con los burladores que hicieron el paño”. En *El conde Lucanor*, 111-118. Alicante: Aguacleara, 1997; Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004[1335]. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc28ok8>
- Kierkegaard, Sören. *El concepto de la angustia*. Madrid: Alianza, 2007.
- Krimsky, Sheldon. *Science and the private interest. Has the lure of profits corrupted biomedical research?* Lanham: Rowman & Littlefield Publisher, 2003.
- Krotz, Esteban. “*Agenda Ciudadana de Ciencia, Tecnología e Innovación*”: *correcciones urgentes desde las ciencias sociales*. Laboratorio de Análisis Institucional del Sistema Universitario Mexicano, 28 de enero de 2013. <http://red-academica.net/observatorio-academico/2013/01/29/agenda-ciudadana-de-ciencia-tecnologia-e-innovacion-correcciones-urgentes-desde-las-ciencias-sociales/>
- Kusch, Rodolfo. “Esbozo de una antropología filosófica americana”. En *Obras completas*, tomo III, 241-434. Rosario: Fundación Ross, 1998 [1978].

- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Lander, Edgardo. “La ciencia neoliberal”. En *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, coordinado por Ana Esther Ceceña, 45-94. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2006.
- Lander, Edgardo. “Pensamiento crítico latinoamericano: la impugnación del eurocentrismo”. *Revista de Sociología*, núm. 15 (2001), 13-25.
- Latindex, Redalyc y CLACSO. *Carta de adhesión a la Declaración de San Francisco sobre la evaluación de la investigación*, 15 de enero de 2019. <https://www.redalyc.org/redalyc/periscopio/declaracion.html>
- Lefebvre, Georges. *El gran pánico de 1789. La Revolución francesa y los campesinos*. Barcelona: Paidós, 1986.
- Leite, Denise et al. *Políticas de evaluación universitaria en América Latina: perspectivas críticas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2012.
- Lisbona, Miguel. “Fronteras sangrantes”. *Chiapas Paralelo*, 24 de octubre de 2018. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2018/10/fronteras-sangrantes/>
- Los Tigres del Norte. “Jaula de oro”. *Jaula de oro*. México: PROFONO Internacional / Fonovisa Records, 1984, track 1, 2:47 min.
- Lozano, Mónica. “El nuevo contrato social sobre la ciencia: retos para la comunicación de la ciencia en América Latina”. *Razón y Palabra*, núm. 65 (2013), 1-10. <http://www.razonypalabra.org.mx/N/n65/actual/mlozano.html>
- Martí, José. “Mis versos”. *Obras completas. Versos libres*, tomo XVI, 131. La Habana: Ciencias Sociales / Centro de Estudios Martianos / Karisma Digital, 2011[1882].
- Martí, José. “XLVI. Vierte, corazón, tu pena”. En *Obras completas. Versos sencillos*, tomo XVI, 126. La Habana: Ciencias Sociales, 1991.

REFERENCIAS

- Martín Barbero, Jesús. “Los jóvenes siguen queriendo ser ciudadanos, pero de otro planeta”, entrevista realizada por Omar Rincón. CLACSO TV, video. <https://youtu.be/VdvwSHvEobo>
- Martín Barbero, Jesús. “Infancias y juventudes en América Latina: desafíos para la producción del conocimiento”. Conferencia inaugural en la I Biental Latinoamericana de Infancias y Juventudes. Democracias, Derechos Humanos y Ciudadanías. Manizales, Colombia, 18 de noviembre de 2014.
- Maturana Romesín, Humberto y Bernhard Pörksen. *Del ser al hacer. Los orígenes de la biología del conocer*. Santiago de Chile: J. C. Sáez Editor, 2004.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Madrid: Melusina, 2011.
- Merton, Robert K. “La ciencia y el orden social” [1938]. En *La sociología de la ciencia*, vol. II. Madrid: Alianza Editorial, 1977[1973].
- Merton, Robert K. “La estructura normativa de la ciencia” [1942]. En *La sociología de la ciencia*, vol. II. Madrid: Alianza Editorial, 1977[1973].
- Merton, Robert K. *The sociology of science. Theoretical and empirical investigations*. Chicago: University of Chicago Press, 1973.
- Mignolo, Walter. *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2010.
- Morales Campos, Estela, coord. *La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2018.
- Naidorf, Judith y Claudia Regina Iriarte. “La reactualización del pensamiento latinoamericano en ciencia, tecnología y sociedad”. *Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 24, 2015. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20150706105151/CuadernoN24.pdf>
- Naidorf, Judith y Daniela Perrotta. “La ciencia social politizada y móvil de una nueva agenda latinoamericana orientada a prioridades”. *Revista de Educación Superior*, vol. 64, núm. 174 (2015), 19-46.
- Nancy, Jean-Luc. *Un virus demasiado humano*. Buenos Aires: La Cebra / Palinodia, 2020.

- Naujokaitytė, Goda. “El nuevo proyecto franco-alemán de computación en nube para establecer estándares y desafiar a los líderes del mercado de EE.UU”. *Science I Bussines*, 5 de junio de 2020. <https://sciencebusiness.net/news/new-franco-german-cloud-computing-project-set-standards-and-challenge-us-market-leaders>
- Navarra, Andreu. *Devaluación continua. Informe urgente sobre alumnos y profesores de secundaria*. Madrid: Tusquest, 2019.
- Olivé, León. *La ciencia y la tecnología en la sociedad del conocimiento: ética, política y epistemología*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Ortega y Gasset, José. “Misión de la universidad”. En *Misión de la universidad y otros ensayos afines*. Madrid: Revista de Occidente, 1960.
- Ortiz, Martha. “CABRERO: Conacyt va del laboratorio a las aulas”. *El Pulso. Diario de San Luis*, 12 de febrero de 2013. <http://pulsoslp.com.mx/2013/02/12/cabrero-conacyt-va-del-laboratorio-a-las-aulas/>
- Peña Nieto, Enrique. *Palabras del presidente de los Estados Unidos Mexicanos durante el evento acceso abierto en la sociedad del conocimiento. Reformas y adiciones a la Ley de Ciencia y Tecnología*. 20 de mayo de 2014. <http://www.presidencia.gob.mx/articulos-prensa/palabras-del-presidente-de-los-estados-unidos-mexicanos-licenciado-enrique-pena-nieto-durante-el-evento-acceso-abierto-en-la-sociedad-del-conocimiento-reformas-y-adiciones-a-la-ley-de-ciencia-y-tec/>
- Peña Saint Martin, Florencia y Silvia Karla Fernández Marín, eds. *Mobbing en la academia mexicana*. México: Eón / Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2016.
- Quemada-Díez, Diego. *La jaula de oro*. México: Animal de Luz Films / Kineoscope Films / Machete Producciones, 2013, 110 min.
- Quintar, Estela. “Crítica teórica, crítica histórica: las paradojas del decir y del pensar”. *Archivos de Ciencias de la Educación*, vol. 12, núm. 13 (2018). e040. <https://doi.org/10.24215/23468866e040>
- Quintar, Estela. “La universidad latinoamericana. Entre el sujeto interpelado y las coordenadas de lo posible”. En *Academias asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización*, coordinado por Alain Basail Rodríguez, 247-282. Buenos Aires/Tuxtla Gutiérrez: Consejo

REFERENCIAS

- Latinoamericano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2019. <http://repositorio.cesmecha.mx/handle/11595/993>
- Quintar, Estela. “Universidad, producción de conocimiento y formación en América Latina”. *POLIS. Revista Latinoamericana*, núm. 18 (2007). <https://journals.openedition.org/polis/4096>
- Ramos Zincke, Claudio. *El ensamble de ciencia social y sociedad. Conocimiento científico, gobierno de las conductas y producción de lo social*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2012.
- Redacción. “Profunda desigualdad en sueldos de académicos y miembros del SNI”. *La Jornada*, 20 de julio de 2018. <https://www.jornada.com.mx/2018/07/20/politica/005n2pol>
- Restrepo, Eduardo y Arturo Escobar. “Antropologías en el mundo”. *Jangwa Pana. Revista de Antropología*, núm. 3 (2004), 110-131. <http://revistas.unimagdalena.edu.co/index.php/jangwapana/article/view/575>.
- Restrepo, Eduardo. *Antropología y estudios culturales. Disputas y consecuencias desde la periferia*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2012.
- Ricoeur, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife / Universidad Autónoma de Madrid, 1999.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2010.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. *Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2015.
- Rueda Beltrán, Mario, Imanol Ordorika, Manuel Gil y Roberto Rodríguez. “Reforma educativa y evaluación docente: el debate”. *Perfiles Educativos*, vol. 38, núm. 151 (2016), 190-206. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So185-26982016000100190&lng=es&tlng=es
- Ruiz Trejo, Marisa. “Los feminismos como referentes críticos en las universidades”. *Chiapas Paralelo*, 27 de febrero de 2021. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2021/02/los-feminismos-como-referentes-criticos-en-las-universidades/>

- Ruiz Trejo, Marisa. “Revoluciones púrpuras en universidades chiapanecas”. *Chiapas Paralelo*, 18 de febrero de 2021. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2021/02/revoluciones-purpuras-en-las-universidades-en-chiapas/>
- Rus, Jan. “La comunidad revolucionaria institucional: la subversión del gobierno indígena en los Altos de Chiapas, 1936-1968”. En *Chiapas: los rumbos de otra historia*, coordinado por Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz, 251-277. México: UNAM / CIESAS / CEMCA / UAG, 2003.
- Saldívar Chávez, María Antonieta y Eliana Alejandra Arancibia Gutiérrez. “Aproximaciones a un modelo de políticas diferenciadas para el desarrollo de capacidades en CTI en los estados y regiones mexicanas”. En *La construcción del futuro: los retos de las Ciencias Sociales en México. Memorias del 4º Congreso Nacional de Ciencias Sociales*, editado por Alain Basail y Óscar Contreras, Capítulo IX: 707-729. San Cristóbal de Las Casas: Consejo Mexicano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2014.
- Santacana, Joan. “La burbuja científica y el desencanto de la investigación”. *El Cuaderno. Cuaderno Digital de Cultura*, 8 de febrero de 2019. <https://elcuadernodigital.com/2019/02/08/la-burbuja-cientifica-y-el-desencanto-de-la-investigacion/>
- Santos, Boaventura de Sousa. “La sociología de las ausencias y la sociología de las emergencias: para una ecología de saberes”. En *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*, 13-41. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2006.
- Santos, Boaventura de Sousa. *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*. La Habana: Casa de las Américas, 2006.
- Saramago, José. *Ensayo sobre la ceguera*. México: Alfaguara, 1998[1995].
- Schallier, Wouter. “Ciencia abierta en América Latina: a la nube y más allá”. Ciclo de Diálogo Abierto Bibliotecarios en Tiempo de COVID

REFERENCIAS

19. 1 de julio de 2020, video. <https://www.youtube.com/watch?v=O-QuXvYvou34>
- Segato, Rita. “Refundar el feminismo para refundar la política”. *Cuerpos, despojos, territorios: vida amenazada*. Actas. Congreso Internacional. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2018. <https://www.uasb.edu.ec/documents/2005605/2879782/SEGATO+RITA.+Refundar+el+feminismo+para+refundar+la+pol%C3%ADtica.pdf/d2c1b240-c94f-43a8-bb61-ba334c433c7e>
- Segato, Rita. *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2013.
- Segato, Rita. *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2013.
- Segato, Rita. *Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Brasilia: Serie Antropológica 362, 2004.
- Sieglin, Veronika. “Acoso laboral y culturas organizacionales”. *Ciencia UANL*, núm. 80 (2016), 8-12.
- Sieglin, Veronika. “Culturas organizacionales, salud laboral y género. Un estudio sobre la élite científica en México”. En *Género, salud y condiciones de trabajo en la ciencia*, coordinado por Veronika Sieglin e Irma Lorena Acosta Reveles. México: Clave Editorial / Universidad Autónoma de Nuevo León, 2014.
- Sieglin, Veronika. “Democratizar las universidades públicas. ¿Posibilidad real o sueño guajiro?”. *Revista Levadura*, 18 de septiembre 2018. <http://revistalevadura.mx/2018/09/18/democratizar-las-universidades-publicas-posibilidad-real-sueno-guajiro/>
- Sieglin, Veronika. “Políticas identitarias estigmatizantes y su impacto en la interacción entre profesoras-investigadoras y estudiantes en universidades estatales mexicanas”. En *Voces del noreste: aportes regionales a los estudios de género*, editado por M. E. Remos Tovar y M. Zúñiga. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.
- Sieglin, Veronika. “Desempoderamiento de las comunidades académicas, acoso laboral y problemas de salud en las élites académicas de las

- universidades estatales”. En *Academias asediadas. Convicciones y conveniencias ante la precarización*, coordinado por Alain Basail Rodríguez, 91-134. Buenos Aires-Tuxtla Gutiérrez: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencia y Artes de Chiapas, 2019. <http://repositorio.cesmecca.mx/handle/11595/993>
- Solanas, Facundo. “El estado acreditador: del caso argentino al MERCOSUR”. En *Políticas de evaluación universitaria en América Latina: perspectivas críticas*, de Denise Leite *et al.*, 99-138. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2012.
- Soto Acosta, Willy. “El trípode del estancamiento en ciencias Sociales: inadecuada didáctica de la metodología, escaso desarrollo de la competencia de la investigación y el síndrome “Todo menos tesis”. *Economía y Sociedad*, núm. 43 (enero-junio 2013), 1-17.
- Souto Salom, Manuel. “La ciencia necesita tiempo para pensar: el movimiento que quiere acabar con la cultura de “publicar o morir”. *The Conversation*, 5 de mayo de 2019. <http://theconversation.com/la-ciencia-necesita-tiempo-para-pensar-el-movimiento-que-quiere-acabar-con-la-cultura-de-publicar-o-morir-116367>
- Sztompka, Piotr. *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza, 1995.
- The Slow Science Academy. *The Slow Science Manifesto*. Berlín, 2010. <http://slow-science.org/slow-science-manifesto.pdf>
- The Smart City Journal*, “Cada vez más colgados de la nube”. 20 de noviembre de 2015. <https://www.thesmartcityjournal.com/es/articulos/cada-vez-mas-colgados-nube>
- UNESCO e ICSU. *Declaración sobre la ciencia y el uso del saber científico, Conferencia Mundial sobre la Ciencia para el Siglo XXI: Un nuevo compromiso*. Budapest, 1 de julio de 1999. http://www.unesco.org/science/wcs/esp/declaracion_s.htm
- Vessuri, Hebe. “¿Quién es el científico social en el siglo XXI? Comentarios desde los contextos académicos y aplicados y desde la corriente

REFERENCIAS

- principal y la periferia”. *Sociológica*, año 28, núm. 79 (mayo-agosto de 2013), 201-231.
- Vessuri, Hebe. “Dinámica y tensiones de la internacionalización científica de América Latina”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 769-770 (2014), 16-26.
- Vessuri, Hebe. “El nuevo *mantra* de la diplomacia científica internacional: ¿Co-diseño de conocimiento? ¿Investigación integrativa?”. *Universitas Humanística*, vol. 76, núm. 76 (2013), 25-50. <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/5905>
- Videgaray, Sagrario y Veronika Sieglin. “Género, salud y trabajo académico en universidades públicas en México: una perspectiva panorámica”. En *Género, salud y condiciones de trabajo en la ciencia*, coordinado por Veronika Sieglin e Irma Lorena Acosta Reveles. México: Clave Editorial / Universidad Autónoma de Nuevo León, 2014.
- Villoro, Luis. *Crear, saber y conocer*. México: Siglo XXI, 2009[1982].
- Wallerstein, Immanuel, coord. *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Wallerstein, Immanuel. *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México: Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Weber, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 1974.
- Yúdice, George. *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- Zemelman, Hugo. *Configuraciones críticas. Pensar epistémico sobre la realidad*. México: Siglo XXI / Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y El Caribe, 2011.
- Zewde, Sahle-Work et al. *Los futuros de la educación. Aprender a transformarse*. Informe Comisión Internacional. París: UNESCO, 2021. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000375746_spa.locale=en
- Znanięcki, Florian. “Principios para la selección de datos culturales”. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 60 (1992), 153-182.

Sobre el autor

ALAIN BASAIL RODRÍGUEZ (Sagua La Grande, Cuba, 1972). Doctor en Sociología por la Universidad del País Vasco y por la Universidad de La Habana (2002). Maestro en Sociología por la Universidad de La Habana y por la Universidad Autónoma de Barcelona (2000). Pasantía Académica en Sociología Histórica, Cátedra de Historia Social Latinoamericana, Facultad de Ciencias Sociales e Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires (1996). Licenciado en Sociología por la Universidad de La Habana (1995). Sus artículos han sido publicados en distintas revistas científicas nacionales e internacionales. Ha sido coordinador de varios libros especializados, entre los que se destacan *Introducción a la Sociología* (2002), *Antropología Sociocultural: selección de temas* (2003), *Sociología de la Cultura: lecciones y lecturas* (2004), *Fronteras Desbordadas. Ensayos sobre la frontera sur de México* (2005), *Imaginarios sociales latinoamericanos. Construcción histórica y cultural* (2007), *Travesías de la Fe. Migración, religión y fronteras en Brasil/México* (2008) y *Raíces comunes e historias compartidas. México, Centroamérica y el Caribe* (2018). Autor de *El Lápiz Rojo. Prensa, censura e identidad cubana, 1878-1895* (La Habana: CIDCC Juan Marinello, 2004), *Naturaleza Extraña. Riesgos, desastres y conocimiento público en Chiapas* (México: Juan Pablos Editor / Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2017) y *Fugas re-encantadas. Astucias cubanas de las identidades religiosas desde los noventa* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; San Cristóbal de Las Casas: Universidad Intercultural de Chiapas / CRESUR / Editorial Fray Bartolomé de las Casas, 2019), en coautoría

SOBRE EL AUTOR

con Minerva Yoimy Castañeda Seijas. Se ha dedicado a la sociología histórica, a los estudios de cultura, del cambio social y de las fronteras. Miembro del Comité Directivo del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, COMECSO (2014-2015) y del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO (2016-2022). Fue profesor asistente del Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana (1995-2003), y desde 2004 es profesor-investigador de tiempo completo del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA), de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), siendo su director entre 2011 y 2015, coordinador de posgrados entre 2006 y 2008 y director de la revista *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos* entre 2019 y 2022. Integrante de la línea de investigación *Geoculturas, mediaciones y agencias* del Cuerpo Académico *Estudios críticos en comunicación, política y cultura*. Suele escribir para la columna “Contrapunteo” en el diario digital *Chiapas Paralelo*.

📄 <https://orcid.org/0000-0003-3860-2608>
Correo electrónico: alain.basail@unicach.mx

Pensar herético.
Ensayos libres sobre ciencia y universidad
se terminó de imprimir en diciembre de 2023,
en los talleres de la Editorial Fray Bartolomé de las Casas
ubicados en Pedro Moreno 7, barrio de Santa Lucía,
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.

Tel. + 52 967 67 80564
<edfrayba@prodigy.net.mx>
<edfrayba@hotmail.com>

100 ejemplares





Alain Basail Rodríguez

PENSAR HERÉTICO

Este libro es una vindicación del pensar herético como desafío de unas ciencias públicas comprometidas con la lucha por la vida y la sobrevivencia como fuente de proyectos sociales, de posibilidades de salvaguarda y de la realización humana en sociedad. Está integrado por ensayos libres, diseñados desde sus orígenes en los intersticios del tiempo cotidiano, como ejercicios reflexivos sobre las condiciones de posibilidad del oficio de pensar ejerciendo presión sobre problemas compartidos. En ellos se exponen, analizan y examinan algunas ideas sobre los orígenes, las causas y las consecuencias de los cambios en las políticas científicas y educativas en la era neoliberal desde la perspectiva de sujetos del conocimiento. En este sentido, son textos perspicaces, punzantes, provocadores y estimulantes al sustentar un punto de vista desde el que se denuncian algunas restricciones estructurales, censuras sociales y autocensuras, al mismo tiempo que se sugieren alternativas e innovaciones necesarias como posibilidades históricas para alejarnos de las convenciones dominantes y de pautas tradicionales. Son escritos que forman parte de un género discursivo abierto al debate público con una pedagogía que busca potenciar la reflexividad social a partir de las controversias o los contrapunteos críticos, respetuosos y constructivos



ISBN: 978-607-543-197-0



9 786075 431970